

DAD A
CIÓN C

HERNANDEZ

WICHO CRITICO

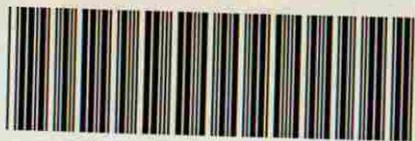
LB41

H4

1888

c.1

011373

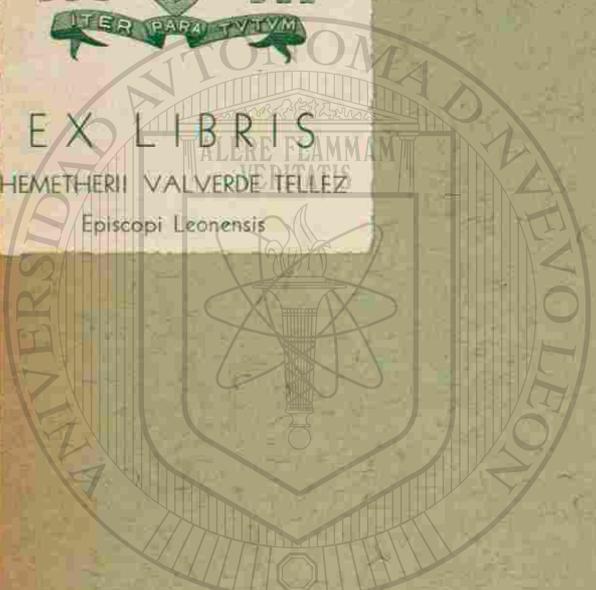


1080022599

EX LIBRIS

HEMETHERRI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

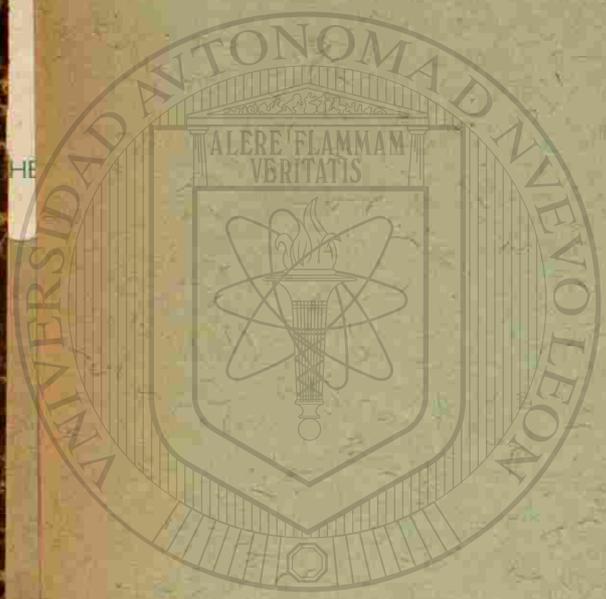
530

JUICIO CRÍTICO
SOBRE LA
EDUCACIÓN ANTIGUA
Y LA MODERNA

POR EL P. PABLO HERNÁNDEZ

Sacerdote de la Compañía de Jesús.

Segunda edición.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

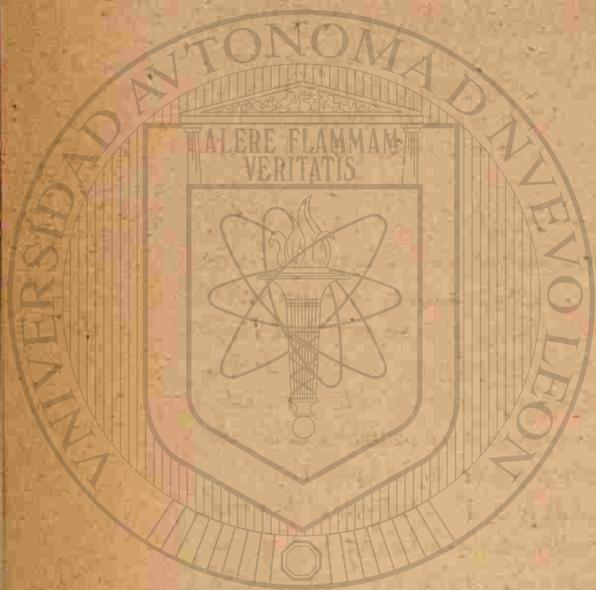


MADRID
TIP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESUS
Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.
1888

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

47511

LB41
H4
1888



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

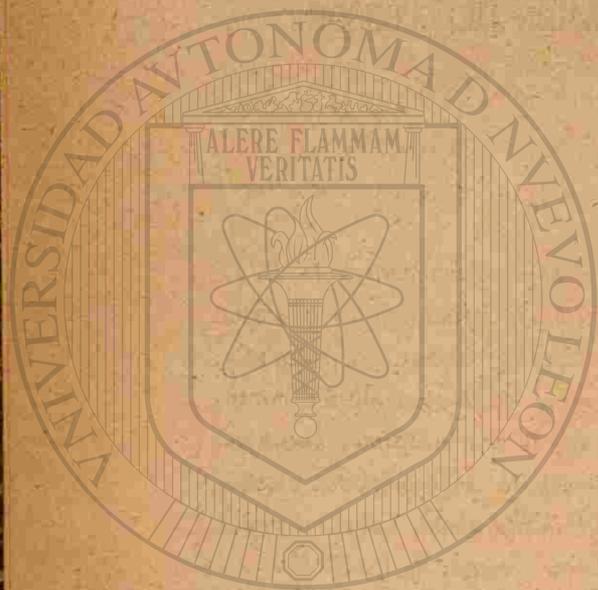
NOS D. CIRIACO MARÍA SANCHA Y HERVÁS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA
REAL Y DISTINGUIDA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓ-
LICA, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, ETC., ETC.

*Por el presente damos licencia, por lo que á Nós
corresponde, para que pueda reimprimirse el libro
intitulado Juicio crítico sobre la educación
antigua y la moderna que ha escrito el Reve-
rendo Padre Pablo Hernández, de la C. de J.,
mediante que de nuestra orden ha sido examinado
y leído y nada contiene que sea contrario al dogma
católico, sana moral y leyes de la Iglesia.*

*En testimonio de lo cual, expedimos el presente,
rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor
de nuestras armas y refrendado por nuestro Secre-
tario de Cámara y Gobierno en Madrid á 13 de
Abril de 1888. — CIRIACO MARÍA, Obispo de
Madrid-Alcalá. — Por mandado de S. E. I. el
Obispo, mi Señor, DR. CAYETANO ORTIZ, Vi-
cesecretario.*

011373



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TÉLLEZ

DICTAMEN DEL CENSOR

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

Cumpliendo el honroso mandato de V. E. I., he examinado el libro intitulado: JUICIO CRÍTICO SOBRE LA EDUCACIÓN ANTIGUA Y MODERNA; y lejos de encontrar en él cosa alguna contra nuestra santa fe, le creo utilísimo, puesto que trata magistralmente la importantísima cuestión de la enseñanza y la educación. Tal es mi juicio, salvo siempre el más acertado de V. E. I.

Dios guarde á V. E. I. muchos años. Madrid 12 de Abril de 1888. — JOAQUÍN TORRES ASENSIO.



AL R. P. FERMÍN COSTA

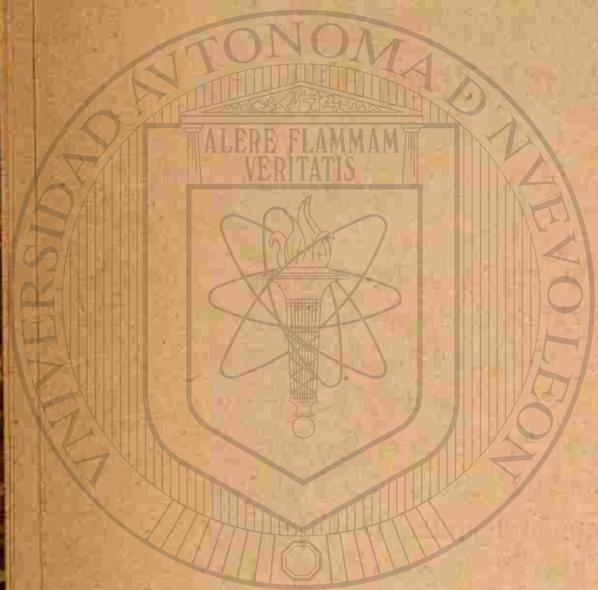
RECTOR DEL COLEGIO MÁXIMO DE TORTOSA, TEÓLOGO DE LA SANTIDAD DE PÍO IX EN EL CONCILIO VATICANO, ASISTENTE QUE FUÉ DE N. M. R. P. PEDRO BECKX, GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

A la Compañía debo el Ratio Studiorum; á V. R. debo si algún conocimiento de él he logrado alcanzar. V. R. es quien echó en mi mente las primeras semillas de este conocimiento, é hizo brotar en mi ánimo un ardiente afecto hacia el estudio ulterior de este tesoro de la ciencia de educar, á la par que hacia las

doctrinas teológicas y filosóficas que en él se nos recomiendan, que son las del Angel de las escuelas y las del insigne filósofo Estagirita. A nadie, por tanto, con más razón que á V. R. puedo y debo dedicar el presente opúsculo. Recíballo V. R., que aunque sea pequeño don, es en cambio lo mejor que yo puedo ofrecer. Yo quedo dirigiendo al Señor los votos que expresé al felicitar á V. R. en el aniversario de sus sesenta años de Compañía, á saber: que puesto que la vida entera de V. R.

ha sido consagrada al cuidado y formación de la juventud, conceda Su Divina Majestad á V. R. el premio prometido en los Sagrados Libros al varón justo (Ps. CXXVII, 6): «Y veas á los hijos de tus hijos atrayendo con sus trabajos y oraciones la paz sobre el pueblo cristiano.»

Tortosa, día 1.º de Enero de 1888,
Fiesta de la Circuncisión del Señor.



LA ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA

EN cumplimiento de la base séptima del Certamen celebrado en honor de Santa Rosa de Lima, el 30 de Agosto de 1886, y de acuerdo con el veredicto del Jurado, compuesto de los señores D. Carlos Guido y Spano, Dr. Pedro Goyena, D. Santiago Estrada, D. Calixto Oyuela y Dr. Juan N. Terrero, tiene el honor de publicar el presente trabajo que obtuvo en aquel Certamen la pluma de oro ofrecida por S. S. I. el Sr. Obispo del Paraná, al mejor *Juicio crítico sobre la educación antigua y la moderna.*

Al publicar esta obra, con razón podría la Academia tributarle los elogios á que se hace acreedora, tanto por su fondo como

por su forma; pero para ello nada más propio que transcribir el juicio que sobre ella ha emitido el Jurado.

He aquí sus palabras:

«JUICIO CRÍTICO SOBRE LA EDUCACIÓN ANTIGUA Y LA MODERNA. — Lema: «*Scribendi recte sapere est et principium et fons*». Este trabajo es también una obra voluminosa, en la cual, eruditamente y con excelente método, se dilucida la grave cuestión que manifiesta su título. La utilidad de los estudios clásicos y de la enseñanza del latín, puntos que únicamente interesan hoy á los pueblos más adelantados, se estudian en el curso de esta obra con solidez y brío, entrelazando hábilmente el autor, sin menoscabo de la unidad y claridad, la argumentación y doctrina con numerosos datos estadísticos.»

INTRODUCCIÓN

LA felicidad de los reinos y de los pueblos, y muy principalmente la conservación de un Estado cristiano, depende de la buena educación de la juventud. Estas palabras que Enrique IV puso á la cabeza del Reglamento que dictó para la Universidad de París, explican el motivo que nos impulsó á trazar este humilde ensayo de un *Juicio crítico sobre la educación antigua y la moderna*, para concurrir al certamen que la ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA celebrará este año en conmemoración del tercer centenario de Santa Rosa de Lima.

Mas al tratar de la educación, no se crea que hayamos de exponer las múltiples y variadas cuestiones que con ella se enlazan, ni que pretendamos abarcar en toda su

por su forma; pero para ello nada más propio que transcribir el juicio que sobre ella ha emitido el Jurado.

He aquí sus palabras:

«JUICIO CRÍTICO SOBRE LA EDUCACIÓN ANTIGUA Y LA MODERNA. — Lema: «*Scribendi recte sapere est et principium et fons*». Este trabajo es también una obra voluminosa, en la cual, eruditamente y con excelente método, se dilucida la grave cuestión que manifiesta su título. La utilidad de los estudios clásicos y de la enseñanza del latín, puntos que únicamente interesan hoy á los pueblos más adelantados, se estudian en el curso de esta obra con solidez y brío, entrelazando hábilmente el autor, sin menoscabo de la unidad y claridad, la argumentación y doctrina con numerosos datos estadísticos.»

INTRODUCCIÓN

LA felicidad de los reinos y de los pueblos, y muy principalmente la conservación de un Estado cristiano, depende de la buena educación de la juventud. Estas palabras que Enrique IV puso á la cabeza del Reglamento que dictó para la Universidad de París, explican el motivo que nos impulsó á trazar este humilde ensayo de un *Juicio crítico sobre la educación antigua y la moderna*, para concurrir al certamen que la ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA celebrará este año en conmemoración del tercer centenario de Santa Rosa de Lima.

Mas al tratar de la educación, no se crea que hayamos de exponer las múltiples y variadas cuestiones que con ella se enlazan, ni que pretendamos abarcar en toda su

amplitud una materia tan vasta y fecunda. Nuestro plan está delineado en el mismo tema propuesto para el certamen: un *Juicio crítico sobre la educación antigua y la moderna* no se extiende, no puede extenderse más que al examen de los caracteres principales en que la una se diferencia de la otra, para afirmar cuál de ellos está en lo verdadero y cuál en lo falso. Pero como quiera que se trata aquí de *educación* y ésta se inicia en la enseñanza primaria, se desenvuelve completa y adecuadamente en la secundaria, y sólo se perfecciona y remata en la superior; todavía nos parece que este nombre de educación compete con más propiedad al período de la segunda enseñanza, que es cuando se forma el joven con el desarrollo gradual y metódico de sus facultades, y así en ésta principalmente nos ocuparemos, puesto caso que acerca de ella es donde más discrepan los modernos de los antiguos, y es este el campo en el cual, con mayor arresto, lidian los defensores de uno y otro sistema. Y á la verdad, con harto fundamento, pues muchas de las bases de educación son comunes á todo género de enseñanza, tanto más ahora que, como cuerdamente advierte el Sr. Martínez y González, Profesor de la Universidad de

Salamanca, "éste es uno de los grandes vicios que tiene la enseñanza moderna: en lugar de estar clasificada por sus fines, lo está por su extensión. En todos los grados de la enseñanza el objeto del estudio es uno mismo: lo propio se estudia en las escuelas de primeras letras que en las Universidades; rudimentos en las escuelas de primeras letras; rudimentos más ampliados en las Normales; rudimentos más ampliados aún en los Institutos, y fundamentos en las Universidades. ¿Y quién hay capaz de señalar los límites de tantos grados de la enseñanza?,"

Vamos, pues, á estudiar la educación moderna y la antigua, aplicando el escalpelo de la crítica á los métodos que en una y otra prevalecen, para separar lo precioso de lo vil, el oro acrisolado de la despreciable escoria. Escribiendo principalmente para la República Argentina, procuraremos dar cierto colorido é interés local á nuestro trabajo, ya porque así parece exigirlo la utilidad que de él pueden reportar los que habrán de constituir la mayoría de nuestros lectores, si el presente escrito mereciese ver la luz pública, ya también porque nuestra actual enseñanza sigue las huellas de la que priva en otros países y no

difiere sino en leves accidentes de la que suele darse en todas las naciones donde ha prevalecido el sistema moderno. Finalmente, advertimos que al refutar ideas de otros, como la índole de nuestro tema lo requiere, deseamos, sí, esclarecer la verdad, pero no es nuestro ánimo herir en lo más mínimo los sentimientos de persona alguna: se juzgan las opiniones, no los individuos. De suerte que, si bien escribimos con pleno conocimiento de causa, por haber saboreado con experiencia propia lo dulce y lo amargo de entrambos sistemas y pesado con nuestras manos lo vano y lo sólido de sus frutos, no fallaremos, sin embargo, con otro fallo que el inspirado por la evidencia de la razón ó por el peso de la autoridad.

JUICIO CRÍTICO

SOBRE LA

EDUCACIÓN ANTIGUA Y LA MODERNA

PRIMERA PARTE

DEL SISTEMA MODERNO

CAPÍTULO PRIMERO

LOS DOS SISTEMAS

A dos pueden reducirse los sistemas que actualmente se disputan el campo de la enseñanza: el uno adoptado en los tiempos antiguos, y que floreció en los pueblos cristianos desde época inmemorial; el otro que data de un siglo á esta parte en su pleno desarrollo, y que ha venido tentando innumerables ensayos en diferentes países, sin que haya todavía alcanzado la meta.

El sistema moderno se ha presentado con la pretensión de sustituir al antiguo en todos

difiere sino en leves accidentes de la que suele darse en todas las naciones donde ha prevalecido el sistema moderno. Finalmente, advertimos que al refutar ideas de otros, como la índole de nuestro tema lo requiere, deseamos, sí, esclarecer la verdad, pero no es nuestro ánimo herir en lo más mínimo los sentimientos de persona alguna: se juzgan las opiniones, no los individuos. De suerte que, si bien escribimos con pleno conocimiento de causa, por haber saboreado con experiencia propia lo dulce y lo amargo de entrambos sistemas y pesado con nuestras manos lo vano y lo sólido de sus frutos, no fallaremos, sin embargo, con otro fallo que el inspirado por la evidencia de la razón ó por el peso de la autoridad.

JUICIO CRÍTICO

SOBRE LA

EDUCACIÓN ANTIGUA Y LA MODERNA

PRIMERA PARTE

DEL SISTEMA MODERNO

CAPÍTULO PRIMERO

LOS DOS SISTEMAS

A dos pueden reducirse los sistemas que actualmente se disputan el campo de la enseñanza: el uno adoptado en los tiempos antiguos, y que floreció en los pueblos cristianos desde época inmemorial; el otro que data de un siglo á esta parte en su pleno desarrollo, y que ha venido tentando innumerables ensayos en diferentes países, sin que haya todavía alcanzado la meta.

El sistema moderno se ha presentado con la pretensión de sustituir al antiguo en todos

los grados de la enseñanza, condenando como defectuosos los procedimientos de éste. El fin que se propone en la enseñanza secundaria es dejar á los jóvenes que con él se educan suficientemente instruídos y preparados para seguir los cursos de cualquier facultad científica, ó para ocupar dignamente cualquier posición social, que no exija diploma universitario. Por esto, desechando todo lo que no es de utilidad inmediata para las necesidades de la vida material, dirige todos sus esfuerzos á comunicar en poco tiempo y con poco trabajo la mayor suma de conocimientos posibles. De la Religión prescinde por completo, y si en alguna parte la mantiene, es más bien una apariencia engañosa que una realidad sincera; puesto que, incluyéndola en el plan de estudios como una asignatura cualquiera, le dedica cierto número de lecciones periódicas, á veces en condiciones harto desfavorables, pero sin cuidarse de que el conjunto de la instrucción esté en consonancia con el dogma religioso. Quita toda la importancia que puede al estudio de las lenguas clásicas y no oculta su tendencia á suprimirlas enteramente. A la filosofía le concede un lugar muy secundario, contentándose con dar nociones someras que la despojan de todo carácter científico y deprimen la nobleza de su dignidad.

En vez de estos estudios, que forman la base del sistema antiguo, el moderno ha sustituido una caterva de materias, á las cuales se van añadiendo cada día otras nuevas, y las subdivide en varios cursos, de lo cual resulta que en un mismo año se aglomera una multitud de asignaturas diversas.

El sistema antiguo se proponía un fin más elevado. Estudiada á fondo la naturaleza del niño, cuidaba de acomodarse á ella, ayudándole en el desarrollo gradual de sus facultades, para dejarlo en aptitud de emprender por sí solo cualquier género de estudios, por arduos y difíciles que éstos fuesen. Para no comprometer el éxito de la instrucción con el recargo y simultaneidad de materias heterogéneas, consideraba divididos en dos períodos los estudios que hoy comprende la segunda enseñanza: el primero, esencialmente preparatorio, lo dedicaba por entero á la formación literaria, mediante el conocimiento serio y profundo de las lenguas y literaturas latina, griega y nacional; el segundo período, que podría llamarse filosófico, lo consagraba á la filosofía como ramo principal, y á las ciencias naturales y exactas en calidad de estudios accesorios. Ni olvidaba que la parte superior del hombre debía ser cultivada por la Religión, no permitiendo, por consiguiente,

que en ninguna de las clases fuese ni levemente atacada ó menospreciada; antes bien, lejos de establecer, como el sistema moderno, una fría clase al nivel de las demás, en que el alumno aprenda lo que es la Religión, como aprende en la historia de la China ó de la India las doctrinas de Confucio ó de Budha; considerándola como sol divino que alumbraba todas las esferas de la ciencia humana, se esforzaba en hacer que sus resplandores se difundieran por toda la enseñanza y acompañaran todos los conocimientos para darles luz, calor y vida.

Si examinamos quiénes son los sostenedores de estos dos sistemas, veremos que el moderno es profesado casi universalmente en todos los países en que el Estado, arrogándose el cargo de maestro, ha establecido escuelas que él mismo dirige, cuyos profesores nombra y retribuye, á las cuales con leyes más ó menos arbitrarias sujeta todos los otros establecimientos de enseñanza. De esta manera el sistema antiguo, que en la mayoría de éstos reinaba mientras que el Estado no usurpó el monopolio magisterial, se va refugiendo al abrigo de aquellas instituciones que, por su naturaleza, se sustraen á la influencia secularizadora de nuestro siglo, como son los Seminarios y los cuerpos religiosos docentes.

CAPÍTULO II

DECADENCIA DE LA INSTRUCCIÓN MEDIA

§ I

TODO sistema que se propone como fin de sus procedimientos un resultado práctico confía al éxito adverso ó afortunado la norma que ha de servir para apreciar su justo mérito, siempre que causas extrañas no estorben su cabal y perfecto desarrollo. A la luz de esta verdad inconcusa examinaremos en el presente capítulo si corresponden á sus halagüeñas promesas los frutos del sistema que actualmente predomina en la segunda enseñanza, al amparo de todas las leyes inficionadas ó resabiadas del llamado espíritu moderno; y pondremos en evidencia con el testimonio irrecusable de los hechos, que sobre las ruinas de los antiguos

que en ninguna de las clases fuese ni levemente atacada ó menospreciada; antes bien, lejos de establecer, como el sistema moderno, una fría clase al nivel de las demás, en que el alumno aprenda lo que es la Religión, como aprende en la historia de la China ó de la India las doctrinas de Confucio ó de Budha; considerándola como sol divino que alumbraba todas las esferas de la ciencia humana, se esforzaba en hacer que sus resplandores se difundieran por toda la enseñanza y acompañaran todos los conocimientos para darles luz, calor y vida.

Si examinamos quiénes son los sostenedores de estos dos sistemas, veremos que el moderno es profesado casi universalmente en todos los países en que el Estado, arrogándose el cargo de maestro, ha establecido escuelas que él mismo dirige, cuyos profesores nombra y retribuye, á las cuales con leyes más ó menos arbitrarias sujeta todos los otros establecimientos de enseñanza. De esta manera el sistema antiguo, que en la mayoría de éstos reinaba mientras que el Estado no usurpó el monopolio magisterial, se va refugiendo al abrigo de aquellas instituciones que, por su naturaleza, se sustraen á la influencia secularizadora de nuestro siglo, como son los Seminarios y los cuerpos religiosos docentes.

CAPÍTULO II

DECADENCIA DE LA INSTRUCCIÓN MEDIA

§ I

TODO sistema que se propone como fin de sus procedimientos un resultado práctico confía al éxito adverso ó afortunado la norma que ha de servir para apreciar su justo mérito, siempre que causas extrañas no estorben su cabal y perfecto desarrollo. A la luz de esta verdad inconcusa examinaremos en el presente capítulo si corresponden á sus halagüeñas promesas los frutos del sistema que actualmente predomina en la segunda enseñanza, al amparo de todas las leyes inficionadas ó resabiadas del llamado espíritu moderno; y pondremos en evidencia con el testimonio irrecusable de los hechos, que sobre las ruinas de los antiguos

métodos nada sólido y estable han sabido edificar los noveles pedagogos, tan prontos como desatentados en demoler una obra afirmada en la experiencia de tantos siglos.

Cúpole á Francia, cuna de estas reformas escolares, obtener las primicias de sus peregrinas innovaciones, sazoadas en tan breve espacio de tiempo, que, como escribe Mr. Poisson, « en seis años se tuvo una juventud casi por completo ignorante: algunas escuelas particulares mantuvieron aún algunas débiles reliquias de ilustración; pero en todos los puntos de Francia las luces se extinguieron. En 1800 los exámenes á que fueron sometidos los alumnos que contaban ya 20 años, de las escuelas especiales del Gobierno, revelaron al país espantado que individuos que iban á entrar á servir los destinos públicos, eran incapaces de expresar sus ideas, de darse á entender en su lengua de una manera clara y correcta, de redactar un informe inteligible y sin faltas de ortografía... El imperio de la inteligencia estaba amenazado en nuestro país » ¹. El mal ha ido tomando creces á pesar de la animosa oposición con que los

¹ *Recueil des lois et réglemens pour l'instruction publique*; cit. por LARRAIN: *Memoria sobre el Bachillerazgo en Humanidades*.

hombres de sano criterio han sostenido siempre, en los parlamentos y en la prensa, los fueros de la verdad; y particularmente en lo que concierne á las letras se ha descendido á tal grado de abatimiento que M. de Sacy, en un informe oficial sobre el estado de la literatura en Francia, redactado por encargo del Emperador y su Ministro en 1868, dice: « En las letras se tiene por ley la arbitrariedad; la crítica está muerta; ni existe ya entre nosotros literatura clásica: todo lo que no se refiere á las ciencias está invadido por la anarquía » ¹.

En Italia decaen tan lastimosamente los estudios desde que se han adoptado los sistemas modernos, que, á no tener en nuestro apoyo documentos oficiales, parecería enorme exageración el infeliz resultado de sus esfuerzos. En 1866, siete años después de haber cambiado los métodos, el Ministro de Instrucción Pública dispuso que se celebrase un *concurso de honor*, para averiguar el estado de la enseñanza en los liceos. De unos 4.000 alumnos que á la sazón contaban los 61 liceos que tomaron parte en dicho concurso, sólo 218 se atrevieron á entrar en la arena; y con tan infausta suerte, que ninguno de ellos mereció

¹ Citado en el opúsculo: *Etude sur l'enseignement littéraire*.

la medalla de oro, y únicamente 3 obtuvieron la de plata en la lengua latina y otros tantos en la italiana ¹.

Con estos antecedentes á ninguno puede causar extrañeza que la Comisión de Senadores, encargada de estudiar un proyecto de ley de instrucción secundaria, manifestase en su informe leído á las Cámaras el 10 de Agosto de 1867 como « la condición no próspera de todas las escuelas de la Nueva Italia era más grave que nunca en la enseñanza secundaria » ². Con su abrumadora elocuencia vienen los números á corroborar este aserto, pues la estadística de los exámenes generales dados al terminar la segunda enseñanza nos revela que en el año 1867 se presentaron 2.325 alumnos, siendo 750 aprobados y 1.575 reprobados; en 1868, de 2.855, fueron aprobados 456, y reprobados 2.399; en 1869, de 2.805, solamente 269 merecieron la aprobación, quedando reprobados los 2.536 restantes. Todo lo cual, dicho sea de paso, señala un progreso poco envidiable, como quiera que en el trienio á que nos referimos, la proporción de reprobados ha ido creciendo de 67 por 100 á 84, y por fin á 90, como se echa de ver en las ci-

¹ *Civiltà cattolica*: ser. VII, vol. II.

² *Ibidem*: ser. VII, vol. III.

fras anteriores, que fielmente reproducimos de publicaciones oficiales ¹. Que no mejoraron los estudios en adelante, bien á las claras lo atestigua una circular ministerial con fecha del 20 de Enero de 1878, que comienza así: « Hombres eminentes que han tenido por diversos motivos ocasión de examinar las composiciones literarias, tanto italianas como latinas, de los alumnos de nuestros liceos, han mostrado su desaliento por la poca habilidad que en el escribir muestra el mayor número de ellos » ². De esta « poca habilidad en el escribir » se lamenta el presidente de la Junta superior de los exámenes correspondientes al año 1881, y más aún la comisión encargada de juzgar las composiciones presentadas en un *certamen de honor* habido el año 1882, con idénticos fines y éxito mucho menos lisonjero que el *concurso* de 1866 arriba mencionado ³.

Las mismas causas van produciendo en otras naciones los mismos efectos, cuando circunstancias locales no logran atenuar su deletérea eficacia. Y á la verdad, no hay para que sacar á colación los escarmientos de los

¹ *Civiltà cattolica*: ser. XII, vol. II.

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

extraños, teniendo á la vista lo que entre nosotros pasa. Nunca en la República Argentina se había tomado más á pecho que en los últimos tiempos la difusión y adelantamiento de la segunda enseñanza, profusamente favorecida con los caudales del erario, y fomentada con solicitud que raya en nimia por los altos mandatarios de la Nación; sin embargo, las frecuentes quejas de los Rectores de Colegios Nacionales y de las Comisiones Examinadoras de sus alumnos resuenan como el lastimero acento de una esperanza frustrada, en el ánimo de cuantos anhelan ver á nuestra patria « coronada su sien de laureles » en el honroso torneo de la cultura literaria. En 1881, el Ministro de Instrucción Pública denunciaba ante el Congreso « la postración evidente y el desprestigio de los estudios en los establecimientos nacionales de segunda enseñanza »¹. El sucesor del Ministro que así hablaba expresa igual convicción diciendo: « A medida que crecen los elementos de instrucción, parece que decrece el estímulo de los alumnos; y la decadencia en los estudios se hace sensible y se comprueba en los exámenes de fin de año, que muestran la falta

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional de 1881, página 26 y 27.

general de preparación en los examinados »¹. Más graves todavía son las siguientes palabras del mensaje con que el Poder Ejecutivo recomendaba, en Junio de 1882, al Congreso de la Nación, un proyecto de ley para la reforma de la instrucción secundaria: « Los exámenes en los Colegios Nacionales no son satisfactorios, pues se muestran siempre á más bajo nivel que el que les corresponde. Pero no ha podido escapar á vuestra penetración este otro hecho que en todas partes se presenta denunciándose á sí mismo; los jóvenes que en estos últimos años han abandonado el aula universitaria para entrar en la vida práctica con una profesión liberal no vienen mejor preparados que aquellos á quienes les tocó el lote de un estado social casi embrionario y sujeto á mil perturbaciones, escasisimo de recursos, é imperfecto é insuficiente en todo sentido »².

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional de 1882, página XLI.

² La Tribuna Nacional: 9 y 10 de Junio de 1882, número 492.

§ II

Brilla con más luminosa evidencia la verdad que estos testimonios acreditan, si consideramos por separado los estudios literarios y científicos, que son como los dos polos en torno de los cuales gira toda la instrucción cundaria. Por lo que toca á las letras, está proscrita de nuestras aulas la lengua griega, sin reparar tal vez en que, según observa el insigne humanista colombiano M. A. Caro, «el abandono casi general del estudio del griego ha sido causa de que hayan venido á menos los estudios clásicos en los países latinos»¹. Y si bien es cierto que se conserva todavía la enseñanza del latín, nadie ignora que está amenazada de muerte y subsiste tan lánguida y enfermiza, que á duras penas sale de los establecimientos nacionales quien pueda gloriarse de entender medianamente las innumerables obras que en aquel rico idioma

¹ Artículo crítico publicado en *El Repertorio Colombiano*, reproducido en la obra: *Poetas bucólicos griegos, traducidos en verso castellano por* IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON, Obispo de Linares.

se escribieron. En otra parte de este trabajo demostraremos la importancia capital de las lenguas y literaturas clásicas; ahora basta á nuestro propósito denunciar el hecho de su decadencia entre nosotros, tanto más sensible, cuanto con más tenaz ahinco se empeñan en llevarlo á cabo muchos que con sus luces y autoridad pudieran contribuir á su esplendor y lucimiento.

El abandono de « los estudios clásicos, que siempre precedieron en todo pueblo culto á la creación de una literatura nacional »¹, contribuye poderosamente á que la nuestra se mantenga en un estado de postración, que no responde en verdad al fácil ingenio para el cultivo de las bellas letras, de que algunos nos alaban. Tenemos, sin duda alguna, escritores de galano estilo y frase pulida y acicalada, de lenguaje castizo, puro y correcto, aunque á veces mancillado con voces exóticas y ásperos solecismos; pero, si no queremos cerrar voluntariamente los ojos á la luz de la sana crítica, siempre severa en materias de buen gusto, hemos de confesar con rubor que van escaseando entre nosotros tales literatos, y que forman ya honrosas excepciones los que pueden proponerse como modelos de propie-

¹ CARO (Mig. Ant.): en el artículo citado.

dad y limpieza en la dicción y de aquel gracioso aliño y exquisito adorno que tanto campea en el estilo de nuestros mayores. Porque, en efecto, los que en materia de idioma nacional y patria literatura llevan la voz, son los redactores de la prensa diaria, que es casi la única literatura de la época, que todos devoran con insaciable afán, y á la cual van muchos á buscar inspiración y ejemplo para modelar según ella sus escritos. Mas á nadie se oculta que en este género de producciones predomina la frivolidad en el fondo y la incorrección en la forma, y que en ellas aquel estilo clásico, que tanta gravedad y peso comunica á los escritos, con sus partes tan trabadas y compactas, con sus majestuosos períodos, tan claros en su extensión, que revelan el orden en la inteligencia y la profundidad en los conceptos, ha cedido su lugar á un modo de escribir desligado y flojo, que deja traslucir la incoherencia y superficialidad de las ideas que el escritor va espigando en el vasto campo de sus conocimientos enciclopédicos, para ofrecer á sus lectores diarios un ramillete, que tal vez á primera vista agrade por su vistosa variedad, pero que pronto se les cae de las manos por su confusa y enmarañada disposición: estilo cómodo y muy de moda, pero nada propio de un entendimiento avezado al rigor

del raciocinio y conocedor de la materia que trata. El usar de barbarismos se tiene por gala y donaire, hasta en obras de mayores alientos que los artículos de un periódico, y no les parece á algunos que hayan de ser considerados sus escritos como dignos de estima, si en ellos no andan esparcidas con abundancia voces extranjeras, y esas con la misma cruda forma que tienen en las lenguas de donde se copian. ¿Quién, por poco que lea, no se habrá hastiado muchas veces de ver engastadas en escritos de lengua castellana voces de forma y desinencia á ella tan ajenas como *affaire, toilette, causerie, on dit, soi disant, bill, high life* y otras ciento, que la mayor parte de los lectores ni siquiera pueden entender? En cuanto á la sintaxis y á los idiotismos, con tanto tino y energía manejados por los buenos autores, y que imprimen en cada idioma el sello distintivo de su carácter, son desconocidos por la mayoría de nuestros escritores, que los sustituyen con frases y giros extranjeros, desdorando lastimosamente el lustre y gallardía de la hermosa habla de Castilla. Daño tan grave, que de él dice el príncipe de los hablistas americanos, D. Andrés Bello: «El mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va á privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la

avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende á convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fué la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua, ó por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven á su lado otros varios, oponiendo estorbos á la difusión de las luces, á la ejecución de las leyes, á la administración del Estado, á la unidad nacional » ¹. Esta es la fiel pintura del estado actual de la lengua entre nosotros, muy conforme á lo que podía esperarse de la viciosa organización de los estudios literarios, que ya en 1876 lamentaba el Rector del Colegio Nacional de Corrientes, asegurando en su Memoria que « raras veces se encuentra un joven que después de terminados sus estudios en uno de los Colegios Nacionales escriba con regularidad su propio

¹ *Gramática de la Lengua Castellana, destinada al uso de los americanos: Prólogo.*

idioma » ¹. Pues bien: aquellas semillas han germinado y crecido en el transcurso de diez años, y ahora nos toca recoger sus amargos frutos.

Con todo, muchos en quienes el principio utilitario tiene adormecido y quizás amortiguado el gusto estético no llevarán á mal que se arrastre por los suelos la literatura patria, á trueque de despertar en la juventud argentina la afición por los estudios científicos, que ofrecen emolumentos más seguros. Pero es el caso, que hasta el presente, en todo lo que requiere esta clase de conocimientos tenemos que valernos de sabios extranjeros retribuidos con pingües rentas, poniendo á riesgo de fraudes y estafas los más vitales intereses del país, y, lo que es peor, dejando mal parada nuestra reputación ante las naciones cultas. Mucho se viene hablando de un tiempo á esta parte en favor de las ciencias y no faltan personas crédulas en demasía, que movidas de estas alharacas vislumbran la aurora de una nueva época, en la cual nuestra República pueda emular los progresos científicos de otras naciones. Holgaríamos de ver cumplidos estos nobles deseos aunque no conceda-

¹ *Memoria presentada al Congreso Nacional de 1876 por el Ministro de Instrucción Pública, pág. 361.*

mos á esta clase de estudios la desmedida importancia que algunos le atribuyen; pero por desgracia es brillo de oropel el que en este asunto trae á muchos deslumbrados. Así lo declaró sin rebozo la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la capital, en el informe presentado al Ministerio de Instrucción Pública el año 1885, del cual el Sr. Ministro, en nota al Rector de la Universidad, copia el siguiente capítulo, que trasladamos íntegro, porque esclarece á maravilla la verdad de nuestras apreciaciones: «La Facultad, en virtud de la deficiencia que se nota en la preparación de muchos de los alumnos que ingresan á sus aulas, en lo que se refiere á las matemáticas elementales, no obstante la presentación de los certificados de los estudios completos de los Colegios Nacionales, ha resuelto imponer á los candidatos á la admisión un examen previo sobre las siguientes asignaturas: Aritmética, Álgebra, Geometría plana y del espacio, y Trigonometría rectilínea y esférica, que son indispensables para la mayor parte de las enseñanzas ulteriores.»

Tenemos, pues, que la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas nota «deficiencia en la preparación de muchos de los alumnos que ingresan á sus aulas»; lo cual revela el mal estado de la instrucción media «en lo que se

refiere á las matemáticas elementales,» y no permite acariciar ilusiones de grandes progresos científicos, porque aquellos ramos «son indispensables para la mayor parte de las enseñanzas ulteriores.» Advierte también dicha Facultad, que tal deficiencia se observa, «no obstante la presentación de los certificados de los estudios completos de los Colegios Nacionales;» y acerca de este punto llamamos la atención de algunos que con infantil candidez, más digna de compasión que de censura, no se persuaden de la decadencia de los estudios en nuestra patria, porque las estadísticas de los exámenes no revelan tan crecido número de reprobados como algunas que de otras naciones suelen citarse. No se crea por esto que podemos gloriarnos de llevarles ventaja; pues bien sentidas quejas hacen llegar al Ministerio de Instrucción Pública los Rectores y Examinadores de Colegios Nacionales, lamentándose con frecuencia de que es imposible á los estudiantes preparar tantas asignaturas y con tan extensos programas; disculpando otras veces, con calculadas reticencias y significativas pretericiones, los cortos adelantos de los alumnos, ó atribuyendo el fracaso á circunstancias puramente locales. Ni hay para qué ocultar, pues lo pregona la voz pública, que en algunos tribunales de

exámenes se dobla la vara de la justicia en favor de menguados intereses, como en otros se hace alarde de extremada rigidez por mezquinas rivalidades, á las que no es del todo ajena la envidia; consta que en algunas clases no han podido verse toda la materia prefijada en los minuciosos cuestionarios que adelantán los profesores al principiar el curso, y que á los alumnos de cursos oficiales se les dispensa en las pruebas de fin de año de la parte del programa que no se ha explicado, si bien á los estudiantes libres y de Colegios particulares se les exige hasta la más insignificante pregunta, con notorio agravio de la igualdad á que tienen perfecto derecho. A propósito de lo que vamos diciendo, recordaremos aquí las graves denuncias con que *El Diario* acusaba ante el público los exámenes del Colegio Nacional de Buenos Aires, que para el logro del más cumplido éxito cuenta con mejores elementos que los de provincias. Pues á pesar de esto, «podemos afirmar, dice *El Diario*, sin temor de ser desmentidos, porque tenemos el testimonio de los mismos alumnos del Nacional, que *casi en ninguna clase* se han explicado los programas íntegros, siendo así que los profesores tienen obligación de repasarlos... A los alumnos del Colegio Nacional se les dispensó en el examen

de gran parte de los programas de Alemán y Latín — de ocho problemas de Topografía — de varios puntos de Cosmografía — de algunas bolillas de Economía — de una buena parte de Historia contemporánea, media y moderna — de casi la mitad del programa de Literatura general — de toda la Lógica — de la parte *razonada* de Aritmética y Algebra — de todo lo que no trae el antiguo texto de Fregeiro, esto es, la mitad ó más de la Historia Argentina — de no pocas preguntas de Geografía de segundo año»¹. Y á despecho de tal favoritismo insiste el valiente articulista en declarar que, «es voz común, y está en la *ciencia y conciencia* de todos, que los exámenes del Colegio Nacional han sido este año (1885), como el anterior, detestables;» añadiendo para desencanto de algunos ilusos, que «sin embargo, el número de reprobados es pequeño, y el de distinguidos y sobresalientes excesivo.» De donde inferimos con recta ilación, que si á pesar de haberse cercenado considerablemente las materias de exámenes, han sido éstos detestables, y si con ser detestables y todo el número de reprobados es pequeño, queda desvanecida la creencia de muchos que, alucinados en vista de las estadísticas

¹ *El Diario*, 23 de Diciembre de 1885.

oficiales, se resisten á reconocer la deplorable decadencia de la instrucción media entre nosotros, cuando ponen en parangón el resultado lisonjero de nuestros exámenes con los datos más francos y leales de otras naciones.

Tócanos ahora, en razón del sincero deseo que nos anima de promover la cultura patria, investigar las causas que han arrastrado nuestros estudios al actual abatimiento que hemos bosquejado; gustosa tarea que iremos desempeñando en los capítulos sucesivos.

CAPÍTULO III

MOVILIDAD DE LOS PLANES DE ESTUDIOS

§ I

UNA de las causas que más poderoso influjo ejerce en la decadencia de la instrucción media, y que es al mismo tiempo uno de los caracteres distintivos de la enseñanza moderna, consiste en la continua movilidad de los planes de estudios, especie de labor oficial harto parecida á la de Penélope, ocupada en tejer y destejer sin provecho. Revela esta desazón un malestar interno que vicia el organismo de la enseñanza actual, y la falta de un bien que se busca y no se encuentra en los diversos sistemas que al presente están en boga; por lo cual hace á nuestro intento tratar este asunto con

oficiales, se resisten á reconocer la deplorable decadencia de la instrucción media entre nosotros, cuando ponen en parangón el resultado lisonjero de nuestros exámenes con los datos más francos y leales de otras naciones.

Tócanos ahora, en razón del sincero deseo que nos anima de promover la cultura patria, investigar las causas que han arrastrado nuestros estudios al actual abatimiento que hemos bosquejado; gustosa tarea que iremos desempeñando en los capítulos sucesivos.

CAPÍTULO III

MOVILIDAD DE LOS PLANES DE ESTUDIOS

§ I

UNA de las causas que más poderoso influjo ejerce en la decadencia de la instrucción media, y que es al mismo tiempo uno de los caracteres distintivos de la enseñanza moderna, consiste en la continua movilidad de los planes de estudios, especie de labor oficial harto parecida á la de Penélope, ocupada en tejer y destejer sin provecho. Revela esta desazón un malestar interno que vicia el organismo de la enseñanza actual, y la falta de un bien que se busca y no se encuentra en los diversos sistemas que al presente están en boga; por lo cual hace á nuestro intento tratar este asunto con

alguna prolijidad, especialmente en lo que toca á esta República, que adolece también de esa febril agitación con sensible detrimento de la solidez y profundidad de los buenos estudios.

Acerca de los demás países nos contentaremos con reproducir de la autorizada revista *La Civiltà Cattolica*, lo que dice Gabelli respecto á Italia, pues retrata fielmente lo que está pasando en muchas otras partes. « No diremos, escribe este autor, que el público italiano se haya vuelto del todo escéptico; pero ha perdido su juvenil curiosidad en materia de reformas escolares. De veinte años á esta parte se han manoseado y revuelto tanto los reglamentos de nuestras escuelas, que hay razón para deducir, ó que ellos son de una constitución muy robusta, si han podido resistir á tantas sacudidas y á tantos trastornos, ó que están enfermos hasta el punto de desesperar de su salud, si después de tantos remedios todavía no la recobran. Ni aun se espera á recoger una buena experiencia de cualquier reforma; antes bien muchas veces no se aguarda á plantearla por completo, cuando otra le corre en zaga, la acomete y la sepulta, como hacen las olas empujadas por los vientos en un mar tempestuoso. Y las naciones extranjeras, aun aquellas que más ad-

miramos, no tienen mejor suerte ni más cordura que nosotros. Hojeando las colecciones de leyes sobre instrucción promulgadas en Prusia, Francia ó Bélgica, se tropieza con un fárrago de reglamentos, notificaciones, circulares y reformas de toda laya, acumuladas unas sobre otras, que casi casi llega uno á consolarse un tanto de las nuestras »¹. Con palabras menos templadas, aunque igualmente verdaderas, manifestaba los mismos conceptos el Diputado Mariotti, diciendo á la Cámara Legislativa, en la sesión del 6 de Marzo de 1883: « La decadencia de los estudios literarios es grandísima... ¿No hace tiempo que se oye esta queja: los estudios están mal ordenados? ¿Cuántas leyes han sido propuestas? Sería curiosa su estadística. Yo no hablo de todos aquellos reglamentos que hacen y deshacen los Ministros. Si hay algo á lo que yo quisiera se aplicase luego la cremación, serían cabalmente todos los reglamentos fabricados por el Ministerio de Instrucción Pública »². Y añade de propia cuenta *La Civiltà*, después de citar estas expresiones, que « solamente en el tiempo transcurrido desde 1859 hasta 1877, las leyes y

¹ Cit. en *La Civiltà Cattolica*, ser. XII, vol. II.

² *Ibidem*.

decretos que se han hecho para atormentar la pública instrucción en Italia ascenden á veintidós, aparte de los reglamentos y otras prescripciones que forman una montaña.»

No ha gozado de mayor sosiego la enseñanza secundaria en la República Argentina, merced á la benévola acogida con que adoptamos sin madura deliberación toda suerte de mercancías pedagógicas que ostentan marca de procedencia extranjera. Hay un vano prurito de introducir la moda en los estudios como en los trajes, y de aquí esos frecuentes cambios de métodos que hoy se exhiben rozagantes y ufanos, para ir mañana á enterrarse en la polilla de los archivos, cediendo su lugar al último figurín que el correo nos ha importado. Como si se hubiesen apagado del todo en el cielo de la ilustración argentina las luces de la inteligencia, podemos con rubor aplicar á nuestros estudios lo que hablando de la madre patria decía el erudito escritor Menéndez Pelayo: «Ha reinado aquí una insensata manía de remedar fuera de propósito todo lo que en ultra-puertos estaba en boga; y sin pararnos en barras, importamos (siempre tarde, mal, y á medias) teorías, libros, planes de enseñanza, programas, todo á medio mascar y sin cuidarnos de si ence-

rraban ó no elementos discordantes. Así, nuestro actual sistema de estudios es un mosaico en que hay de todo y para todos gustos, menos para el gusto español puro y castizo»¹. A muy serias reflexiones se presta esta tendencia antipatriótica que pretende borrar de nuestras instituciones el sello de la propia nacionalidad, vaciando las nuevas generaciones en moldes de forma peregrina; mas para el objeto de este trabajo basta haber indicado el origen sospechoso de la movilidad que agita el actual régimen de enseñanza, y pasamos ya á declarar con el testimonio de los hechos, que, respecto á dicha movilidad, no tenemos mucho que envidiar á las naciones más bullidoras é inconstantes.

En efecto, en el período de los últimos 20 años, desde que la Confederación quedó definitivamente organizada, y se unieron todas sus provincias con el lazo de una misma Constitución, los planes de estudios se han sucedido con tal rapidez, que, excepción hecha del primero publicado en 1863, ninguno de los siguientes ha estado en vigor el número de años que dura la enseñanza secundaria, tiempo preciso para llegar á plantearlo completamente, y nunca suficiente para apreciar

¹ *La Ciencia Española*, 2.^a edic.

y ponderar según los resultados su respectivo mérito. Y aun ahora, á pesar de tantas ediciones corregidas y aumentadas, no hemos logrado formular un plan que merezca la aprobación de los Rectores y Profesores de Colegios, sean del Estado ó de particulares, y los aplausos de la prensa sensata é independiente.

§ II

Apareció el primer plan de estudios en 1863, con ocasión de fundarse entonces el Colegio Nacional de Buenos Aires, haciéndose extensivo después sucesivamente á los demás Colegios Nacionales que, conforme á la planta de aquél, se fueron estableciendo en cada provincia. Dicho plan, el que entre nosotros ha disfrutado de más larga vida, llegó á durar siete años, quizás porque la guerra contra el Paraguay divertía la atención del Gobierno hacia intereses de otro orden. No bastando para perfeccionarlo algunas modificaciones parciales que hubo de sufrir en el decurso de este largo

ensayo, el Poder Ejecutivo en decreto expedido el 24 de Marzo de 1870 lo reformó « para dar colocación más adecuada á algunas materias, para ampliar la enseñanza de otras, ó para distribuirlas en un orden más apropiado á la misma, » como explican los considerandos que le preceden; y con la mira de que « no solamente debe servir para los jóvenes que se dediquen á seguir una profesión universitaria, sino para todos los que quieran ilustrarse, constituyendo y combinando un conjunto de enseñanzas que los preparen para todas las carreras activas de la vida social. »

Mas acaeció que este conjunto de enseñanzas no debió de constituirse y combinarse con tanto acierto como buen deseo, por cuanto con fecha del 3 de Febrero de 1874 salió á luz otro nuevo plan de estudios, advirtiendo en sus preámbulos, como para desvirtuar el anterior y dar razón del cambio, « que en los países donde los establecimientos de enseñanza han alcanzado más alto grado de perfeccionamiento, está probada la conveniencia de dividir los cursos anuales en dos ó más términos... y que la experiencia ha demostrado la necesidad de introducir en el plan de enseñanza secundaria de los Colegios Nacionales, no sólo la condición expresada, sino también otras modificaciones, ampliando algunas ma-

terias y distribuyéndolas todas de modo que las complejas estén precedidas por las que les son fundamentales, sin que resulte acumulación excesiva de ellas en ningún año de estudios.»

No salió de mantillas este plan desafortunado; porque en 15 de Enero de 1876 vino á reemplazarle otro, con el fin «de dar una gradación más lógica á ciertas enseñanzas, extender ó circunscribir otras, y aun sustituir á ramos de una utilidad remota algunos de utilidad más inmediata que no estaban comprendidos en el plan vigente.» Cayeron sobre el plan novísimo, como sobre los precedentes, las censuras de los Rectores de Colegios Nacionales, y accediendo á sus instancias, se nombró el 10 de Febrero de 1879 una comisión que estudiase y discutiese las reformas que en él debían introducirse. Luego que propuso dicha comisión el resultado de sus conferencias, vino el decreto de 8 de Marzo, que con el especioso disfraz de meras «modificaciones» nos metió por las puertas el cuarto Plan de estudios que vió nacer aquel descontentadizo decenio.

Apenas podía comenzarse á ponerle en ejecución, cuando reiteraron sus críticas de costumbre los Rectores, y en 1881 el nuevo Ministro del ramo informaba al Congreso que

«la instrucción pública... marcha al acaso, sin orden, sin método, sin sistema, sin unidad y sin propósitos,» y sugería como remedio á tantos males una radical innovación, «metodizándola y deslindando en nuestros establecimientos de instrucción secundaria la enseñanza *profesional* de la que M. de Salvandy ha denominado *especial*; la científica de la meramente literaria, etc.; adaptando á estas clasificaciones y fines diversos de ella los programas de estudios y su distribución en Colegios ó Institutos que respondan, por una organización peculiar, á tan diversos objetos y fines»¹. Este proyecto, que hubiera echado por tierra todos los planes anteriores, no llegó á realizarse, sin duda porque su autor dejó pronto el cargo que desempeñaba. Pero el Ministro que le sucedió expuso también las bases de otra reforma en la Memoria que de oficio presentó á las Cámaras en 1882², y conforme á las ideas en ella contenidas, el Poder Ejecutivo remitió en Junio al Congreso de la Nación un «proyecto de ley, referente á la enseñanza en los Colegios Nacionales que la República costea, en las Escuelas Normales y

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional de 1881, páginas 37 y 35.

² Pág. XLIV-XLVI.

en los Institutos de Escuelas unidas que en él se propone »¹. Tal proyecto reducía á cuatro años la duración de los estudios secundarios y creaba « en todas las Capitales de provincia y en todas las ciudades de la República donde exista un Colegio Nacional, un Establecimiento de estudios preparatorios de ambos sexos, bajo el título de « Instituto de Escuelas Unidas, » en las que se dará la enseñanza preparatoria conveniente para habilitar á los alumnos á ingresar, al fin de los cursos de dichos institutos, á los Colegios Nacionales »². No llegaron á sancionarse estas mudanzas, ni siquiera á discutirse en el Congreso; pero pasado año y medio, el mismo Ministro, «teniendo en vista el trabajo presentado al respecto por el Sr. Rector del Colegio Nacional de la capital y lo informado por el Sr. Inspector de Colegios Nacionales y Escuelas Normales, » logró que el Presidente de la República decretase con fecha del 23 de Febrero de 1884 el plan de estudios que actualmente rige; sexto de los que en el breve intervalo de 21 años han sido norma de la instrucción secundaria en la República Ar-

¹ *La Tribuna Nacional*, 9 y 10 de Junio de 1882; número 492.

² *Ibidem*.

gentina. Al exhibir esta abigarrada reseña nos hemos contentado con señalar el hecho histórico, sin pararnos á indagar cuál de tan diversos planes es preferible, ó si todos son detestables: pero no se oculta al buen sentido de nuestros lectores, que la promulgación de cada plan incluye forzosamente el desprecio y hasta la muerte del anterior, castigo que no se le impondría en caso de estimarle apto para los fines apetecidos. Y están de acuerdo con esta observación casi todos los considerandos que encabezan los decretos de reforma, aun el preámbulo del último de 1884.

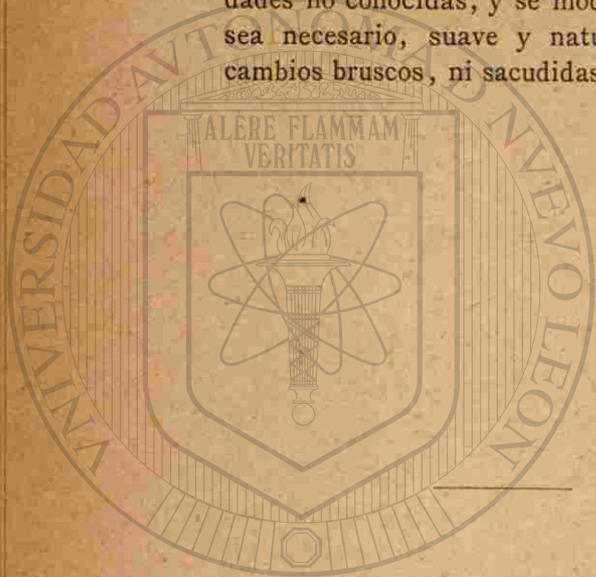
Reflexionando ahora con detenimiento acerca de esta vertiginosa inquietud con que, en lo concerniente á la segunda enseñanza, edifican y destruyen, crean y aniquilan los factores de los modernos sistemas, fácil es conjeturar que han errado el camino, y andan á manera de viajeros extraviados, enderezando su ruta hacia el primer rayo de luz que ven resplandecer en medio de sus tinieblas. Carácter esencial de lo verdadero es el ser constante; mas los modernos sistemas de enseñanza con sus continuos cambios dan pruebas evidentes de no estar asentados sobre la roca incommovible de la verdad. Habiendo torcido á sabiendas el fin de la instrucción media en

odio al régimen antiguo, se dejan llevar de los vientos de las novedades como navío sin gobernalle, y por eso no dan muestra de tener pauta alguna que los dirija, ni en cuanto al número de años que debe durar la enseñanza secundaria, ni en cuanto á las materias que comprende y la extensión é importancia que cada una requiere, ni en cuanto al orden ó método más adecuado á la capacidad de los alumnos: en suma, la pedagogía moderna ha mostrado mucho afán en destruir lo antiguo y ha sabido ejecutarlo á las mil maravillas; pero cuando aplica sus conatos á levantar el nuevo edificio, conforme á los diseños que se había forjado, encuentra la tarea más difícil y se ve reducida á perpetuos y estériles ensayos. Si se tratase de cosas indiferentes, podríamos llevar en paciencia tanto trasiego y embrollo; pero es preciso observar que la sana institución de la juventud tiene consigo vinculados los más caros intereses de la familia y de la sociedad entera, y por eso lamentamos que este espíritu novador sacrifique el porvenir del noble pueblo argentino, valiéndose de sus jóvenes para probar en ellos, como los médicos *in anima vili*, sistemas caducos, reprobados por la experiencia de otras naciones, que los pregona funestos á todo progreso científico y literario. ¿Y quién no comprende

á primera vista que esta incesante movilidad no puede menos de acelerar la decadencia de los estudios en nuestra patria? Cada vez que se altera ó renueva el plan de estudios, sufren un trastorno general los establecimientos que han de adoptarlo; los profesores pierden parte del fruto de sus experiencias adquiridas con la práctica de enseñar las mismas materias en las mismas circunstancias; se acostumbran los alumnos á tener en poco los reglamentos vigentes, porque esperan verlos sustituidos á cada paso por otros; respiran sin cesar una atmósfera de vacilaciones é incertidumbre; y sometidos por decirlo así, primero á la presión de un molde, y después á la de otro ú otros de contornos y entalladura diferentes, acaban por no sacar la forma de ninguno.

Y no se diga que la estabilidad en los planes de estudios entraña « la estagnación, la resistencia á todo progreso científico » y « la inmovilidad cadavérica. » Lejos de excluir todo legítimo adelanto en esta materia, lo aceptamos de grado; pero nunca sin maduro examen. El plan de estudios que quisiéramos ver adoptado debiera proceder en tales casos á la manera de un organismo viviente, que no crece por yuxtaposición de sustancias extrañas y á veces heterogéneas y contrarias;

sino que se conserva y se desarrolla en virtud de un principio activo, cuya fuerza hace que se asimile los nuevos descubrimientos de verdades no conocidas, y se modifique, cuando sea necesario, suave y naturalmente, sin cambios bruscos, ni sacudidas violentas.



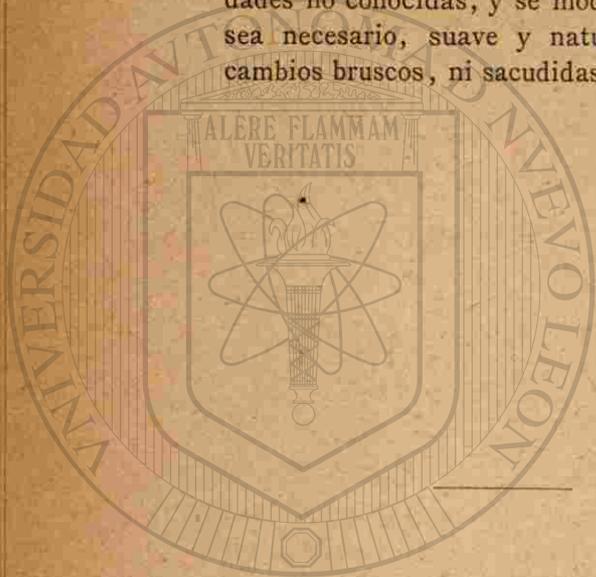
CAPÍTULO IV

RECARGO EXCESIVO DE LOS ESTUDIOS

§ I

DE concierto con la movilidad de los planes de estudios, conspiran á precipitar la decadencia de la enseñanza secundaria el excesivo número de materias que en ella se incluyen y la desmedida extensión que á cada una asignan sus respectivos programas: contra ambas cosas vienen desde hace años levantando su voz los Rectores de Colegios Nacionales en la República Argentina, como consta por los informes que anualmente se agregan á la Memoria que el Ministro de Instrucción Pública presenta al Congreso. Pero el mal subsiste, á pesar de las

sino que se conserva y se desarrolla en virtud de un principio activo, cuya fuerza hace que se asimile los nuevos descubrimientos de verdades no conocidas, y se modifique, cuando sea necesario, suave y naturalmente, sin cambios bruscos, ni sacudidas violentas.



CAPÍTULO IV

RECARGO EXCESIVO DE LOS ESTUDIOS

§ I

DE concierto con la movilidad de los planes de estudios, conspiran á precipitar la decadencia de la enseñanza secundaria el excesivo número de materias que en ella se incluyen y la desmedida extensión que á cada una asignan sus respectivos programas: contra ambas cosas vienen desde hace años levantando su voz los Rectores de Colegios Nacionales en la República Argentina, como consta por los informes que anualmente se agregan á la Memoria que el Ministro de Instrucción Pública presenta al Congreso. Pero el mal subsiste, á pesar de las

reclamaciones de todas las personas sensatas y de las quejas manifestadas aun por los mismos que, pudiendo ponerle remedio, contribuyen á perpetuarlo; por esto hemos juzgado ser de sumo interés para la causa que tratamos ocuparnos en el carácter enciclopédico de la instrucción media, cuyo último resultado es siempre «saber algo de todo, y en todo nada.»

En 1874, cuando el plan de estudios estaba todavía menos recargado que el actual, el Rector del Colegio Nacional de Salta escribió al Ministro de Instrucción Pública: «El resultado de los exámenes, á juicio de la comisión, verdadero juez para informar en este punto, ha sido muy satisfactorio, si ha de tenerse en vista el recargo de ramos científicos que gravita sobre la inteligencia de los jóvenes, reclamando su atención, alternativamente y sin reposo, hacia cuatro diferentes materias por día; grave mal, cuya necesaria consecuencia es la absoluta confusión de ideas hasta hacer quizás ilusorio el esfuerzo y constancia del Catedrático... Otro grave mal, pernicioso á la disciplina escolar, surge de aquel recargo excesivo de asignaturas en ciertas aulas; tal es la imposibilidad, en casi el total de los alumnos, de sujetarse con estrechez al plan de estudios, y cursar todas las fijadas á cada

año, por no serles bastante el tiempo material de que disponen »¹.

Al fin del mismo curso, el Rector del Colegio Nacional de Catamarca, después de manifestar que «el sistema de dos exámenes anuales es importantísimo en sus resultados,» añade: «Si bien es verdad que esta reforma viene á ejercitar benéficamente la actividad de los estudiantes, no lo es menos que los extensos programas prescritos la enervan y debilitan, hasta hacerla caer abrumada bajo la inmensa balumba de las múltiples y diversas materias que abarcan... Basta leer los programas para persuadirse que son más á propósito para Establecimientos Universitarios, que para colegios preparatorios... Los pueblos más adelantados de Europa, ni aun en sus estudios profesionales tienen programas obligatorios más vastos y complicados que los de nuestros colegios... Entre los miembros de las Comisiones Examinadoras del presente año, han figurado tres con conocimientos profesionales, adquiridos en las mejores Universidades de Alemania; sin embargo, no conocían todos los ramos de la enseñanza, como habrá sucedido lo mismo en esa gran ciudad. No

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional de 1875 por el Ministro de Instrucción Pública, páginas 321 y 322.

sería aventurado afirmar que el alumno que recorriese con provecho todo el plan de estudios preparatorios no tendría necesidad de pisar el vestíbulo de las Universidades; pero esto es imposible... Lo más que podrá alcanzarse, y esto es en algunos ramos, será que el alumno encomiende todo á la memoria, descuidando el cultivo de la más importante de sus facultades: la inteligencia »¹. Reformóse más tarde el plan de estudios, pero sin tener en cuenta estas quejas; de suerte que en 1879, el Rector del Colegio Nacional de Mendoza hacía constar en su informe, como « el plan de estudios impone para cada grado de la enseñanza un considerable número de materias diferentes, que ponen á la generalidad de los alumnos en la imposibilidad de abarcarlos simultáneamente con la debida solidez »²; y al mismo tiempo el Rector del Colegio Nacional de la Rioja, apoyando sus reclamaciones en la opinión general, escribía desde Córdoba: « Es una necesidad reconocida ya por todos mis colegas de la República, la de reformar el plan de estudios vigente,

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional de 1875 por el Ministro de Instrucción Pública, páginas 424 á 426.

² Memoria del Departamento de Instrucción Pública, presentada al Honorable Congreso de la Nación en sus sesiones del año 1879, pág. 419.

como la de reducir los programas de las diferentes asignaturas que aquél comprende... Hacer, pues, más práctico el actual plan de estudios, rehaciendo la colección de programas, reduciendo aquellos más extensos y para cuyo cumplimiento falta el tiempo material, y adoptar textos menos difusos que al presente, son medidas que redundarán indudablemente en pro de la marcha de nuestros Colegios Nacionales »¹.

Esta demasía en el número de asignaturas y sobrada extensión de los programas no disminuyó con la reforma llevada á cabo en aquel mismo año; y para no hacernos pesados acumulando citas que repiten constantemente iguales observaciones, nos contentaremos con agregar el testimonio de los dos últimos Ministros de Instrucción Pública, quienes por razón de su cargo deben estar fielmente informados de los obstáculos con que tropieza el adelanto de los estudios en los establecimientos de la Nación. En la Memoria presentada al Congreso en 1881 se expresa así el Ministro: « Con relación á la instrucción media, hemos creído haberlo hecho todo por ha-

¹ Memoria del Departamento de Instrucción Pública, presentada al Honorable Congreso de la Nación en sus sesiones del año 1879, pág. 410.

ber resucitado una ó dos lenguas muertas, agregado dos ó tres idiomas vivos á sus programas, y recargado estos últimos inconsiderada é irreflexivamente con un número tal de asignaturas, que sólo sirve para abrumar y desterrar al alumno, produciendo así el vacío en las aulas, por falta de organización y de método en éste como en los demás grados de la instrucción pública; y en la perspectiva de una carrera que abre las puertas á los honores y á los puestos públicos del gobierno y de la política, los más valientes acometen la empresa de seguir aquellos *cursos preparatorios*, seguros de que no se les exigirá en instrucción sino la superficialidad de sus extensos programas en esta multiplicidad de asignaturas y ramos de la enseñanza»¹. El sucesor del Ministro que así hablaba, aunque eche por otro camino, busca no obstante el mismo término; pues con la mira de preparar el terreno al proyecto que en Junio de 1882 había de proponer al Congreso, adelantó en la Memoria de aquel año estas indicaciones: «Creo también indispensable atender más á la solidez de la enseñanza que al lujo en el número de asignaturas, suprimiendo cursos que aumentan el

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional de 1881, página 31.

trabajo del alumno dejándole poco provecho. No debe haber en los Colegios clases que pertenezcan á la enseñanza primaria ni á la superior... Por esto, al mismo tiempo que se suprimen las clases elementales, deben suprimirse también las de aquellas asignaturas que, con nombres más ó menos disimulados, figuran hasta el presente en los programas, y que en realidad pertenecen á la instrucción superior»¹; y á renglón seguido cita como ejemplos la Economía política y el Derecho Constitucional, «por más que al hablar de la primera asignatura en los Colegios se afirme que la materia se trata de una manera elemental, y por más que se presente á la otra con el nombre de Instrucción Cívica, destinado á destituirla, en apariencia, de su importancia, y quitarle su carácter universitario.» Ahora bien: parece muy puesto en razón que conforme á estas opiniones declaradas ante el Cuerpo Legislativo de la República, el Ministro había de aligerar el pesado bagaje de materias, asignaturas y programas que oprime á nuestros jóvenes durante la carrera de sus estudios secundarios. Mas ha sucedido todo al revés: porque el Congreso no se ocupó en el

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional de 1882, página XLV.

proyecto que en Junio del mismo año le remitió el Poder Ejecutivo¹; y á principios de 1884, sin intervención alguna de las Cámaras, vió la luz pública el plan de estudios que todavía está en vigor actualmente, á pesar de los valientes ataques con que repetidas veces lo ha hostigado la prensa de Buenos Aires. En él no sólo se conserva la Economía política, sino que se le agregan Nociones de Administración y Estadística, presentando como una materia tres ciencias que son en realidad distintas; desaparece la Instrucción Cívica, pero es para dar lugar á las Nociones del Derecho general, y especialmente del Político y Civil; se suprime la Teneduría de Libros, y llena este vacío la Contabilidad, de la cual aquélla no es más que una parte; no se estudia Agrimensura, aunque sí Topografía, que abarca mayor amplitud de conocimientos; se quita el Griego y se le reemplaza con el Alemán; las Revistas generales de la Geografía y de la Historia están substituídas con creces por la Geografía Antigua, Literatura Española y de los Estados Sud-americanos, y las Nociones generales de Literaturas Extranjeras; á todo lo cual se añaden varias Nociones de Estética y un curso homeopático de Estenografía; re-

¹ Es el que hemos descrito págs. 35 y 36.

servando además con especialidad para los cursos regulares el Dibujo natural, la Música, Gimnasia y Ejercicios militares, «cuya enseñanza se dará fuera de las horas marcadas para las demás asignaturas.»

Cualquiera que no cierre voluntariamente los ojos á la luz de la evidencia habrá de reconocer en fuerza de lo dicho que el plan de 1884 está más recargado de materias que el de 1879, y que si éste sólo servía «para abrumar y aterrar al alumno», aquél lo sepulta bajo la inmensa balumba de los 57 programas que supone, y es capaz de espantar á los más animosos con los 57 exámenes á que los somete. Mas si los Rectores de Colegios Nacionales y los Ministros de Instrucción Pública conocen y confiesan ser excesiva la tarea que se impone á los estudiantes, ¿por qué no se reduce el número de materias? ¿por qué más bien se tiende á aumentarlas? Si el mismo Ministro que con su firma legalizó el novísimo plan de estudios afirma que «es indispensable no fatigar la inteligencia de los alumnos con detalles excesivamente prolijos ó sin importancia práctica para otros estudios», de suerte que «los alumnos adquieran el conocimiento completo de ciertas materias, y de otras únicamente su marcha general»; si declara con noble franqueza que «los textos han

sido muchas veces inadecuados, los programas recargados y el celo de los profesores poco eficaz», advirtiendo prudentemente ser «necesario corregir estos defectos que debilitan la enseñanza y hacen imposible su lógico desenvolvimiento»¹: ¿Cómo es que ahora se dictan programas más extensos y detallados que nunca, «monumentos de pedantería», según los apellidó *El Diario*, cuya cabal exposición es de todo punto impracticable? ¿Cómo se ponen en manos de principiantes textos desmesuradamente difusos, propios de facultades mayores, y por tanto ineptos para la instrucción media? ¿Contradicciones del sistema! Pero las raíces del mal están en otra parte; y mientras no se arranquen de cuajo, el campo de la enseñanza seguirá siendo un matorral inculto, que no brotará sino majuelos silvestres cubiertos de bella flor que oculta punzantes espinas.

¹ Circular que precede al Plan de Estudios para los Colegios Nacionales, dictado por Decreto de 23 de Febrero de 1884, páginas 16, 17 y 19.

² Después de escritas estas reflexiones, se anunció que el Sr. Ministro de Instrucción Pública había ordenado que se hiciesen programas menos recargados, los cuales se han de sujetar al examen de una comisión nombrada al efecto.

§ II

En efecto, los modernos planes de estudios, y en particular el que ahora rige en el país, toman por blanco la utopía de que, durante el período de la instrucción secundaria debe el joven adquirir *todos* aquellos conocimientos en virtud de los cuales «se forma el hombre instruido, el que debe bastarse para determinar la dirección de sus fuerzas ejercitando sus deberes públicos y sus deberes privados; al par que se forma también el que, con mayores ambiciones y una inteligencia bien equilibrada, busca un título profesional como la legítima realización de sus propósitos»¹. Teniendo en vista tales pretensiones, está claro que en vez de suprimir materias, se irán agregando otras y otras, pues todos los ramos del saber humano suministran al que los posee conocimientos útiles que pueden tener aplicación provechosa en las diversas circunstancias de la vida. Así se

¹ Circular citada, pág. 13.

explica la formación de esos planes enciclopédicos, que tiende á convertir los colegios de segunda enseñanza en « Universidades modernas ó Universidades profesionales », como decía en su Informe de 1874 el Rector del Colegio Nacional del Rosario. Así se comprende cómo salen hoy de nuestros estudios preparatorios sabiondillos adocenados, que por precisión han de entender *algo* de lo que debe estudiar un jurisconsulto, de lo que ha de aprender un médico ó un farmacéutico, de lo que le conviene saber á un agrimensor ó ingeniero. Más aún: han de salir tartajeando francés, inglés y alemán, y á mayor abundamiento no puede faltarles un ligero tinte de comerciantes, taquígrafos, músicos, acróbatas y militares, y también de calígrafos, danzantes y espadachines, si por fortuna han cursado las « Clases Calisténicas » de Caligrafía, baile y esgrima en el Colegio Provincial de La Plata. Verdaderamente se puede sospechar que los autores de semejantes planes de estudios se han propuesto, al redactarlos, escribir un catálogo más ó menos ordenado de las ciencias que pueden cultivarse entre los hombres; pero olvidando que son niños tiernos los que han de estudiarlas.

De los inconvenientes que traen consigo estos planes mucho habría que decir; pero

como es tan claro el carácter de impracticables que los recomienda á la aversión de toda persona sensata, nos contentaremos con indicar someramente dos dificultades contra las cuales no pueden dejar de estrellarse las aptitudes y los esfuerzos de los más sabios profesores. Y sea la primera la falta material de tiempo. Porque, en efecto, la propia experiencia nos enseña que no alcanzamos á comprender la mayor parte de las verdades al instante y por intuición; sino que hemos menester meditar y reflexionar una y otra vez sobre ellas con sosiego y lentitud, lo cual exige tiempo, principalmente tratándose de principios abstrusos y verdades intrincadas, como á menudo sucede. Del mismo modo nuestra memoria no conserva en sus tesoros las nociones que ve pasar rápidamente por delante, sino las que han estampado huella más ó menos profunda, sea por la intensidad ó bien por la repetición con que han sido consideradas, y esto también se ha de hacer con gasto de tiempo. Pero el tiempo de que buenamente pueden disponer los niños no basta para que los alumnos de primer año preparen *siete* asignaturas; los de segundo y tercero *nueve*, los de cuarto y quinto *diez*; y los de sexto *doce*; y sobre todo con programas tan minuciosos y textos tan abultados,

que apenas es posible recorrerlos á la ligera en los 190 días hábiles que aproximadamente se aprovechan en un curso. Así, por ejemplo, hablando de los alumnos de tercer año, « que es uno de los menos cargados », escribía *La Unión* de Buenos Aires en Agosto del curso pasado, este cálculo tan sencillo como contundente: « En 190 días tienen los alumnos que dar 2.955 páginas », lo que vale decir que deben preparar de 15 á 16 páginas diarias...! ¿Habrá estudiante que pueda sobrellevar semejante peso? Y como conclusión inferida de esta y otras muy razonables observaciones, añade el citado diario: « No vemos otras alternativas: ó se pretende matar á los estudiantes, ó se les acortan los cursos; y por otra parte: ó se quiere engañar al público, lo que nos resistimos á suponer; ó no saben lo que tienen entre manos los encargados de la enseñanza secundaria, lo que importa una dura é ingrata verdad »¹. Esta ineludible dificultad, nacida del excesivo recargo de asignaturas, ya la había expuesto á la Cámara de Diputados Nacionales el Sr. Laínez en la sesión del 10 de Octubre de 1884, diciendo: « Creo que habiendo treinta y tres materias (que subdivididas dan 57 asignaturas) con que se agobia á los

¹ *La Unión*, 11 de Agosto de 1885, núm. 895.

jóvenes estudiantes, es algo humano suprimir por lo menos seis, aligerando así en algo, en beneficio de las que quedan, este pesadísimo bagaje... Si así no se hace, se producirá lo que hemos notado todos los que hemos estado en los colegios nacionales: que á fuerza de estudiar tantas materias, se aprende menos de éstas; mientras que reduciendo los programas, como sería mi intención, es muy probable que las asignaturas indispensables se estudiarían mejor y con mayores ventajas.» Y del estudio de la *Cosmografía* añadió: « Es lo mismo que se estudia en las escuelas comunes, porque no hay tiempo de estudiarlo más á fondo. Hablo por experiencia propia. He estudiado esto mismo en el Colegio Nacional y sé todo lo inútil que es; sé todo lo que se agobia á la juventud estérilmente »¹.

Mas para que se vea con cuán poco miramiento y con cuán irreflexiva precipitación se tratan estos asuntos tan graves de estudios, nótese que, bien lejos de suprimir las seis materias que el Sr. Diputado proponía, en la misma sesión se agregaron al Plan de Estudios, sin más examen del que permite una breve discusión, dos materias más: la prime-

¹ *La Tribuna Nacional*, Octubre 12 de 1884; complemento al núm. 1.215.

011373

ra obligatoria ¹ que es la Filología elemental; y la otra libre, que es la de italiano. Pero la realidad de los hechos se encargó de confirmar las juiciosas advertencias del Diputado por Buenos Aires, y las que más tarde hizo el ilustre diario *La Unión*, valeroso adalid de toda la prensa católica argentina: porque, como en otro capítulo dijimos, á fines del último curso casi en ninguna clase se habían explicado los programas íntegros en el Colegio Nacional de la capital, que pasa por el primero de la República; antes bien, *por falta de tiempo* hubo necesidad de suprimir tratados enteros de Filosofía, Física y Química, varias bolillas de Economía política con sus colgajos de Administración y Estadística, algunas de Latín, Inglés y Alemán, y gran parte de Historia, así Universal como Contemporánea; aunque, con notorio quebranto de la equidad, solamente en Historia Media y Moderna se hizo extensiva á los estudiantes no oficiales esta disminución de los programas. Por último, ni tenemos el mérito de la originalidad que nos consuele por el fracaso de tan funestas innovaciones; ni nos cabe la

¹ Por resolución del Ministerio de Instrucción Pública de 26 de Marzo de 1885 «la cátedra de Filología y Etimología debe ser considerada como curso libre.»

triste gloria de haber sido precoces en reconocer los desengaños de la experiencia. Tiempo ha que el librepensador Julio Simón había dado la voz de alarma en caso análogo al nuestro, cuando en una circular de 1872, comparando el plan francés de 1802 con el que entonces regía, después de enumerar los aumentos que gradualmente se han ido introduciendo en la enseñanza, dijo estas sesudas palabras, que parecen escritas para nosotros: «El programa actual es toda una Enciclopedia. Un alumno que poseyera realmente ese conjunto de conocimientos sería ciertamente un sabio al salir del Colegio.» Y en seguida deja caer por su propio peso esta preciosa reflexión: «La desgracia es que el día tiene 24 horas en 1872, como en 1802; que los niños tienen la misma necesidad de descansar y dormir; que recargándolos de trabajo excesivo se perjudica igualmente á su salud y su aprovechamiento, porque *vale más saber pocas cosas y saberlas bien, que desflorar multitud de estudios, de los cuales nada más queda después que un orgullo mal justificado*» ¹.

Además de la falta material de tiempo hay

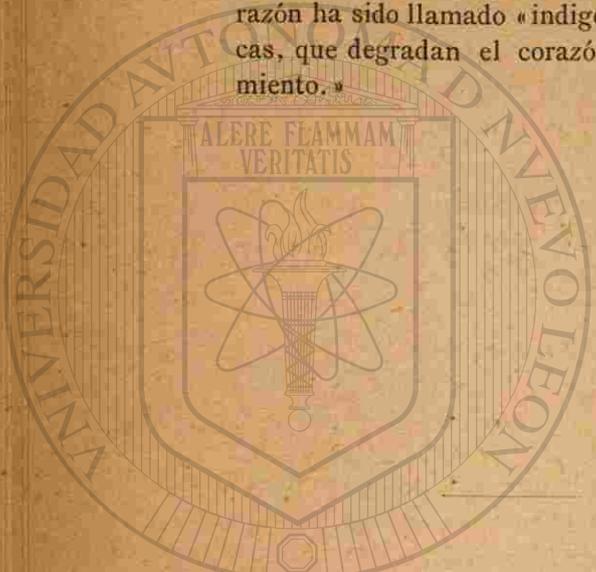
¹ Citado por Larrain: *Memoria sobre el Bachillerazgo en Humanidades.*

otra causa que hace poco menos que imposible el aprender tantas materias en el período de la enseñanza secundaria, y es la falta de preparación del niño para dedicarse con provecho á los estudios que por lo regular exigen los modernos sistemas. Salta á los ojos que la mente del hombre no es desde el día que éste nace á manera de un recipiente, que obtiene toda su capacidad y robustez en cuanto sale de las manos del fabricante: dormida aún en la infancia, lo razón empieza á dar señales de sí en la niñez, se desarrolla rápidamente durante la adolescencia, y no alcanza todo su vigor hasta la edad viril. Á los doce años, en que por punto general comienza el niño sus estudios secundarios, si bien es cierto que su inteligencia empieza ya á manifestarse y á lanzar destellos que permiten predecir lo que será más tarde; pero es tierna todavía, incapaz de elevadas abstracciones, de atención prolongada y de profundos raciocinios. Á lo que parece, cunde ahora, por lo menos en la práctica, cierta manía de suponer que la naturaleza humana va progresando como se dice del siglo en que vivimos, ó que Dios crea al presente hombres capaces de poseer á los diez y seis ó diez y ocho años los conocimientos que con trabajo se logran á los cuarenta, como si la regla general del

lento y sucesivo desarrollo de las facultades del niño hubiese sido derogada en beneficio nuestro. Sabiamente ha explicado la doctrina que venimos enunciando el ilustre Decano y Profesor de la Universidad de Salamanca, D. Santiago Martínez y González, en el discurso de apertura del año 1884, y con dificultad encontraríamos palabras más oportunas que las suyas, para cerrar con llave de oro este artículo.

«La inteligencia humana, dice, aunque de naturaleza espiritual, en su ejercicio depende del cuerpo por causa de su unión sustancial; y aplicada demasiado tierna al estudio, ó aplicada no por grados determinados, sino á lo más difícil sin haber antes gustado lo fácil, ó á lo práctico antes que á lo especulativo, ó aplicada á muchas y diferentes ciencias, á la vez se cansa y como que se atrofia; las nociones que adquiere no se las asimila, y no estando asimiladas, ni le sirven luego para una práctica sabia, ni aun las retiene por mucho tiempo.» Empero, la experiencia se encarga de demostrar bien claramente lo poco racional de semejante sistema, poniendo de manifiesto que el resultado de su aplicación no es otro sino agobiar los ánimos juveniles con la multitud de estudios fuera de lugar, retardar y á veces impedir totalmente el desarrollo

normal de las facultades, y producir con el afán de enciclopedismo y estudios precipitados, no la sólida instrucción, sino lo que con razón ha sido llamado « indigestiones científicas, que degradan el corazón y el entendimiento. »



CAPÍTULO V

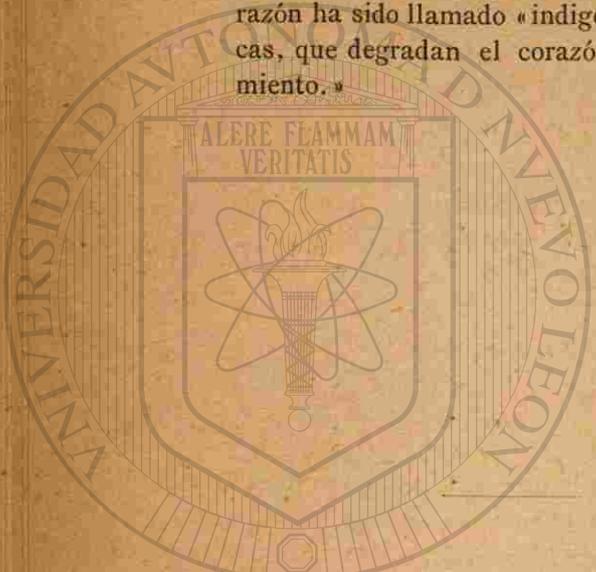
INCONVENIENTES DEL MÉTODO SIMULTÁNEO

§ I

HAY otro punto de vista que considerar en el sistema pedagógico que acumula tantos ramos de estudio en el período relativamente corto de la instrucción secundaria, y es el enseñar simultáneamente materias distintas por completo y á veces de índole opuesta; lo cual bien merece ser tratado con algún detenimiento, como vamos á hacerlo en este capítulo.

El sistema moderno, deseando sin duda halagar á los estudiantes con la variedad, reparte las materias de suerte que toquen á cada año muchas distintas, para lo cual las

normal de las facultades, y producir con el afán de enciclopedismo y estudios precipitados, no la sólida instrucción, sino lo que con razón ha sido llamado « indigestiones científicas, que degradan el corazón y el entendimiento. »



CAPÍTULO V

INCONVENIENTES DEL MÉTODO SIMULTÁNEO

§ I

HAY otro punto de vista que considerar en el sistema pedagógico que acumula tantos ramos de estudio en el período relativamente corto de la instrucción secundaria, y es el enseñar simultáneamente materias distintas por completo y á veces de índole opuesta; lo cual bien merece ser tratado con algún detenimiento, como vamos á hacerlo en este capítulo.

El sistema moderno, deseando sin duda halagar á los estudiantes con la variedad, reparte las materias de suerte que toquen á cada año muchas distintas, para lo cual las

divide y subdivide y casi las tritura hasta distribuir las á trozos en diferentes cursos. Así en nuestro último plan de estudios figura la Historia Profana en todos los años, la Geografía en cinco, la Física y Química en cuatro, el Dibujo en otros cuatro, la Historia Natural y los idiomas en tres; y como necesidad ineludible de tales divisiones resulta que el alumno estudia á la vez materias inconexas, mezclando en insípido baturrillo ciencias con letras, lo abstracto con lo concreto, lo fácil con lo difícil, siendo el último resultado de tal confusión, como gráficamente lo ha descrito persona de larga experiencia, que «ese enorme cúmulo de materias divididas, subdivididas y entrelazadas, y sobrepuestas sin orden lógico, viene á ser para el estudiante la vista sucesiva y pasajera de un caleidoscopio, que á cada momento cambia de colores y de forma, pero sin dejar una sola subsistente en la memoria.»

No reprobamos en absoluto el estudio simultáneo de varias materias; pero sí decimos que éstas han de ser pocas en número, de índole análoga, y proporcionadas á la edad y preparación del alumno; de manera que, prestandose mutuo auxilio, coadyuven al desarrollo armónico y progresivo de sus facultades. Los que á todo trance se empeñan en practi-

car lo contrario dan prueba evidente de no conocer á fondo la esencia de la naturaleza humana; ó si por ventura la conocen, pretenden violentarla y torcer el curso ordinario de sus procedimientos. Pues la razón y la experiencia de consuno nos advierten de que, siendo limitadas las fuerzas intelectuales del hombre, tanto mejor logra éste penetrar en los arcanos de la ciencia, cuanto, menos derramado el espíritu en la consideración de objetos diferentes, concentra toda su actividad y energía y hace converger las luces de todas sus potencias en un punto único. Mas un niño que se ve obligado á estudiar saltando de una materia en otra y que apenas encuentra tiempo para detenerse en ninguna, ¿cómo podrá llegar á poseer un conocimiento claro y preciso del vasto panorama que á cada momento renueva sus paisajes? Se quedará al cabo con un recuerdo vago y confuso de haber visto muchas cosas, bellísimas si se quiere, pero de las cuales no sabría dar razón exacta en caso de ser preguntado; retendrá á lo sumo en la memoria una como algarabía ó jerigonza de voces técnicas, que repetidas con garbo ante los ignorantes, harán que se tenga de él concepto favorable, hasta que tarde ó temprano se le caiga la mascarilla y aparezca en toda su desnudez para ser el ludibrio de

los que antes escuchaban como oráculos sus garrafales desatinos. Todos los días estamos observando, que cuando alguno quiere salir airoso de una empresa ó profundizar seriamente una cuestión científica ó literaria, comienza por dar de mano á todos los demás negocios y estudios, y recogiénose dentro de sí mismo, sólo se ocupa en aquéllo cuyo feliz éxito más le interesa. Lo cual nadie haría á no estar convencido de que las facultades del hombre, por muy elásticas que se quiera suponerlas, son incapaces de abarcar en la misma unidad de tiempo la multiplicidad de muchas consideraciones diversas. Si no queremos, por tanto, arrogarnos cualidades que no competen á nuestro sér finito y limitado, ó empeñarnos porfiadamente en que los niños aprenden mejor las cosas con método inverso al que para entenderlas sigue todo hombre cuerdo y sensato; se hace forzoso el confesar que los flamantes introductores del tan decantado método simultáneo proceden contra lo que exige la naturaleza. Y aun es benigna la censura, pues uno de los redactores de la *Civiltà Cattolica* no tuvo empacho en criticarlos con mayor crudeza, diciendo: «Nosotros creemos que cuando un día... reviva el buen sentido lógico y moral, nuestros descendientes habrán de decir que los autores é introducto-

res del método simultáneo entre nosotros han salido de un manicomio »¹.

Suben de punto los inconvenientes del método simultáneo con la práctica, por él casi forzosamente exigida, de multiplicar los profesores á medida de las asignaturas correspondientes á cada curso. La más tolerable de las consecuencias á que esto da origen es que cada profesor, fijándose exclusivamente en su asignatura, pequeña porción de un ramo de estudios, la extiende cuanto le es posible para presentar un programa que por su mezquindad no le deshonne, pagando, por supuesto, las costas de su mal sentada fama el cerebro del pobre niño. «En otro tiempo, dice una circular del Ministro de Instrucción Pública en Francia, un mismo profesor estaba encargado de toda la enseñanza literaria, histórica y científica en las clases de gramática, siéndole fácil coordinar las diversas partes de su curso y medir el trabajo total á proporción de la capacidad de sus discípulos. Ahora las responsabilidades están distribuidas, de donde resulta casi necesariamente que cada profesor, preocupado del éxito que desea obtener, recarga como mejor puede la dosis y contribuye con sus exigencias persona-

¹ *La Civiltà Cattolica*, ser. XII, vol. II.

les, con su celo, si así quiere llamarse, á destruir el equilibrio » ¹. Igual abuso se comete entre nosotros, con la sola diferencia de que « aquí cada programa es, no ya una dosis fuerte, sino una botica entera » ². Con todo, lo más serio del caso es que estos diferentes maestros tienen cada uno su método y sus ideas, inclina cada cual hacia distinto lado el espíritu de su discípulo, rehace uno lo que el otro deshizo, y refrena éste cuando aquél espolea; mas no se quiere entender que faltando así la unidad en la doctrina y la fijeza en el modo de enseñarla, los resultados serán con frecuencia nulos y siempre perjudiciales.

Hay quienes han pretendido con este método hacer más suave la tarea de los niños y dorar artificiosamente la copa siempre amarga del trabajo para que no vacilen en apurarla con placer y agrado; pero se consigue precisamente todo lo contrario. Con tantas divisiones y subdivisiones indispensables en el método simultáneo, sucede que á cada tratado se le da por lo común una extensión más lata de la que exigiría la misma materia completa si se estudiase de seguida. Acontece también, y esto es más grave, que después

¹ Circular del 4 de Noviembre de 1882.

² *La Unión*, 11 de Agosto de 1885, núm. 895.

de haber oído el alumno una lección sobre cualquier ramo de los que estudia, pasa á veces días hasta que llegue su turno á la lección siguiente, y ocupa este intervalo en recorrer otras materias que no guardan ninguna relación ó enlace, ni entre sí, ni con la que anteriormente había sido explicada; así vemos del mismo modo, que alargándose por algunos años el estudio de algunas ciencias, cuyas partes están íntimamente ligadas, cuando se aprenden sus últimos tratados es imposible que la memoria retenga tan frescas como sería necesario las primeras nociones fundamentales. En todo caso tiene que resultar uno de dos inconvenientes, á cuál más serio: ó que el niño, dejando olvidados los conocimientos antes adquiridos, se contente con preparar la tarea del día como para salir del paso, y entonces toda su ciencia habrá de reducirse á un acervo confuso de noticias revueltas sin orden lógico ni trabazón alguna metódica, lo cual sólo por escarnio puede llamarse ciencia; ó que para enlazar, relacionar y combinar las ideas que nuevamente se le van explanando, necesite sujetarse al ímprobo trabajo de repasar á menudo los tratados anteriormente vistos, y esto es hacer doblemente penosa la faena escolar de los estudiantes, si por ventura algunos se hallan

dotados de la suficiente fuerza de voluntad para dedicarse con tesón y empeño á la sólida y verdadera ciencia.

§ II

Hasta aquí hemos considerado el método simultáneo como opuesto á la condición de la naturaleza humana y á los más elementales principios de la sana pedagogía: vamos ahora á juzgarle por sus resultados, pues nunca un árbol bueno produce frutos desabridos y acedos, como ni tampoco un árbol malo los da dulces y agradables. Acerca de este punto hizo muy justas observaciones el Rector del Colegio Nacional de Santiago del Estero en su informe de 1878, y creemos conveniente trasladarlas en este capítulo, porque el empleo oficial de su autor y « la experiencia de su larga carrera en el profesorado » añaden mucho peso á los argumentos con que las funda: « Si Cervantes, dice, con su inmortal Don Quijote de la Mancha, lleno de profunda filosofía, se propuso por medio del ridículo... acabar con la

manía de leer libros de caballería ó novelas, que hicieron perder el juicio á su héroe; también Cadalso, cerca de dos siglos más tarde, parece se propuso con estilo semejante, aunque sin igual talento y conocimiento de la lengua castellana, acabar con otra manía de su tiempo, que, á pesar de haber transcurrido ciento treinta y seis años, es la misma de nuestros días, es decir, acabar con este método de la enseñanza simultánea de muchas ciencias á la vez, con su obra...: *Eruditos á la violeta ó curso completo de todas las ciencias, dividido en siete lecciones para los siete días de la semana*, en obsequio de los que pretenden saber mucho estudiando poco... La experiencia cotidiana muestra á los que se dedican conienzudamente á la pedagogía que *la enseñanza simultánea individual de varios ramos científicos*, como hoy se acostumbra y que desgraciadamente ha adoptado el Plan de Estudios, no da sino resultados muy menguados, formando únicamente los eruditos de Cadalso, ó los filosofastros de Bacon, audaces, charlatanes, que á las letras sólo sirven de escarnio; porque ello es cierto que *quien mucho abarca, poco aprieta*, « pluribus intentus, minus est ad singula sensus »... Enseñando y estudiando muchas materias á la vez, la imaginación se disipa, la atención se enerva, la razón se

cansa y la reflexión abrumada huye. La memoria es la única que trabaja, pero de mala gana y reteniendo muy poco, y sólo por el momento. Este método no puede formar sabios, no puede dar hombres fuertes en ninguna ciencia; no da sino vulgaridades, enciclopedistas embrionarios, hombres adocados sin verdadera instrucción. Ni puede ser de otra manera, porque aun cuando los que así estudian tengan un gran *capital* de talento, tanto lo ramifican, tanto emprenden y tanto lo exponen, que no paran hasta hacer una bancarrota»¹.

Estos deplorables efectos de la insulsa mescolanza que el método simultáneo hace de las materias científicas y literarias se echan de ver más á las claras en la literatura y lengua patria, sobre la cual ejerce de un modo particular su dañosa influencia cuando, como entre nosotros sucede, obliga á estudiar varias lenguas extranjeras antes de que los niños tengan conocimientos profundamente arraigados del propio idioma. Porque si un hombre, aun después de acabada su formación literaria, se resiente tanto del estudio de otras len-

¹ Memoria del Departamento de Instrucción Pública, presentada al Honorable Congreso de la Nación en sus sesiones del año 1879, págs. 436-438.

guas, que á medida que se dedica más á ellas va perdiendo la pureza en las expresiones y la corrección en los giros de la suya nativa; con mayor razón ha de verificarse esto en un niño ó en un joven que no ha adquirido todavía el hábito de bien hablar, y en los cuales por lo tierno de su edad son más duraderas las impresiones buenas ó malas que reciben. No somos en verdad enemigos del estudio de lenguas extranjeras, como alguno podría temerariamente prejuzgar; pero por el honor de la cultura nacional y de las letras argentinas, deseáramos que no se diese cabida á su enseñanza en aquellos años en que desvirtúa, estraga y corrompe la formación literaria, ó que no figurase por lo menos en calidad de ramo obligatorio para todos, sino como de mero adorno. Alegan algunos que en un país donde tanto abundan los extranjeros es indispensable muchas veces entablar relaciones con ellos en sus propios idiomas, para lo cual conviene en gran manera saber expresarse en los que más comunmente se usan. Dado caso que así hubiese de hacerse, todavía nos parece que con recorrer al vuelo algunas leccioncillas de esos textos que suelen decorarse en nuestros colegios y con traducir algunas páginas de un libro, no hemos formado muchos jóvenes capaces de sostener conversación ti-

rada con el más rústico patán que haya arribado á nuestras hospitalarias playas. Y por otra parte, ¿no sería más cuerdo y más patriótico poner á los extranjeros en la precisión de hablar el idioma del país que ha de ser la patria de sus hijos, contribuyendo así á fundir en una masa general todo elemento extraño y hacer que desaparezca esa confusión de lenguas que reproduce en nuestra República los tiempos de la Torre de Babel? Otro de los pretextos con que suele defenderse el estudio de idiomas extraños se funda en las necesidades del comercio. Convenimos en que para la carrera comercial es de suma utilidad tal estudio; pero insistimos en que los estudios ordinarios no bastan para habilitar á un joven en el manejo expedito y seguro de tres lenguas tan diversas; y creemos además, que no es equitativo obligar á toda la juventud que quiere educarse, á emprender los estudios especiales propios de una profesión bastante ajena al movimiento de las ciencias y de las letras, teniendo que renunciar en esto á la instrucción fundamental que tenía el derecho de exigir y que iba á buscar en los Colegios. Más acertado nos parece disponer que los jóvenes que hayan de dedicarse al comercio, ó tengan particular afición á éstos idiomas, vayan á estudiarlos en establecimientos especiales, en

donde con la práctica de hablarlos constantemente sacarán en poco tiempo más provecho que en los colegios comunes durante largos cursos. Por fin no faltan quienes recomienden el estudio de las lenguas extranjeras para leer las obras de ciencias que se escriben en otras naciones. Desde que se ha abandonado el idioma común de los sabios y cada autor se vale del suyo propio, hay sin duda utilidad en conocer los idiomas en que más comunmente se dan á luz escritos de este género; pero no existe verdadera necesidad. Porque no todos los que han seguido los estudios de la segunda enseñanza han de dedicarse á leer estas obras; ni andamos tan escasos de ellas en nuestra lengua como algunos bibliófilos de baratillo quieren suponer; pues quien conozca todas las obras científicas, ya originales, ya traducidas, que corren en castellano, á buen seguro que no habrá menester estudiar lenguas extrañas para poseer con bastante perfección las ciencias.

La importancia que desde algunos años se quiere dar entre nosotros al estudio simultáneo de la lengua nacional con el de otras extranjeras nos ha obligado á extendernos acerca de este punto, disipando con sucintas indicaciones algunos reparos que suelen comunmente oponer ciertos políglotos mal ave-

nidos con estudios más serios y profundos, en los cuales no pocos de ellos han experimentado que se les muestra esquivada la fortuna.

Para concluir este artículo dejando bien deslindado el alcance de nuestras opiniones, haremos notar que deben distinguirse cuidadosamente dos períodos en la enseñanza secundaria, como más adelante se explicará: en el segundo período que llamamos filosófico no hay inconveniente alguno en que se cursen juntamente con la filosofía racional las matemáticas y las ciencias naturales, porque estas materias guardan recíproca analogía, y así las unas como las otras suponen la inteligencia suficientemente adelantada en su desarrollo. Empero el primer período, que es el literario, toma la mente del niño en un estado muy tierno y está destinado á formarla y prepararla con todo esmero: cualquier desacierto cometido en esta época ejercerá un fatal influjo en toda su carrera, y por esto sostenemos que es precaución muy prudente evitar entonces, más que nunca, la multiplicidad de maestros y la simultaneidad de materias heterogéneas, cuales son las letras y las ciencias. Son en efecto diametralmente opuestas las direcciones hacia las cuales atraen el ánimo del joven estas dos clases de estudios: porque las letras excitan

la imaginación y las ciencias la refrenan; las unas exaltan y encienden el entusiasmo, las otras lo apagan y amortiguan; aquéllas inflaman los afectos y el sentimiento, éstas todo lo miden y compasan con la fría y severa rigidez del raciocinio. Así que, cuantos pretenden hacer amalgama de entrambas clases de estudios malogran las partes de la mezcla y ponen obstáculos insuperables á la formación del buen gusto literario, que no es fácil adquirir una vez pasada la primavera de la vida, en la cual trasciende todavía la naturaleza para el alma candorosa del joven aquel perfume deleitoso de lo bello que embriaga el ánimo con suaves delicias. Sobre este forzado maridaje de ciencias con letras, contraído por obra y gracia del método simultáneo, dió Mr. Gladstone, actual jefe del partido liberal inglés, una respuesta categórica que resume en breves palabras toda la cuestión. Consultado en cierta ocasión, por los comisionados de la Reina, acerca de la instrucción secundaria, contestó con una carta en la cual se declaraba decididamente á favor de la instrucción clásica en las *grandes escuelas* de Inglaterra, añadiendo en seguida: «Ésta es una cuestión de principios, en la cual lo peor que puede hacerse es venir á una transacción. No siendo posible dar una instrucción secundaria clásica y científica

á la vez, es preciso decidirse á dar en todas las escuelas preeminencia absoluta á uno de estos dos géneros de cultura. Querer los dos juntamente conduce á no obtener ni uno ni otro »¹.

¹ *La Civiltà Cattolica*: ser. VII, vol. III.

CAPÍTULO VI

DEL FIN DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA

§ I

Los errores que hasta ahora hemos ido combatiendo en los sistemas modernos de enseñanza, como causas más ó menos eficaces de la actual decadencia de los estudios, traen su origen de que tales sistemas, con el afán de sacar hombres plenamente instruídos de los colegios de instrucción media, en solo esto ponen sus miras, descuidando al propio tiempo la indispensable tarea de preparar las facultades del niño para que estudie con provecho. Por lo cual, antes de pasar á otro órden de consideraciones, deteniéndonos un breve espacio en el terreno pedagógico, demostraremos que el fin de la se-

á la vez, es preciso decidirse á dar en todas las escuelas preeminencia absoluta á uno de estos dos géneros de cultura. Querer los dos juntamente conduce á no obtener ni uno ni otro »¹.

¹ *La Civiltà Cattolica*: ser. VII, vol. III.

CAPÍTULO VI

DEL FIN DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA

§ I

Los errores que hasta ahora hemos ido combatiendo en los sistemas modernos de enseñanza, como causas más ó menos eficaces de la actual decadencia de los estudios, traen su origen de que tales sistemas, con el afán de sacar hombres plenamente instruídos de los colegios de instrucción media, en solo esto ponen sus miras, descuidando al propio tiempo la indispensable tarea de preparar las facultades del niño para que estudie con provecho. Por lo cual, antes de pasar á otro orden de consideraciones, deteniéndonos un breve espacio en el terreno pedagógico, demostraremos que el fin de la se-

gunda enseñanza ha de ser principalmente esta preparación del alumno, que lo ponga en aptitud de emprender más tarde estudios superiores que requieren el pleno desarrollo de la inteligencia; y de pasada deducirán nuestros lectores que torciendo los sistemas modernos este fin, ú olvidándolo del todo, comprometen seriamente el buen éxito de los estudios.

Es una ley general de la naturaleza que todo sér viviente tiene principios muy pequeños y sólo adquiere su perfecto desarrollo con el auxilio de agentes exteriores. Esta ley, más que en ningún otro sér, tiene aplicación en el hombre, por lo que toca al cuerpo y de un modo especial con respecto á su espíritu: pues como el cuerpo nace débil é imperfecto, necesitando de los cuidados paternos para crecer, de modo que cada uno de sus miembros se perfeccione convenientemente sin contraer vicios de conformación; así las facultades del alma están como aletargadas sin dar señales de sí, durante los primeros años del niño, y á medida que éste crece van ellas poco á poco manifestándose con un desenvolvimiento más tardío que el de los miembros corporales. Y cuanto el espíritu es más delicado que el cuerpo y su formación de mayor trascendencia, tanto más necesita de una in-

teligente dirección que lo acompañe y ayude en su natural y progresivo desarrollo. Sucede también que los diversos órganos del cuerpo, así los que sirven para las funciones de nutrición como los destinados á las sensaciones y movimientos, con ejercicios graduales y prudentemente combinados se vigorizan, mientras que sometidos á otros indiscretos y excesivos quedan enfermizos y endebles; pues de la misma manera las facultades del alma, sometidas á un ejercicio bien calculado, van gradualmente robusteciéndose y adquiriendo hábitos que les proporcionan gran facilidad para las operaciones subsiguientes; pero con ejercicios superiores á sus fuerzas, en vez de robustecerse se quebrantarán, y si éstos no siguen el debido orden, es inevitable que contribuyan á ingerir hábitos viciosos y perjudiciales.

En el ánimo de quien atentamente considere estos hechos no puede menos de arraigarse la convicción profunda de que el espíritu del niño exige preparación prolija y bien dirigida para ser educado con provecho; pues el hombre en sus primeros años se halla cual planta tierna y delicada, que, si se la atiende con esmerado cultivo, podrá llegar á ser un árbol frondoso y corpulento, fecundo de sazonados frutos; y si, por el contrario, se le

abandona en los primeros tiempos, nunca pasará de ser un estéril y raquítico arbusto. En lo cual hay todavía que considerar una circunstancia, á saber, que el tiempo apto para la formación de los jóvenes es necesariamente el período de la niñez y de la adolescencia, sin esperanza de recuperarlo; y por regla común y ordinaria, tal como salga el joven de este período, que es en realidad crítico respecto de sus adelantos ulteriores, así quedará toda su vida, ó en camino de merecer un puesto de honor entre los sabios, ó imposibilitado para pasar de una triste y oscura medianía.

Muy conforme con estas ideas es el calificativo, tan propio como expresivo, de *estudios preparatorios*, con que entre nosotros se denominan los que corresponden á la segunda enseñanza ó *instrucción media*.

Igual significación entraña el nombre de *gimnasios*, que en Alemania llevan los establecimientos destinados á esta clase de estudios, sobre el cual escribe atinadamente el Sr. Lenormant: «Ese nombre me parece muy bien elegido, puesto que muestra que lo que es necesario exigir á los jóvenes en tales establecimientos es puramente el ejercicio. Allí adquiere fuerza para las lides futuras, pero es en otra arena donde recogerán las palmas.

Reunir los materiales, agilitar cada vez más las facultades, en una palabra, *enseñar á estudiar*, es el fin único de esta enseñanza preparatoria»¹. Y no es menos explícito á propósito de esto el sabio cardenal Gerdil, cuyas palabras son dignas de seria reflexión. «No hay cosa más importante, dice, que la cultura de los primeros años, y son muy peligrosas las equivocaciones en este punto. El fin á que principalmente es necesario atender no es tanto *adornar* el ánimo, como *formarlo*... La perfección de esta obra consiste en ejercitar el entendimiento, ponerlo en disposición de caminar por sí mismo, y hacerle ensayar sus fuerzas en la carrera que tiene abierta á sus ojos. Es tener mucho adelantado haber logrado comunicar al joven en los primeros años *afición á instruirse*, y *aptitud de instruirse* por sí mismo durante el resto de su vida; porque el aprendizaje de la sabiduría no tiene término»². Aunque en gracia de la brevedad omitimos otros testimonios de autoridad irrecusable, no podemos pasar por alto el de Quintiliano, maestro de príncipes, ejercitado durante veinte años en la enseñanza, y cuyo acierto en asuntos pedagógicos no pondrá en

¹ De la enseñanza de las lenguas antiguas.

² Obras, tomo I, pág. 169, edic. rom.

tela de juicio quien haya leído sus escritos, llamados con razón oráculos de buen gusto. Suya es esta sentencia, que debería estar esculpida en la portada de todos los colegios de segunda enseñanza: *Pueris, quæ maxime ingenium alant, atque animum augeant, prælegenda; cæteris, quæ ad eruditionem modo pertinent, longa ætas spatium dabit*¹. «A los niños se les debe enseñar lo que más contribuya á fomentar el ingenio y vigorizar el espíritu; para lo demás que tan sólo se refiere á la instrucción, harto espacio darán los años venideros.»

§ II

Que el espíritu del niño, antes de engolfarse en el inmenso piélago de los conocimientos humanos, necesite ser hábilmente preparado, y que esta preparación constituya el fin principal y directo de la instrucción secundaria, ha sido en los pasados siglos principio inconcuso, como á ojos vistas lo demuestra la práctica universal y constante de nuestros mayores. Entre los modernos, muchos son todavía los que están concordes en admitirlo; pero no faltan algunos que atraídos por el ali-

¹ *Institutiones oratoria*, lib. I. cap. VIII, n.º 8.

ciente de la novedad, ó deslumbrados por el falso brillo de una ilustración postiza, quisieran que este fin no sea exclusivo. Pues ¿de qué le servirá, dicen, á un niño que no ha de seguir carrera el haber pasado seis ó más años en puras preparaciones? En atención siquiera á estos jóvenes, es preciso que, durante el período de la instrucción media se dé á los alumnos una suma tal de conocimientos útiles, que les permita hacer buen papel en la sociedad y desempeñar una multitud de puestos que requieren cierto grado de ilustración. He aquí formulada la más fuerte objeción que se hace contra la doctrina que sostenemos; y por cierto que tal dificultad es más aparente que real. Porque, si bien se considera, esta preparación, cuya imprescindible necesidad salta á los ojos, es á la vez instructiva, y no puede dejar de serlo, pues se realiza ejercitando las potencias del niño; y el ejercicio de las facultades cognoscitivas no se hace sin adquisición de conocimientos, que por el mismo caso de no ser tan múltiples y variados como los modernos pretenden, habrán de ser más sólidos, duraderos y fecundos. De manera, que al terminar el período preparatorio, el joven no sólo se encuentra con su ingenio perfectamente formado y con sus facultades bien dirigidas en el recto modo de ejercitarse; lo cual no se compra á precio de oro; sino que

tiene además asegurado un gran caudal de instrucción, ha recogido en su espíritu multitud de semillas que irán germinando en el porvenir, y ha infundido en su mente principios sanos que tienen constante aplicación en todos los estados de la vida, y son como cimiento inmovible del edificio científico, que el estudio y la experiencia irán levantando con el correr de los años.

Y aquí es el lugar de insistir en que "el aprendizaje de la sabiduría no tiene término," y que abogando por los estudios variados y múltiples para dejar á un mocito imberbe con conocimientos y aptitudes bastantes para emprender la tan manoseada lucha por la vida, los que se encastillan en la defensa de tales sistemas, y quieren que los jóvenes aprendan de todo en los primeros años, suponen prácticamente, que salidos ya de las aulas no han de abrir más libros cuantos no aspiran á poseer un título universitario. Mas acontece por lo común que son muy contados los sujetos que, sin seguir carrera, dejen de leer en los periódicos las discusiones que se agitan sobre diversos asuntos, ó de estudiar en las obras que se publican cuestiones de distintos géneros; y no es raro encontrar quienes dedican sus ocios al cultivo de la literatura, ó á escribir en algún diario, y aun quienes toman parte en las delibera-

ciones de una Academia ó de un Parlamento. Pues para todo esto es sumamente útil preparar desde la primera edad el espíritu, aprender á estudiar por sí mismo, adquirir nociones fundamentales de las ciencias y ponerse en disposición de juzgar rectamente acerca de las varias materias que se presenten, como también saber preservarse de la infección de los errores de que están impregnados muchos de los escritos que en el día circulan; poder apreciar, según la norma del buen gusto, el mérito de una producción literaria, y expresar con claridad, propiedad y elegancia sus propios pensamientos. Y aquí de paso cumple observar que si reclamamos lentitud y retardo en la enseñanza de los estudios científicos, concediendo más tiempo á la formación previa y total del alumno, no lo hacemos porque seamos enemigos de las ciencias, como algunos insidiosamente divulgan, sino que miramos por ellas más que nuestros contradictores, procurando que se estudien á su debido tiempo para que se aprendan con mayor solidez y provecho. Pretender lo contrario para ahorrar tiempo, es ocurrencia semejante á la de exigir que lea uno que no conoce el alfabeto. Podrá aprender á repetir bien ó mal unas cuantas palabras que oye; pero si en realidad se propone aprender á leer, será necesario que él mismo más adelante y con gran difi-

cultad emprenda el trabajo que desde el principio era necesario, y que, auxiliado y dirigido convenientemente, hubiera ejecutado en menos tiempo y con facilidad; y es el de conocer bien cada una de las letras, deletrear y acostumbrarse así despacio á leer por sí propio y con seguridad. Pues si todos confiesan que es necesario este ejercicio para aprender á leer, y no juzgan perdido el tiempo que en él se emplea, aunque todavía no maneje libros el alumno, no se descubre la razón por qué no han de reconocer la necesidad de un aprendizaje para el recto uso de las facultades, aprendizaje tanto más laborioso cuanto á la dificultad de leer excede la dificultad de discurrir con acierto y solidez, de expresar con claridad, precisión y energía los pensamientos y los afectos, y de ordenar la voluntad al amor del verdadero bien. Es por lo tanto imposible hacer que el niño aprenda las ciencias con provecho á los doce ni á los catorce años, porque *no sabe leerlas*; es decir, ni sus facultades están desarrolladas para comprenderlas debidamente por causa de la edad, ni preparadas por falta de ejercicio.

De lo dicho se infiere, que la enseñanza secundaria es de suyo, ó propia y directamente, lazo de unión entre la elemental y la superior, complemento de aquella á la vez que prepara-

ción para ésta; y que hacerla servir á otro objeto es abusar de la ciencia para acelerar su destrucción y aniquilamiento. Lo cual no impide que, al preparar las facultades del alumno, le comunique, juntamente con la aptitud para instruirse por sí mismo, una suma tal de conocimientos que le habiliten para tomar parte en la vida social, con mayores ventajas que aquellos que, por miedo de perder el tiempo en estudios aparentemente inútiles, han perdido tiempo y trabajo remontándose con necia temeridad á la región de las ciencias con alas de cera, como el Ícaro de la fábula.

Concluyamos, pues, que los propagadores de los modernos sistemas con su afán de formar sabios prematuros impiden la formación del niño, cuya necesidad en teoría reconocen, y queriendo cosechar antes de la sazón, siegan en flor la mies, frustrando las mas halagüeñas esperanzas. Lo razonable y fructuoso es que el cultivo del niño durante la segunda enseñanza sea cultivo *formal* más bien que *material*, y que antes ha de consistir en ejercitar sus facultades mentales que en adornarlas con conocimientos positivos; porque el cultivo material si no va precedido del formal no puede dar resultado provechoso, como no lo dará la semilla arrojada en un campo que primero no haya sido arado y convenientemente dispuesto.

CAPÍTULO VII

ORIGEN SOSPECHOSO DEL SISTEMA MODERNO

§ I

EN los capítulos precedentes hemos demostrado que el sistema moderno de enseñanza ha contribuido á la decadencia de la instrucción media, y hemos descubierto que predominan en él varios errores funestísimos para toda cultura literaria y científica, á saber: la movilidad, que destruye la unidad y revela la incertidumbre; el recargo de materias, textos y programas que abruma la inteligencia; el método simultáneo que, distrayendo la atención, debilita las fuerzas mentales; y por último, el inasequible empeño de

instruir á los niños sin cuidarse de preparar convenientemente sus facultades para hacer que esa instrucción les éntre en provecho. Pero por muy lamentable que sea este fracaso, porque en el orden intelectual se perjudica gravemente la formación de los niños, en quienes cifran las familias y la sociedad sus mas caras esperanzas, con todo, más desastrosas consecuencias tiende á producir este sistema, y de hecho las produce, en el orden moral, ya porque fomenta la inclinación al materialismo, como haremos notar en el capítulo que sigue, ya porque descuida y ordinariamente suprime la enseñanza religiosa, cuya imprescindible necesidad probaremos después con sólidos argumentos. Mas como para juzgar un sistema ó doctrina importa mucho conocer su origen y saber quiénes son sus fautores, juzgamos oportuno adelantar aquí acerca de este punto algunas consideraciones, por las cuales se vendrá en conocimiento de que los corifeos de tan radicales reformas no sólo han procedido con irreflexión, sino con refinada malicia.

Y en efecto, sospechoso debe ser para toda persona sensata el moderno sistema de enseñanza, por el mero hecho de haberlo introducido y patrocinado siempre y en todas partes los flamantes reformadores de la humana sociedad, que desechan todo lo antiguo, leyes,

códigos y costumbres han pretendido regenerarla, constituyéndola sobre bases enteramente nuevas. Esos hombres, embaucados por novedades quiméricas, intentan sustituir con derechos de creación puramente humana los eternos principios del derecho natural derivados de la ley eterna, que son el fundamento de las leyes positivas, sobre el cual descansa la constitución misma de las sociedades. Y de delirio en delirio han llegado á proscribir el sacrosanto nombre de Dios, renegando con audacia diabólica del que es autor y conservador del universo, fuente de toda autoridad y derecho. Los que no abominan de Jesucristo, Redentor del linaje humano, falsean por lo menos el carácter de su divina persona, considerándole y admirándole solamente como un gran sabio ó reformador ilustre, y poniéndole en parangón hasta con los más furibundos impugnadores de sus celestiales enseñanzas; algunos, menos osados, aunque no siempre menos perversos, ahogan en el pecho el odio con que miran á Jesucristo; pero atacan con recia batería su obra predilecta, la Santa Iglesia Católica, y no cesan un punto de escarnecer y perseguir su culto, sus ministros, su enseñanza y sus preceptos. Comprendiendo, pues, estos novadores que para realizar sus inicuos proyectos era preciso imbuir en sus ideas á las generaciones nuevas, han dirigido sus es-

fuerzos, sagazmente combinados, á dominar la juventud, apoderándose de la enseñanza para organizarla conforme á sus miras. Con facilidad lograron su intento influyendo, ya con franqueza, ya con dolo, en los Gobiernos, hasta colocar en los altos puestos administrativos á individuos partícipes de aquella conspiración ó que abrigasen al menos algunas simpatías por las ideas que representan el llamado espíritu del siglo. Encaramados en el mando, se prevalieron del derecho de la fuerza para arrebatarse la suprema dirección de la enseñanza á la Iglesia, que hasta hace un siglo la había tenido en sus manos con tan brillantes y felices resultados; y se arrogó el Estado el magisterio de la verdad, ya sometiendo á su examen y aprobación todos los establecimientos de instrucción, con más ó menos disimulo, según las circunstancias de lugar y tiempo, ya creando otros á su gusto y placer, en los cuales pueda libremente, y con seguridad de buen éxito, inocular el virus de sus ponzoñosas doctrinas en los tiernos ánimos de los niños.

Guarecidos en este fortísimo baluarte del poder, quedaron dueños del campo, y con calculada lentitud fueron estorbando á la Iglesia, despojada ya de la dirección de los estudios, toda entrada en los establecimientos de educación, ó dejándole en la letra de la ley una in-

fluencia ilusoria, para no chocar de frente con los sentimientos de los pueblos católicos. Con astucia y constancia han ido venciendo las resistencias que frecuentemente les han salido al encuentro; y no han parado hasta hacer que desapareciesen en muchos países todos los colegios y escuelas dirigidos por eclesiásticos ó religiosos, conculcando en nombre de la libertad y de la igualdad los más sagrados derechos de la Religión, de la familia y de la juventud misma. Destruídos así, ó por lo menos debilitados los enemigos, se dieron estos reformadores á legislar sobre enseñanza, empezando por imponer la instrucción primaria obligatoria y laica (esto es, atea), con el falaz señuelo de gratuita para hacer entrar al pueblo en las redes; vino en seguida para la secundaria un diluvio de planes de estudios, sin ninguna reminiscencia religiosa, en los cuales se suprime el latín ó se disminuye su importancia por odio á la Iglesia, y se da una amplitud desmesurada á las ciencias positivas, á la vez que se destierra de las aulas la sana filosofía en que brillaron los doctores escolásticos, y se la sustituye por un farrago de necedades y errores, que sólo por ludibrio y baldón merecen el nombre de filosofía.

§ II

Si la hostilidad que siempre han mostrado á la Iglesia los introductores y patrones del moderno sistema abona poco en su favor, y las arterías de que se han valido para difundirlo obligan á que todo buen católico lo tenga por sospechoso, menos aún lo recomienda su origen bastardo y el bochornoso abolengo que le da la historia. Hijo del filosofismo del siglo xviii, apadrinado por el jansenismo, amamantado por la masonería, y favorecido por el liberalismo, ha heredado de estas sectas el odio satánico contra la Religión, que es como el rasgo característico de su fisonomía; por más que en ocasiones dadas afecte una indiferencia que está muy lejos de poseer. Así vemos que á fines del último siglo, la obra en que con mayor empeño trabajaron los propagadores de las nuevas ideas fué la destrucción de la Compañía de Jesús; y esto precisamente porque, como tenía en sus manos la educación de la mayor y más florida parte de la juventud, consideraron indispensa-

ble deshacerse de ella para cambiar luego á mansalva todo el régimen escolar cristiano; de suerte que, como afirma un escritor de nuestros días, "la ruina de los jesuitas no era más que el primer paso para la secularización de la enseñanza,"¹. A propósito de esto, Barruel refiere² que estando un día el ministro francés duque de Choiseul en conversación con tres embajadores, uno de éstos dijo que si alguna vez llegase á tener valimiento destruiría todos los cuerpos religiosos, exceptuando únicamente á los Jesuitas, porque al menos ellos eran útiles para la educación. "Pues yo, replicó Choiseul, á la hora que pueda, sólo destruiré á los jesuitas; porque, suprimida su educación, los demás cuerpos religiosos caerán por sí mismos." Desgraciadamente el curso de los sucesos vino más tarde á justificar la malhadada sagacidad de aquel perverso estadista. Nadie ignora que á contar desde la supresión de los jesuitas aferrados al antiguo método, dió gran vuelco la enseñanza, y á toda prisa se introdujeron reformas fundamentales, exigidas, al decir de maestrillos improvisados, "para destruir la monotonía de

¹ *Historia de los heterodoxos españoles*, por el Dr. Don MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, tomo III, cap. II, § VI.

² *Memorias para la historia del Jacobinismo*, tomo I, cap. V.

la rutina y satisfacer á las necesidades imperiosas de los tiempos. En Francia, el jansenismo encarnado en los hipócritas solitarios de Port-Royal, trabajaba ya en la empresa desde la mitad del siglo xvii, y cuando vió el campo desalojado de sus más terribles adversarios, pudo celebrar su victoria, tan funesta para la letras clásicas, y aún para la misma literatura francesa. Igual efervescencia se notó en España, donde en el reinado de Carlos III comenzó la secularización y monopolio oficial de la enseñanza, con el imprudente apoyo de las principales universidades del Reino¹, hasta que las Cortes de Cádiz asumieron descaradamente el derecho de "arreglar cuanto pertenezca á la instrucción pública", conforme á lo cual fué sancionado el 29 de Junio de 1821 el Reglamento general de estudios, "copia todo él del que habían trazado en Cádiz Quintana y sus amigos, el año 1813, por encargo de la Regencia,"², y que puede considerarse como tipo y dechado cumplido de cuantos en tiempos posteriores ha ideado el género del liberalismo moderno para convertir "la enseñanza de la

¹ *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, por D. JUAN SEMPERE Y GUARINOS, tomo IV, art. *Planes de estudios*.

² *Historia de los heterodoxos españoles* por MENÉNDEZ PELAYO, tomo III, cap. III, § II.

juventud en simple función del Estado „¹. Lo mismo se ha ido haciendo con mayor ó menor lentitud; pero siempre sin cejar un punto, en Italia, Bélgica y demás naciones del viejo continente. Y está muy lejos de sosegarse la borrasca, antes arrecia por instantes.

Es de todos conocido el encarnizamiento con que los poderes públicos acosan de algunos años á esta parte en el que fué reino cristianísimo á las congregaciones religiosas, y las alejan á viva fuerza de los establecimientos de enseñanza, de los cuales han osado arrancar hasta la imagen veneranda del Redentor del mundo. Mas como si lo hecho hasta ahora les pareciese poco, pretenden últimamente ahogar aun el más leve respiro de libertad en la educación religiosa, con leyes tan inicuas y tiránicas, que el mismo Julio Simón, á quien nadie tachará de *clerical*, las ha rechazado por su parte con franca indignación y energía propia de años más juveniles. Sin necesidad de andar buscando ejemplos fuera de casa, á la vista los tenemos en nuestra República. Largo por demás es el camino que en el sentido de secularizar la enseñanza se ha adelantado en los pocos años que contamos de gobierno regularmente cons-

¹ *El Estado moderno y la Escuela cristiana por el Padre FLORIAN RIESS, obra aumentada por ORTI Y LARA, parte I, párrafo IV.*

tituído; todos saben á qué punto de la jornada hemos llegado, y es fácil conjeturar que no se duerme el enemigo sobre los laureles de sus pasadas victorias.

En esta universal campaña abierta contra la enseñanza de la juventud según las tradiciones antiguas, marcha siempre á vanguardia la francmasonería, que es sin duda alguna la milicia más activa de la revolución, y una de las instituciones que ejercen á la sordina más eficaz influencia en la dirección que se da á las cosas públicas. Ni se recata ya de propalar sus malvados proyectos; pues en libros y periódicos los saca á la luz del día con cínica impudencia, desde que se ha reconocido bastante fuerte para descorrer sin peligro el velo de hipocresía que ocultaba sus misterios á los ojos de los profanos. Por no aducir documentos particulares que dan pie á que algunos bonachones crean que sólo la masonería de tal ó cual nación es mala, recordaremos el decreto dado en 1879 por la Asamblea general de las logias francesas, celebrada en París con asistencia de los delegados de todas las naciones, en la cual se resolvió “descristianizar por todos los medios, pero sobre todo, estrangulando el catolicismo poco á poco con nuevas leyes todos los años contra el clero;” porque así “en ocho años, gracias á la instrucción laica sin Dios, se tendrá una gene-

ración atea,¹ inspirada está en los mismos perversos designios *La liga de la enseñanza*, fundada en Bélgica por los masones solidarios, y acogida con fraternal benevolencia por los masones de otros países, cuyo fin es propagar la instrucción sin Dios, para que el hombre aprenda á vivir como si el cristianismo no existiese. Esta *Liga* tomó tan rápido incremento que el h. Juan Macé, que la difundió por Francia, se congratulaba de que acabaría por ser un *grande ejército*. Ejército verdaderamente formidable para abatir y arruinar la sociedad es el que se recluta en las escuelas sin Dios, por cuya propagación se observa un ardor febril. De una cosa tan buena en sí y tan apetecida por los padres de familia, como es la instrucción de la niñez y de la juventud, se abusa traidoramente; consúmense ingentes sumas, salidas de la pobreza del pueblo, en construir y dotar suntuosos establecimientos de enseñanza; la prensa insiste diariamente en presentar la escuela y la biblioteca popular (atestada de libros impíos é inmorales) como una de las primeras necesidades de la época; se repite de continuo que cada escuela abierta es una cárcel cerrada, á pesar de que nunca ha habido más

¹ *El Secreto de la Francmasonería, por Monseñor Javo, Obispo de Grenoble.*

cárceles, ni más pobladas, y, lo que es mil veces peor, nunca fuera de las cárceles ha habido más criminales que en estos felices tiempos de tanta ilustración; los gobiernos ponen en juego toda su actividad para combatir la ignorancia, que consideran como el más formidable enemigo de la moderna sociedad; organizan numerosas falanges de maestros y los instruyen en la táctica y disciplina de la perversión sistemática y solapada en las escuelas normales; crean consejos de educación que dirijan con estrategia certera el ataque, y encomiendan á los ministerios de Instrucción Pública el mando supremo de estas huestes, cuyo santo y seña podrían ser aquellas palabras del h. La Belle: "*Salud y gratitud al método científico que destierra de todas partes el procedimiento de la fe;*" y cuya consigna se compendia en estos dos artículos de un proyecto de ley formulado en 1864 por el Gran Oriente de Bélgica: "*Supresión de toda instrucción religiosa. — Obligación para el padre y la madre viuda de conducir por fuerza á sus hijos á la escuela.*"

Sirve admirablemente á los perversos fines de la masonería el liberalismo de todos los matices, ora sorprendiendo con emboscadas, ora molestando con escaramuzas, ora deslizándose con divisa fingida entre las filas de los católicos íntegros, que no transigen con el error, ni con

su sombra. Del liberalismo, pues, se vale la masonería, como de antifaz que impide conocerla, para tender lazos á la juventud en aquellos países en donde el buen sentido del pueblo rechaza á primera vista todo lo que lleva el sello de la secta tenebrosa; y no precisamente del liberalismo radical, que incendia con la tea y demuele con la piqueta, sino del liberalismo manso, que pretende conciliar "la luz con las tinieblas, á Cristo con Belial,,"; pues de éste se recelan menos los padres de familia, y no vacilan en entregarle sus hijos para que los instruya, sin contar con que su enseñanza es mortífero veneno.

Por lo que en este artículo llevamos expuesto, y mucho más que omitimos, cualquiera puede comprender cómo el rumbo que en este siglo se ha dado á la enseñanza, divorciándola de la Religión, encamina al triunfo de las ideas impías y anticristianas. Y puesto caso que el sistema á que generalmente se concede la preferencia en la dirección de los estudios no es más que una parte de ese vasto plan de secularización, síguese que un católico no puede aceptar á ciegas y en todo su conjunto tal sistema, que le viene del campo enemigo. No queremos decir con esto que todos y cada uno de los detalles de ese sistema contengan una impiedad; hay en ellos algo aceptable, pero la

masa en general ha fermentado con levadura emponzoñada; y sería temerario, por no decir cruel é inhumano, que un padre quiera probar en sus hijos la eficacia de este tósigo.

Finalmente, y para concluir este punto con un testimonio nada sospechoso, citaremos unas palabras con que el conde de Cabarrús exponía en una de sus cartas al príncipe de la Paz los medios de asegurar en España la victoria del enciclopedismo filosófico: "¿Queremos que no se degrade la razón de los hombres? Apartemos los errores y enseñémosles *sólo cosas precisas, útiles, exactas...* Se trata de borrar las equivocaciones de veinte siglos, *apoderarse de la generación reciente*, y veinte años sobran para regenerar á la nación,,". Aprendan, pues, los buenos á desconfiar del presente griego que nos regalan los más irreconciliables adversarios de nuestra bandera; y no olviden que la de los enemigos tiene en un lado aquel lema capcioso, *Instruir para educar*; y ostenta en el otro su verdadero designio, declarado sin ambages por la Venta suprema del Carbonarismo en estos términos: "Nuestro fin último es el de Voltaire y de la Revolución francesa: *El anonadamiento eterno del Catolicismo, y hasta de la idea cristiana.*"

CAPÍTULO VIII

TENDENCIA DEL SISTEMA MODERNO
AL MATERIALISMO.

§ I

DA pena el confesarlo; pero es voz acorde de todos los observadores sensatos, que, como dice el sabio Cardenal Fr. Ceferino González, "de todos los puntos del horizonte levántase hoy, y crece, y se desarrolla, y se afirma, un movimiento materialista que amenaza apoderarse por completo de la sociedad en todas sus partes y elementos. Universidades y ateneos, libros y periódicos, escuelas y parlamentos, ciencias y artes, todo se halla minado, saturado, corroido por las ideas materialistas, que invaden todas

las esferas de la vida, y penetran y se infiltran y marchan en silencio á la conquista del mundo por medio de la conquista paulatina y latente de todas las capas sociales,"¹ Pues bien, es muy cierto que esta aterradora invasión del materialismo tendría que detenerse y retroceder si la juventud se educase debidamente; pero por desgracia vemos que hay decidido empeño en practicar lo contrario. Desterrando de los colegios y escuelas la enseñanza religiosa, que hace comprender al niño la nobleza de su origen y la excelencia de su final destino; suprimiendo los ejercicios sobre los clásicos, tan aptos para infundir en el ánimo sentimientos nobles y el delicado gusto de la belleza, y olvidando casi por completo las ciencias filosóficas y morales, ó reducidas á levisimas nociones de doctrina, no siempre pura, apenas da cabida el moderno sistema más que á estudios *reales, de sólo cosas precisas, útiles y exactas*, ciencias positivas, como las llaman, estudio en fin de la materia. No queremos decir con esto que tales estudios contengan en su esencia misma el virus del materialismo, y que necesariamente lo hayan de inocular á cualquiera que á ellos se dedique; antes bien está para nosotros fuera de duda que, estudiando las ciencias na-

¹ *Historia de la Filosofía*, tomo III.

turales con ánimo sincero, y viendo en los seres creados un efecto de la causa primera y una huella del Creador, pueden aquéllas servir de pedestal para elevar el alma á la contemplación y amor del Sumo Bien. Pero ahora particularmente nos fijamos en la maliciosa, aunque simulada, combinación que nos presentan los planes de estudios á la moderna, suprimiendo en la enseñanza todo lo que contribuye á levantar el espíritu, y dando un excesivo predominio á las ciencias que versan sobre la materia. El niño educado á la usanza del día casi no ocupa sus facultades sino en revolver cálculos, en observar, comparar y clasificar cosas y fenómenos materiales. En el estudio de la Geografía se le llama particularmente la atención á las producciones del suelo, á las mercancías de la industria y á cuanto se relaciona con los intereses comerciales; en la Historia se comienza muchas veces por enseñarle á negar ó poner en duda la veracidad incontestable de la narración bíblica, se le presenta el curso de los sucesos humanos como evoluciones fatales de seres sin libertad y sin gobierno de una Providencia superior, y nada ve en todos los acontecimientos más encomiado que las conquistas de la materia sobre el espíritu; fuera de la escuela vive constantemente envuelto entre el humo de las fábricas, asordado por el estruendoso golpe-

teo de las máquinas, mareado por la vertiginosa agitación del comercio, contagiado por el ejemplo de los que en torno suyo se ocupan sin descanso en acumular riquezas y en procurarse goces. De un joven que ha respirado constantemente, digámoslo así, los mefíticos vapores de la materia no puede menos de formarse un hombre para quien no habrá más bienes que los materiales; el cual, arrastrado por el más repulsivo egoísmo, con todo su séquito de pasiones, se lanzará con ímpetu frenético en pos de lo que considera como su fin supremo, dinero, bienestar y placeres, reputando por bueno todo medio que sacie ó recree la ardorosa sed de sus concupiscencias.

¿Y quién hará entender el sublime lenguaje de las virtudes á un hombre educado de esta manera, con el pensamiento y los afectos fijos siempre en el cieno de la tierra? Para él la virtud será una abstracción quimérica, una palabra vacía de sentido, un delirio, un mito: agostados en su alma todos los sentimientos nobles con el soplo abrasador del egoísmo, no pueden brotar en ella la abnegación, el desinterés, el patriotismo sincero; porque todas estas cualidades exigen el sacrificio, y el sacrificio es palabra que no comprende el hombre apegado á la escoria de los bienes terrenos. Aun lo que llamamos urbanidad y cultura social no subsistirán con

solidez y constancia en quien se haya formado en la escuela del materialismo; pues si tal urbanidad y cultura han de ser incontrastables y persistentes en los diversos azares de la vida, deben estar sólidamente fundadas en las firmes bases de la caridad, humildad y mansedumbre, perlas preciosas que no explota por cierto la mayor parte de los que negocian con los intereses materiales, que son semillero fertilísimo de disensiones, intrigas y marañas.

Esto por lo que toca al individuo: ni de tal educación puede cosechar mejores frutos la sociedad entera, que con tales sistemas se verá pronto convertida en una embrollada madeja de estafas, infidencias y mentiras, presentando el aspecto salvaje de una manada de tigres hambrientos que se disputan una presa. La organización política no ofrecerá á la vista más que pueblos divididos en bandos, que en la *lucha por la vida* lidiarán como ejércitos enemigos hasta tomar por asalto el comedero del presupuesto; y la nobilísima ciencia de gobernar las naciones, procurando la felicidad común, acabará por reducirse en manos de estos hombres á la indigna habilidad de satisfacer su ambición á costa de los sudores de un pueblo á quien por escarnio llaman soberano, dejándole vestido de harapos los que se cubren de seda comprada con el esquilmo de sus fatigas. En

este punto es inflexible la lógica de la naturaleza humana abandonada al impulso de sus desenfrenados apetitos. Si al niño ó al joven no se le enseña á creer más que en la materia, y se le acostumbra al amor de los bienes puramente materiales, sin revelarle la existencia de otros mucho más excelentes y duraderos, todas sus ideas y afecciones girarán en derredor de tales bienes, y en la vida privada, como en la civil, su espíritu se resentirá siempre de este trastorno; pues, como dice un escritor moderno, "cuando, amortiguada la luz de la fe, los espíritus no se levantan á las sublimes especulaciones del pensamiento; cuando la mirada no se dirige á la serena región de lo sobrenatural, por consecuencia necesaria la actividad humana se emplea en lo tangible, en lo útil para la vida del cuerpo, en lo material; y de aquí el gran desarrollo de los estudios de aplicación; de aquí el gran cultivo de las ciencias naturales; de aquí el vuelo de la industria; de aquí la preponderancia de los intereses materiales. cuando la humanidad sacude el yugo del espíritu, cae irremisiblemente bajo el yugo de la carne. No quiere esto decir que el progreso en ambas esferas sea incompatible; quiere decir que cuando los hombres emplean toda su actividad en elevarse físicamente, corren gravísimo riesgo de degradarse moralmente; porque la

actividad ha de compartirse en justa proporción, y no han de desarrollarse unos intereses á expensas de los otros,,¹.

§ II

Esta tendencia de la escuela moderna al materialismo es hoy cosa reconocida por todos los hombres serios, y no tienen empacho en confesarlo los mismos encargados de dirigir la instrucción de la juventud; aunque, en honor de la verdad, no siempre debemos suponer que hayan procedido con maliciosas intenciones. En 1881 decía el Ministro de Instrucción Pública ante el Congreso Argentino: "Hoy nadie niega el valor ó la importancia de la instrucción que asegura al que la obtiene los medios ó la capacidad de ganar la subsistencia: y aun puede decirse que este es para la gran mayoría el verdadero fin de la educación,,². ¡Confesión humillante de una verdad muy triste! ¡Ganar la subsistencia es para la gran mayoría el ver-

¹ *La verdad del progreso*, por D. SEVERO CATALINA, cap. X.

² *Memoria presentada al Congreso Nacional de 1881 por el Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública*, página 31.

dadero fin de la educación! Una cosa tan noble como el modelar las almas y formar los caracteres de los jóvenes, que en esto consiste propiamente la educación, queda rebajada á la humilde categoría de una mera especulación lucrativa. De manera, que un diploma profesional no es ya un testimonio que acredite la superioridad del que lo posee, sino un título con que el Gobierno le permite ejercer una profesión gananciosa, ó según la frase del duque de Broglie (en la Asamblea nacional francesa de 1850) "una letra de cambio firmada por la sociedad oficial y pagadera en empleos oficiales.,"

Más abiertamente se declaró esta tendencia materialista de la enseñanza en la Cámara de Diputados (sesión del 10 de Octubre de 1884) con estos términos: "Es claro que hay partidarios de uno y otro sistema; que los del antiguo régimen están clavados, aferrados á su latín, á su griego, á sus grandes clásicos, y han predominado en las ciencias morales sobre las naturales. *Pero hay una ley de progreso que invade todo eso, y que va levantando las ciencias naturales, porque son más efectivas para dar de comer al hombre, y nosotros estamos en ese caso.*" Así, pues, el motivo por que las ciencias naturales han de ser preferidas á las morales, y la razón de que en nuestros estudios gocen los honores de la primacía, es *porque son más efec-*

tivas para dar de comer al hombre. Concedemos que así sea; pero no se concluye de ello que merezcan la preferencia, ni la obtendrán entre nosotros. Porque el pueblo argentino, ilustrado con los resplandores de la luz evangélica, sabe muy bien que el hombre no ha sido criado para comer, sino para un fin más alto y noble, cual es el de conocer y amar á Dios y glorificarlo; y por consiguiente, lo que conduce más directamente á este fin debe ocupar el primer lugar en la estima y en la vida del hombre. Sostener lo contrario es pura y simplemente reducir el fin del hombre al fin de las bestias. ¿Y esto es llamado ley de progreso? Nosotros no conocemos más ley de progreso que la establecida por el Supremo Legislador y promulgada por la Divina Sabiduría, cuando dice (Proverb., XIV, 34): "La justicia (que es el cumplimiento de los deberes para con Dios, para con los hombres y para consigo mismo) es la que engrandece á los pueblos, y el pecado hace desgraciadas á las naciones." Esa otra pretendida ley de progreso no es ley, sino propensión que tiende á colocar lo que es más positivo para sustentar el cuerpo sobre lo que es necesario para sustentar el alma, la parte sensible y animal en el hombre sobre la parte racional, la materia sobre el espíritu; y esa propensión, donde quiera que exista, no se dirige

al progreso, sino al retroceso, á la degradación y á la barbarie. Esta tendencia es la que Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX reprobó al condenar la proposición LVIII del *Syllabus*, que dice: "No deben reconocerse otras fuerzas que las que residen en la materia; y toda regla de las costumbres y toda honestidad deben cifrarse en acumular y aumentar riquezas de cualquier modo, y en gozar de los placeres."

Y como lo expresa el mismo Sumo Pontífice en los documentos de donde se extractó la citada proposición ¹: "Hay en esta nuestra infelicísima edad un error sumamente pernicioso, que está miserablemente dominando y perturbando la inteligencia y el corazón de los hombres. Hablamos de aquel desenfrenado y dañoso amor propio, y de aquel afán con que no pocos hombres... atentos únicamente en su codicia á las cosas de la tierra, ponen toda su felicidad en amontonar riquezas y en atesorar dinero. Acuérdense estos tales y mediten seriamente aquellas gravísimas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?* Mediten con igual atención aquella doctrina del Apóstol San Pablo: *Los que quieren hacerse*

¹ Alocución *Maxima quidem*, de 9 de Septiembre de 1862.
— Encíclica *Quanto conficiamur*, de 10 de Agosto de 1863.

ricos caen en tentación y en lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y dañosos que anegan á los hombres en muerte y perdición. Porque raíces de todos los males la avaricia, la cual codiciando algunos, se descaminaron de la fe y se enredaron en multitud de dolores. Ciertamente, los hombres deben, cada cual según su condición, procurar lo necesario para la vida por medio de su trabajo, ora en el cultivo de las letras y las ciencias, ora en el ejercicio de las artes liberales ó mecánicas, ora percibiendo estipendios públicos ó privados, ora ejercitándose en el comercio; pero á condición siempre de obrar en todo con honestidad, justicia, integridad y caridad, de tener siempre delante á Dios y sus Mandamientos, y de observar sus preceptos con diligencia. „ Y de los que profesan y esparcen estas doctrinas materialistas, dice: “ Acumulando delirios á delirios... no reconocen otras fuerzas sino las que radican en la materia; y toda la ley moral y la honradez la fundan en aumentar y acumular riquezas de cualquier modo, y en satisfacer toda clase de malas inclinaciones. Y con estos abominables y perversos principios defienden, fomentan y enaltecen el réprobo sentido de la carne rebelde al espíritu, y le conceden dotes y derechos naturales que suponen ser menospreciados por la doctrina católica, despreciando los consejos

del Apóstol, que dice: “ Si viviéreis según la carne, moriréis; mas si por el espíritu hiciéreis morir los hechos de la carne, viviréis. „ — “ ¿ Y quién no ve que con la iniquidad de tantos dogmas perversos... se corrompe cada día más de un modo desconsolador el pueblo cristiano, y es impelido á la maldad, y que por esto prevalecen y se propagan todos los vicios y perversidades, y hasta se perturba y altera la sociedad civil? „

Oigan esas voces de alarma y solemnes amonestaciones del Supremo Pastor de los fieles los que arrastran la enseñanza por el fango de la materia: estos son los clamores de la verdad que anatematizan la tendencia materialista “ como contraria, no sólo á la fe y á la doctrina católica y á las leyes divinas y eclesiásticas, sino también á la ley y á la justicia natural y eterna, y como completamente ofensiva á la recta razón. „

CAPÍTULO IX

DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

§ I

EL haber desenmascarado en los capítulos anteriores el origen sospechoso y la tendencia materialista, y por consiguiente anti-religiosa, del sistema moderno, nos lleva como de la mano á ocuparnos en la tan decantada fórmula: *La educación por medio de la instrucción*; paralogismo vulgar, que es como síntesis de todo él y añagaza del error para envolver á los incautos en sus redes. No impugnamos ciertamente la necesidad y utilidad de la instrucción, á la que hemos dedicado la flor de nuestros años y tenemos consagrados los que nos resten de vida; pero sos-

tendremos con ahinco, que en todos los grados de la enseñanza no debe ésta contentarse con proporcionar al joven la *instrucción* del entendimiento por medio de la ciencia, sino que ha de atender, y muy principalmente á la *educación* de la voluntad por medio de la Religión: la ciencia formará hombres sabios; la Religión hombres probos: entrambas combinadas darán á la sociedad una generación de ciudadanos honrados, que sirvan de modelo en el cumplimiento de los deberes cívicos y de las virtudes cristianas.

Que la educación de la voluntad ó formación del carácter moral del joven le sea aún más necesaria que la instrucción para el entendimiento, es verdad reconocida por todas las naciones. Dentro de nosotros hay como dos hombres: uno que conoce el bien, lo aprueba y lo desea; otro que nos inclina y hace fuerza para arrastrarnos al mal. De esta guerra y contradicción, que han observado en su interior todos los hombres, nos han quedado notables testimonios, aun en los escritores paganos; como también de que en semejantes combates la virtud es la que frecuentemente sale vencedora. Y habiendo en el hombre tan nobles sentimientos, como en ocasiones se revelan, las virtudes, no obstante, parece que nacieran en nosotros como en tierra extraña, y los vicios como en

la propia; de suerte, que el corazón humano es tierra que de suyo brota espesa maleza, y en la que la virtud para arraigarse ha menester siempre penoso cultivo, trabajo y violencia. Esta aparente contradicción, cuya causa estuvo envuelta en las tinieblas del misterio para los filósofos de la gentilidad, nos la explica nuestra santa fe, enseñándonos que es el resultado de las heridas que el pecado original produjo en la naturaleza humana, oscureciendo el entendimiento, enflaqueciendo la voluntad y dando bríos á las pasiones. Tales enfermedades de ignorancia en el entendimiento, de debilidad en la voluntad y de desorden y agitación en las pasiones, aunque en todas las edades de la vida subsisten, se dejan sentir de una manera mucho más particular en la niñez y en la adolescencia, en tanto grado, que Platón llegó á decir: "Los niños son más intratables que cualquiera bestia sin domesticar; y mientras todavía no tienen las facultades racionales enteramente desarrolladas, son más arteros, terribles é inquietos que todos los animales irracionales,"¹. De suerte que, abandonados á sí mismos y á sus tendencias, no podrían menos de correr á despeñarse en el mal; y éste iría tomando creces con los hábitos perversos, que en la edad madura no

¹ Libro VII, *De las leyes*.

se pudieran ya desarraigar. Es, pues, de suma importancia que el niño desde sus tiernos años sea acostumbrado á practicar el bien, venciendo sus malas inclinaciones y fortificándose en este combate; porque en la voluntad, aún más que en el entendimiento, sucede que es moralmente imposible adquirir en lo restante de la vida lo que en los primeros años no se ha adquirido. Verdad, que atestiguada por todos los sabios y confirmada por una constante experiencia, nos la enseña el Espíritu Santo en los Sagrados Libros, diciendo (Proverbios, XXII, 6): "El joven, aun cuando hubiere envejecido, no se apartará del modo de proceder á que se ha acostumbrado en su mocedad."

Ahóra bien; para conseguir que el niño aprenda á luchar contra sus malas inclinaciones, que triunfe de sí mismo y se acostumbre al esfuerzo siempre necesario para obrar bien, no hay otro medio que sea verdaderamente eficaz sino la práctica de la virtud y de la Religión. La volubilidad de la fantasía, el ardor de las pasiones, la fascinación de los objetos exteriores y el escándalo de las acciones malas con que el joven tropieza á cada paso, son peligros que no pueden ser vencidos sin un auxilio poderosísimo que obre en lo interior, que posea, rija y gobierne todo su sér; y no es

dato encontrar fuera de la Religión tan eficaz auxilio, ni freno que sujete más fuertemente el ímpetu de las inclinaciones depravadas, ni apoyo que sostenga más incommovible la flaqueza de la voluntad del joven. Por esto la educación que recibe ha de estar fundada en la verdad religiosa. "El temor de Dios, dice el libro del Eclesiástico (c. I, v. 16), es el principio de la sabiduría."

Que la escuela deba proveer á esta educación religiosa es manifiesto desde que ella se encarga de la completa y perfecta formación del hombre. Mas no puede llamarse formación perfecta la que sólo cuida del entendimiento, y deja abandonada la voluntad, que es la facultad más preciosa del espíritu y necesita de mayor auxilio por ser la más flaca y expuesta á peligros, la que más gloriosas empresas puede realizar, si procede conforme á su norma natural, y más funestos estragos puede producir, si se encuentra desordenada. Antes bien, el mismo cultivo del entendimiento, será incompleto y nocivo sin el cultivo moral por medio de la Religión. Incompleto, porque el entendimiento se perfecciona conociendo la verdad; y este conocimiento será imperfecto y errado mientras no conozca á Dios, Suprema Verdad y fuente de toda verdad, sin lo cual no conocerá el sér de la naturaleza en su verdadero

concepto, que es de realidad producida y conservada por Dios y dependiente de Él. Nocivo, porque acrecienta y desarrolla las facultades, abandonándolas á las viciosas inclinaciones de nuestra corrompida naturaleza; de suerte, que con razón se ha dicho que enseñar sin educar es poner en manos de un hombre furioso una espada: á proporción que tenga más aguzado su filo, mayor será el estrago que puede causar con ella.

Pero hay otra razón fundamental que hace más estricto el deber, que pesa sobre los establecimientos de enseñanza, de dar educación religiosa al alumno; y es el mismo origen y carácter de la escuela. Ésta, sea del grado que fuere, sustituye al padre de familia en la crianza y formación del niño; y no tendría razón de ser, en el caso de que todos los padres de familia pudieran y quisieran formar por sí mismos á sus hijos. Sólo porque tienen otras ocupaciones á que atender, y por no ser fácil que un individuo reúna todas las dotes y medios necesarios para este objeto, los padres confían sus hijos á educadores extraños. Así, pues, el establecimiento de enseñanza toma sobre sí las obligaciones del padre al hacerse cargo del alumno, y en tanto menos puede dispensarse de la formación religiosa de éste, en cuanto de ella ni aquél puede eximirse. Queda al arbitrio

del padre. si le place ó le faltan los recursos, dejar sin cultivo el entendimiento de su hijo; pero educar su voluntad, amaestrarlo en la doctrina y en la práctica de la virtud, enderezarlo por el camino del cielo, es obligación suya ineludible, y que no puede satisfacer sin proporcionarle enseñanza religiosa. Por tanto, la escuela ó colegio, que hace las veces de padre en la formación del discípulo, no puede ceñirse solamente á instruir el entendimiento por medio de la ciencia, sino que debe también educar la voluntad por medio de la Religión.

Y esto no es alguna teoría particular ó tesis que verse sobre materias opinables y discutibles, sino que para todo católico es doctrina que no consiente la más leve duda; pues el Romano Pontífice, Maestro infalible de la verdad revelada, ha condenado en el *Syllabus* la proposición XLVIII, cuyo tenor es el siguiente: "Los católicos pueden aprobar un sistema de educación de la juventud separado de la fe católica y de la potestad de la Iglesia, y que tenga por objeto único, ó á lo menos principal, la ciencia de las cosas naturales, y los fines de la vida social sobre la tierra."

Los males que acarrear tales sistemas bien claramente se deducen de lo que llevamos dicho, y Pío IX en la carta de 14 de Julio de 1864 al Arzobispo de Friburgo, que comenta

la mencionada proposición, los describe con estas gravísimas palabras: "Una enseñanza que no sólo se limita á la ciencia de las cosas naturales y á los fines de la vida social y terrena, pero también se aparta de las verdades reveladas por Dios, cae inevitablemente en el espíritu de error y de mentira; y la educación que pretende formar sin el socorro de la doctrina y de la ley moral cristiana los espíritus de los jóvenes, tan tiernos y tan susceptibles de ser encaminados al mal, tiene que engendrar necesariamente una raza entregada sin freno á las malas pasiones y al orgullo de su razón; y unas generaciones de este modo educadas no pueden menos de acarrear grandes calamidades á la familia y al Estado,"¹.

§ II

Acabamos de ver cómo la naturaleza caída del hombre, el origen mismo de la escuela y la doctrina católica exigen que en todos los establecimientos de enseñanza se cultive la voluntad por medio de la educación religiosa, á la par que la inteligencia por medio de la ins-

¹ Cit. por ALONSO PERUJO, *Lecciones sobre el Syllabus*, tomo II, cap. XXXV.

trucción científica. Los defensores del sistema moderno, hostiles en su mayoría á la Religión, se desentienden de estas razones y otras muchas que el deseo de la brevedad y la índole de este trabajo nos hacen omitir; y con fútiles pretextos quisieran ocultar la ignominia de esos establecimientos mal llamados de educación, en los cuales de la parte moral no se tiene ningún cuidado. Para prevenir engaños y desvanecer errores conviene, pues, que examinemos, si quiera sea someramente, los principales sofismas con que pretenden sus partidarios cohonestar esta obra, de tan inocentes apariencias como perversos designios.

Algunos de los fautores de estos métodos no cesan de repetir lo que años atrás dijo en Alemania el tristemente célebre ministro Falk, autor de las inicuas leyes de Mayo, á saber: que la educación puede obtenerse completamente con la sola instrucción; y esta fórmula hueca y campanuda de *la educación por medio de la instrucción*, ha sido durante algún tiempo reclamo de tontos y frase de moda, en cuya verdad nadie cree menos que sus propios autores. Pero si en ella se supone que la educación consiste en la misma instrucción, como parece darlo á entender el neologismo liberalesco de llamar hombre educado á todo el que es más ó menos instruído, entonces huelga la palabra *medio*,

pues se confunde con el fin; y se reduce el tal axioma de la flamante pedagogía á una especie de círculo vicioso, que en el lenguaje vulgar equivale á dar vueltas al rededor sin adelantar camino. Mas si se tiene la educación por cosa distinta de la instrucción, porque sus respectivos ejercicios perfeccionan facultades realmente distintas, como son la voluntad y el entendimiento, nos quedamos en que educar tomando por medio la pura instrucción, es ciertamente instruir, pero de ninguna manera educar: y por lo mismo, suponiendo aplicada la tal fórmula, se deja la juventud expuesta, como antes hemos dicho, á las espantosas consecuencias de la falta de cultivo moral, las cuales muy luego redundan en daño de la sociedad. Harto lo confirma el espantoso aumento de crímenes, oprobio del siglo en que la idolatría de la materia, la difusión del error y la gangrena de los vicios no encuentran trabas á sus desastrosos progresos. En esa Francia, cuyos desatinos remedamos indiscretamente, después de observaciones practicadas con todo esmero sobre este punto por los señores Guerry, Danguville, Morogue y Michel, la lógica de las cifras oficiales hizo que este último admitiese los siguientes resultados: "El número de los crímenes y de los delitos ha aumentado de año en año en una proporción análoga al aumento en la pro-

pagación de la instrucción... Cuando 25.000 individuos de la clase enteramente iliterata dan 5 acusados, 25.000 individuos de la clase que sabe leer y escribir dan más de 6, y 25.000 individuos de la clase que ha recibido una instrucción superior dan más de 15... Añadamos que hay un sinnúmero de delitos, secretos ó patentes, que violan la probidad y la moral, y sin embargo se sustraen á la pesquisa de los tribunales... El escándalo de fortunas labradas por el fraude y la estafa; el escándalo de ambiciones satisfechas por medio del perjurio, de la apostasia y de las transacciones vergonzosas; el escándalo de las pasiones saciadas á expensas de la honra y del reposo de víctimas seducidas, y sacrificadas luego con cínica impudencia, todos esos escándalos que el mundo ve, que la justicia humana no castiga y que hasta hacen murmurar de lo paciente que se muestra la justicia divina, no los da ciertamente la clase pobre é ignorante,¹ No hace muchos meses leíamos en la *Revista Popular*², semanario barcelonés de inapreciable mérito, estas líneas que corroboran nuestra opinión: "Un sabio observador ha recorrido todas las cárceles de Francia, ha estudiado á sus infelices habitantes, y

¹ Cit. por DESCURET, *La Medicina de las pasiones*, nota F.

² Número del II de Marzo de 1886.

ha compuesto sobre esto un libro con el título *El mundo de los pícaros*, libro de estadística y de guarismos, cuya lectura arrancó en 1863 al periódico ateo *Le Siècle* esta triste confesión: "En el decurso de veinte años, á proporción que aumentó la instrucción, ha subido la cifra de los delitos de 45.000 á 123.000. Los malhechores más desvergonzados son los más instruídos. De suerte, que *la decadencia moral sigue la proporción directa de la mayor altura intelectual.*" Concluiremos este sombrío cuadro con las juiciosas reflexiones de un médico ilustre, Mr. Descuret: "La importancia *exclusiva* que se da en nuestros días á la instrucción científica y literaria no forma más que hombres enervados y viciosos, es decir, pésimos ciudadanos. ¡Qué dolor! los censos estadísticos de los hospitales y de las cárceles de Europa demuestran que las enfermedades, la enajenación mental, el suicidio y los demás crímenes aumentan con la instrucción y el supuesto progreso de las luces,"¹

Otros defensores de los modernos sistemas, aparentando mucho respeto por la Religión y confesando su necesidad para formar el corazón del niño, dicen que la enseñanza religiosa pertenece á la familia y al sacerdote, y que la es-

¹ *La Medicina de las pasiones*, por DESCURET, Doctor en Medicina y en Letras, de la Academia de París, cap. IV.

cuela debe mantenerse *laica y neutral*. Con este par de vocablos logran alucinar á no pocos que se pagan de apariencias; empero las personas que reflexionan con calma y pesan las cosas con atenta consideración, no ven en estas razones más que un lazo para prender á los incautos, un sabroso cebo que encubre la más refinada malicia. No hay para qué detenerse á probar que tomando las cosas como son en la práctica, la mayoría de los padres de familia, ó no saben, ó no pueden, ó por lo menos descuidan dar educación religiosa á sus hijos; y por lo mismo en el caso dado estos infelices quedarían completamente privados de los imponderables bienes de esta enseñanza. Á los que porfían por sostener la escuela *neutral*, les replicaremos que no es posible tal quimera; pues la escuela en que no se reconoce á Dios, y se prescinde completamente de Él, es por este mero hecho atea; y para que un individuo ó una institución merezcan el nombre de irreligiosos, no se necesita que adoren dioses falsos, ó usen prácticas supersticiosas, basta que muestren no tener religión, desconociendo al único Dios verdadero y no practicando su culto obligatorio, en la forma y manera con que Él exige de sus criaturas el honor que le es debido.

Pero no es posible que en una escuela se prescindiera totalmente de las doctrinas religiosas,

porque ocurren á cada paso cuestiones que se han de explicar con un criterio conforme ó contrario á ellas. " Toda ciencia, dice Petitalot, aunque sea estudiada superficialmente, se encontrará en presencia de la Religión, y deberá escucharla ó combatirla. Citad una escuela secundaria ó superior en que no se hable de Religión. ¿Concíbese, por ejemplo, un curso de filosofía extraño á toda idea religiosa? ¿Enseñaréis la medicina sin pronunciaros en pro ó en contra de la existencia del alma? ¿Trataréis el derecho sin invocar los principios de la conciencia? ¿Estudiaréis la geología, la astronomía, la cosmogonía sin tener en cuenta, aunque sea para contradecirlos, los datos científicos del Génesis? ¿Profundizaréis la historia sin traer á cuenta las cuestiones religiosas, sin alabar ó censurar á la Iglesia Católica que ha llenado los siglos de su nombre y de sus obras? " ¹. Y fuera de esto, la sola persona del superior basta para dar á la escuela el carácter de religiosa ó irreligiosa, según que él sea creyente ó incrédulo. Porque convenimos en que por tiempo corto un maestro sea reservado y se abstenga de todo indicio que manifieste su modo de pensar; mas durante el largo transcurso de un año no es posible que tratando asidua é íntimamen-

¹ *Le Syllabus*, pág. 143.

te con sus discípulos dejen éstos de traslucir sus ideas y sentimientos, por más que él se empeñe en ocultarlos. Reciente es todavía la discusión á que dió lugar en el Senado francés la pretendida escuela neutral; y no estará por demás que recordemos aquí los vigorosos ataques con que Julio Simón impugnó la ley que la promulgaba. "El maestro, decía, no será neutral; querrá serlo, lo supongo; pero le desafío á que lo sea. No enseñará precisamente tal ó cual doctrina, y ¿llamaréis á eso neutralidad? Pero, señores, se enseña de muchas maneras: se enseña por el gesto, se enseña por la fisonomía, se enseña por todas las doctrinas que se emiten, se enseña por la conversación con los alumnos, se enseña por los ejemplos de escritura, por los libros que se ponen en manos de los discípulos. ¿Acaso suprimiréis la literatura francesa en nuestras escuelas? Y bien; la literatura en nuestro país ha sido formada desde hace trescientos años por hombres que tenían una creencia, que combatían otra creencia. Tomad un libro cualquiera, ponedlo en manos de los niños, y se acabó vuestra neutralidad. Pero voy más lejos, señores; digo que no quiero profesor neutral; no lo quiero, porque no lo estimo. La neutralidad en materia de opiniones es todo lo que hay en el mundo de más deshonoroso."

Concedamos ahora, por un momento, que el

maestro sea tan circunspecto que llegue á prescindir de la Religión, constante y totalmente. Aun esto mismo dañaría gravemente á la educación religiosa del alumno. Porque ¿qué concepto formará éste de la Religión? ¿Qué impresiones le producirá el ver que el maestro, ni una vez siquiera le habla para exhortarlo á cumplir con sus deberes para con Dios? Creerá sin duda que todo cuanto le han enseñado en su familia acerca de la Religión, ó es falso ó por lo menos indigno de ocupar á un hombre; que la Religión nada tiene que ver con la vida social; que sus prácticas serán, á lo más, buenas para ejercitadas en el hogar doméstico; pero que un ciudadano ilustrado con motivo ha de sonrojarse de mostrarlas en público. La verdad es que no se pudiera hacer mayor injuria á nuestra santa Religión; ni llegaron los paganos, con ser falsas las suyas, á menospreciarlas hasta tal punto, rebajando de esta manera los caracteres; ni sabían lo que era avergonzarse de sus creencias aquellos nobles cristianos, de quienes nos gloriamos de descender, los cuales siempre tuvieron á mucha honra el profesar públicamente la fe y acomodarse en todo á sus preceptos. La sola omisión, pues, de la educación religiosa en el establecimiento de enseñanza es una lenta y solapada perversión y un grave escándalo para el niño. ¿Qué será si

en lugar de la supuesta omisión ó neutralidad, se propina á los alumnos el veneno de la impiedad ó de la duda por profesores incrédulos ó indiferentes? Porque hemos de observar que el niño, incapaz de discernir por sí mismo la verdad de muchas cosas, da principio á la adquisición de sus conocimientos creyendo y aceptando con fe ciega y sin discusión casi todo lo que oye decir á sus maestros, á quienes venera como seres superiores, y cuya autoridad estima á veces más que la de sus propios padres. Y á éstos les será imposible, por grande que sea su empeño, contrarrestar el efecto deletéreo que las malas doctrinas de la escuela produzcan en sus hijos, viniendo á fomentar con el ascendiente del profesor y con el ejemplo de sus compañeros las bajas pasiones que ya de suyo brotan con fuerza en los ánimos juveniles.

En balde insisten los sostenedores de tan perniciosas opiniones clamando que el establecimiento de enseñanza no tiene infalibilidad para imponer la doctrina católica. Tampoco el padre de familia la tiene; y no por eso está excusado de formar el corazón de su hijo con la enseñanza y práctica de la Religión verdadera. Para estar obligado á abrazar la Religión, nadie ha soñado jamás que sea necesaria la prerrogativa de la infalibilidad en el individuo; basta tener, como tenemos, pruebas suficientes, que ningún

hombre pueda racionalmente desechar, de que Dios ha hablado, y conocimiento de lo que ha dicho. Lo único que de esta objeción pueda legítimamente inferirse es, que todos los establecimientos de enseñanza, para no errar en la doctrina, están obligados á sujetarse á la Iglesia, que es autoridad infalible.

Añádese que para que no falte del todo la educación, la escuela enseñará la *moral* universal é independiente; esto es, una moral que empieza por negar la primera obligación moral que tiene el hombre, cual es la de servir y obedecer á Dios, creer en su palabra, esperar en sus promesas, amar su infinita Bondad y tributarle el culto del modo que Él ha manifestado que lo quiere. Sabemos muy bien el mérito que tiene ese fantasma de moralidad. "Place á los materialistas decir, sin que jamás lleguen á demostrarlo, que la moral se sostiene por sí misma. Un principio sin autoridad, una justicia sin dispensador, una ley moral sin sanción, todo esto nos parece igual absolutamente á cero" ¹. "Alléguese á esto, dice el doctísimo Orti y Lara, Catedrático de Filosofía en la Universidad de Madrid, que la moral puramente racional no alcanza á resolver muchas cuestiones de alta trascendencia en el orden de la vida moral; que

¹ *Le Monde*, de 1.º de Julio de 1865.

esta misma vida en todas sus fases y relaciones es un problema insoluble fuera de la verdadera Religión; que la moral separatista priva á los hombres de la virtud de la fe, de la eficacia de los Sacramentos, verdaderas medicinas del alma, del poderoso influjo que ejercen en la virtud los ejemplos del Hombre-Dios, de la esperanza, que tanto alienta, de la inmortalidad y del cielo, y del temor que mantiene al hombre en las vías de la justicia, librándole de caminar por las que van al abismo. Y dígase si es lícito á la ciencia de las costumbres mantener su independencia y cuidar que no penetren en ella los rayos de luz y de amor del sol de verdad y de justicia Cristo Jesús „¹.

Más radical es todavía que las precedentes la opinión formulada en Italia, en 1881, por los libre-pensadores, afirmando que “ la familia no tiene derecho alguno sobre sus miembros respecto á la educación filosófica y religiosa „; principio tan absurdo y monstruoso que basta enunciarlo para tenerlo por refutado.

Y nadie se asombre de que estos pareceres sean opuestos entre sí y contradictorios unos de otros, afirmando el uno que el único medio de educar es instruir, y pretendiendo el otro educar con una farsa de moral que entraña la

¹ El Catecismo de los textos vivos, cap. XI.

más repugnante inmoralidad; sentando éste que la educación religiosa corresponde sólo á la familia, y diciendo aquél que nada tiene que ver la familia con la educación religiosa: ha sido siempre privilegio exclusivo de la mentira y de la iniquidad el contradecirse á sí misma. Pero nótese que todas estas pestilentes doctrinas tienen un vínculo común, el cual para enseñanza de los fieles descubrió el glorioso Pontífice Pío IX en su memorable Encíclica *Quanta cura* (8 de Diciembre de 1864), previniendo á los incautos contra las artimañas del astuto enemigo con estas palabras: “ Con tales impías opiniones é intrigas, lo que principalmente intentan esos hombres arteros es que sea totalmente eliminada de la instrucción y educación de la juventud la saludable doctrina é influencia de la Iglesia Católica, y que los tiernos y flexibles ánimos de los jóvenes sean miserablemente contaminados y depravados con toda clase de errores y vicios. Porque todos cuantos se han esforzado en trastornar la Religión, el Estado y el recto orden social, y borrar todos los derechos divinos y humanos, han dirigido siempre, como ya hemos indicado, todos sus abominables planes, conatos y trabajos á engañar y pervertir principalmente la imprevisora juventud, y en la corrupción de esta misma juventud han cifrado toda su esperanza. Y por eso no

cesan de vejar con toda clase de modos infames al clero secular y regular, que ha prestado á la sociedad tan señalados servicios en el orden religioso, civil y literario, como lo prueban claramente los testimonios ciertísimos de la historia; y dicen que debe separársele de todo cuidado y oficio de educar é instruir á la juventud, por ser enemigo del verdadero y útil progreso de la ciencia y de la civilización. „

Concluyamos. La batalla está empeñada: no hay para qué preguntar cuya será la victoria. También Juliano el Apóstata quiso destruir la Religión hace quince siglos, impidiendo á los cristianos la libre enseñanza de sus hijos según las tradiciones de sus mayores. Pero en los desiertos campos de Persia le esperaba la mano de Dios; y el renegado, herido con una flecha y arrojando al aire un puñado de sangre, confesó su derrota diciendo: *¡Venciste, Galileo!* Contra los desmayos de los pusilánimes tenemos la palabra de Cristo, Verdad Eterna, que nos asegura el triunfo, y el testimonio de la historia que confirma haberse realizado constantemente durante diez y nueve siglos la divina promesa. Los espíritus apocados no ven que en los combates de la fe pelea por la Iglesia un poder superior á todos los ardides y fuerzas de los hombres, contra el cual no prevalecerán las puertas del infierno.

CAPÍTULO X

DEL ESTADO DOCENTE

§ I

EL medio más eficaz que han ideado y puesto en práctica los celosísimos defensores y propagadores de los sistemas modernos de enseñanza, para introducirlos y hacerlos dominar en todas partes, ha sido entregar el régimen de la Instrucción Pública en manos de los Gobiernos, proclamando la teoría que viene explicada en la proposición, que bajo el número XLV condenó Pío IX en el *Syllabus*, y dice así: “ Toda la dirección de las escuelas públicas, en las cuales es educada la juventud de un Estado cristiano... puede y debe ser de la atribución de la autoridad civil. Y de

cesan de vejar con toda clase de modos infames al clero secular y regular, que ha prestado á la sociedad tan señalados servicios en el orden religioso, civil y literario, como lo prueban claramente los testimonios ciertísimos de la historia; y dicen que debe separársele de todo cuidado y oficio de educar é instruir á la juventud, por ser enemigo del verdadero y útil progreso de la ciencia y de la civilización. „

Concluyamos. La batalla está empeñada: no hay para qué preguntar cuya será la victoria. También Juliano el Apóstata quiso destruir la Religión hace quince siglos, impidiendo á los cristianos la libre enseñanza de sus hijos según las tradiciones de sus mayores. Pero en los desiertos campos de Persia le esperaba la mano de Dios; y el renegado, herido con una flecha y arrojando al aire un puñado de sangre, confesó su derrota diciendo: *¡Venciste, Galileo!* Contra los desmayos de los pusilánimes tenemos la palabra de Cristo, Verdad Eterna, que nos asegura el triunfo, y el testimonio de la historia que confirma haberse realizado constantemente durante diez y nueve siglos la divina promesa. Los espíritus apocados no ven que en los combates de la fe pelea por la Iglesia un poder superior á todos los ardides y fuerzas de los hombres, contra el cual no prevalecerán las puertas del infierno.

CAPÍTULO X

DEL ESTADO DOCENTE

§ I

EL medio más eficaz que han ideado y puesto en práctica los celosísimos defensores y propagadores de los sistemas modernos de enseñanza, para introducirlos y hacerlos dominar en todas partes, ha sido entregar el régimen de la Instrucción Pública en manos de los Gobiernos, proclamando la teoría que viene explicada en la proposición, que bajo el número XLV condenó Pío IX en el *Syllabus*, y dice así: “ Toda la dirección de las escuelas públicas, en las cuales es educada la juventud de un Estado cristiano... puede y debe ser de la atribución de la autoridad civil. Y de

tal manera puede y debe ser de ella, que en ninguna otra autoridad se reconozca el derecho de inmiscuirse en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colación de los grados, ni en la elección ni aprobación de los maestros. „

Imbuídos en estas ideas, los Gobiernos de nuestros días escriben en sus Constituciones el principio de la omnimoda libertad para enseñar y aprender; pero luego, sin cuidarse de la palmaria inconsecuencia en que incurren. promulgan á granel leyes de instrucción, que son otros tantos eslabones de la cadena con que pretenden aherrojar aquella libertad; y so color de reglamentarla convenientemente, acaban por hacerla ilusoria. Ellos dictan los planes de estudios, determinando con ridícula minuciosidad lo que debe enseñarse y el modo de enseñarlo. No sólo dirigen los establecimientos que corren á cargo del Estado, nombrando y destituyendo Rectores y Maestros, y avocando á su tribunal inapelable las cuestiones más insignificantes de su régimen interno, sino que, con lazos más ó menos estrechos, sujetan y subordinan á su autoridad soberana todos los demás establecimientos, sonsacándoles con blandura, ó arrebatándoles bruscamente todos los fueros y derechos que las leyes les habían otorgado. Y avanzan á tal punto de exageración las pretensiones del

liberalismo gubernativo, que ni respeta los mismos Seminarios eclesiásticos, donde la Iglesia educa á los jóvenes que más tarde han de ser los Ministros del Santuario, bajo la exclusiva autoridad de los Obispos, únicos que tienen misión para ello y conocen el mejor modo de formar en virtud y ciencia á los futuros Sacerdotes. Tal es rápidamente bosquejada la obra nefanda de los modernos novadores, que conculcando los inviolables derechos del individuo, de la familia y de la Iglesia, erigen sobre sus ruinas el ídolo del *Estado docente*, y se ensañan contra los que no acatan sumisamente las veleidades de ese engendro de la revolución, expresadas por sus serviles adoradores en leyes y decretos de enseñanza.

Con gusto esquivaríamos esta cuestión, que puede dar asidero á falsas interpretaciones; pero combatir los estragos de la enseñanza moderna, como hemos hecho hasta ahora, sin aplicar la segur á la raíz que nutre y vivifica dicha enseñanza, sería empeño vano y sin provecho; porque á nadie se oculta que mientras el Estado usurpe el supremo Magisterio escolar, y en conservarlo incólume y acrecentarlo emplee los recursos de su poder regulador y los caudales del Erario; siempre estarán en auge los sistemas, buenos ó malos, que á él le plazca proteger con la egida de la legalización oficial. Nos impulsa

también á tocar este asunto el haber observado que el monopolio de la enseñanza por el Estado docente es arma de que se vale la impiedad para herir á la Iglesia, arrancando de su regazo maternal á los jóvenes, y dándoles una instrucción, no sólo extraña, sino directamente contraria al espíritu de nuestra sacrosanta Religión Católica. Estamos, pues, en el terreno de maestros, y ante todo de maestros cristianos, al sostener que la intrusión de los Gobiernos de nuestros días en el régimen de la enseñanza pública, sobre ser contra derecho, es además la causa principal de los gravísimos males de que adolece la educación de la juventud en estos tiempos de opresora libertad y retrógrado adelanto.

Que tal intrusión sea contra derecho se verá claramente fijándose un instante en el diverso fin inmediato que corresponde á la sociedad civil y á su gobierno. Lo que en aquélla buscan *inmediatamente* los asociados es el concurso de los demás, para conseguir por su medio una multitud de bienes que necesitan, y con sus solos esfuerzos no podrían obtener, mientras que la autoridad, que nace naturalmente, en cuanto la sociedad se constituye, tiende á la conservación de ésta, á defenderla de los ataques exteriores y mantener el orden interno, protegiendo los derechos de cada asociado contra las agresiones que de parte de los demás

pueda sufrir. Se ve, pues, que el fin del Gobierno no es sustituir la actividad de los particulares en la producción de los bienes que se buscan en la asociación, y mucho menos es poner trabas, oprimir ó matar aquellas actividades. La naturaleza no impone para esto un gobierno á toda sociedad, sino para proteger y conservar todas las actividades benéficas que actúan en su seno. Según esto, es evidente que desconocerá la institución de la naturaleza, obrará contra el derecho natural, cualquier Gobierno que, bajo el pretexto de proporcionar por sí mismo á la sociedad los bienes que necesita, ponga obstáculos al ejercicio de la acción de los particulares.

Ahora bien; nadie pondrá en duda que la educación de los miembros jóvenes de la sociedad sea uno de los principales bienes que al asociarse los hombres esperan del concurso de sus conciudadanos; por lo cual debe concluirse, que el buscarla y proporcionarla libremente es un derecho de todo ciudadano, y velar por la conservación de tan sagrado derecho una obligación del Gobierno. Por lo que toca al derecho, no hay quien no lo admita; y el liberalismo lo proclama bien alto y lo estampa en la ley fundamental de todos los Estados: sólo falta que admita la obligación que de aquel derecho se deduce.

Y no se diga que todo Gobierno debe mirar como una de sus primeras obligaciones el fomento de la prosperidad pública, y que por lo tanto le pertenece tomar como negocio exclusivo suyo el ramo de la instrucción, del cual depende en gran parte dicha prosperidad. En este raciocinio la conclusión es más lata que las premisas. No es lo mismo fomentar la instrucción que monopolizarla estorbando ó prohibiendo que cualquier otro se dedique á enseñar fuera de la dirección del Gobierno, como evidentemente se hace no dando á la enseñanza privada ningún valor para el efecto de seguir ulteriores estudios. Por un raciocinio análogo diríamos que, importando mucho para la prosperidad pública el desarrollo del comercio, de la navegación, agricultura, etc., á los Gobiernos pertenece organizar sociedades mercantiles, construir fábricas, trabajar en toda clase de industrias, impidiendo que los particulares se dediquen á cosa alguna de éstas fuera de la dirección del Gobierno. ¿Qué diferencia habría entonces entre este simulacro de sociedad y uno de los *falansterios* soñados por Fourier? Y sin embargo, semejantes consecuencias se deducen muy lógicamente del principio en que se quiere apoyar el derecho del Estado á la dirección de la enseñanza. Convenimos ciertamente en que debe fomentarla, como todo lo

que contribuye á la prosperidad pública; pero este deber no da derecho para impedir ninguna otra iniciativa particular, antes obliga á favorecerla y cubrirla con su poderoso patrocinio. Cuando más, podrá el Estado fundar colegios que inspiren completa confianza á los padres de familia, en el caso de que sean insuficientes los que la acción privada haya podido establecer; pero querer fundarlos con los recursos pedidos á los particulares, impidiendo á estos mismos el ejercicio de uno de sus más caros derechos, sería añadir el insulto al más odioso abuso de fuerza.

Semejante monopolio, tal como hoy lo vemos establecido, infiere además una grave lesión á los sagrados derechos que N. S. Jesucristo ha depositado en su Iglesia. Porque á ella impuso su Divino Fundador el deber de dar instrucción religiosa á sus hijos, que son los cristianos, y en consecuencia hubo de concederle el correlativo derecho inalienable para hacerlo sin estorbo de poderes extraños, de los cuales es independiente; tiene asimismo la Iglesia en fuerza de este deber, el derecho de vigilar sobre la enseñanza que se da á los suyos en los diversos ramos de la ciencia profana, á fin de que en nada se oponga á la verdad revelada de que Ella es única depositaria.

Mas ¿quién no ve que donde el Estado

usurpa el Magisterio supremo no puede la Iglesia cumplir esos deberes ni hacer uso de tales derechos? Por lo cual todos los establecimientos de enseñanza en países católicos tienen la obligación de subordinarse á la autoridad doctrinal de la Iglesia, y pueden los padres de familia exigir que los públicos establecimientos de instrucción cumplan con este deber, puesto que ellos los sostienen con sus tributos. Insigne ejemplo de esta sumisión á la Iglesia está dando actualmente al universo entero en la cristiana República del Ecuador la Universidad oficial de Quito, cuyo Rector con todos los Decanos y Profesores han dado testimonio, en un documento enviado á la Santidad de León XIII en 1.º de Septiembre de 1884, de que se comprometen á profesar y defender todas las doctrinas que enseña la Santa Sede y á dar á la Teología y Filosofía la dirección que el mismo sabio Pontífice ha señalado en su Encíclica *Aeterni Patris*. Testimonio de filial amor á que el Padre Santo ha respondido elogiando á tan fieles hijos, alentándolos á seguir en esa recta senda, y mostrando el consuelo que un acto tan propio de cristianos lleva á su corazón, de mil maneras y por muchos ingratos hijos amargado.

Este monopolio desconoce también y conculca los derechos de los individuos y de las

asociaciones particulares, cohibiendo en aquéllos la libertad de aprender con los maestros que juzguen más aptos, y en éstas la libertad de enseñar con los planes y métodos que estimen más convenientes; pero sobre todo anula los más preciados derechos de la sociedad doméstica, constitutivo esencial y preexistente á la sociedad civil. Nadie en efecto puede poner en duda que el padre de familia ha recibido de la misma naturaleza el derecho, al cual por fundarse en un estricto deber no le es lícito renunciar, no sólo para promover el desarrollo corporal de sus hijos, sino también, y con mayor razón, para dirigir su educación intelectual y moral. De lo cual debe concluirse que al Estado no le pertenece regular la educación de la juventud; á no ser que admitamos el absurdo de que Dios ha constituido dos poderes supremos en un mismo orden de cosas, cuales serían el Estado y el padre de familia en lo tocante á la educación de los niños.

§ II

Este desconocimiento de los derechos de la familia á la educación de sus hijos es uno de los aspectos más graves que tiene esta cues-

tión. Y por esto se nos permitirá detenernos un tanto en ella, examinando los fundamentos sobre que pretenden basar su teoría los partidarios del Estado docente. Este fundamento, según advierte el Sumo Pontífice Pío IX en la Encíclica *Quanta cura*, no es otro que un principio funestísimo del socialismo, á saber: "que la sociedad doméstica, ó sea la familia, deriva únicamente del derecho civil toda la razón de su existencia; y que por tanto sólo de la ley civil dimanar y dependen todos los derechos de los padres sobre sus hijos, y principalmente el derecho de instruirlos y educarlos." Semejantes doctrinas fueron proclamadas sin embozo por la Revolución francesa, de sangrienta y execrable memoria, cuando al decretar la *educación nacional* exigió bajo pena de muerte á los padres de familia que confiasen sus hijos á la República. En tiempos posteriores los liberales moderados no se atreverán á decir con Dantón que *los niños pertenecen á la República antes que á sus padres*; con todo, en términos menos explícitos y por ende más engañosos, sostienen lo mismo. Véase cómo discurre en su obra *De la instrucción pública en España* el Sr. Gil de Zárate, coautor del plan de estudios que en aquella nación se promulgó el año de 1845, y cuyo espíritu declara en el mencionado libro. Dice así: "Sólo donde

reside la soberanía, reside el derecho de educar; es decir, de *formar hombres apropiados á los usos que necesita el Soberano...*" Por lo cual, "trasladada la soberanía á la sociedad civil, á esta sociedad corresponde sólo el dirigir la enseñanza, sin que se mezcle en ella ninguna otra sociedad, corporación, clase ó instituto que no tenga ni el mismo pensamiento, ni la misma tendencia, ni los mismos intereses." Así habló el Sr. Gil de Zárate, como órgano de un Gobierno moderado; y en verdad que no se adelantó á decir más el mismísimo Robespierre, cuando en la Asamblea francesa afirmaba que "sólo á la patria asiste el derecho de educar á sus hijos." Tenemos, pues, que cuantos se empeñan en sostener la autoridad docente del Estado convienen tácita ó paladinamente en considerarlo como fuente de la cual dimanar todos los derechos de los padres para con sus hijos; pero como este principio es de todo punto falso, tal doctrina queda sin más apoyo que el de la fuerza bruta.

En efecto; todos los derechos de los padres sobre sus hijos, y principalmente el derecho de instruirlos y educarlos, estriban en el hecho de la generación; la cual se funda en el derecho á contraer matrimonio, que todo individuo recibe de la misma naturaleza, y no del Estado. Tan cierto es esto, que la formación de la sociedad

civil supone necesariamente la preexistencia de varias familias plenamente constituídas con todos los derechos que les son inherentes, viniendo el Estado como auxiliar de la familia para garantizar su conservación y proteger aquellos derechos. De donde resulta que, lejos de poderse decir que la familia recibe su existencia del Estado, debe afirmarse, por el contrario, que éste nace de la familia y para servir á la familia.

Pero ahondemos en la cuestión hasta llegar al fundamento en que el socialismo apoya sus doctrinas. Este fundamento no es otro que la tan conocida teoría de Rousseau, según el cual, el único modo legítimo de formarse la sociedad civil consiste en "la alienación de cada asociado con todos sus derechos á la comunidad",¹. De donde proviene que "como la naturaleza da á cada hombre un poder absoluto sobre todos sus miembros, el pacto social da al cuerpo político un poder absoluto sobre todos los suyos",². Hablando del hijo de familia, dice el mismo que "los hijos no permanecen ligados al padre por más largo tiempo que mientras tienen necesidad de él para conservarse. Tan pronto como cesa esta necesidad, el lazo natural se deshace. Los hijos exentos de la obediencia que debían al

¹ *Contrato social*, l. I, c. 6.

² *Ibid.*, l. II, c. 4.

padre, el padre exento de los cuidados que debía á los hijos, entran todos igualmente en la independencia. „ Lo curioso sería averiguar ahora cuándo cesa esta necesidad que tienen los hijos de los cuidados paternos; pero nos ahorra el mismo Rousseau la tarea de indagarlo, decidiendo que "tan luego como está (el niño) en edad de razón, siendo él solo juez de los medios apropiados á su conservación, queda por el mero hecho constituído dueño de sí mismo. „ Así que, por dos títulos viene á quedar el hijo de familia bajo el dominio del Estado, cuando entra en lo que el filósofo novelista llama *independencia*: primeramente, porque su padre ha traspasado á la comunidad todos sus derechos; y en segundo lugar, porque al llegar al uso de la razón cae irremisiblemente bajo la jurisdicción del cuerpo político, que en virtud del supuesto pacto social ejerce un poder absoluto sobre todos sus miembros. Mas si por ventura después de esto quedan aún los hijos sujetos á la autoridad de sus padres, ha de entenderse que es por benévola concesión del Estado, el cual dictará á la familia las leyes que crea más oportunas para el bien de la República. De suerte, que en todo cuanto sigan haciendo los padres por la educación de sus hijos, deben considerarse como meros mandatarios del Estado, amovibles siempre que no obedezcan sumi-

samente á sus órdenes, aunque de cumplirlas hubiere de resultar la ignorancia intelectual y la corrupción moral de la infancia.

Tales son en toda su nativa crudeza las doctrinas que constituyen la base del Estado moderno, y de las cuales deriva éste su pretendido derecho de dirigir la enseñanza. Doctrinas á la verdad tiránicas, que engendran la más odiosa centralización y el más feroz despotismo; que arrebatan los hijos á sus propios padres para ofrecerlos en cruel sacrificio á ese Moloch de nuestros días que se llama el Dios-Estado; que aniquilan la familia, destruyendo su autonomía y usurpando sus más preciados derechos: teorías antisociales y sacrilegas, cuyo blanco principal es educar á la juventud en el ateísmo y la impiedad, para alistarla más tarde en las filas de la revolución; y cuyo último resultado será convertir el mundo en presa de la demagogia brava, azote de la humanidad, verdugo que el Estado moderno acaricia imprudentemente en su seno, sin advertir que está destinado á ser su primera víctima: desvaríos en fin de una imaginación calenturienta, alborotada por el hervor de las pasiones, cuya mejor refutación es ponerlos á la vista y entregarlos al tribunal del sentido común, para que sean el ludibrio de cuantos conservan vigoroso el sentimiento de su propia dignidad.

§ III

Réstanos ahora demostrar que esta intrusión de los Gobiernos en la enseñanza, además de ser injusta, es causa muy principal del deplorable estado á que han venido los estudios. Y con esto terminaremos el presente artículo, último de la serie que al examen del sistema moderno hemos dedicado.

Siendo ateo el Estado llamado moderno, pues se rige según los principios del filosofismo heterodoxo del siglo XVIII, es lógico que haga todo lo posible para que esté informada también de ateísmo la enseñanza que dirige; de donde dimanar todas las fatales consecuencias que no puede menos de producir, como en otra parte expusimos, esa ciencia espuria divorciada de la Religión, ciencia del error y del mal, veneno mortífero de las almas juveniles, semillero de sociedades degradadas, madre fecunda de ciudadanos sin nobleza de hombres y sin virtudes de cristianos, devorados por la insaciable sed de sus concupiscencias y marcados con el estigma del más abyecto servilismo.

El Estado ateo desconoce asimismo la divinidad de la Iglesia, y sólo tolera su existencia

con la condición de tenerla sometida á su arbitrio, como una de tantas asociaciones que en el seno de la sociedad civil se forman y están sujetas á sus leyes. Mas, sorprendido de su colosal grandeza, y conociendo, por el esfuerzo que hace para arrancarlas, cuán profundas son las raíces de amor y veneración que tiene en el alma de los pueblos católicos, el Estado moderno se siente herido en su orgullo al verse tan pequeño; y como dispone de todos los recursos del poder, desfoga la envidia que roe sus entrañas persiguiendo y atropellando á la immaculada Esposa de Cristo, porque no humilla su cerviz á la violencia de la fuerza, ni entra en pactos ni admite transacciones con el espíritu del siglo. Este, y no otro, es el móvil que le impulsa á desechar en la organización de su enseñanza el sistema antiguo, por odio á la Iglesia que le tenía adoptado. En los antiguos establecimientos se empezaba la educación por el estudio de las lenguas y literaturas de Grecia y Roma; pues el Estado moderno emprenderá contra el latín y el griego ruda y tenaz campaña. La Filosofía, y en especial la Metafísica, eran tenidas por los antiguos en grande estima; pues el Estado moderno se encargará de arrinconarlas como trasto inútil, y sustituirá en su lugar la observación y estudio de la materia, que si adorna menos la inteligencia, en cambio

llena más el estómago. En las antiguas Universidades era la sagrada Teología corona de todas las ciencias y faro luminoso que las guiaba con rumbo fijo al puerto seguro de la verdad; pues el Estado moderno, que no reconoce á otro Dios que á sí mismo, negará hasta el nombre de ciencia á la más sublime de ellas, sólo porque trata de un Dios que no es el Dios-Estado. La escuela antigua, en todos sus grados, estaba animada del espíritu religioso, y embebía á los jóvenes en las puras doctrinas y prácticas saludables de la santa fe católica; pues el Estado moderno alejará de la escuela como presagio fatídico todo signo de Religión, y no permitirá en sus cátedras persona alguna seglar ó eclesiástica que profese con franca entereza sus creencias católicas y pretenda inculcarlas en el ánimo de sus discípulos. Poco le importa á este tiranuelo liberticida que se corrompa el pueblo por faltarle la educación religiosa, sostén y salvaguardia de toda moralidad, ó que se embrutezca y materialice descuidando el cultivo del espíritu por gozar el lucro de la materia; el blanco de sus aspiraciones es herir á la Iglesia de Dios: nada quiere de ella, y todo lo hace contra ella.

De este mismo odio que á la Iglesia tiene el Estado moderno, nace el haber repudiado el método didascálico que se usaba en los antiguos

colegios; método nacido de una experiencia secular y de un atento estudio de la naturaleza del niño, comprobado además por el brillante éxito que universalmente obtuvo en la formación de muchas generaciones; y todo para reemplazarlo por esa plaga de métodos modernos, irracionales en sus fundamentos, voltarios en su aplicación y estériles en sus resultados, contra los cuales bastante hemos escrito en los artículos precedentes.

Podría decir quizás alguno que esos daños de los modernos sistemas, así en el orden religioso como en el literario y científico, no tanto deben atribuirse á los Gobiernos, como á las nuevas ideas que se han generalizado en la sociedad; de manera que, si el Gobierno no hubiese asumido el monopolio de la instrucción pública, la enseñanza hubiera tomado el mismo rumbo, porque los particulares á cuyo cargo estuviese serían arrastrados por la misma corriente de opiniones.

Pero si el Estado no hubiese establecido el monopolio de la instrucción, existirían muchos establecimientos de enseñanza dirigidos por corporaciones religiosas ó individuos que inspirasen plena confianza á los padres católicos; y no participando estas corporaciones ó individuos del entusiasmo novelero que agita á los Gobiernos del día, hubieran conservado en toda

su integridad el antiguo sistema, que las exigencias oficiales no les permiten ahora seguir libremente. Y esto con tanta mayor razón, cuanto que el instinto católico de las familias les hace buscar para la educación de sus hijos los colegios religiosos con preferencia á los del Estado; y muchas sólo consienten en llevarlos á las escuelas oficiales, por temor de que, no pudiendo recibir los grados académicos, sean más tarde excluidos de los destinos públicos, á que aspiran para ganarse la subsistencia. Quítese esta sanción á los modernos sistemas, y al punto perderán su prestigio, y renacerá con todo el vigor y lozanía de los tiempos pasados la enseñanza cristiana, único remedio que puede curar las dolencias de la sociedad actual, gangrenada por la podredumbre de sus vicios.

Existe todavía otra causa que hace estéril y nociva la enseñanza del Estado. Según los sistemas políticos que hoy están en boga, la base de todo Gobierno está en el sufragio, del cual depende la designación de las personas que han de gobernar y la sanción de las leyes, que son las reglas á que aquéllas han de ajustar sus actos. De aquí fluye, como consecuencia inevitable, la formación de partidos, que vienen á ser los ejércitos con que los aspirantes conquistan la fortaleza del poder, y les sirven, una vez conquistada, para mantenerse en su pacífica

posesión y para encaminar según su voluntad todos los asuntos del Estado. Se comprende, pues, que un Gobierno nada desee con más ahinco que mantener y vigorizar su partido, y que todo lo subordine á la consecución de una mayoría de sufragantes. Y ¿habría de despreciar esa falange de empleados que le puede ofrecer el Ministerio de Instrucción Pública con todos los Rectores, Inspectores, Profesores y demás oficiales que de él dependen? Por eso vemos con harta frecuencia en todas las naciones que en el nombramiento de Profesores y Directores de colegios, antes que la idoneidad, moralidad y ciencia del que pretende estos cargos, se averigua su opinión política, y el más inepto é ignorante ocupará el sillón de una cátedra, con tal que se preste á ser dócil instrumento de la política imperante. De esta manera la santa causa de la educación, confiada por la Divina Providencia al cariño paterno, se ve convertida en vil tráfico y en poderosa palanca de partido; y entregada á sujetos de aptitudes poco investigadas no puede menos de sufrir quebranto irremediable.

Del mismo motivo proviene la gran movilidad en los planes de estudios y organización de la enseñanza, que tan desfavorablemente influye en los adelantos escolares. Porque variando tan á menudo el personal administrativo

en nuestros sistemas políticos, es lo más natural, y de hecho así sucede, que cada Ministro de Instrucción Pública, para no seguir á ciegas la rutina de sus predecesores intente renovar algo, conforme á sus propias ideas. De aquí tantos cambios y mudanzas, cuyos funestos resultados ponderamos con suficiente copia de datos y razones en uno de nuestros primeros capítulos.

De todo lo dicho, pues, se sigue que para levantar el nivel de la enseñanza y curar radicalmente los males que aquejan á la sociedad, es menester que los Gobiernos desistan de usurpar el derecho de educar á la juventud, y lo devuelvan á quien naturalmente lo debe poseer, que es la familia, dirigida en las sociedades cristianas por la Iglesia. Con toda precisión y claridad explicó estas doctrinas el sapientísimo Pontífice reinante cuando era Cardenal Obispo de Perusa, y nos complacemos en citar sus palabras, porque á la par que confirman nuestro humilde parecer, compendian todo cuanto acerca de esta importante cuestión llevamos explicado. Hélas aquí: "El deber de la educación por razón natural es de tal manera inherente al carácter y potestad de los padres que no admite abdicación; y el poder social por su ordenación no es propiamente llamado á subrogar este gran oficio de la paternidad, sino á

coadyuvar á las obras de los educadores naturales, y á vigilar y proteger el gobierno y buena dirección de la familia... La familia no es hechura ó creación de la sociedad civil; y la potestad paterna no es una concesión de la ley humana: las relaciones y deberes que existen entre padres é hijos son anteriores y superiores á toda humana agregación. El hombre nace sociable; mas perteneciendo primero á la sociedad doméstica y religiosa, no viene al comercio civil sino por la familia, ya preparado por el magisterio de la Religión y bajo la guía de la autoridad paterna. »

SEGUNDA PARTE

DEL SISTEMA ANTIGUO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS CONSIDERADOS COMO MEDIO PARA DESARROLLAR LAS FACULTADES DEL ALUMNO.

§ I

En la primera parte hemos demostrado, con abundante copia de razones y autoridades, que el sistema moderno de enseñanza, lejos de contribuir al progreso de los estudios, es por el contrario causa muy principal de su decadencia, y en vez de ayudar

coadyuvar á las obras de los educadores naturales, y á vigilar y proteger el gobierno y buena dirección de la familia... La familia no es hechura ó creación de la sociedad civil; y la potestad paterna no es una concesión de la ley humana: las relaciones y deberes que existen entre padres é hijos son anteriores y superiores á toda humana agregación. El hombre nace sociable; mas perteneciendo primero á la sociedad doméstica y religiosa, no viene al comercio civil sino por la familia, ya preparado por el magisterio de la Religión y bajo la guía de la autoridad paterna. »

SEGUNDA PARTE

DEL SISTEMA ANTIGUO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS CONSIDERADOS COMO
MEDIO PARA DESARROLLAR LAS FACULTADES DEL
ALUMNO.

§ I

En la primera parte hemos demostrado, con abundante copia de razones y autoridades, que el sistema moderno de enseñanza, lejos de contribuir al progreso de los estudios, es por el contrario causa muy principal de su decadencia, y en vez de ayudar

á la formación moral del alumno la descuida lastimosamente. Tócanos ahora juzgar el antiguo sistema y vindicarlo de las principales acusaciones que contra él dirigen muchos de quienes no sería temerario afirmar que nunca se han tomado la molestia de estudiarlo á fondo antes de emitir su juicio. Tal es el objeto que nos proponemos en esta segunda parte, cuyo asunto reviste especial interés en esta República, pues no sabemos que hasta ahora haya sido tratado por nuestros escritores con la detención que tan importante materia reclama.

Describimos ya al principio de este trabajo los principales caracteres del sistema antiguo; ahora nos basta recordar que, según él, la enseñanza hoy llamada secundaria se debe considerar dividida en dos períodos, literario el uno, y el otro filosófico. El período literario comprende el estudio serio y profundo de las lenguas y literaturas clásicas como materia fundamental, y permite en calidad de asignaturas accesorias las que tengan relación con las bellas letras y ayuden á la formación del buen gusto: el período filosófico abarca el estudio macizo y completo de la filosofía y de las ciencias exactas y físicas, á las cuales concede más importancia de la que vulgarmente se le atribuye. De ambos períodos trataremos, aunque con preferencia del primero, porque los detractores

del sistema antiguo contra él principalmente asestan los tiros de su crítica.

Hicimos notar anteriormente cómo uno de los defectos capitales que más resaltan en los modernos sistemas consiste en no preparar las facultades del alumno para que puedan recibir toda la instrucción de que son capaces; y creemos haber demostrado que esta preparación debe constituir el fin directo y principal que en el período de la segunda enseñanza ha de proponerse el sabio educador, si quiere desempeñar cumplidamente su delicado cargo. Toda la dificultad de esta cuestión consiste ahora en determinar qué género de estudios es más á propósito para obtener este fin; pues de un error cualquiera en este asunto resultará á la buena educación de la juventud un daño irremediable. Porque de la misma manera que para obtener el crecimiento del cuerpo infantil, la próspera naturaleza ha preparado en los pechos de la madre un suave alimento, tan propio para aquella tierna edad que otro le sería nocivo, así también, para el desarrollo de las facultades del alma, es preciso que exista un ejercicio que sea como la leche del espíritu en su infancia. Este ejercicio no es otro que el estudio de las lenguas y literaturas antiguas, que en todos tiempos han sido consideradas como el medio más adecuado para desarrollar y perfeccionar

las facultades del niño, por más que últimamente en la opinión de algunos hayan decaído de este altísimo concepto. Al dilucidar este asunto eminentemente práctico, y como tal muy expuesto á ilusiones, nos parece que debe resolverse atendiendo principalmente al fallo de la experiencia universal y constante, y á la autoridad de los hombres más competentes para juzgarlo; si bien no faltarán razones especulativas que apoyen y confirmen la solución obtenida mediante el primer criterio.

Propuesta la cuestión como acabamos de hacerlo, queda ya de suyo resuelta. Efectivamente, por espacio de dos mil años sólo un método se ha reconocido apto en todo el mundo civilizado para la recta formación del ánimo juvenil; y este método ha sido el estudio de las lenguas y literaturas griega y latina. Por este camino iniciaron su brillante carrera todos esos prodigios de saber que han asombrado al mundo en los pasados siglos, y aun los que en el presente más se han distinguido, no en un ramo especial de las ciencias, sino por su cultura general, por la elevación y solidez de sus conocimientos, por la firmeza de sus principios, claridad de sus conceptos y lógica de sus discursos.

Mas no sólo en las edades pasadas fué universalmente reconocido este medio como único

á propósito para el fin de disponer convenientemente las facultades del joven, pues también en nuestros tiempos son muchos los hombres de indisputable mérito y maduro juicio que sostienen la misma opinión. En un artículo crítico reimpresso al frente de la traducción de los *Poetas bucólicos griegos*, hecha por el insigne Obispo mejicano D. Ignacio Montes de Oca, el eminente literato colombiano M. A. Caro, bien conocido en la república de las letras por sus bellísimas traducciones de Virgilio, después de afirmar, como nosotros, que "la atenta y prolija lectura de los grandes escritores de la antigüedad es el metodo más seguro para educar las facultades mentales," hace suyo el parecer del sabio Cardenal Newman, cuyos son los siguientes conceptos: "Los clásicos, los asuntos que ofrecen al ejercicio del pensamiento y los estudios á que sirven de base, fueron siempre el instrumento de educación adoptado para difundir la cultura de la juventud..." "La cuestión que se trata de elucidar, añade el mismo Cardenal, consiste sólo en saber cuál es el mejor medio para fortificar, pulir y enriquecer las facultades intelectuales. Que con el estudio de los poetas, historiadores y filósofos de Grecia y Roma se llena cumplidamente este objeto, lo demuestra una larga experiencia; que otro tanto puede conseguirse con el estudio de las cien-

cias experimentales, es cosa, por lo menos, que prácticamente no ha llegado á comprobarse.”

Pero quien ha tratado magistralmente este asunto es el elocuentísimo y sabio orador belga Francisco Schollaert; y no queremos defraudar á nuestros lectores del gusto con que saborearán algunos fragmentos del *Discurso sobre los estudios clásicos*, pronunciado en el Parlamento de su país el 17 y 18 de Octubre de 1869. Propone primero el argumento que contra los estudios clásicos hacen los partidarios del utilitarismo en la enseñanza. “El padre de familia, dice, sueña por lo común en adquirir para sus hijos una fortuna con la mayor rapidez y con el menor trabajo posible. ¿Para qué ha de estudiar su hijo las lenguas, las literaturas antiguas? ¿Inventaron jamás la elocuencia y la poesía un solo instrumento mecánico? ¿Analizaron una sustancia? ¿Organizaron una casa de banca de comercio...? Por otra parte, ¿no será ridículo atiborrar de griego y de latín á este amado niño, tan delicado y tierno? ¡Oh, si se le pudiera libertar de todo trabajo y aun de todo deber! Los asiduos estudios matan como la guerra. ¡El no será jamás sabio ni soldado! Además hace ya mucho tiempo que los habitantes de la *Via Appia* han dejado de hablar la lengua de Horacio, y los sofistas de Pynx la de Sócrates ó Lipsias. Si es absolutamente preciso que los

jóvenes sepan un idioma extranjero, aprendan en buen hora el alemán, el inglés, el italiano, en una palabra, idioma que se comprenda en el *Exchange* de Londres ó en la Bolsa de Berlín. ¡Pero en cuanto á lenguas muertas es absurdo!.”

Expuesta de este modo la dificultad que los cálculos del interés oponen al progreso de los buenos estudios, el ilustre diputado por Lovaina responde victoriosamente: “Es preciso prodigar la cultura intelectual, no una cultura *modernizada*, acomodada á las teorías modernas, sino una cultura conforme á los métodos consagrados por el tiempo y el éxito. Cuando todos los países de Europa, en asunto que á todos interesa igualmente resolver con desinterés, guiados por el fin único de descubrir la verdad, han practicado fructuosamente el mismo sistema durante muchos siglos, es preciso no tocar á esta práctica sino con la más respetuosa circunspección.” Y luego explica discretamente cuál sea el verdadero fin de la segunda enseñanza, y cuáles sean los medios más adecuados para conseguir este fin. Sus palabras son demasiado preciosas para que nos resolvamos á pasarlas por alto; hélas aquí: “Cuando un joven se presenta en nuestros colegios, su educación suscita dos problemas. Posee, pero solamente en germen, las facultades morales é

intelectuales, glorioso privilegio de su especie. Tiene entendimiento, pero virgen, vacío, donde es preciso introducir insensiblemente los conocimientos necesarios para su profesión. Este joven debe ser formado desde luego, instruido en seguida. ¿Cómo se le formará? ¿Por qué procedimiento se desenvolverá su inteligencia? ¿Cuál es el instrumento más propio para educar, desarrollar y fecundizar su espíritu para hacer de éste un agente robusto, un instrumento sólido y perfecto? Ya lo veis, señores, yo no pregunto cómo ha de ser instruido el joven, es decir, de qué manera se han de hacer penetrar en su inteligencia los conocimientos profesionales de que necesitará en el curso de su vida. No, esto vendrá después. Es preciso formarle antes... Cuando se piensa en el fin que hay que llenar, ¿cómo no comprender que el mejor medio es la educación literaria, que ejercita á la vez de manera tan armoniosa todas las facultades? ¿Y cómo no reconocer además la superioridad de las lenguas antiguas como instrumento de esta educación? Para convencernos de que el ejercicio literario constituye la mejor gimnástica, observad lo que hace un joven á quien se encarga que descifre cualquier pasaje de un autor. Enriquece su memoria con palabras nuevas. Por el análisis gramatical descubre poco á poco los secretos de la sintaxis; por el análisis

lógico, asiste al génesis del pensamiento. ¿Es esto todo? ¡No! El joven juzga, compara, raciocina. Por corto que sea el esmero de un maestro hábil, su gusto se forma, y adivina lo que es el estilo; su oído se habitúa á la cadencia y comprende el número. Los ingenios más privilegiados le ofrecen las más atractivas imágenes, las más nobles sentencias y los ejemplos de la más alta virilidad. Entonces la imaginación despierta, la voluntad se inclina, se forma el carácter. El corazón se educa á medida que la inteligencia se ilumina. Ni una facultad permanece en el olvido. El espíritu se manifiesta en todas sus formas. Y cuando suena, en fin, la hora de abandonar el colegio, encuéntranle convertido en hombre, *con pocos conocimientos prácticos acaso, pero capaz de aprenderlo todo*; es hombre que ama el buen estilo, la grande poesía, la grande elocuencia, todo lo que es noble, brillante y bello. „ Hasta aquí el insigne orador belga.

Esta convicción y esta práctica tienen echadas tan hondas raíces, que cien años de tenaz y perseverante guerra no han podido derribarlas; y aun actualmente observamos la misma costumbre en todas las naciones cultas, á pesar de que muchos de los que la ordenan, y á veces también de los que enseñan, la tienen por un proceder inútil y sin razón de ser, calificándolo

de rutina; mas ciertamente, admitido el hecho, no bastarían para explicarlo todas las rutinas que sigue la humanidad, si en el fondo de esta práctica no hubiese un principio razonable. Ni sería decoroso creer que los impugnadores de esta práctica universal se imaginen que ellos solos han logrado ver claro en esta cuestión; y que la numerosa serie de hombres que han pensado y piensan de otro modo, sea una reata de miopes ó ilusos que han aceptado como verdad inconcusa el error más craso. No. Esta especie de culto que todos los siglos han consagrado á los estudios clásicos; la elección que de ellos se ha hecho para presidir y promover el desenvolvimiento intelectual y la formación de las nuevas generaciones; el nombre mismo de *Litteræ humaniores*, esto es, *letras humanas*, ó con más propiedad, *eminentemente humanas*, que les atribuye el privilegio de completar y perfeccionar al hombre, todo revela la alta estima que han merecido siempre estos estudios, la cual descansa sobre un fundamento muy razonable, como vamos á demostrarlo.

§ II

Si analizamos con detención la naturaleza de los estudios clásicos, nos convenceremos de que en ellos se encuentra el medio más acomodado para cultivar á un tiempo y metódicamente, tal como se van desarrollando en el niño, las diversas facultades del ánimo, lo que constituye el fin del primer período de la segunda enseñanza.

Pues, en efecto, tales estudios son á la vez escuela ó ejercicio de las facultades cognoscitivas y de las afectivas. Son primeramente escuela de las facultades cognoscitivas, porque el entendimiento del niño halla aquí un ejercicio apropiado al estado de debilidad en que todavía se encuentra. En los estudios de Gramática, el análisis y construcción de las frases le hace formar ideas claras del papel que desempeña cada una de las palabras en la oración ó período; la composición crea en él el hábito de poner orden en sus obras y el de reflexionar para acomodarse á las reglas; y en estas clases, y mucho más en las superiores, la explanación hecha por el profesor le enseña á seguir el hilo de un discurso, á apreciar el valor de una idea y re-

conocer la perfección con que está presentada en el autor clásico: ejercicio, que, completado por el de la composición y por la corrección que de ella hace el maestro, desarrolla por sus grados la inteligencia de la manera más acomodada á la tierna naturaleza del niño. Si el alumno tiene aquella fantasía viva, rica, dotada de la fuerza creadora que es propia de los artistas, el estudio de las obras maestras de los clásicos sirve para limarla, dirigirla y reprimir sus excesos; y al mismo tiempo hace sentir al estudiante que todas las facultades, y más que ninguna otra la imaginación, si han de acertar en sus operaciones y no producir obras monstruosas, deben sujetarse á las leyes; y contemplando los ejemplares perfectísimos de belleza que tiene á la vista aprende prácticamente cuáles son esas leyes y cómo ha de aplicarlas. En los que no tienen fantasía tan viva, el contacto de aquellas creaciones del genio excita por lo menos sus facultades y hace que aquella medianía que poseen, merced á una buena dirección, salga bien aprovechada. La memoria, por su precóz desarrollo y admirable flexibilidad, es en el niño instrumento poderosísimo para perfeccionar las otras facultades: en sus tesoros es donde depositan las bellezas de las obras clásicas una vez que han sido comprendidas y gustadas; y la repetición necesaria para aprenderlas hace

que penetren mejor y logren más cumplido efecto en el entendimiento y la fantasía, resultando indirectamente otro provecho; y es, que como la memoria, según el antiguo adagio, se acrecienta con el cultivo, mientras sirve á las demas facultades trabaja en ventaja propia. Por eso San Agustín consideraba de tanta importancia la Gramática (nombre que en su tiempo se extendía á todo el estudio de las literaturas antiguas), que en su libro *De ordine* no vacila en atribuirle una eficacia casi divina para perfeccionar las facultades intelectuales; y el sabio Cardenal Segismundo Gerdil dice hablando de este estudio: "Los primeros elementos de la Gramática son verdaderos elementos de Lógica, en que la precisión de la idea es norma de la expresión."

El estudio de las literaturas clásicas es en segundo lugar escuela de las facultades afectivas. Empezando por la sensibilidad ó facultad de mover en sí y en otros los afectos: de ninguna clase de obras son éstos más propios que de las obras literarias. Y como estos movimientos del ánimo son á la manera del fuego, que prende donde halla materia dispuesta; ó como el flúido eléctrico, que por influencia excita nueva electricidad; ó como el sonido musical, que fácilmente se produce en un cuerpo sonoro con el movimiento de otro cuerpo en vibración, así

también el corazón no gastado del niño se inflama, se electriza ó vibra al unísono con los grandes corazones de los oradores ó poetas que estudia; y dirigido convenientemente por el profesor, aprende á amar todo lo noble y bello, que es lo que conduce al bien, y á desechár los sentimientos rastreros y puestos al servicio de la maldad. De estas perfectísimas obras en que el afecto está siempre gobernado por la razón, sacará el alumno el gran provecho de acostumbrar su ánimo á gozar la verdadera belleza en sus fuentes más puras, y no imitar á los que con estragado gusto no se deleitan sino en medio de los espectáculos horrosos ó buscando las impresiones más fuertes, con las que embotan la sensibilidad, y de facultad racional la hacen degenerar en sensualismo desenfrenado. Mas como este estudio no se reduce puramente á despertar los afectos, sino que al mismo tiempo examina su conveniencia y los medios que el escritor ha puesto en juego para producirlos, adquirirá al propio tiempo el alumno aquella facultad que en frase de Cicerón es la que constituye el triunfo del orador, la de excitar en los demás los afectos de que él se siente animado. Contribuye asimismo á estos resultados como á los anteriores el trabajo de la memoria junto con el de la inteligente declamación de los trozos escogidos entre los más

bellos, lo cual hace que el joven se posea, como si fuesen propios, de los sentimientos y bellezas que hermosean la obra literaria. Este continuo estudio de los grandes autores produce además el buen gusto literario, que si en los primeros años no se adquiere, rarísima vez se logra en lo restante de la vida. A este propósito dice la *Civiltà Cattolica*: "Si el buen gusto literario, que es tan gran parte del fruto de los estudios juveniles, no se obtiene en los primeros años, es bastante difícil, y aún difícilísimo que se adquiera más tarde. Mas no puede adquirirse sino con un continuo estudio de muchos años sobre la belleza de los autores clásicos, acostumbrando á ellas el oído con la reiterada repetición y observación, y ejercitando acerca de ella la memoria con aprender sus más insignes pasajes, sin que mientras tanto se halle distraída en otras cosas la mente del escolar. Por lo cual, si el ingenio del joven no queda libre en su desenvolvimiento aquellos primeros años para la sola imitación de lo bello, mientras tiene toda la fuerza mental inclinada á este objeto y conserva frescas las ideas recogidas en el estudio de los clásicos, más tarde nunca podrá emprender esta tarea, ni aún con mediano provecho. El joven vive de imitación: en su tierna edad principalmente, y atraído de su cándido natural, sigue la belleza, aprehende sus formas, se las

imprime en el ánimo y las convierte como en propia sustancia; pero á condición de que se mantenga constantemente en la contemplación de lo bello, y no sea desviado de allí con otras demasiadas y sobrado diversas consideraciones. Así, del defecto de un método racional de estudios proviene el defecto de buen gusto reconocido como universal; y quitado el buen gusto, nunca tendremos ni cultivadores de las buenas letras, ni poetas, ni oradores, ni prosadores de algún mérito.,"¹

Si a las mencionadas condiciones que la obra literaria ofrece de suyo, se agrega la enseñanza oral dada por un profesor como el antiguo método lo requiere, que toma el cargo de educar, no como negocio para lucrar dinero, sino como ministerio sagrado para cultivar las facultades del alumno y dirigirlo hacia Dios; se perfeccionará también con este estudio la parte moral de educando, porque no dejará nunca el maestro de aprovechar las mil ocasiones que en el estudio del orador ó del poeta se le presenten para despertar los afectos nobles del corazón, ora suaves y tiernos, ora vehementes y generosos, á semejanza de los que en el escritor se descubren, confirmando en el niño por este medio las enseñanzas de la virtud cristiana. El mismo

¹ *La Civiltà Cattolica*, ser. XII, vol. II.

trabajo que suele acompañar el estudio de las literaturas clásicas, es para él un fructuoso ejercicio, que le acostumbra ya desde sus tiernos años á aplicar seriamente su ánimo, á vencer las dificultades y soportar la fatiga, aunque sea haciéndose alguna violencia; costumbre que producirá muy saludables efectos cuando el joven más adelante haya de combatir para refrenar sus pasiones y dominarse á sí mismo, que debe ser uno de los más preciosos frutos de la buena educación.

Es verdad que este modo de proceder se halla en disonancia con las modernas aspiraciones y prácticas de la enseñanza, que todas se encaminan á facilitar el trabajo del niño, inventando mil métodos con los cuales se aprendan todas las cosas sin fatiga; de suerte, que toda la dicha de la enseñanza actual se cifra en que el niño aprenda mucho en poco tiempo y con poco trabajo; y por todas partes están brotando los pedagogos que presumen haber encontrado esta piedra filosofal. De aquí proviene el desdeñar el ejercicio de la memoria, como práctica añeja de maestros atrasados, y esforzarse en que el niño desde los primeros años estudie todas las cosas puramente de concepto. Para lo cual aducen por motivo que es indigno hacerle aprender las cosas de memoria; pero la verdadera razón es, que el alumno encuentra

este trabajo bastante molesto, y el profesor por ventura mucho más: y el fruto de esta práctica es que se descuida la memoria, facultad intelectual de las más estimables, y no se cultiva tampoco el entendimiento, porque el niño se acostumbra á recitar las lecciones á poco más ó menos, pues su corta edad no le permite otra cosa; y el bueno del profesor se da con eso por satisfecho.

De aquí proviene igualmente el empeño de enseñar á los niños con un método empírico, que pretende que todos los conocimientos les entren por los sentidos: "Método, dice el excelente filósofo cristiano Sr. Orti y Lara, que sólo atiende á cosas y hechos individuales y mutables, que nunca fueron ni serán objeto de verdadera ciencia, formada de conceptos universales y necesarios, ni podrán satisfacer la necesidad que siente el espíritu humano de elevarse á cosas y razones superiores, invisibles, libres de toda materia... Contrario á la naturaleza de nuestro entendimiento, que procede por vía de abstracción, y necesita de su luz para conocer la verdad en las regiones elevadas de las ciencias y de la verdadera sabiduría, la cual consiste en conocer á Dios, principio y fin de todas las cosas... inhabilita cuanto es de su parte á los niños para los estudios científicos y abate su espíritu hasta la baja de las cosas visibles,

emparedando sus alas, para que no vuelen, con el lodo de la materia,"¹.

Con tan singular empeño de enseñar á los niños por métodos fáciles, y aun convertir la enseñanza en un agradable juego, se forman alumnos perezosos, inconstantes, pusilánimes, sensuales, muelles y sin carácter ni valor para sostener los verdaderos principios ó superar las propias pasiones y las dificultades de la vida. En hombres de esta manera educados, no es de admirar que nunca se dediquen al estudio serio de la Religión, ni la lleguen á conocer; antes por el contrario suelen rechazar el sobrenatural beneficio de la fe, no creyendo lo que está más allá de lo que alcanzan sus sentidos. Y como no hay cosa más atrevida que la ignorancia, éstos son los que después orgullosamente se llamarán racionalistas, sin tener en realidad derecho más que al título de ignorantillos presumidos. "La educación dada por modo de diversión, dice Madama de Staël, dispersa el pensamiento; la pena en todo orden de cosas es uno de los grandes secretos de la naturaleza, y el espíritu del niño es preciso que se acostumbre á los esfuerzos del estudio, como nuestra alma al padecimiento... Enseñaréis con cuadros, con mapas, una multitud de cosas á vuestro

¹ *El Catecismo de los textos vivos*, cap. IV.

alumno; pero no le enseñaréis á aprender, y la costumbre de entretenerse, que ahora dirigís á la ciencia, seguirá muy presto camino diferente, cuando el niño haya salido ya de vuestra potestad,¹

§ III

Siendo, como acabamos de mostrar, el estudio de las lenguas y literaturas clásicas el ejercicio más apto para el desenvolvimiento de las facultades cognoscitivas y afectivas del hombre, se ve bien que tal estudio constituye aquella provechosa gimnástica, que todos consideran como necesaria en los primeros años, y es por tanto el medio más adecuado para obtener el fin de la segunda enseñanza en su primer período. Sólo que no será difícil que á algún lector se le haya ocurrido la dificultad que suele proponerse en estos ó parecidos términos: Si no se trata más que de gimnasia intelectual, también la resolución de un problema matemático es gimnasia, y más accesible al niño que la gimnasia y el problema del latín y del griego; por lo cual igualmente se podrían emplear las matemá-

¹ De la Alemania, parte I, cap. XVIII.

ticas para la formación del niño, y quizás con mayor provecho.

Buena está la dificultad; pero cualquiera echa pronto de ver que en ella se atribuyen iguales propiedades á dos cosas que las tienen muy diversas. El estudio de las literaturas clásicas, según hemos visto, atiende juntamente al desarrollo de todas las facultades del ánimo; pero las matemáticas, aunque son ciertamente un ejercicio intelectual muy sólido, requieren para ser estudiadas con fruto una preparación anterior y conveniente desarrollo del entendimiento. Tampoco perfeccionan más que una facultad, y aun esa sólo en cuanto á las cosas en que es posible emplear el rigor del raciocinio; de suerte que un sujeto exclusivamente dedicado á las matemáticas, no se hallaría en estado de juzgar con acierto en cualesquiera cuestiones á que no fuesen aplicables el número y la medida. Este resultado es el que expresó el vizconde de Bonald cuando dijo: "En los estudios científicos, el espíritu se seca y consume en abstracciones mudas para la razón y para el corazón; y á veces llega á hacerse inepto para concebir las altas verdades y los grandes sentimientos de la moral... Estos estudios absorben la facultad de pensar y hasta la falsean, haciéndole contraer el hábito de someter al compás y al cálculo lo que necesita ser juzgado y sen-

tido; la primera flor de la imaginación y aun de la sensibilidad se marchita con esas contemplaciones áridas y estériles nomenclaturas,¹ Por esto decía el primer Napoleón: "Amo las ciencias matemáticas y físicas: cada una de ellas es una hermosa aplicación parcial del espíritu humano; pero las letras son el espíritu humano mismo, son la educación general que prepara á todo, son la educación del alma."

A este sistema, que pretende sustituir las ciencias en vez de las letras para la formación de las facultades del niño, no le falta la prueba de la experiencia, y por cierto le es bien poco favorable. "La educación liberal (esto es, la cultura elevada), dice M. Sengler, ha caído en Francia porque se ha dejado decaer la educación clásica, esencialmente fundada, como lo hemos dicho, sobre el estudio de las lenguas antiguas. Y obsérvese bien que el estudio de las lenguas antiguas ha dejado de ser serio y provechoso para la juventud francesa desde el día que decayó el prestigio de las letras latinas, en que el favor pasó á las ciencias, en que la misma Universidad abrió las puertas á la enseñanza enciclopédica. La *educación utilitaria* mira al provecho material, prepara la obra de mano y al industrial á la materia que explota.

¹ *Miscelánea*, II.

La *educación enciclopédica* forma el semisabio y deja incompleto al hombre. La *educación liberal* forma al hombre superior, al hombre que sabrá no sólo extraer el carbón de la tierra y forjar el hierro, sino levantar de la tierra á la humanidad y guiarla por el sendero que la lleva á sus destinos,¹ El resultado obtenido en Alemania por un sistema semejante lo declara el Dr. Lobeck, miembro de la Universidad de Chile, en los siguientes términos: "Campe y Basedow, los principales, quisieron á fines del siglo pasado desterrar el griego de todos los gimnasios ó liceos con la pretensión de formar jóvenes verdaderamente aptos para la vida civil. Pero los establecimientos que bajo el nombre de *filantropinos* fundaron, y de los cuales se encontraba excluida por sistema la enseñanza de los idiomas clásicos, han recibido cierta celebridad en la historia de la pedagogía, no por los lisonjeros resultados que produjeron, sino al contrario por los en gran manera desfavorables; pues los jóvenes educados en ellos según el sistema *realista*, completamente destituidos de conocimientos, se manifestaron incapaces de una ocupación civil cualquiera, é indignos de figurar en el mismo nivel que la juventud edu-

¹ Cit. p. LARRAIN: *Memoria sobre el Bachillerazgo en humanidades*.

cada en los gimnasios ó liceos según el *retrógrado* sistema del estudio de los idiomas clásicos. Este fué un golpe de muerte para los reformadores: la gente práctica se desengañó, y los *filantropinos* ocupan un lugar en la historia de la pedagogía muy poco envidiable: se hallan consignados á la manera de muchos monumentos de la historia, para que las generaciones posteriores encuentren en los desvaríos de las que les precedieron lecciones de lógica práctica que oponer á las declaraciones huecas, á la grito tumultuaria de ciertas fantasías sin lastre, que el caprichoso viento de la presuntuosa ignorancia arrastra por do quiera, como embarcaciones desmanteladas y sin brújulas. „ Omitiendo lo mucho que acerca de otros países pudiera decirse, concluiremos este punto con lo que atestigua Thiersch acerca de Baviera: “ La literatura antigua, escribe este sabio helenista, fué en los colegios tolerada solamente, y se le dió un papel secundario; se trató de que predominaran las ciencias físicas, naturales y matemáticas, y todo aquello que se honra con el nombre de conocimientos positivos. El resultado fué que no se llegó ni á la mediocridad, y que el nuevo plan cayó á la vuelta de algunos años. Entonces el Gobierno convencido de los vicios de ese sistema, inquieto por la decadencia de la instrucción pública, cedió al fin á la

opinión general y se volvió al estudio profundo de las literaturas antiguas. „

Pero si la literatura es el mejor medio para la plena formación del niño, se podrá replicar ¿por qué ir á escoger literaturas extranjeras y antiguas? ¿No es mucho mejor y más fácil educar al alumno por medio de la literatura nacional? A esto responderemos que el método antiguo no desdeña, como algunos creen, la literatura particular de cada país, antes con especial cuidado trabaja por conservarla y adelantarla. Así, á medida que las literaturas nacionales se han ido perfeccionando, las ha incluido en sus planes y les ha aplicado el método que emplea en el estudio de las antiguas; mas éstas han quedado siempre en primer lugar, fundándose la superioridad de que gozan en tres razones principales, que no son aplicables á las lenguas y literaturas modernas.

La primera es porque estas lenguas antiguas se prestan mucho más al análisis que las actuales, por ser más perfectas, más lógicas y profundas en la significación de sus palabras. Es verdad que no faltan quienes afirman que los trabajos gramaticales de los últimos siglos han adelantado los idiomas y los han hecho más perfectos que los antiguos; pero no hay cosa más falsa. El hombre no ha inventado las lenguas, sino que las ha recibido de Dios; ni tam-

poco las perfecciona en cuanto á sus caracteres esenciales. " El uso de la palabra, dice César Cantú, fué primeramente enseñado al hombre por el mismo Dios, que con él le dió al mismo tiempo los más esenciales conocimientos morales, científicos y religiosos. Aun cuando en el progreso de la sociedad vemos que todas las artes se van perfeccionando, ninguna nueva perfección notamos introducida en las lenguas, y ninguna, desde que las conocemos, ha adquirido un nuevo elemento esencial... No es el hombre quien inventa una lengua, antes bien pone mucho conato en conservar la antigua y en excluir las singularidades. Consérvase asimismo una veneración entre los literatos y entre el pueblo á las palabras antiguas y tradicionales, como si conociera su incapacidad para producir otras mejores " ¹. Todos los grandes talentos reconocen que las lenguas son tanto más perfectas y tanto revelan mayor sabiduría, cuanto son más antiguas, como que se hallan más cercanas á aquellos primeros idiomas comunicados por Dios á los hombres. Así decía Platón en su *Cratilo*: " Es sin duda una inteligencia superior á la humana la que impuso á las cosas sus propios nombres: tan ajustados les vienen. " Y el ilustre José de Maistre asienta y prueba

¹ Discurso preliminar á su *Historia Universal*.

esta conclusión: " La formación de las palabras más perfectas, más significativas y más filosóficas en toda la fuerza de la expresión, pertenece indudablemente á los tiempos de ignorancia y sencillez... Á medida que nos elevamos hacia esos tiempos de ignorancia que vieron nacer las lenguas, más lógica y profundidad hallaremos siempre en la formación de las palabras, desapareciendo este talento por una gradación contraria según vamos descendiendo á las épocas de ciencia y de civilización. " Y luego añade: " Dos pequeñas cosas faltan á la filosofía para crear palabras: la inteligencia y el poder que las hace adoptar " ¹.

La segunda razón de la preferencia que obtienen las lenguas y literaturas clásicas sobre las modernas para la formación del niño, es el haber producido los más acabados modelos de belleza literaria que se conocen. Homero, Virgilio, Píndaro, Horacio, Demóstenes, Cicerón, los Santos Padres griegos, Tácito y Livio. Tucídides y Jenofonte, para no mencionar otros, han legado á la posteridad escritos imperecederos, que todas las generaciones pasadas y presentes han venerado como obras maestras de poesía, elocuencia ó historia, reconociéndolas como las normas más seguras para la edu-

¹ *Veladas de San Petersburgo*, conversación segunda.

cación literaria de la juventud é incapaces de ser sustituidas por otras. Aun después de tanto como se ha dicho con intención de desprestigiar estas literaturas, alegando diversos pretextos, y á veces por motivos encontrados, es lo cierto que entre las innumerables obras literarias que en todos tiempos han visto la luz pública, ningunas han alcanzado el crédito y veneración universal de que gozaron y hoy mismo gozan las literaturas clásicas de la antigüedad en todas las naciones cultas.

En tercer lugar, tales obras no sólo llevan el sello del genio, sino que poseen además la prerrogativa de la inmutabilidad. Las literaturas nacionales pueden sufrir verdaderos descarríos. La historia nos atestigua cómo en más de una ocasión los han sufrido con grave detrimento del buen gusto y de los sanos principios literarios. ¿Qué otra cosa fué el *culteranismo* en España, y la plaga de los *sescentistas* en Italia, sino una de estas desviaciones del recto camino? En nuestros tiempos, el *romanticismo* con sus melancolías, desesperaciones y blasfemias, con sus frases ampulosas y términos tan hinchados como vacíos de significación (signo de los tiempos de decadencia, como profundamente nota César Cantú), ¿no ha infestado la literatura y borrado de los ánimos de muchos la norma de la verdadera belleza? Pues de todos estos da-

ños están exentas las literaturas clásicas: como que pertenecen á lenguas que no son ya de uso vulgar, gozan del precioso privilegio de no estar sujetas ni á las alteraciones de los hombres ni á las mudanzas de los tiempos, y perseveran siendo siempre fuentes purísimas y ejemplares perfectos de la verdadera belleza literaria.

Finalmente, para la misma gimnástica intelectual que en los primeros años ha de iniciar el desenvolvimiento de las facultades del niño, ofrecen mayores ventajas las lenguas antiguas, ya por la variación de los *casos*, que en las modernas propiamente no existen, ya por la flexibilidad de su sintaxis que se presta á múltiples combinaciones aptísimas para aguzar la mente del alumno.

A estos títulos que establecen la necesidad de emplear el estudio de las lenguas y literaturas clásicas como medio de cultivar las facultades del alumno, se agregan todavía otros, unos comunes á ambas literaturas, latina y griega, y otros que atañen principalmente á la latina; los cuales vamos á exponer en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II

OTRAS RAZONES QUE COMPRUEBAN LA IMPORTANCIA
DE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS

§ I

EXPONDEREMOS en este capítulo dos razones, á cual más poderosas, en favor de los estudios clásicos. Se ha hablado muchas veces entre nosotros de elevar el nivel de la instrucción á la altura que hoy alcanza en las naciones de mayor nombradía; y quizás no se ha tenido en cuenta que dichas naciones consideran los estudios clásicos como base de la enseñanza secundaria, á pesar de la obstinada guerra con que se les ha combatido. Si emulamos, pues, su gloria, imitemos también su ejemplo. Mas aunque esta práctica universal pasase por capricho de la rutina, como al-

gunos equivocadamente pretenden, todavía juzgamos que nosotros debiéramos adoptarla y fomentarla con decidido empeño, por ser indispensable para poseer el castellano, que es nuestro idioma nacional. Procedamos por partes en el esclarecimiento de estas pruebas.

Roma, centro de la civilización, porque es centro del Catolicismo, es eminentemente clásica, y sobre todo eminentemente latina. Cuanto hay en ella de grande y de durable habla latín: latín habla la Roma pagana con sus monumentos de arte que todavía subsisten; latín habla la Roma subterránea de las catacumbas, ciudad de los mártires y primer asilo del cristianismo naciente; los monumentos que ahora mismo levanta allí la piedad cristiana hablan igualmente ese latín de las inscripciones, cuyo uso está consagrado por la veneración de todos los siglos; latín hablan todos los documentos emanados de la Santa Sede, y hablan también latín los estudios de filosofía y teología de sus insignes Universidades.

Alemania, que tanta preponderancia tiene hoy en los asuntos europeos, cultiva las lenguas clásicas con ardor infatigable. Testigos son esos trabajos continuados durante todo el siglo con asombrosa perseverancia para hacer adelantar la filología; testigo el crecido número de obras gramaticales y lexicológicas de latín y

griego que se publican en esta nación, y los ocho años que dedica al estudio de las mismas lenguas sabias en la enseñanza de sus gimnasios.

En Inglaterra esta tendencia es, si cabe, más manifiesta. Las Universidades de Londres, Oxford y Cambridge, que son los centros de donde parte allí el impulso para toda la instrucción, dan una importancia extraordinaria al latín y al griego, señalando cada año temas para los concursos sobre los clásicos. Los trabajos deben hacerse por escrito; y después de examinados por tribunales establecidos á este efecto, se publican los nombres de los autores que merecen los premios, por el orden de su mérito. Los actos públicos, compuestos en su mayor parte de ejercicios sobre los clásicos, son frecuentes en los establecimientos de enseñanza y suelen honrarlos con su asistencia las personas más instruidas. No hace mucho tiempo que en cierto Colegio un jovencito de 16 años salía en uno de estos actos á dar muestra de sus adelantos en griego ante un auditorio de tres á cuatrocientas personas ilustradas. Preguntado sobre la explicación de un pasaje de Homero, lo recitó de memoria sin tomar siquiera el libro en la mano; de memoria expuso la construcción y luego tradujo, analizó y explicó de aquel fragmento cuanto era necesario, sin tener necesidad

de recurrir al libro ni aun para guiar el hilo del discurso. Interrogado al momento sobre otro pasaje diferente, y luego sobre otro y otros más, respondió siempre con la misma expedición y sin abrir jamás el libro, que todo sabía de memoria ¹. Y no es maravilla que se obtengan tales resultados, porque se toman estos estudios por lo serio. A la vista tenemos varios temas de los que en el acreditado Colegio de Stonyhurst ² se han señalado en algunos años para optar á los premios de fin de curso, y con rubor confesamos que habría con ellos para dar un susto superlativo á los jovencitos que frecuentan las aulas en nuestra República. Recuérdese también que, habiéndose suscitado tiempo atrás en la Universidad de Cambridge cierta discusión sobre la importancia del griego como medio de disciplina mental, una gran mayoría sostuvo su utilidad y logró que se conservase en los estudios.

Pasando ahora á los Estados Unidos, que tanto nos preciamos de imitar, si bien parece que no es tan grande como en Inglaterra la afición á los estudios clásicos, con todo no deja

¹ Carta particular escrita al autor por un amigo suyo residente en Inglaterra.

² *Honours examination papers, classical and mathematical, Stonyhurst College, 1869-1883.*

de ser notable. Por poco que se hojee el programa de *Harvard College* (el decano de los colegios norte-americanos en Massachusetts), se observa que en el examen de ingreso ya se requieren conocimientos de latín y griego superiores á los que en algunos colegios de otras partes se exigen al terminar la segunda enseñanza¹; siguiéndose después varios cursos de clásicos, fácil es suponer cuánta solidez y amplitud alcanzarán al fin de la enseñanza secundaria los estudios basados sobre tales fundamentos. Lo mismo podríamos confirmar con los prospectos de otros colegios establecidos en Nueva-York, Buffalo, Las Vegas, etc. Por no alargarnos más sobre este punto nos contentaremos con indicar un hecho que muestra el aprecio que actualmente se tiene de los estudios clásicos en aquel país. Conservamos todavía un número del diario *The Boston Herald* en el cual se describe el grandioso recibimiento que al Dr. Gould, primer Director de nuestro Observatorio de Córdoba, hicieron sus amigos cuando regresó á los Estados Unidos. Pues bien, en los discursos que hubo durante el banquete con que le obsequiaron, se hizo muy especial mención de los estudios de griego que en *Harvard College* había seguido el Dr. Gould con

¹ *Examination papers for admission too Harvard College.*

notable lucimiento; y Mr. Saltonstall dió cuenta de cómo, registrando algunos papeles antiguos, encontró un programa de 1843 en el cual se ve asignado al futuro astrónomo el papel de Pericles en un diálogo griego. Dígase ahora si en un país en donde se tuviesen en poco los estudios clásicos, se haría ni siquiera la más leve mención de este hecho. ¿Y por ventura, el tiempo empleado en tales estudios ha impedido que el Dr. Gould llegue á ocupar un puesto distinguido entre los más distinguidos sabios contemporáneos? Ahí están sus obras que contienen la más satisfactoria respuesta que cabe dar á esta pregunta.

Es digno de advertirse acerca de las tres últimas naciones, que en ninguna de ellas son el latín ni el griego las lenguas madres y originarias de su idioma, sin que por esto disminuya, como acabamos de ver, la importancia que allí se les concede. Mucha mayor razón hay para promover este cultivo en las naciones latinas, por el grande influjo que ha ejercido y necesariamente ha de ejercer en sus respectivas lenguas el estudio de los idiomas clásicos. Éstos han decaído considerablemente en Italia y España, con harto dolor de los hombres cuerdos y sensatos, que tratan á toda costa de restaurarlos. Francia, á pesar de haber hecho en diferentes épocas guerra cruel al latín, conserva

todavía en el programa de sus Liceos ¹, promulgado en 1880, la friolera de siete años para el estudio de este idioma, con un término medio de seis horas semanales de clase, y cuatro años para el estudio del griego con cinco horas semanales. Se equivocan, pues, los que creen que, suprimiendo en nuestras clases el latín y el griego, nos ponemos á la altura de las naciones civilizadas. Pudiéramos ir recorriendo algunas otras, y en todas encontraríamos cómo estas materias, por más que á veces se enseñen empleando métodos que por sí esterilizan el trabajo, perseveran sin embargo en la educación y continúan siendo su primer fundamento; de modo que aun en nuestros días se verifica la exactitud de aquella frase del ilustre conde de Maistre: "Tiéndase la vista sobre un mapamundi; señálese en él la línea donde esta lengua universal (el latín) ha enmudecido, y aquellos son los límites de la civilización y de la fraternidad europea," ².

Después de todo esto creemos que un acuerdo tan universal y una persistencia tan manifiesta en continuar cultivando estas lenguas, en circunstancias que les son tan contrarias, y arros-

¹ *Plan d'études et programmes de l'enseignement secondaire classique dans les lycées et collèges, 1883.*

² *Del Papa y la Iglesia galicana*, lib. I, cap. XX.

trando la activa guerra contra ellas declarada de un siglo á esta parte, prueban elocuentemente las ventajas que de su estudio reportan la educación y las ciencias. Y afirmar que todas las naciones proceden en este asunto por rutina y de una manera irracional, nos parece una temeridad incalificable. Vamos ahora á considerar los estudios clásicos bajo otro aspecto.

§ II

Insinuamos más arriba que en las naciones latinas hay mayor razón para promover su cultivo, á causa de la influencia que han ejercido y necesariamente han de ejercer tales estudios en la lengua y literatura patria. Prescindimos de las extrañas, y concretando nuestra atención á la lengua y literatura castellana, no dudamos en aseverar que para poseerlas es indispensable el conocimiento del latín y del griego. Sabemos que más de un lector fruncirá el entrecejo ó se sonreirá compasivamente al ver una afirmación semejante en los tiempos que corremos. Pues qué, dirá, ¿por ventura, no hablamos también nosotros el castellano, que hemos aprendido como lengua materna? ¿No nos entenderemos sin dificultad con nuestros compatriotas, sin que

ellos ni nosotros hayamos estudiado latín? Empero no por eso es menos cierta la verdad de nuestra proposición. Nótese que no decimos *hablar* el castellano, sino *poseerlo*, que es cosa muy diversa; porque el poseer una lengua, además del uso suficiente, supone el conocimiento pleno y perfecto. También el extranjero, á poco de llegado á la República hablará castellano, pero no lo hablará bien; el habitante de la campaña no lo hablará, ni mucho menos lo escribirá, con la perfección de uno que se ha dedicado al estudio especial del idioma; y por igual manera afirmamos que quien no haya estudiado bien el latín y griego, pero muy principalmente el latín, no tendrá el hábito que hace hablar y escribir el castellano con pleno conocimiento de causa y seguridad de no equivocarse en la conveniente aplicación de los vocablos y en la genuina construcción de la frase.

El castellano es una lengua derivada inmediatamente del latín. Así nos lo muestra la historia al narrar el principio y formación de los idiomas neolatinos; y así lo comprueba el examen y cotejo de los diccionarios de ambas lenguas y el análisis etimológico; con tanta evidencia, que el Sr. Monlau, en su discurso de recepción en la Academia Española, se expresó en estos términos: "Del latín, sólo del latín

(y esta es mi tesis), nació el castellano. Rebúsqese cuanto se quiera fuera del latín; de seguro no se encontrarán más que unas cuantas palabras allegadizas y caducas, ninguna de ellas de un orden importante, casi ninguna atributiva, pues rarísimos son los verbos tomados fuera del latín; como que el árabe con toda su ponderada influencia no logró aclimatar una veintena de ellos. Notad, además, que los nombres no latinos que han quedado en el castellano son casi todos infecundos, es decir, no tienen compuestos ni derivados, están como condenados á morir sin posteridad y á morir tempranamente, porque el uso los rechaza por instinto, los altera y desfigura, los sustituye y arrincona, relegándolos muy pronto á la clase de las voces históricas ó anticuadas. Todavía más, ni esa vida precaria se le concede, si no van resellados por el latín, ¹. En cuanto al griego, aunque no sea origen inmediato del castellano, está fuera de duda que es la lengua más culta de la misma familia etnográfica que el latín, que en el latín ha ejercido notable influjo, y que, sin contar con muchas voces del uso común que sólo en el griego tienen su etimología, constantemente ha sido y es emplea-

¹ Discursos leídos en las recepciones públicas de la Real Academia Española, tomo II.

do para la formación de voces técnicas, así de las ciencias como de las artes.

Siendo, pues, estas lenguas los orígenes de la lengua patria, es manifiesto que en ellas se ha de encontrar la explicación de muchísimos puntos de nuestro idioma, que en vano pretenderíamos aclarar si nos redujésemos meramente á conocerlo en su actual estado. "El estudio de la lengua nacional, dice Guizot, no puede ser sólido y completo, sino se enlaza con el conocimiento de las lenguas primitivas de donde se derivó la nacional." Por tanto, para poseer con la deseada perfección el castellano, así como es necesario estudiar la lengua en sí misma, así es también indispensable el conocimiento de la latina y griega, mediante el cual nos colocaremos en el fecundo suelo que la ha hecho nacer, y hallaremos siempre vivos los preciosos gérmenes que produjeron tan lozana planta; y así como del manantial se beben siempre más puras las aguas, mayor pureza, vigor y perfección redundará también al habla de Castilla cuando se estudie en sus fuentes.

Aun hoy que las letras clásicas están lastimosamente descuidadas en la patria de Lebrija, Vives, Sánchez y Montano, y mucho más en algunos países de la América española, no es posible dudar del saludable influjo que en todas las ramas del idioma patrio ejercería la restau-

ración completa de tan nobles estudios. Fácil cosa es de ver que entónces la analogía y la recta derivación y desinencia, así de los vocablos que conservamos, como de los que la necesidad de designar cosas nuevas con nombres nuevos ha de ir formando con el transcurso del tiempo, se ajustarían siempre á las normas de la lengua; puesto que en el latín y en el griego encontramos las raíces, los prefijos y sufijos principales propios de la índole de nuestro idioma, las desinencias características y las leyes de la composición y derivación. Y es manifiesto que todos estos medios son un guía seguro para llegar á la práctica de aquella regla enseñada por Horacio:

*Et nova fictaque nuper habebunt verba fidem, si
Graeco fonte cadant, parce detorta:*

que en tanto serán aceptables las palabras de fábrica reciente, en cuanto sean tomadas de las lenguas madres y reciban la inflexión propia del idioma al cual se trasladan. Por medio de su comunicación con estas lenguas, el castellano, cuya sintaxis tanto se acomoda al hipérbaton, mantendría en éste el genio propio de sus variados giros, de donde le proviene en gran parte la rotundidad y armonía que por confesión de todos le caracteriza. En ellas tiene la ortografía su fundamento, y sin ellas muchas

veces no se puede practicar, pues frecuentemente observamos que la regla ortográfica no alcanza á determinar con exactitud el modo de escribir una serie entera de palabras, sino enviando al lector á consultar el origen. No menos ventajas encuentra la propiedad de las voces, conocimiento preciosísimo si es que en algo estimamos el hablar con exactitud y el percibir toda la fuerza del pensamiento de los demás y hacerles percibir la de los nuestros: innumerables voces no lograrán ser comprendidas en sus acepciones, ni en la energía de su expresión, ni en el alcance de su significado, por el que no tenga conocimiento de estos idiomas primitivos.

Estas verdades, que desde luego se descubren al considerar la naturaleza del asunto, se hallan plenamente confirmadas por la experiencia. El tiempo en que la lengua castellana floreció, el tiempo en que se hizo rica, grande, sonora y majestuosa como es, y en que produjo los escritores que han merecido para su edad el renombre de *siglo de oro*, fué aquel en que el cultivo de las letras griegas y latinas estaba en auge. Entonces se dejaron ver los Granadas, Cervantes y Rivadeneiras, los Leones, Garcilasos, Herreras y Riojas. Y si preguntamos á esos autores de dónde sacaron tanta fluidez y armonía, de dónde aquella pro-

riedad y significación admirable de sus palabras, aquella nobleza y varonil fisonomía del idioma castellano, nos dirán, señalando á sus modelos: del manejo de los más insignes oradores y poetas griegos y romanos. En este mismo siglo, los escritores que más se han distinguido en el uso del habla castellana, no á otra cosa ciertamente lo deben que á su buen fundamento en el estudio de las lenguas clásicas; por más que algunos de ellos, ingratos para con quien tanta gloria les preparó, hayan aumentado las filas de sus enemigos. "En dos clases, diremos con las palabras que un autor francés aplica á su lengua y que igualmente puede referirse á todas las neolatinas, en dos clases pueden dividirse los escritores: la primera, formada por los que no saben más que su lengua patria; la segunda, por los que conocen las fuentes de donde esta lengua ha sacado sus riquezas. Los primeros, ora se expresen de palabra, ora por escrito, descubren siempre algún punto flaco; porque el uso no alcanza sino imperfectamente á suplir lo que falta á sus estudios". Así es cómo la lengua castellana ha sacado la perfección de aquellos mismos idiomas de donde le vino la existencia. Porque en los idiomas es donde con más irresistible fuerza se deja sentir la necesidad de las tradiciones y del recurso á los orígenes; y las naciones, sin que

para eso hayan menester reflexionar, proceden como si leyesen aquella ley constante que revela la historia, enseñándolos que ningún pueblo añade elementos esenciales á la lengua que recibe; lo único que hace es modificar ó perfeccionar la estructura exterior, y á veces por su descuido corrompe ó trastorna y hasta llega á perder el depósito que recibió.

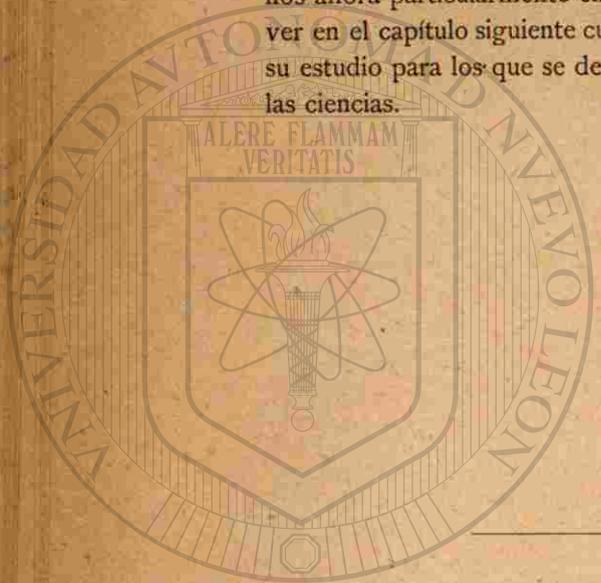
Grande y noble llegó á ser la lengua castellana por su contacto con las fuentes de donde se deriva; y hoy, á medida que de ellas se va alejando, decae y desmaya, perdida ya su viril entonación degenera en servil imitadora de giros extraños, y apenas se escribe ó se oye aquel lenguaje armonioso, á la par que lleno de majestad, que admiramos y saboreamos en los grandes autores de la mejor edad de nuestra literatura, los cuales fueron todos eminentes latinos y doctísimos humanistas. Pero de esta evidente postración de la lengua ya hemos tratado en otro artículo, y fuera ocioso repetir ahora lo que allí dijimos. Bástenos recordar el mal y señalar su remedio, que en vano se buscará fuera de la restauración de los estudios clásicos, y especialmente del latín: mientras no se tome á pecho tan noble empresa, los amantes de las bellas letras tendrán que lamentar su desprestigio y abatimiento; y como dijo Don Javier de Quinto, en su discurso de entrada en

la Academia Española, "cuando la falta de buenos gramáticos y la escasez de consumados latinos se extienda entre los escritores que manejen la lengua patria, el abatimiento de ésta será espantoso, porque su corrupción no encontrará ya dique, ni obstáculo, ni la más leve resistencia,"¹. Séanos permitido, como justo desahogo de nuestro sentimiento, exclamar con el citado académico Sr. Monlau: "¿Comprendéis ahora cuánto yerran los que niegan la utilidad, la necesidad del conocimiento del latín? ¿Comprendéis ahora cuánta es la imprudencia de los que discuten y dudan si el estudio del latín debe ser la base de la instrucción clásica de la juventud? Tanto valdría discutir si nos conviene ó no renegar de nuestra buena madre, hacer trizas nuestra cuna, pegar fuego á la casa paterna, perder nuestro nombre, abdicar nuestras glorias y renunciar la herencia de filosofía más sana, de la literatura más preciosa."

Queda, pues, declarado que en las principales naciones cultas siguen formando los estudios clásicos la base de la instrucción secundaria; y que, aun dado el caso de que ellas los abandonasen, á nosotros nos tocaría conservarlos y fomentarlos, por los señalados servicios

¹ *Discursos, etc., de la Real Academia Española*, t. I, página 186.

que prestan á la lengua y literatura castellana, para cuya posesión son indispensables. Fijándonos ahora particularmente en el latín, haremos ver en el capítulo siguiente cuán importante sea su estudio para los que se dedican al cultivo de las ciencias.



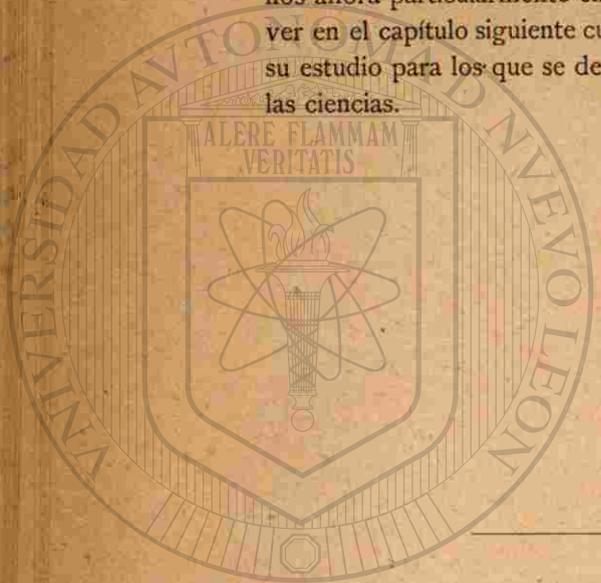
CAPÍTULO III

EL LATÍN, LENGUA UNIVERSAL DE LOS SABIOS
Y LLAVE DE LAS CIENCIAS

§ I

CASTIGO insigne fué el que con la confusión de lenguas en la torre de Babel infligió á la soberbia de los hombres la justicia divina; castigo cuya humillación tanto más se experimenta cuanto más obliga la necesidad á aprender y ejercitar idiomas extraños. Mas este castigo, si ya no lo supiéramos por la revelación, aparecería patentemente haber provenido de Dios, considerando cuán inútiles han sido los esfuerzos de cuantos han pretendido establecer una lengua universal. ¡Vano empeño! De notable ingenio para realizar esta empresa estaban dotados Bacón, Descartes, Leibnitz,

que prestan á la lengua y literatura castellana, para cuya posesión son indispensables. Fijándonos ahora particularmente en el latín, haremos ver en el capítulo siguiente cuán importante sea su estudio para los que se dedican al cultivo de las ciencias.



CAPÍTULO III

EL LATÍN, LENGUA UNIVERSAL DE LOS SABIOS
Y LLAVE DE LAS CIENCIAS

§ I

CASTIGO insigne fué el que con la confusión de lenguas en la torre de Babel infligió á la soberbia de los hombres la justicia divina; castigo cuya humillación tanto más se experimenta cuanto más obliga la necesidad á aprender y ejercitar idiomas extraños. Mas este castigo, si ya no lo supiéramos por la revelación, aparecería patentemente haber provenido de Dios, considerando cuán inútiles han sido los esfuerzos de cuantos han pretendido establecer una lengua universal. ¡Vano empeño! De notable ingenio para realizar esta empresa estaban dotados Bacón, Descartes, Leibnitz,

Wolf, Michaelis y otros sabios que la iniciaron; notable ingenio mostró Delormel en el primer proyecto formal de lengua cosmopolita que presentó á la Convención nacional francesa en 1795; pero pronto cayó en olvido. No fueron más felices Maimieux con su *pasigrafía* y Hourwitz con su *poligrafía*; vanos fueron también los conatos de Nodier, Le Mesl, Vidal, Letellier, Latouche, Deheaux, Silbermann y Chouippe; el sistema *monopanglota* de Gagne murió en la cuna; la lengua universal de Sotos Ochando mereció los aplausos de la Sociedad lingüística de París, y la protección del Gobierno español, llegó á tener un *Boletín* redactado por D. Lope Gisbert, y D. Pedro Mata, catedrático de la Universidad de Madrid, explicó once lecciones de este idioma en el Ateneo científico y literario de la coronada villa; pero, á pesar de tanto boato y ruido, ¿quién se acuerda ahora de Sotos Ochando y de su malogrado invento? ¹. En 1881 el abate Schleyer dió á conocer el nuevo idioma *volapük* (lengua universal), después de haber estado quemándose las cejas durante veinte años para inventarlo y perfeccionarlo. El mundo, que anda siempre á caza de novedades,

¹ Véase el *Tratado fisiológico y psicológico de la formación del lenguaje* por el Sr. Presbítero D. Miguel A. Mossi, y el *Curso de lengua universal*, por el Dr. D. Pedro Mata.

acogió con entusiasmo el flamante descubrimiento; se fundaron academias para propagarlo: el profesor Kerckhoffs se puso á enseñarlo en París; empezaron á publicarse revistas en este idioma, y á la fecha hay una en Madrid; se creyó en fin haber resuelto el problema de la lengua cosmopolita. El tiempo ha de decidir la cuestión del *volapük*, como la de tantos otros ensayos análogos; y por la suerte que á estos cupo, podemos desde luego augurarle que su duración será precaria, y que pronto el silencio del olvido acallará los aplausos con que en su cuna es saludado por curiosos y eruditos. Bastan ya tantos esfuerzos frustrados para convencer á cualquiera de que el proyecto de formar *a priori* una lengua es irrealizable. En las lenguas hay algo parecido á la vida: nacen vivas, y una lengua fruto reflexivo del entendimiento es un engendro muerto. Y dado el caso de que se inventara tal lengua universal en condiciones de ser aplicada, ¿dónde está la fuerza moral para imponerla? Cuando vemos que el introducir una combinación tan breve como es el sistema decimal de pesas y medidas cuesta tal dificultad, que no sólo la gente del pueblo no acaba de acostumbrarse á usarlo, sino que naciones tan dadas á las ciencias como Inglaterra y los Estados Unidos no lo quieren adoptar; encontramos la prueba más palmaria de que el estable-

cer una lengua universal en el uso común es una tarea imposible.

Pero si es utopía la lengua universal para todos, no lo es la lengua universal para los sabios. Esta unidad de idioma ha existido en la ciencia por medio del latín, mediante el cual los sabios todos del mundo no formaban más que un solo cuerpo, se entendían, discutían sus opiniones, se comunicaban sus inventos de una nación á otra sin dificultad alguna. La universalidad de esta lengua hacía que los admirables descubrimientos de Newton diesen la vuelta por Europa en el espacio de dos años, á pesar de ser en su tiempo tan lentas las comunicaciones. El latín hacía posible la correspondencia epistolar científica entre Leibnitz, alemán, y Clarke, inglés, y favorecía la publicación y difusión de sus trabajos, que cualquier hombre instruído del mundo podía conocer y examinar. Esta misma unidad de lengua facilitaba que las obras de Medicina y Química del holandés Boerhaave se estudiasen como textos en todas las Universidades de Europa. El que escribía una obra se dirigía á todos los sabios del mundo, seguro de ser entendido: si en ella trataba cuestiones dignas de atención, ó publicaba descubrimientos insignes y teorías luminosas, su mérito era al punto conocido y apreciado; si por el contrario sembraba doctrinas erróneas ó hacía

alarde de una ciencia que sólo fuese sabiduría de relumbrón, al punto también el autor y su obra eran combatidos y despreciados. Aquellas florecientes Universidades católicas, que llenaron el orbe con su fama, de la autoridad de los Pontífices y del uso de la lengua latina recibieron el privilegio de universales y de que los títulos de una fuesen valederos en todo el mundo. La unidad de lengua hizo que los más insignes profesores con suma facilidad pudiesen pasar de un país á otro y difundir de esta manera en más vasto espacio las luces de su sabiduría; y que los estudiantes preparados en diversas partes pudiesen acudir á las más famosas Universidades extranjeras, entrando á examinarse ú oír las lecciones en el momento de llegar de su patria, sin necesidad de aprender idioma alguno extraño. Con la lengua latina un Santo Tomás estudiaba la Teología en Alemania, y la enseñaba después en París y en Nápoles; Alejandro de Halés tenía su cátedra primero en París, y después en Oxford; y Clavio, Kircher y Copérnico iban desde Alemania y Polonia á enseñar en Roma las ciencias naturales y matemáticas. Hoy estos preciosos privilegios se han perdido; y en medio del progreso en las comunicaciones materiales, de que tanto nos gloriamos, los medios de comunicación moral han disminuído extraordinariamente. Las Universidades no reco-

nocen recíprocamente los títulos que en otras han sido conferidos; y el alumno que pasa á completar sus estudios en el extranjero ha de pensar ante todo en aprender un nuevo idioma. Además, los que han trabajado para suprimir esta lengua universal, circunscriben y reducen en cuanto les es dable los límites de la ciencia; pues el autor que publica una obra en lengua vulgar, no habla, ni con mucho, á todo el mundo sabio, sino sólo á la porción de hombres ilustrados que tienen el mismo idioma. Y no se diga que hay idiomas, como el francés, por ejemplo, que equivalen á una lengua universal, y que basta saber uno de éstos para conocer todo cuanto tiene importancia en materias científicas. Nadie puede creer que un alemán, un inglés, un ruso ó un italiano convengan en que el francés sea la lengua de las ciencias. ¿Qué conocimiento tendríamos entonces de lo que se escribe, se inventa ó se perfecciona en Alemania, Inglaterra, Rusia ó Italia? Y sin embargo, no se puede negar que hay en estas naciones y en otras muchos libros utilísimos, muchos tesoros de ciencia, que no se pierden para nosotros por otro motivo que por el defecto de idioma común. Tan evidente es la necesidad del latín para la comunicación de los conocimientos entre los sabios, que los mismos enciclopedistas franceses, con ser tan impíos y por consiguien-

te poco adictos á la lengua oficial de la Iglesia, dejaron escapar esta confesión, arrancada por la fuerza de la verdad: "La Iglesia católica y todas las escuelas, así de Filosofía y Teología como de Jurisprudencia y Medicina, se sirven de la lengua latina. Este es el idioma común de toda Europa; y sería de desear que su uso fuese más general, para que con mayor utilidad se hiciese más fácil la comunicación de los respectivos progresos de las naciones en las ciencias; pues hoy vivimos privados de muchas producciones excelentes de literatura que se publican en las respectivas lenguas de las naciones. „ Ahora, suprimida la lengua latina, es preciso esperar á que se traduzcan las obras extranjeras, ó en vez de uno, aprender tres, cuatro ó más idiomas, tarea que muy pocos se encuentran en aptitud de desempeñar fructuosamente. Con lo que acabamos de exponer se ve cuán grandes ventajas ha procurado al mundo sabio la universalidad de la lengua latina, y cuán poco tiene que agradecer la ciencia al siglo presente por haber abolido este medio de comunicación entre los hombres sabios del mundo entero. ®

§ II

Otro daño causa, y no menor, el actual abandono del latín; porque impide aprovecharse de los valiosos tesoros de ciencia y erudición que nos han legado nuestros mayores. Al leer esto no faltará quien llegue á sonreirse desdeñosamente de nuestro aserto, aunque en ello dará muestras de ignorancia y ligereza, que más bien debiera confundirle; pero á despecho de todas las sonrisas y diatribas, la lengua latina, que ha sido siempre lengua universal de los sabios, seguirá siendo por esto mismo llave de las ciencias, necesaria é indispensable para profundizar cualquier ramo de los conocimientos humanos.

En efecto, el estudio de la filosofía requiere el conocimiento del latín, pues en este idioma están escritas las más estimadas obras que sobre esta materia existen y aun las que salen actualmente á luz. Si consideramos la jurisprudencia, no negaremos que haya abogados capaces de defender una causa y de ganar su subsistencia sin haber penetrado más allá de los Códigos del país, escritos en idioma nacional; pero de esto á ser un docto jurisconsulto

hay una distancia inmensa. ¿Se preciará con razón de este noble título el que no es capaz de entender ni aun los textos del Derecho Romano sino sobre la fe de un traductor, el que delante de una biblioteca de legislación se queda asombrado y paralizado, porque no puede registrar por sí mismo los grandes jurisconsultos de los siglos pasados, que todos escribieron en latín?

Si se trata de las ciencias físicas y de las llamadas exactas, no cabe la menor duda de que puedan adquirirse con regular perfección sin poseer el latín, pues están escritas en las lenguas vulgares casi todas las obras que sobre estas materias se publican en la actualidad; pero también creemos que no merece el dictado de sabio, en todo el rigor de la palabra, quien no sea capaz de entender en sus originales las obras científicas de otras edades y aún no pocas de las que en el día se publican. En Medicina, por ejemplo, ¿cuánto no ganaría el que pudiese aprovecharse de la experiencia y conocimientos profundos de Sydenham, Boerhaave, Haller, Barthez y Tissot, para no hablar sino de los más cercanos á nosotros? Pero muchos tropiezan con el insuperable obstáculo de estar en latín las obras de aquellos grandes maestros; y de aquí proviene que todo su saber queda restringido á las observaciones y estudios de

menos de un siglo, en el cual es cierto que la Cirugía ha hecho asombrosos progresos, pero no tantos la Medicina, como algunos erradamente se figuran. Y quien pudiese revolver sin tropiezo las bibliotecas médicas clásicas, como la que por la munificencia del Pontífice reinante se ha abierto al público estudio en el Vaticano, ¿no descollaría por la amplitud y solidez de sus conocimientos entre los médicos que sólo han podido formarse en las obras modernas? Mas para los que ignoran el latín, ese rico venero de la sabiduría es inaccesible, porque no entienden la lengua que franquea el paso á los que deseen beneficiarlo. Suponemos en esto, como se echa de ver, que se considera la Medicina como una ciencia, y no como un puro medio de subsistir; lo cual sería rebajar la dignidad de la sabiduría é inclinarse al positivismo y materialismo. Con esta clase de sabios, que tienen miras tan limitadas, no entramos en razones, pues no quieren entenderlas: de lo cual nos alegramos por el honor de la ciencia, que en sus manos corre peligro de convertirse en cuño de batir moneda. Y si de la Medicina pasamos á otra clase de estudios, creemos que siempre le faltará alguna cosa al físico, al matemático, al astrónomo que no sepa leer lo que nos han dejado escrito en latín sabios tan eminentes como Leibnitz, Newton, Kepler, Euler ó Bernouilli.

No hablemos de la Historia Natural, cuya nomenclatura toda es latina, cuyas ramas todas han sido tratadas en latín por los grandes maestros, los cuales aun actualmente tienen que echar mano de esta lengua tan luego como quieren consignar datos que se hagan extensivos á todos los cultivadores de las ciencias. Sin el conocimiento del latín tampoco se puede hacer estudio histórico de importancia que se remonte á siglo alguno anterior al presente; porque no se puede aventurar el historiador á recorrer los tiempos antiguos, donde por necesidad se ha de encontrar con documentos y crónicas casi todas escritas en aquel idioma; y por tanto, si quiere decir algo de épocas pasadas, tendrá que limitarse á ser un copiante servil de lo que encuentra afirmado en los libros recientes.

En suma, en ningún ramo de los conocimientos humanos se pueden adquirir conocimientos profundos, sino con el latín en la mano. Porque, mal que le pese al orgullo de nuestro siglo, la ciencia no es patrimonio de una sola generación; no ha sido adquirida en un día, sino durante el transcurso de largas edades dedicadas á laboriosas investigaciones; y esos trabajos de millares de sabios que consagraron sus talentos y su vida al cultivo de las ciencias, por buena suerte nos han sido transmitidos en una lengua única,

fácil de aprender y de extender, que es la latina. Desterrar, pues, de los estudios el latín es perder voluntariamente ese gran caudal de conocimientos; es cortar de golpe nuestra comunicación con todos los sabios que nos han precedido, de suerte que con el tiempo lleguen á ser para nosotros tan ininteligibles sus obras, como lo son ahora para muchos los jeroglíficos egipcios ó las inscripciones cuneiformes; es limitar la ciencia á lo que se escribe durante un reducido período, renunciar á la vida de las tradiciones que tanto ennoblece á los pueblos, y abandonar para siempre inmensos tesoros de sabiduría acopiados laboriosamente por las pasadas generaciones. Increíble parece que en un siglo dedicado con tanto empeño á registrar las antigüedades, cuando una inscripción ó un monumento, un artefacto, una concha, un pedernal, una raíz de palabra nuevamente investigada debe á su antigüedad la más singular estima; así se desprecie, sin embargo, la ciencia y la perfección del entendimiento obtenida en los tiempos antiguos.

Véase, pues, cuán grave error es el afirmar que sin necesidad del latín se puede llegar á poseer la ciencia en cualquier ramo de los conocimientos humanos: se alcanzará alguna instrucción limitada, no tenemos interés en negarlo; pero no se logrará aquella instrucción supe-

rior, aquella cultura elevada que hace hombres verdaderamente doctos y sabios en la materia. De donde claramente se deduce con cuánta justicia ha merecido la lengua latina los honrosos dictados de lengua de los sabios y llave de las ciencias.

CAPÍTULO IV

RAZONES PARTICULARES QUE HACEN ESTIMABLE
EL LATÍN Á TODOS LOS CATÓLICOS

§ I

EUERA de los motivos generales que en los capítulos anteriores hemos expuesto, el estudio de la lengua latina tiene en particular para todo católico un interés propio y especial, cuyos fundamentos vamos á exponer. Por de pronto á nadie se le ocurrirá negarnos que no sólo para profundizar en la teología, pero aun para adquirir de ella medio conocimiento, es indispensable el latín; puesto que en latín están escritas las obras teológicas y las que constituyen las fuentes de las ciencias sagradas. Mas, esto concedido, todavía nos parece que ha de faltar quien pregunte por

qué tratamos de propósito la necesidad del latín para la teología, á la cual únicamente se dedican los que aspiran al Sacerdocio. El motivo está en su singular nobleza y en su influjo sobre los demás conocimientos humanos; por lo cual no es, como algunos creen, ciencia á que exclusivamente hayan de dedicarse los eclesiásticos; pues según lo que en 1881 decía el Ministro de Instrucción Pública, "nada perdería la Nación en revivir los tiempos de Bossuet ó de Gersón en el estudio de la teología, que Alemania coloca á la cabeza de sus investigaciones científicas y forma la primera de sus facultades universitarias,"¹.

Explanaremos algún tanto estas ideas, que pudieran parecer peregrinas á quien no alcance las razones en que se fundan. La teología es la más noble de las ciencias, puesto que su objeto es el más sublime de cuantos ocupan el entendimiento humano: es Dios mismo, conocido con la luz de la revelación, y las obras más perfectas de Dios; la certidumbre de sus principios es la mayor de todas, porque se apoya en el más firme de todos los motivos, que es la ciencia misma y la palabra de Dios; su fin como ciencia práctica es el más excelente de todos, porque es la bienaventuranza sobrenatural del

¹ Memoria presentada al Congreso Nacional, pág. 37.

hombre, adonde como á fin último se enderezan todos los fines de las demás ciencias prácticas. Sin el conocimiento de la teología es imposible el conocimiento perfecto de las cosas, propio del verdadero sabio, que, como enseña Santo Tomás¹ es sólo aquel que considera el fin del universo. Pongamos delante de una de las modernas máquinas dinamo-eléctricas á un observador que jamás haya tenido noticia de esta clase de aparatos. No se puede decir de él que conoce perfectamente la máquina, por más que haya visto y examinado con atención cada una de sus partes, ni aunque las vea funcionar, ni aunque él mismo excite y utilice las corrientes, mientras no sepa cuál ha sido el objeto que se ha propuesto el inventor y cómo lo ha conseguido, cuáles son según este fin las relaciones que ligan entre sí las diferentes piezas y les señalan forma y lugar determinado en la obra: su conocimiento sería tan incompleto, como que no verá allí más que una máquina que produce chispas ó luz. Ahora bien; el universo entero es una máquina admirable, cuyo artífice es Dios. En vano, pues, se jactará el hombre de que ha registrado las entrañas de la tierra, sondeado los mares y medido las profundidades del espacio; en vano habrá descubierto

¹ *Contra Gentes*, lib. I, cap. I.

los medios de poner á su servicio las fuerzas de la naturaleza: este conocimiento no le basta para alcanzar la verdadera ciencia que hace sabios, mientras no conozca el fin á que el Soberano artífice ha ordenado el universo y las relaciones que cada uno de los seres tiene con este fin último. Y esto no lo podemos saber si Él mismo no nos lo hubiera revelado, porque el mundo con todas las criaturas visibles é invisibles que encierra, ha sido creado para un fin sobrenatural, y el orden sobrenatural, que perpetuamente domina y atrae á sí este universo, como el fin á los medios, excede la capacidad de nuestra razón. Pero, puesto que á su Divina Bondad plugo revelarnos este fin, y las múltiples y estrechas relaciones que con él tienen todos los seres del universo, que son los objetos de que trata la teología, estos conocimientos son los que constituyen la verdadera sabiduría, sin la cual los que conocen el mundo, sólo lo conocen imperfectamente, en su parte menos noble y como en la corteza exterior que cubre sus arcanos. Y si aun en lo antiguo, los sabios de la gentilidad no se tenían por tales mientras no habían estudiado lo que con su razón podían investigar acerca de Dios, y comprendían que sin esto su conocimiento de las cosas era imperfecto por descuidar en ellas lo más esencial, que es la relación que tienen con Dios

como con su Autor y Ordenador, mucho menos se podrá llamar verdaderamente sabio en nuestros días el que hallándose en medio de los resplandores de la luz que ha derramado en el mundo nuestro Divino Redentor, no penetre en el conocimiento de lo que nos enseña la revelación. Por eso quien quería antiguamente ser de veras sabio y abarcar la perfección de los conocimientos humanos, no se contentaba hasta profundizar en el estudio de la Religión; y así era tan frecuente el ver unido en nuestros doctores católicos el grado de la sagrada teología con el de la jurisprudencia.

Finalmente, el ser la teología la verdadera sabiduría, como acabamos de demostrar, hace que su influjo se extienda á todas las demás ciencias. El Sumo Pontífice Pío IX nos enseña (Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de Nov. de 1846) que "el conocimiento de las cosas divinas ilumina, fortifica y perfecciona admirablemente la razón humana"; y nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, que felizmente gobierna la Iglesia, dice en su Encíclica *Aeterni Patris*: "El esplendor de las verdades divinas recibido en el ánimo ayuda al mismo entendimiento... confiérole gran nobleza y lo torna más agudo y vigoroso". En efecto, "la Religión, escribe un controversista católico, se impone: amada ó aborrecida, ocupa su lugar necesario en la

vida humana, y no hay una sola rama de los conocimientos humanos de donde pueda ser desterrada... Con razón, pues, se dice que la teología es la reina de las ciencias, porque con todas tiene estrecha relación",¹

Conocidas son de todos las notables palabras con que uno de los más furiosos revolucionarios modernos, el blasfemo Proudhón confesó ser "cosa que admira, el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología". Sobre las cuales palabras el ilustre Marqués de Valdegamas observa profundamente: "Nada hay aquí que pueda causar sorpresa sino la sorpresa de Mr. Proudhón. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas." Y más adelante añade: "Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo,"²

Este es el sublime concepto de la antigua Universidad católica, cuya falta tanto se hace sentir entre nosotros, y cuya proyectada erec-

¹ *Le Syllabus*, par PETITALOT.

² *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, por DON JUAN DONOSO CORTÉS, lib. I, cap. I.

ción reclama encarecidamente el generoso y abnegado concurso de todos los buenos argentinos. En ella la teología era la guía y maestra de todas las ciencias; conforme á lo que enseña el Concilio Vaticano que "la Fe libra y preserva de errores á la razón, y la enriquece con multiplicados conocimientos,"¹. La filosofía tenía por oficio ser la sierva de la teología: *ancillari theologiae*; pero esta servidumbre es la mayor de las noblezas, y por ella la filosofía dominaba sobre las demás ciencias, las cuales formaban su cortejo. Por desgracia, en la Universidad moderna, supeditada por el Estado, la filosofía ha sacudido el yugo de la teología; más el día en que aquélla se negó á ejercitar su noble ministerio, declarándose emancipada de ésta, cesaron de estarle sujetas las demás ciencias y le arrebataron el cetro de supremacía: no de otra suerte que cuando el hombre hubo desobedecido á Dios en el Paraíso, cesaron de serle obedientes sus pasiones y se conjuraron para sobreponérsele y arrastrarlo por el lodo. Y en realidad ¿á qué se ve reducido hoy el estudio de la filosofía? A la más lastimosa condición: el trabajo de decorar unas cuantas definiciones y teorías para llenar el nombre de una clase. Y menos mal si esas teorías y definiciones estuvie-

¹ *Constitutio dogmatica de Fide*, cap. IV.

sen sacadas de la sana filosofía; pues por lo común sucede que son producto del más soberbio racionalismo y del más degradante naturalismo.

Pero nosotros consideramos el orden tal como debe ser y no tal como por los errores y perversidad de los hombres ha llegado actualmente á constituirse; y en este orden, sin sombra de duda, el primer lugar lo ocupa la teología católica. No somos, pues, de aquellos que creen que el conocimiento de Dios se ha de relegar al olvido, y que sólo los que son llamados á la dignidad del sacerdocio deben estudiar la ciencia de la revelación; error acreditado entre muchos, y originado de la impiedad del siglo en que vivimos. Nosotros creemos, por el contrario, que en estos tiempos en que cualquiera se arroga el derecho de hablar acerca de la Religión, aunque no la conozca, es más que nunca oportuno su estudio, para discurrir con acierto; y pues los enemigos de la Iglesia buscan en todos los puntos de la ciencia armas con que impugnar el catolicismo, conviene en gran manera que el sabio católico conozca á fondo la ciencia de la teología, á fin de proceder con seguridad y buen éxito en la defensa de su fe ultrajada. Si en estudiarla empleasen también su tiempo y sus talentos los que sucesivamente son llamados á la dirección de la cosa pública, proce-

derían indudablemente con más tino en sus relaciones con la Iglesia, pues conocerían la verdadera naturaleza de esta sociedad, sus divinas prerrogativas é inmunidades, y los deberes que para con ella tienen todos los católicos aunque sean gobernantes.

El olvido y desprecio en que yace la más sublime de las ciencias ha hecho que nos extendiésemos en las precedentes consideraciones, para hacer ver que su conocimiento es muy propio de todo sabio católico. É intencionalmente hemos dicho *sabio*; pues nunca hemos pretendido que tales estudios hayan de ser cultivados por toda clase de hombres de mundo, aun de los que tienen carrera literaria, sino únicamente por aquellos que aspiren á la posesión plena y perfecta de la sabiduría, y más aún por los denodados seculares, que con gallardo esfuerzo, de palabra y por escrito, pelean las batallas del Señor, luchando bizarramente por restaurar todas las cosas en Cristo, como quería el Apóstol, estableciendo su soberanía social en todo el universo. Conclúyese de lo dicho, que si los sabios católicos deben, para merecer tan honroso título, dedicarse á la sagrada teología, les es indispensable el conocimiento del latín, como al principio dijimos, puesto que todas las obras teológicas están escritas en este idioma.

§ II

Pero no sólo á los que pretenden subir á la cumbre de las ciencias, sino también á todo católico que se precie de ser medianamente instruído, ofrece el latín excelencias y utilidades, que merecen particular estimación y aprecio, y aconsejan su estudio. Nos contentaremos con enumerar brevemente algunas de las que más resaltan.

El latín es la lengua oficial de la Iglesia; la lengua de sus tradiciones, en la que están escritos los Sagrados Libros, las obras de los Santos Padres, los decretos de los Pontífices, los cánones de los Concilios y las enseñanzas que el Papa dirige á los fieles esparcidos por todo el orbe; es, pues, la lengua en que la Iglesia habla á sus hijos. Ahora bien: pudiendo sin gran trabajo percibir el genuino sentido de sus palabras y gustar en el idioma original los primores que la versión desluce, ¿qué católico no deseará entender á esta amada Madre sin necesidad de valerse de intérpretes?

El latín es asimismo la lengua litúrgica en que se recitan todos los Oficios de la Iglesia. Habiendo, pues, en estos Oficios encerrados

tantos misterios y tan preciosos tesoros para el alma, ya en los Evangelios, ya en las Epístolas y Oraciones que se leen todos los días en la Misa, ya en las demás ceremonias á que los fieles asisten; deseando por otra parte la Iglesia que tales tesoros se comuniquen á sus hijos; tan insigne provecho y tan respetable deseo deben mover eficazmente el ánima de éstos, no sólo para estimar, sino también para aprender el latín, siéndoles esto posible. Aun de las señoras católicas, decía en su tiempo Fenelón "que más bien les aconsejaría que aprendiesen el latín para entender el Oficio Divino, que el italiano para leer poesías amorosas." Y en realidad, en los tiempos antiguos muchas nobles damas católicas y hasta reinas coronadas estudiaron y aprendieron la lengua latina. Así lo leemos de la gran Isabel la Católica, Reina de las Españas, por quien en nuestra América lució la antorcha de la fe y de la civilización; así de María Tudor, Reina de Inglaterra; y así también se refiere de la infortunada Reina de Escocia, María Estuardo, que al recibir al Nuncio de Su Santidad le hizo exponer en latín el objeto de su embajada, entendiéndolo perfectamente, y sólo se excusó de no responder en aquella lengua por no ser bastante práctica en su uso.

Es además esta lengua litúrgica un lazo de

unión que liga á todos los católicos del mundo: donde quiera que se traslade en sus viajes el cristiano, oye resonar los mismos ecos, las mismas alabanzas á Dios, en el mismo idioma que en su patria. Unidad admirable, que por sí sola merecería todo el trabajo que se emplease en conservar la lengua latina. "¡Qué idea más sublime, dice de Maistre, que la de una lengua universal para la Iglesia Universal! Desde un polo al otro polo, el católico que entra en una Iglesia de su rito, se halla como en su país, y nada es extraño á sus ojos. Tan luego como llega, aunque venga de lejanas tierras, oye lo que ha oído toda su vida; puede unir su voz á la de sus hermanos; los entiende y es entendido de ellos, y puede muy bien exclamar: Roma está en todas partes, está toda donde quiera que yo habite. La fraternidad que resulta de una lengua común es un lazo misterioso que tiene inmensa fuerza,"¹ Tan claras son las ventajas de esta comunidad de lengua en la Iglesia, que las reconocen aun los que no son católicos. Véase si no cómo se expresaba en Noviembre de 1884 un periódico protestante de los Estados Unidos, refiriéndose al Concilio Nacional que acababa de congregarse en Baltimore: "Los

¹ *Del Papa*, por el conde JOSÉ DE MAISTRE, lib. I, capítulo XX.

dignatarios, decía, de sangre francesa de Nueva Orleans, á quienes en otro tiempo la lengua francesa era la única familiar entre todos los idiomas modernos, hablaban fraternalmente con los Reverendos Padres alemanes que dirigen el Orden de los Redentoristas, dando así una prueba elocuente de la sabiduría de su santa Madre la Iglesia, que ha perpetuado entre los sacerdotes la lengua latina, como lengua universal de la jerarquía católica, estableciendo de esta manera *un vínculo que une entre sí á los fieles de todas las nacionalidades.* „

Finalmente, el aprecio con que la Santa Iglesia ha mirado siempre los estudios de las letras, y en especial las griegas y latinas, es un poderoso motivo para que todos sus hijos, cuando no fuera por otra razón, las estimen en gran manera y contribuyan á que sean cultivadas con el mayor lustre posible. Este aprecio se manifiesta patentemente en todo el discurso de la historia. Los Santos Padres todos recibieron la educación literaria en los autores clásicos griegos y romanos, y algunos de ellos sobresalieron con tanta excelencia en este género de estudios, que llegaron á diferenciarse muy poco de la perfección de sus modelos. En aquella época en que por toda Europa, con el estrépito de las armas y la confusión ocasionada por las invasiones de los bárbaros, había sido comple-

tamente relegado al olvido el estudio de las bellas letras, sólo en los palacios de los príncipes de la Iglesia y en la soledad de los claustros se conservaron los escritos de los mejores oradores, historiadores y poetas. Muchos de los Sumos Pontífices se han distinguido también de una manera especial en las letras, y todos han fomentado estos importantes estudios, ora con la fundación de escuelas, ora con la erección de bibliotecas, ora con sus exhortaciones á los Obispos, ó premiando con largueza á los hombres más eminentes en estos ramos, como se ven forzados á confesarlo los mismos detractores de la Santa Sede. Y de esto mismo es buena prueba el sapientísimo Pontífice que hoy rige la Iglesia, cuyas delicadas poesías latinas han merecido los elogios de los literatos, y de cuya estimación por las letras clásicas da elocuente testimonio la carta que en Mayo de 1885 dirigió al Cardenal Vicario de Roma, en la cual, enumeradas las ventajas que proporcionan estos estudios y el aprecio que siempre ha tenido de ellos la Santa Iglesia, le encarga que estas materias sean promovidas de una manera especial en el Seminario Romano. Y en Julio de 1886, por sus Letras apostólicas establece que en adelante, no sólo los que hayan de ingresar en el Colegio Pío han de sufrir examen de los elementos de griego, sino que además

los que hayan acabado los estudios de filosofía y teología, sea en el Seminario Pío, sea en el Romano, habrán de cursar por espacio de un año entero, dejado aparte todo otro estudio, en las clases de perfección de literatura patria, latina y griega, fundadas de orden del mismo Pontífice en 1885; y á estas mismas clases asistirán por obligación los que estudian el primer año de jurisprudencia. Todo este empeño, al paso que es un glorioso timbre para la Iglesia Católica, por revelar cómo siempre ha sido protectora y propagadora de cuanto eleva y ennoblece á las naciones; es también una norma, que muestra á los fieles el ánimo que deben tener respecto á estas materias, buscando para sus hijos la sólida educación que tales estudios cristianamente dirigidos procuran, estimándolos ellos mismos como joya de subido precio que enriquece el tesoro de la gran familia cristiana, y contribuyendo con su juicio y autoridad para que todos sean estimados. Esta es la razón que muchas veces ha movido á familias sinceramente católicas; las cuales, como adivinando con instinto cristiano cuál es el más seguro proceder, han dado el ejemplo de sacrificar otras conveniencias á la de que sus hijos estudiasen la literatura clásica latina.

CAPÍTULO V

DE LA GUERRA CONTRA LOS ESTUDIOS CLÁSICOS
Y PARTICULARMENTE CONTRA EL LATÍN

§ I

DESPUÉS de haber probado que no sin gravísimos motivos abogamos por la conservación de los estudios clásicos en la segunda enseñanza, réstanos conocer cuáles son los enemigos de estos estudios, qué causa les incita y qué táctica emplean al combatirlos: sabedores así de su estrategia, no seremos víctimas de una sorpresa, y calando sus intentos y reconociendo sus personas, echaremos mano del criterio más seguro para juzgar de la bondad de una causa, cual es el examinar quiénes son sus favorecedores, quiénes sus adversarios y qué les mueve á tan porfiada lucha.

los que hayan acabado los estudios de filosofía y teología, sea en el Seminario Pío, sea en el Romano, habrán de cursar por espacio de un año entero, dejado aparte todo otro estudio, en las clases de perfección de literatura patria, latina y griega, fundadas de orden del mismo Pontífice en 1885; y á estas mismas clases asistirán por obligación los que estudian el primer año de jurisprudencia. Todo este empeño, al paso que es un glorioso timbre para la Iglesia Católica, por revelar cómo siempre ha sido protectora y propagadora de cuanto eleva y ennoblece á las naciones; es también una norma, que muestra á los fieles el ánimo que deben tener respecto á estas materias, buscando para sus hijos la sólida educación que tales estudios cristianamente dirigidos procuran, estimándolos ellos mismos como joya de subido precio que enriquece el tesoro de la gran familia cristiana, y contribuyendo con su juicio y autoridad para que todos sean estimados. Esta es la razón que muchas veces ha movido á familias sinceramente católicas; las cuales, como adivinando con instinto cristiano cuál es el más seguro proceder, han dado el ejemplo de sacrificar otras conveniencias á la de que sus hijos estudiasen la literatura clásica latina.

CAPÍTULO V

DE LA GUERRA CONTRA LOS ESTUDIOS CLÁSICOS
Y PARTICULARMENTE CONTRA EL LATÍN

§ I

DESPUÉS de haber probado que no sin gravísimos motivos abogamos por la conservación de los estudios clásicos en la segunda enseñanza, réstanos conocer cuáles son los enemigos de estos estudios, qué causa les incita y qué táctica emplean al combatirlos: sabedores así de su estrategia, no seremos víctimas de una sorpresa, y calando sus intentos y reconociendo sus personas, echaremos mano del criterio más seguro para juzgar de la bondad de una causa, cual es el examinar quiénes son sus favorecedores, quiénes sus adversarios y qué les mueve á tan porfiada lucha.

Dilucidaremos por tanto esta triple cuestión, que es de capital importancia para el objeto que en este trabajo nos proponemos; pues la guerra que se ha hecho y hace contra los estudios clásicos, no tanto procede de aversión que á ellos tengan los que más se distinguen en impugnarlos, cuanto de mezquina rivalidad de partido y ciego fanatismo de secta ó caprichoso antojo de seguir la corriente de la moda.

El primer enemigo de las letras clásicas que nos ofrece la historia, es Juliano el Apóstata. No aborrecía él, á la verdad, estos estudios; pero odiaba de muerte la Religión y la Iglesia Católica. Veía cómo los cristianos se apoderaban, según la expresión de los Santos Padres, de las riquezas de Egipto, aprovechándose de los tesoros en los clásicos encerrados, para formar hombres doctos é insignes oradores, que rebatiesen vigorosamente las fábulas y ridiculeces del paganismo; y para privarles de tan grande fruto, expidió un decreto en virtud del cual debían desaparecer de las escuelas cristianas estos autores, en que los fieles aprendían la pureza y perfección de la lengua y el arte de la elocuencia, educando á la vez las facultades de los jóvenes, y considerándolos como el sólido fundamento de los estudios posteriores de toda la vida. Con este decreto, apoyado en razones ridículas y en blasfemias contra la Reli-

gión se jactó de haber favorecido en gran manera la libertad de enseñanza; por donde también se verá, que es usanza ya muy añeja la de maniarle á uno en nombre de la mismísima libertad. Pero aun los mismos escritores gentiles contemporáneos del Apóstata, á pesar del empeño servil que manifiestan en elogiar todos sus actos, no pueden contener la indignación al hablar de este decreto, y Amiano Marcelino llega á calificarlo de "disposición cruel y tiránica, cuya memoria fuera mejor sepultar en perpetuo silencio."

La más notable guerra que después de Juliano se ha movido contra los estudios clásicos, y especialmente contra el latín, proviene de los pseudo-reformadores del siglo xvi, á quienes siguieron más tarde sus hipócritas herederos los jansenistas. Con el aparente pretexto de difundir la instrucción en el pueblo, se dieron los protestantes á publicar obras escritas en el lenguaje usual, esparcieron por doquiera traducciones de la Sagrada Escritura, y llevaron sus pretensiones hasta querer que se pusiese en el idioma de cada pueblo la Liturgia eclesiástica. Con estas innovaciones forzosamente había de decaer el vigor de las letras clásicas, lo cual hacía escribir al mismo Erasmo: "A estos evangélicos (los luteranos), entre otras muchas razones, los detesto particularmente porque en

todas partes por causa de ellos se resfrían, decaen, son despreciados y se arruinan los estudios de las buenas letras,, (lib XIX, carta 50); y en otra parte dijo: "Donde quiera que reina el luteranismo perece la literatura,, (lib. XIX, carta 56). Por lo que hace á los jansenistas, los farsantes ascetas de Port-Royal, con el malhadado método de sustituir en las escuelas el uso del latín por el idioma vulgar, infirieron á las letras la más profunda herida que han recibido y que pueden recibir, como no sea su total supresión.

Siguen á éstos los representantes del clero cismático, llamado constitucional ó juramentado, quienes en el Conciliábulo que tuvieron en 1797, propusieron el plan de que en la enseñanza del latín en los Seminarios, los autores clásicos paganos fuesen sustituidos por autores eclesiásticos. Es manifiesto que el proyecto no tendía á la abolición del latín, pero lo combatía y lo debilitaba; pues dejando á un lado los más perfectos modelos, nada le importaba que se alterase y perdiese de su perfección, conforme en la misma propuesta se expresa diciendo: "El fin que debemos proponernos no es tanto la pureza de la lengua latina, como poner á los alumnos en estado de entender los autores eclesiásticos; muy puro es el latín de San León, de Sulpicio Severo y de Lactancio, apellidado el

Ciceron cristiano; pero aun cuando hubiésemos de perder algo por el lado de la índole de la lengua, quedaría la pérdida compensada con exceso por los grandes beneficios que de ello resultarían., El Sínodo cismático había tenido por antecesor á Savonarola, quien de religioso lleno de celo que primero había sido, se convirtió después en agitador político y rebelde á la Santa Sede: aquel innovador había propuesto un método en que eran excluidos de la enseñanza del latín Cicerón, Horacio y Virgilio, y únicamente admitidos los Santos Padres. También ha tenido imitadores y continuadores, entre los cuales se han distinguido Lamennais, primeramente afanado en reformar la Iglesia de Dios á su modo y conforme á sus ideas, y luego apóstata de la fe y revolucionario, y el P. Ventura Ráulica, amigo suyo y también partidario de novedades, que tan triste papel desempeñó durante el cautiverio de Pío IX, aunque después reparó con cristiana entereza sus pasados yerros. La misma opinión han adoptado varias personas muy recomendables y bien intencionadas, movidas, á nuestro juicio, por razones especiosas; á quienes no es nuestro ánimo incluir en el número de los enemigos sistemáticos de las lenguas clásicas. Pueden añadirse á los mencionados enemigos, los cismáticos griegos, y particularmente los rusos, que

con todas sus fuerzas y con repetidos decretos se empeñan en abolir el latín de la Liturgia católica en Polonia.

Todos los hasta aquí citados tendían á debilitar más ó menos el latín, y aun algunos con el transcurso del tiempo hubieran llegado al extremo de abolirlo; pero en general no lo intentaban directamente. Mas desde el siglo pasado, los preparadores y actores de la revolución francesa abandonaron esos trabajos de zapa y emprendieron la obra á campo abierto. En 1762 D' Alembert eliminaba de su plan de estudios los ejercicios de composiciones latinas en prosa y verso; y en 1791, Talleyrand suprimió absolutamente el latín en la segunda enseñanza, de modo que, según su designio, hasta la teología se había de enseñar en lengua vulgar.

En el siglo presente, el liberalismo, que en lo fanático no va en zaga á secta alguna de las que le precedieron, ha declarado al latín una especie de guerra universal, y en muchas naciones á cada paso se oye declamar contra su cultivo, considerándolo como inútil, y exigiendo que se le sustituya por otro de más inmediatos resultados. Y tan valida anda esta engañosa idea, que muchas personas de recta intención, y aun profesores del mismo ramo, y, lo que es más de sentir; hasta algunos Sacerdotes llegan á persuadirse de que tiene algún sólido fundamento.

Lo extraño es, cómo en tan desfavorables circunstancias perseveran estos estudios en el estado relativamente próspero que antes hemos visto, y no se hallan abandonados del todo.

Otros enemigos, harto numerosos, tienen los estudios clásicos, y son los que no conocen el latín y el griego, á los cuales hoy con más razón que nunca, puede echárseles en cara lo que á fines del siglo pasado escribió Lorenzo Hervás, juez tan competente en el asunto, que un crítico moderno (Menéndez Pelayo) le apellida "padre de la filología comparada, y uno de los primeros cultivadores de la etnografía y de la antropología". Dice, pues, este ilustrado y doctísimo escritor: "La tropa de gentes semiliteratas, que injustamente dan al siglo presente el nombre de ilustrado, ha querido desterrar al reino de las tinieblas la lengua latina... Algunos modernos se esfuerzan á proponer y probar como superflua la lengua latina, y como idioma en cuyo estudio se pierde inútilmente el tiempo; y lo más admirable es que *ninguno de ellos ha dado muestras de saber el latín, y varios de ellos (según común fama) le ignoran totalmente...* Los antilatinos no pueden ser buenos jueces en causa que no han estudiado, ni entienden." Y buscando Hervás la causa de esta antipatía, pone el dedo en la llaga cuando dice: "Los antilatinos leen algunos libros eruditos en len-

gua vulgar y se creen doctos, y como tales quieren ser reputados; y porque á esta común reputación perjudica la ignorancia del latín, pretenden infamar á éste, por no ser infamados por ellos, ¹. ¿No es esta la verdadera razón que algunos tienen para hablar contra el latín y los estudios clásicos? ¡Vamos! que si les gustaría entender á Homero ó á Virgilio sin necesidad de lazarillos; pero cuando ven que esto les es imposible, se encogen de hombros, como á quien no se le da un ardite, y se vuelven hechos viboreznos contra los pobres clásicos y el latín, que no necesitan por cierto de mejor defensa que las diatribas con que esos bachilleres tratan de ocultar su ignorancia.

Por la sencilla enumeración que acabamos de hacer se ve, que de los adversarios de los estudios clásicos, y particularmente del latín, unos combaten su uso en este terreno, otros en otro diferente; se valen unos de tal pretexto, otros del que parece contrario; pero siempre se descubre que, en vez de atacar por convicción este género de estudios, obran más bien por espíritu de bando, y toman las letras como arma de partido para fines muy diversos de los que en apariencia les mueven.

¹ *Historia de la vida del hombre*, parte I, lib. IV, cap. V.

§ II

A fin de que los católicos puedan penetrar más á fondo en la cuestión de que venimos tratando, no estará fuera de propósito el que les ayudemos á conocer cuál sea la causa de tan porfiada guerra contra las letras clásicas. En efecto "el humano linaje, según palabras de la Santidad de León XIII en la admirable Encíclica *Humanum genus*, desde que por envidia del demonio se separó miserablemente de Dios, al cual era deudor de su existencia y dones sobrenaturales, se dividió en dos campos enemigos, que no cesan de pelear, uno por la verdad y la virtud, otro por todo lo que es contrario á la virtud y á la verdad. Es el primero el reino de Dios sobre la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuyos miembros, si quieren serlo de veras y alcanzar su salud, necesariamente han de servir á Dios y á su Hijo único con toda su alma, con toda su voluntad. Es el segundo el reino de Satanás. Bajo su imperio y su poder se encuentran todos los que, siguiendo el funesto ejemplo de su jefe y de nuestros primeros padres, se resisten á cumplir la ley divina, y de mil modos se

esfuerzan, ora por pasarse sin Dios, ora por obrar directamente contra Dios.»

Este segundo campo, ó sea el de los enemigos de Dios, aborrece con odio profundo cuanto procede de la Iglesia Católica. Lo que en cualquier otro le parece laudable, en la Iglesia lo juzga por digno de vituperio; y así, por ejemplo, le vemos ensalzar la continencia en las vestales y detestarla en los cristianos; ni pueda tolerar que la Iglesia haya hecho bien al mundo, y si pudiera, borraría todos los rastros de civilización, que recuerdan la benéfica influencia que ejerció sobre los pueblos. Este odio ciego se revela á veces en actos extravagantes como aquel en que la Revolución francesa quiso alterar los nombres de los meses y el orden de contar los días y los años; y en la rareza más reciente de Camilo Flammarion, quien ha ofrecido un premio de 6.000 francos á quien le presente el Calendario más acabado, con tal que nada tenga del Calendario gregoriano. Tan profundo encono abriga, que, á pesar de ser el gregoriano un Calendario que para los usos civiles se puede llamar perfecto, no quiere que la sociedad goce de este bien, sólo por ser obra de un Papa!

Este espíritu, pues, que de la Iglesia ni el bien quiere recibir, es el que ha movido y suscita la guerra contra los estudios clásicos, que

ella siempre ha protegido. Para persuadirnos de ello, basta recorrer uno por uno los enemigos que en el párrafo anterior hemos mencionado. Del Apóstata Juliano afirma Amiano Marcelino¹, historiador gentil, que escribió á raíz de los sucesos, que la causa por que publicó el edicto expresado fué “para estorbar de esta manera el que muchos se pasasen del culto de los dioses (esto es, de los ídolos) al de los cristianos.” Y León XIII, en su carta de 20 de Mayo de 1885 al Cardenal Vicario de Roma, dice: “Se comprende cuán artero y lleno de maldad fué el ardid del emperador Juliano, que prohibió á los cristianos dedicarse á los estudios liberales; pues estaba bien persuadido que caerían en desprecio estando destituidos de letras, y que no podría medrar largo tiempo la comunidad cristiana, si se la reputase ajena á estos conocimientos.”

Por lo que toca á Lutero y á los protestantes, bien sabido es el odio que profesaban á la Iglesia Romana: no ignoraban que siendo el latín lengua oficial de la comunión católica, es un lazo precioso que une entre sí á todos sus miembros; y sabían asimismo que este idioma contiene el tesoro de las antiguas tradiciones, en las cuales se encuentra la condenación

¹ *Amm. Marcell.*, lib. XXII, cap. X.

de sus novedades. Previeron igualmente con su artera sagacidad, que circulando en lenguaje vulgar las obras teológicas, la Biblia y la Liturgia, decaería hasta en el clero el estudio del latín, con gravísimo detrimento de su formación en las ciencias eclesiásticas; y en consecuencia la unidad católica habría de sufrir no pequeña mengua, cuando el Jefe del Catolicismo no pudiese hacer comprender directamente su palabra soberana á todos sus fieles súbditos esparcidos por el mundo entero; y las divinas Escrituras perderían gran parte de su eficacia, usándose comunmente en traducciones destituidas de autenticidad canónica.

Acerca de los jansenistas, he aquí el juicio del conde de Maistre: " Nada aumentó tanto la fuerza de Port-Royal sobre la opinión pública como el uso exclusivo que hicieron de la lengua francesa en todos sus escritos. Sin duda sabían el griego y el latín, aunque sin ser helenistas ni latinos, lo que es muy diferente: pues ningún monumento de verdadera latinidad salió de su escuela y ni aun el epitaño de Pascal supieron hacer en buen latín. En este uso exclusivo, además de la razón de incapacidad, que es incontestable, otra de puro instinto conducía á los solitarios de Port-Royal. La Iglesia católica, establecida para creer y amar, no disputa sino con repugnancia; si se ve precisada á en-

trar en la lid, quisiera á lo menos que no se mezclase el pueblo en la disputa. Así, habla voluntariamente en latín y sólo se dirige á los hombres sabios. Por el contrario, las sectas necesitan del pueblo, y sobre todo de las mujeres. Los jansenistas, pues, escribieron en francés; y esta es una nueva prueba de conformidad con sus *primos* (los protestantes). El mismo espíritu de democracia religiosa los condujo á inundarnos de traducciones de la Sagrada Escritura y de los Oficios divinos. Lo tradujeron todo, hasta el Misal, para contradecir á Roma, que por razones evidentes nunca ha gustado de estas traducciones, ¹. No será menester más para comprender que al mismo origen debe atribuirse la tentativa del Conciliábulo de 1797; pues, como demuestra Crétineau-Joly en su preciosa obra *La Iglesia Romana y la Revolución*, el clero juramentado no era más que el sucesor y heredero de los jansenistas.

De Lamennais, que quiso resucitar la reforma del clero constitucional, dice el mismo Crétineau: " Sabedor por secular experiencia de que la herejía siente horror por la lengua latina, proscribela pura latinidad, y se propone darle muerte, en cuanto conoce que providencialmente será siempre indispensable para la

¹ *De la Iglesia galicana*, lib. I, cap. VI.

Iglesia, como depositaria que es de las verdaderas doctrinas dogmáticas, disciplinarias é históricas „¹.

Por lo que respecta á los cismáticos griegos, y en especial á los rusos, no es un misterio para nadie el fin que se proponen al esforzarse en desterrar el latín de la Liturgia de todos los pueblos que les están sometidos. Quieren arrancar las naciones de la comunión con la Iglesia Romana, y estiman que jamás han de poder lograrlo mientras no establezcan la diferencia de lengua en el rito, que fué la causa que facilitó y conserva su propia separación. Pues, como observa de Maistre, “la fraternidad que resulta de una lengua común es un lazo misterioso que tiene inmensa fuerza... Si la lengua latina se hubiese fijado en Kief, en Novogorod y en Moscou, jamás se hubiera arrancado de allí; y los ilustres esclavones, parientes de Roma por la lengua, no se hubieran echado en brazos de esos griegos degradados del bajo Imperio „².

Tocante á los revolucionarios del siglo pasado, dice el mismo ilustre escritor: “El último siglo, que se encarnizó contra todo cuanto hay de sagrado ó de respetable, no dejó de declarar la guerra á la lengua latina. Los franceses, que

¹ *La Iglesia Romana y la Revolución*, lib. IV.

² *Del Papa*, lib. I, cap. XX.

dieron el impulso, olvidaron casi enteramente esta lengua, y se olvidaron á sí mismos, hasta el punto de hacerla desaparecer de sus monedas, sin reparar ni advertir aun ahora, el delito que han cometido á un tiempo contra la razón europea, contra el gusto y contra la Religión. „ El P. Arsenio Cahour, de la Compañía de Jesús, demuestra ampliamente con hechos y documentos, que llenan toda la primera parte de su excelente obra *Los Estudios clásicos y profesionales*, cómo la guerra declarada al latín desde el siglo pasado procedió del odio de los impíos contra la Iglesia. Y la tan autorizada revista *La Civiltà Cattolica* (ser. IV, t. III) hace notar que este odio es la única causa, que se puede señalar fundadamente, del abandono en que de un siglo á esta parte ha ido cayendo la lengua latina en las obras de ciencia y en el uso de los sabios.

En orden á los enemigos que el latín y los demás estudios clásicos tienen en nuestros días, con decir que son los liberales, queda al descubierto la causa que los mueve; pues ellos mismos se glorían de ser herederos de los revolucionarios del 89, cuyos principios contiene el código de donde el liberalismo deriva sus doctrinas y la norma de sus hechos. De esta guerra contra el latín muestra *La Civiltà* (ser. IV, t. I) que es una consecuencia del

naturalismo político, herejía tan encarnada en las mentes de muchos, y que conduce directamente al término por ellos suspirado de hacer que desaparezca la Religión católica de la sociedad. «Y ciertamente, añade, para consumir en todas sus partes la separación entre la sociedad civil y la sociedad religiosa, ó como prefieren decir, del Estado y de la Iglesia, uno de los más eficaces medios es que aquél no entienda absolutamente la lengua de ésta, para quitar de raíz el único medio de comunicación directa que puede haber entre criaturas humanas, que es la palabra.»

No es, pues, una casualidad, sino una razón común de odio la que ha congregado á tantos enemigos de la Iglesia Católica para hacer de diversas maneras la guerra á los estudios clásicos y más en particular al de la lengua y literatura latina. Y con esto pueden advertir en qué compañía van y qué causa defienden aquellos pocos católicos que, directa ó indirectamente, han contribuido á su decadencia, los cuales en esta empresa, como sucede en algunas otras, han sido, sin quererlo ni pensarlo, instrumento de los malos.

§ III

Como remate de esta cuestión haremos notar la táctica que se ha observado en esta guerra insidiosa; pues para obtener el éxito que se esperaba ha sido necesario proceder muy despacio y con calculado arte, como quiera que se trataba de desalojar un enemigo que de largo tiempo atrás tenía tomadas posiciones en todo el orbe.

El primer intento de esta campaña fué des-
 terrar el latín de las obras de texto y de los tratados científicos. Fácil cosa es comprender el alcance de este ataque: el estímulo más visible que se ofrece al ánimo de un niño para emprender con ahinco el estudio del latín, es la perspectiva de que sin él no ha de poder entender libro alguno de ciencia. Es verdad que hay otras razones más fundamentales, como ya dejamos expuesto; pero estas razones no se presentan tan de bulto que impresionen el ánimo de los niños, ni aun de aquellos que no son niños, sino es que hayan debido intervenir en la educación; por consiguiente, quitado este estímulo, el alumno pierde una gran parte de su afición, y es fácil proseguir adelante y alejar

el latín poco á poco de la enseñanza. Los primeros que trabajaron en esta tarea fueron los jansenistas de Port-Royal, quienes á mediados del siglo xvii se esforzaron por introducir en las clases textos en lengua vulgar: todavía siguieron escribiéndose las obras científicas en latín hasta fines del siglo pasado, pero en realidad la lengua de los sabios había recibido una gravísima herida. La revolución francesa extremó la guerra, y en la actualidad sólo algunas ramas de los conocimientos humanos conservan aún el uso del rico idioma del Lacio.

La otra estratagema puesta en práctica consiste en enseñar mal el latín. Se trastornó el objeto y el método de esta enseñanza, poniendo en boga la doctrina lisonjera de que *en latín basta aprender á traducir* para saberlo con la perfección necesaria; y así en los cuatro ó cinco primeros años, que antiguamente se dedicaban enteros á los estudios clásicos, vino á introducirse un sinnúmero de asignaturas, inconexas unas con otras, y todas con el latín. Con esto, el profesor no pudo hacer adelantar á los niños, de los cuales el que salía sabiendo traducir era una maravilla. Los discípulos se aburririeron; y si bien es verdad que con este método no aprendían á entender el latín, y mucho menos á hablarlo y escribirlo, en cambio aprendían á aborrecerlo, que era el fin deseado.

Una vez llegados á este punto, nada más fácil que dar el último paso, y representando la inutilidad del estudio de latín, la cual con artificiosas trabas se ha procurado, surge naturalmente la propuesta de su abolición. A este término van dirigidos todos los esfuerzos de los enemigos que en la época presente tienen las letras clásicas, y en algunas partes ya casi lo están tocando con la mano. Ni es sólo al estudio del latín al que tan artera táctica ha sido aplicada; pues vemos otras materias de indisputable necesidad, respecto á las cuales los sectarios primero han trabajado para que se enseñasen mal, y después, poniendo por pretexto los mismos defectos producidos en la enseñanza por la voluntad de los que la dirigen, han pedido que fueran abolidas, como sucede actualmente con la filosofía en Italia y en Francia, que está casi del todo olvidada. Y para volver al latín, cuando lo que se debiera hacer después de reconocida su utilidad é inmensas ventajas, es promover su estudio, y si algún error se ha deslizado en el método de enseñarlo, aplicar la oportuna corrección, se emplean por el contrario tan tortuosos medios para desterrarlo totalmente de las escuelas.

Otros adversarios hay que, pretendiendo que los estudios del latín y griego en la forma que hasta ahora se les ha dado son cosa añeja y

que no guarda armonía con la cultura del siglo en que vivimos, intentan sustituirlos por la filología, que dicen ser más útil en sus aplicaciones y más fácil de aprender. Esta capciosa innovación tuvo entre nosotros algunos defensores en la sesión del Congreso á que varias veces nos hemos referido; pues, habiendo propuesto un señor Diputado que se restableciese la cátedra de griego que figuraba en el plan de estudios antiguo, vino la propuesta de mano en mano á convertirse en una cátedra de *filología*, á la cual se agregó el dictado de *elemental*. De esta asignatura se dijo en aquella Asamblea: "Todos los que han cursado los estudios elementales en los colegios de la Nación y que después han entrado á las facultades á estudiar ciencias, han reconocido que hay una deficiencia que no se llena con el estudio de latín que han hecho... Y estas deficiencias pueden llenarse con una cátedra de filología elemental, que dé precisamente al estudiante aquello que va á extrañar más tarde cuando estudie ciencias naturales en la Universidad... Todos (los señores Diputados) reconocen que les faltan algunos conocimientos de filología, que les serían más útiles que todo lo que han estudiado en cuatro ó cinco años de latín ó griego." Estas palabras responden á la cuestión de si la filología puede sustituir á las lenguas

clásicas; pero antes de aceptar la respuesta, hemos de exponer un sencillo reparo que se nos ofrece.

No se puede negar que los estudios filológicos merecen llamar la atención y ser cultivados como una rama de erudición provechosa; pero ¿es posible que los niños que asisten á las aulas de segunda enseñanza aprendan la filología? La filología es la rama de los conocimientos humanos que estudia el origen y derivación de las lenguas y las leyes con sujeción á las cuales han tomado las raíces primitivas la forma que ahora tienen en un idioma determinado. Es, pues, evidente que tal estudio requiere el conocimiento anterior del idioma derivado y del original; porque sin conocer los dos términos, no se puede estudiar la conversión del uno en el otro. Estos términos es claro que no los conocerá el niño en el caso que la proyectada sustitución supone, pues suprime totalmente el estudio del latín y griego; luego el aprender la filología en vez del latín ó del griego es imposible; y no tanto por falta de profesores, según alguien dijo en la Cámara, con desdoro de nuestra cultura, como por imposibilidad intrínseca. Es una empresa semejante á la que se intentaría tratando de sustituir la geometría analítica en vez del álgebra y de la geometría, siendo así que es necesario saber estas dos para enten-

der aquélla. Ni basta decir que se trata de filología *elemental*, como no bastaría en el caso dado sustituir la geometría analítica *elemental*; pues es lo mismo que sustituir un *tratado superior elemental* en vez de un tratado elemental. Cualquiera ve que *superior* y *elemental* braman de verse juntos. La cuestión propuesta es, por lo tanto, ridícula é imposible; y con sólo enunciarla queda ya fallada su causa.

El pretexto que para establecer esta clase se hizo valer, de que los discípulos conociesen la etimología de las palabras científicas, pierde toda su fuerza si se advierte que con menos molestia y fastidio se conseguiría ese objeto por medio del simple trabajo sobre un diccionario que contenga estas etimologías. Personas hay que no son muy fuertes en griego ni en latín, y conocen bien las etimologías que han aprendido por el método indicado.

Fácil será de ver con lo expuesto, en qué consiste el específico que se quiere sustituir en vez de un estudio tan importante como el de las lenguas clásicas, las cuales bien enseñadas constituyen la más sólida base de una educación completa. No es oro todo lo que reluce, ni quizás sean puras aficiones filológicas las que pretenden introducir en este ramo de nuestra enseñanza: el blanco de esta y otras industrias es eliminar de ella el latín como se ha conseguido

con el griego¹. Sin embargo, permítasenos afirmar que no lograrán sus adversarios que desaparezcan estos idiomas de sobre la haz de la tierra; sino el que, conforme observa de Maistre, aquellos pueblos en los cuales llegue á ser abandonado del todo estudio tan fundamental, queden fuera del número de las naciones civilizadas.

1 El hecho es que nos hemos quedado sin griego y también sin filología. Fué esta sancionada, es verdad, con el carácter de obligatoria; pero, habiendo consultado el Rector del Colegio Nacional del Rosario sobre las horas y forma de enseñarla, el Ministerio de Instrucción Pública dictó en Marzo de 1885 una resolución según la cual "la cátedra de filología y etimología debe ser considerada como curso libre", lo que equivale poco menos que á suprimirla. Pero adviértase, por lo que hace á nuestro propósito, que esta resolución se tomó "de conformidad con el Informe de la Inspección de Colegios Nacionales"; ahora bien, este informe aconseja aquella medida, "porque sólo los alumnos de sexto año podrán tener algún éxito en un estudio tan difícil por la vasta preparación que exige en el conocimiento de varios idiomas muertos sin excluir algunos vivos". Luego esta clase supone como necesario é indispensable el estudio previo del latín y del griego por lo menos, y de ninguna manera puede reemplazarlo, como se ha pretendido.

CAPÍTULO VI

DEL MÉTODO QUE EMPLEA EL SISTEMA ANTIGUO PARA
ENSEÑAR FRUCTUOSAMENTE LAS LENGUAS CLÁSICAS.

§ I

ACABAMOS de decir en el capítulo precedente que ha entrado en la táctica de los enemigos de los estudios clásicos el ardid de enseñarlos mal, á fin de que, mostrando la experiencia la imposibilidad, ó por lo menos dificultad, de adelantar en ellos, viniesen á perder su prestigio y acabasen por ser abandonados. De donde es fácil inferir cuán importante es la cuestión del método ó procedimiento que en su enseñanza conviene adoptar, si queremos obtener los preciosos frutos que reportaron á las pasadas generaciones.

El estudio de las lenguas clásicas ofrece sin duda ninguna sus dificultades, que reconocen de consuno los sostenedores de entrambos sistemas; pero que unos y otros tratan de obviar por muy diferentes medios. Los modernos, introduciendo la molicie hasta en la enseñanza, procuran suavizar el trabajo del niño y conducirle por la senda del saber como por un campo de rosas, sin cuidarse de si los resultados serían más felices y seguros llevándolo por el camino trillado, aunque no sea tan ameno y agradable. Satisfechos con que el alumno llegue á traducir un poco, le ponen en las manos gramáticas que explican minuciosamente los preceptos en lengua vulgar, y comienzan á ejercitarle en la versión de los autores proponiéndole trozos de latinidad poco depurada y en extremo sencillos; que si más tarde le hacen revolver los verdaderos clásicos, se los dan en libros atestados de notas y versiones, ya literales, ya libres, cuando no añaden glosas marginales é interlineales, que hacen de cada librejo una enmarañada selva de comentarios lexicológicos, sintácticos, mitológicos, cronológicos é históricos. Tiene este procedimiento la ilusoria ventaja de aliviar la fatiga del discípulo y librarle de la enfadosa solicitud de preparar por sí solo las materias que se le han de exigir en clase; pero trae consigo el gravísimo incon-

veniente de que, hallando resueltas en el libro las dificultades que se le pueden ofrecer, pone en él toda su confianza, y estima en menos de lo que fuera razón las explicaciones del maestro. Nace el error de buena voluntad, si se quiere; pero no se tiene en cuenta, que lo que sin trabajo estudiamos no se graba con firmeza, y fácilmente se olvida lo que fácilmente se aprende. El método de los antiguos no quiere que se esquivé la dificultad, sino que se venza completamente: es firme en cuanto á la consecución del fin, ni desdena la prudente suavidad en los medios; pero sí condena esa suavidad extremada que hoy se estila con grave detrimento de la formación de los caracteres, y rechaza esos modos de facilitar los estudios, con los cuales se destruye el fin que en los mismos estudios se pretende.

¿Qué hace, pues, ese método para que el niño, á pesar de su tierna edad y de la escasez de sus fuerzas intelectuales supere los obstáculos que presentan las lenguas clásicas? No coloca su confianza en los libros, sino en la atinada dirección de un profesor experto, y le entrega ese niño, que por sí mismo nada puede todavía, para que lo guíe y conduzca como de la mano por el difícil camino que ha de recorrer. Al obrar así los antiguos se conformaban á la naturaleza, la cual ha ordenado, no la escritura, sino la

viva voz del maestro como el medio más apto para la enseñanza, por lo cual la eficacia de este medio ha excitado en todos tiempos la admiración de los hombres observadores. El glorioso Doctor de la Iglesia, San Jerónimo, dice: "No sé qué secreta energía tiene la viva voz, que penetra en lo más profundo del alma del alumno." Entre los griegos y latinos había pasado á proverbio aquella sentencia que menciona Quintiliano: "La viva voz es la que con más plenitud nutre el entendimiento," y Pitágoras y Sócrates enseñaban sin dar á sus discípulos escrito ni libro alguno. El mismo Jesucristo para transmitir su celestial doctrina á las generaciones venideras, no prescribió á sus Apóstoles otro medio más que el de la enseñanza oral, por cuya razón decía San Pablo: *fides ex auditu, auditus autem per verbum*: "la fe por medio del oído y el oído por la palabra." Finalmente, los hombres reputan siempre por más afortunados y sabios á los que han recibido la doctrina de la viva voz de algún insigne maestro, que á otros que simplemente han leído sus obras: y todos observamos el poderoso influjo de la voz del profesor, así en la facilidad con que se entienden sus enseñanzas, como en la tenacidad con que toda la vida se conservan, no siendo á veces poderosos los más fuertes argumentos para separarnos de las doctrinas adquiridas por este

medio. Tal es, pues, la ventaja notable que tiene la enseñanza oral, que es el magisterio del profesor, sobre el magisterio del libro.

Veamos ahora qué procedimiento sigue este director de la niñez para que el educando llegue felizmente al término de una completa formación por medio de las letras clásicas.

Ante todo, se propone no sólo poner al alumno en disposición de entender regularmente los libros escritos en las lenguas que estudia, sino que pretende hacerle llegar á un conocimiento más íntimo y delicado de dichas lenguas para poder penetrar en los tesoros de sus ricas literaturas; y en cuanto al latín, le lleva hasta dejarlo en disposición de que lo hable con soltura y lo escriba con cierto dejo de elegancia. Para conseguir estos fines tiene buen cuidado de conducir al discípulo año tras año gradual y progresivamente desde los primeros rudimentos gramaticales hasta las bellezas oratorias y poéticas; se abstiene de precipitaciones nocivas, procurando que cada nueva piedra que asienta en el edificio científico que levanta, se apoye en lo que precede como sobre sólida base; y

desde el primer día que pone en manos de su discípulo un autor cualquiera, procura que éste sea muy castizo, conformándose al prudentísimo consejo de Quintiliano: *Non assuescat (puer), ne dum infans quidem est, sermoni qui dediscendus est*¹: "no se acostumbre el niño, ni aún cuando balbucea, á un lenguaje que después tenga que desaprender."

Descendiendo ahora más en particular á los detalles de este método, resumiremos con la brevedad posible el modo con que procede el profesor, según el antiguo sistema, al explicar á sus alumnos los libros que manejan. Si la explicación versa acerca de los preceptos de la gramática ó de la retórica, el principal cuidado del maestro es atender á explanar y hacer sentir la importancia de las cosas, no de las palabras con que se expresan; é inmediatamente después de la regla sigue el ejemplo, que es repetido por los alumnos, para que ni un instante deje la teoría de ser acompañada por la práctica. Si alguna vez, sobre todo en las clases inferiores, se presentan reglas difíciles de entender, allí se detiene y la repite por dos ó más días, hasta que los discípulos hayan comprendido bien la explicación; y si para el caso pareciere más oportuno, después de explicarlas la primera vez,

¹ *Institutiones oratoriae*, lib. I, cap. I.

deja pasar algún tiempo, y mientras tanto emprende otras tareas menos arduas, para volver más tarde sobre lo mismo hasta superar completamente la dificultad.

Si la explicación es del autor clásico, principia por la lectura seguida del fragmento que se trata de examinar. En esta primera parte el maestro da á sus discípulos reglas y les pone ante los ojos un modelo para la correcta y buena lectura; y sabido es que ésta dispone para una inteligente declamación. Con la misma lectura se excitan los alumnos á comprender el sentido de todo aquel pasaje: los más aventajados se esfuerzan por llegar á este fin, y muchas veces lo consiguen; y todos los demás avivan la atención para comprender bien aquello poco que primero han percibido. Luego el profesor propone el argumento, resumen breve y claro de la idea capital del trozo que se estudia, y con esto forma el niño un concepto general que va á ser precisado y desarrollado en lo restante de la explanación. Después de esto examina uno por uno todos los períodos, aclara el sentido de los que son oscuros y resuelve sus dificultades, muestra el enlace de los consiguientes con los antecedentes y pone de manifiesto toda la ilación del discurso. Aquí la idea encerrada en el argumento ha crecido, ha seguido todas las fases de su desarrollo y apa-

rece ya á los ojos del alumno con aquella belleza y perfección que le ha sabido dar el autor clásico objeto del análisis. Por fin el maestro hace notar cómo en el pasaje explicado se ve la aplicación de las reglas que corresponden al grado propio de su clase.

Cualquiera comprende que la explicación hecha de esta manera es una escuela práctica que enseña á profundizar un texto, pesando la fuerza y significación de sus palabras, á estudiar el valor de un pensamiento y todo su desarrollo, á percibir la consecuencia y encadenamiento de las diversas partes de un todo, á abarcar de una mirada el conjunto; ejercicios hoy enteramente descuidados y de que apenas se conserva una confusa idea. Es imposible que crezca el niño en medio de tan selecta sociedad como la de los mejores oradores y poetas, oyéndolos, penetrando de esta manera en la fuerza y energía de sus pensamientos, percibiendo en ellos lo más delicado de la belleza y los más perfectos recursos del arte en el modo de desenvolverlos, sin que su ánimo se eleve y se perfeccione, sintiendo la llama del entusiasmo y la inspiración de la poesía: mientras que, nutrido con las saludables enseñanzas morales que el maestro le ha de imprimir durante esta tarea, se forma cristianamente su corazón. Porque, si por todas las partes de la enseñanza quiere

el antiguo sistema que penetre y se difunda como suave aroma el benéfico influjo de aquel medio principalísimo de educar, que es la Religión; de una manera particular lo prescribe durante la explicación, que es el más perfecto é importante de todos los ejercicios de clase. Para este objeto ofrecen ocasiones á cada paso los autores que se explican, expresando un sin número de verdades, sugeridas unas por los mismos dictámenes de la razón natural, y otras, ecos lejanos y huellas desfiguradas de la revelación primitiva, como parecen serlo, por ejemplo, los maravillosos conceptos vertidos en la cuarta de las églogas de Virgilio. La existencia de Dios, la de la Providencia, que todo lo dispone y gobierna, la inmortalidad del alma, los premios de la virtud y de la piedad, el castigo de los vicios, la eternidad de las penas, la necesidad de la Religión para conservar las naciones, son verdades, entre otras muchas, que se hallan consignadas en los autores clásicos, y de los cuales puede sacar partido el maestro para formar el carácter moral de los niños, haciéndoles palpar la ceguera y sinrazón de los que en nuestros días, después de recibida la divina luz del Evangelio, vuelven más atrás que los paganos, y desconocen lo que ellos con solo el auxilio de la razón llegaron á alcanzar; y descubriéndolos al propio tiempo la fuerza

que dan y la perfección que añaden á estas verdades las sublimes enseñanzas de nuestro Divino Redentor.

Para que aparezca más el benéfico influjo que en la formación de los jóvenes ejerce la viva voz del profesor, explicando los autores clásicos de la manera dicha, transcribiremos el brillante testimonio que da, fundándose en la propia experiencia, el ya citado Schollaert, lumbrera del Parlamento belga. "Siempre me acordaré con admiración, dice, del comentario que del *Edipo Rey*, de Sófocles, nos dió mi querido maestro el P. Broeckaert.

„Este comentario, cosa asombrosa, duró cerca de seis meses; pero cuando terminó, nuestro profesor, que *saboreaba* su autor, nos había enseñado la sintaxis griega, el análisis gramatical y lógico del drama, el valor de cada palabra, la cantidad y número de cada verso. Nos había enseñado lo que era Atenas en tiempo de Pericles, lo que había sido antes, lo que había de ser después, de qué manera debe compararse Sófocles con Esquilo, en qué es superior á Eurípides... Nos había enseñado el principio, progreso y carácter del arte dramático, sabíamos por él cómo se había propagado en Europa, y qué influencia habían ejercido los grandes trágicos de Grecia sobre los grandes trágicos franceses. Nos había dado el análisis de

los caracteres que aparecen en el drama, su poder patético, su valor histórico y moral. Nos había mostrado la marcha de la acción, sus peripecias, su desenlace. En fin, nos había descrito los lugares donde Grecia asistía á las representaciones casi sagradas de sus grandes poetas. ¡Ved aquí la gimnasia literaria! Señores, jamás olvidaré este curso. Cuando salimos de allí, la impresión que nos quedó, á mis compañeros de estudio y á mí, fué que el Padre jesuita Broeckaert, cuyo nombre recordaré siempre con el más vivo y afectuoso reconocimiento, había despertado en nosotros el gusto y la conciencia de lo bello. »

CAPÍTULO VII

MEDIOS QUE SUGIERE EL ANTIGUO SISTEMA PARA AUXILIAR LA ENSEÑANZA CLÁSICA Y CONSERVAR SU FRUTO.

§ I

DE qué medios, se puede preguntar ahora, ha de valerse el profesor para tener siempre despierta la atención del alumno á fin de que no decaiga su amor al estudio, en una edad tan voluble é irreflexiva en que apenas ejerce poder alguno para cautivar el ánimo pueril la idea abstracta del deber, de la excelencia, de la sabiduría y de los frutos que en lejano porvenir vislumbra como premio de sus afanes? Los exámenes que coronan siempre los cursos escolares, no hay duda que son un poderoso medio para sostener la aplicación del estudiante; pero, tratándose de la época de la instrucción secundaria, son por punto gene-

los caracteres que aparecen en el drama, su poder patético, su valor histórico y moral. Nos había mostrado la marcha de la acción, sus peripecias, su desenlace. En fin, nos había descrito los lugares donde Grecia asistía á las representaciones casi sagradas de sus grandes poetas. ¡Ved aquí la gimnasia literaria! Señores, jamás olvidaré este curso. Cuando salimos de allí, la impresión que nos quedó, á mis compañeros de estudio y á mí, fué que el Padre jesuita Broeckaert, cuyo nombre recordaré siempre con el más vivo y afectuoso reconocimiento, había despertado en nosotros el gusto y la conciencia de lo bello. »

CAPÍTULO VII

MEDIOS QUE SUGIERE EL ANTIGUO SISTEMA PARA AUXILIAR LA ENSEÑANZA CLÁSICA Y CONSERVAR SU FRUTO.

§ I

DE qué medios, se puede preguntar ahora, ha de valerse el profesor para tener siempre despierta la atención del alumno á fin de que no decaiga su amor al estudio, en una edad tan voluble é irreflexiva en que apenas ejerce poder alguno para cautivar el ánimo pueril la idea abstracta del deber, de la excelencia, de la sabiduría y de los frutos que en lejano porvenir vislumbra como premio de sus afanes? Los exámenes que coronan siempre los cursos escolares, no hay duda que son un poderoso medio para sostener la aplicación del estudiante; pero, tratándose de la época de la instrucción secundaria, son por punto gene-

ral un medio insuficiente. La experiencia muestra que el pensamiento de los exámenes, ya sea por la larga distancia á que se miran, ya porque el niño no sabe apreciar sus consecuencias, no hiere bastante la imaginación para que el estudiante se esfuerce en vencer las dificultades del trabajo cotidiano; necesita, pues, un medio que constantemente le estimule, algo que cada día venga á excitar su espíritu proponiéndole un fin que debe conseguir en aquel momento. Este medio lo tiene el sistema antiguo; y vamos á manifestarlo sucintamente, advirtiendo, sin embargo, que en cuanto á los detalles puede este método variar, y de hecho varía, en los respectivos establecimientos de enseñanza que lo emplean.

El procedimiento de los antiguos está basado en aquel sapientísimo dicho de Quintiliano: *Mihí ille detur puer, quem laus excitet, quem gloria juvet, qui victus fleat. Hic erit alendus ambitu, hunc mordebit objurgatio, hunc honor excitabit; in hoc desidiam nunquam verebor:* "Déseme (por discípulo) un niño tal, que la alabanza le excite, le estimule la gloria, y vencido lllore. Éste ha de ser nutrido por la ambición, aguijoneado por la reprensión é incitado por el honor; en él nunca temeré la pereza,"¹. Esta

¹ *Institutiones oratoriae*, lib. I, c. III.

máxima, confirmada por la experiencia de los siglos, nos muestra como una de las más poderosas pasiones el amor de gloria y el ansia de honores. Esta pasión, como todas, es de suyo indiferente: puede impulsar al bien, si está recetamente dirigida; puede arrastrar á todas las maldades cuando se ha torcido su dirección. El antiguo sistema la toma en su origen, la encauza y la hace servir para mover todo el sér del niño al cumplimiento de sus obligaciones.

El niño desea ser tenido en buen concepto de sus maestros, de sus compañeros y de su familia. Cada semana oirá publicar delante de los demás alumnos su nombre, acompañado de una calificación ó nota que corresponde á su comportamiento y aplicación al estudio: si la nota lo merece, recibirá escrito un testimonio de ella, que pueda presentar en su casa para satisfacer el justo afán de unos padres cuidadosos de la educación de sus hijos. Pero este testimonio ha sido ganado á costa del cumplimiento de todos sus deberes y de sus tareas escolares durante aquella semana: la nota y el testimonio han ejercido en este breve espacio de tiempo un influjo bienhechor: cuando la pereza asalta al niño, el pensamiento del fin de la semana hace que la sacuda de sí; cuando un arrebató de genio ó una ligereza infantil le impulsan á cometer alguna falta, el sólo recordar-

zante aguijón que excita al niño para que no deje sin preparar ni una sola de sus tareas escolares; y el ansia de conseguir también triunfos en la clase le mueve á dedicarse con particular cuidado á algunos ramos, y á permanecer siempre con vigilante atención y como en acecho, para aprovechar el momento en que halle desprevenido á su contrario.

Hasta aquí hemos examinado los estímulos que mueven al niño por interés aislado é individual. Pero el hombre ha nacido para la sociedad, y el antiguo método se vale también de esta natural inclinación para el adelantamiento de los estudios y el provecho de la educación. La clase está dividida en dos bandas, Roma y Cartago, Oriente ú Occidente, que representan dos repúblicas ó dos imperios entre sí enemigos, con sus insignias y banderas propias y con separación completa. A uno de los dos campos es preciso que pertenezca el niño, y por consiguiente ya no verá en su émulo un simple enemigo personal, sino enemigo al mismo tiempo de su república, cuyas victorias en los desafíos ceden en favor de un partido contrario y en daño de su propia bandera; ni habrá para él castigo más humillante, que motivar por su descuido el gozo de los adversarios y atraerse las recriminaciones de los suyos. Estas repúblicas tienen sus magistraturas, las cuales se ob-

tienen, no por elección ni por elevación gratuita, sino, como conviene que suceda en la república de las letras, por el mérito acreditado en el estudio. Renuévanse para ello mensualmente las dignidades, mediante concurso literario; y por lo mismo cuantos tienen talento que pase de una medianía y ánimo generoso y alentado, pueden aspirar á ocupar un puesto de distinción en su banda. Si alguien en el concurso no ha podido lograr su deseo, tiene todavía opción á conseguir en el trascurso del mes el honroso puesto si se prepara de modo que llegue á derrotar en repetidas luchas á aquel que lo había obtenido. Pero el entusiasmo sube de punto cuando el maestro anuncia un desafío general de banda á banda, ó de una clase superior con otra inferior en aquellas materias que á entrambas son comunes. Entréganse todos al trabajo con febril ardor; redoblan la atención en clase; aplícanse en privado con nuevo brío al estudio; y de esta manera multiplican la diligencia por conseguir el honor de ver á su banda vencedora. Llegado el día de la campal batalla, y formadas frente á frente las dos huestes enemigas, escuchan la arenga que empuñando la bandera les dirigen sus respectivos capitanes, y lánzase luego á la pelea con esforzado denuedo. Dos dignidades de pie señalan continuamente á vista de los espectadores las victorias de una y

otra parte, sometiéndose á la decisión de los censores, elegidos entre los alumnos de un curso más adelantado, é interrogando con la mirada en los casos dudosos el juicio del profesor para anotar los errores de sus compañeros. Terminado el combate, publíquese el nombre y la ventaja de la banda vencedora, y sus bizarros campeones celebran el triunfo con infantil alborozo. ¿Es poca gloria para el niño poder aclamar el nombre de su banda triunfante, siguiendo la voz del caudillo que tremola la gloriosa enseña? ¿Cabe para él mayor ignominia que volver de la batalla habiendo tenido que presenciar cómo el enemigo orgulloso celebra su derrota, después de haberse apoderado de la bandera y haberla humillado hasta el suelo?

Dígasenos, después de considerados estos medios, si el alumno tendrá empeño en atender y no dejar caer una palabra de la boca del maestro, luego que ve, y lo ve con evidencia desde el primer día, que sólo de la explicación del maestro puede sacar la plena inteligencia del libro. No negaremos que estos medios pudieran ser comunes al método antiguo y al moderno; pero en realidad no lo son. Los modernos hacen alarde de desdeñar el sistema que fomenta la afición al estudio mediante la emulación de los premios; y no ha faltado entre

ellos quien ha dado por poderosa razón que "no es liberal, no es moderno." Mas sabemos muy bien que nada tiene perdido por no merecer esos dos títulos, y que si no es liberal ni moderno, es en cambio racional y dictado por la naturaleza, como que ya en su tiempo lo alababa y recomendaba Quintiliano ¹, y lo han practicado todas las edades con los más prósperos resultados. Y si la emulación fomentada con los premios y dignidades no merece la aprobación de los modernos en los estudiantes, ¿cómo es que al tratarse de distribuir medallas y diplomas de honor en las exposiciones, se hacen todos lenguas de las ventajas que con esta emulación ha de reportar el comercio y la industria? No son á la verdad de otra naturaleza los niños que los adultos, antes apetecen más vivamente el aplauso y la alabanza.

Y nadie crea que el antiguo sistema, al valerse de este método, se propone fomentar una necia vanidad, pues todos los esfuerzos del niño van dirigidos en último término á fin más noble: la pasión es aquí un instrumento impulsivo; el fin es cumplir con su obligación. Y como por otra parte el niño aprende del método antiguo en la enseñanza de la Religión, que el principio de la sabiduría es el temor del Señor,

¹ *Institutiones oratoriae*, lib. I, c. II.

y su colmo el amor de Dios probado con el cumplimiento de su santísima voluntad; el deseo de esta sabiduría cristiana juntamente con el cariño á sus padres son los dos nobilísimos fines que desde el principio le guían. Véase retratado este fruto en una carta que no ha mucho tiempo escribía un jovencito de 17 años educado conforme á este sistema de emulación, en la que al dar noticia á su padre de un premio extraordinario que había conseguido, le decía: " Este premio me regocija, mi querido padre, sobre todo por el placer que ha de proporcionar á usted, á quien tanto he deseado mostrar la filial gratitud que le profeso por la esmerada educación que me ha hecho dar en este colegio. Esté usted seguro de que, después de la satisfacción de la conciencia por haber cumplido con mi deber y hecho lo que Dios exigía de mí, el placer y consuelo de usted, padre mío queridísimo, es el más gustoso premio que pudiera yo desear,"¹. Apelamos al juicio de todos los hombres de recto corazón, y sobre todo al de los padres de familia, que son los jueces natos en esta materia, y los que con sentimiento exquisito, que Dios les ha dado, conocen lo que conviene á sus hijos, para que nos digan si no desearían ver resplandecer en

¹ Citada por *La Civiltà Cattolica*, ser. XII, tom. II.

el alma de todos los jóvenes tan nobles y cristianos afectos.

§ II

Con el procedimiento que acabamos de describir se logra á maravilla que el espíritu de los niños esté constantemente preocupado en sus tareas escolares, y su atención excitada para no perder ni un ápice de lo que su profesor les va comunicando durante el curso. Pero por lo mismo que el antiguo sistema estima la enseñanza de la clase en su justo valor, se esfuerza, no sólo para que el efecto por ella producido sea pleno, sino también para que sea duradero y quede profundamente grabado en el ánimo de los alumnos. Los medios que para esto último emplea son principalmente la repetición, el ejercicio de memoria, la declamación y la composición.

Prescribe, pues, que se repita la explicación inmediatamente después de haber sido escuchado tan atentamente como hemos hecho notar, siempre corrigiendo los émulos, y procurando que á todos, si fuese posible, toque alguna parte de la repetición, para que á todos alcance el fruto de ella. Así se cerciora el maestro de que su explicación ha sido entendida, se

fija la materia en la memoria de los alumnos y se desvanecen las equivocaciones ó se sueltan las dificultades que pudieran ocurrir. La misma repetición y en la misma forma tiene lugar en la clase siguiente antes de comenzar la nueva explicación; y un día entero, exento de composición y de lección nueva, está destinado á repetir las explicaciones de toda la semana, quedando al arbitrio del profesor el ordenar, cuando lo juzgue conveniente, que se repitan las explicaciones de más largo período de tiempo. Todas estas repeticiones parciales en nada estorban el repaso general que tiene lugar en los últimos meses del curso antes de los exámenes.

Estima en mucho el sistema antiguo los ejercicios de memoria; pero quiere que nada se deposite en este tesoro de los conocimientos sin que primero haya pasado por la inteligencia. Por lo cual no señala cosa alguna para aprender de memoria sin que antes se hubiese convenientemente explanado y repetido. Observada esta prescripción, profesa aquella antigua máxima de que "tanto es lo que sabemos, cuanto es lo que retenemos en la memoria"; y es práctica suya, que todos los preceptos y todos los fragmentos de los autores clásicos que han sido explicados, ó á lo menos los trozos más escogidos, cuando la explicación fuere muy larga, se reciten luego como lección de memo-

ria. Estos trozos, como se hace con las explicaciones, vuelven á repetirse en el repaso semanal del sábado, y en el caso de que algunos más animosos se decidan á estudiar por su cuenta el libro entero ú oración ya explicada, el profesor no los deja sin premio. Es increíble cuánto contribuye á robustecer la memoria este ejercicio, y cuán rico caudal de palabras, frases y modismos proporciona la costumbre de aprender trozos selectos de los clásicos, y las reglas que han sido objeto de la explicación, con el ejemplo que siempre las acompaña. Este es, así para la lengua patria como para los idiomas clásicos, un vocabulario viviente, tanto más provechoso que los impresos, cuanto que en él no se hallan las palabras sueltas, sino colocadas en el lugar que les señala la sintáxis y significando pensamientos completos.

Por lo que toca á la declamación, no necesitamos encarecer su importancia, pues, reuniendo en sí los dos anteriores medios, produce de un modo excelente los frutos de ambos; fuera de que la declamación es el complemento de la educación literaria, y su ejercicio se hace indispensable á cualquiera que haya de exhibir ante el público sus producciones. El método del antiguo sistema, después de haber asentado el fundamento de la declamación con la correcta lectura, ejercita á los alumnos en declamar los

mejores trozos de los clásicos explicados, prepara con cuidado especial á los que han de declamar en público, y particularmente en los dos cursos más elevados del primer período hace que cada quince días se declamen piezas completas de prosa ó verso, ya de las explicadas en clase, ya de las trabajadas por los mismos alumnos, en latín, en griego ó en el idioma patrio; y encarga además que al acabar la explicación de algún discurso ó poema haya quien lo declame en la clase y sea premiado por ello.

Hay, finalmente, otro ejercicio que el antiguo sistema tiene en grande aprecio, y es la composición. Todos los días, excepto los de repaso, se obliga al alumno á traer una composición, en cuyo tema el maestro ha tenido el cuidado de acomodarse al grado en que se encuentran sus discípulos y á la facilidad adquirida, pasando gradual y lentamente de las simples declinaciones y traducciones de frases sencillas en las lenguas clásicas, ó de breves narraciones y cartas imitadas de los buenos autores en el idioma patrio, hasta llegar á componer discursos completos y piezas poéticas. Semejante ejercicio, acompañado siempre de la corrección pública de los errores en clase, y de la privada que se recomienda al profesor, no sólo sirve para grabar en la mente del niño las explicaciones de éste, sino que contribuye en gran manera al fin

que se pretende, de dominar las dificultades que ofrecen las lenguas clásicas; puesto que con él por una parte se adquiere destreza en la aplicación de los preceptos y en la imitación de los buenos autores, y por otra se aclaran muchas dudas que van surgiendo á medida que uno trata de poner en práctica reglas que antes se figuraba entender perfectamente.

CAPÍTULO VIII

OTROS MEDIOS EFICACES DEL MÉTODO ANTIGUO
PARA AYUDAR LA ENSEÑANZA

§ I

UNO de los medios más eficaces del método antiguo es el empeño particular porque se use en la escuela la lengua latina desde las primeras clases de Humanidades, para que así los alumnos lleguen á poseerla con perfección. Con este fin se recomienda á los profesores que empleen siempre aquel idioma, y que vayan iniciando en su práctica á los discípulos: lo cual nos ha mostrado la propia experiencia ser más fácil de lo que á primera vista parece, por cuanto en las ordinarias tareas de clase hay un limitado círculo de expresiones que continuamente se repiten, y acostumbándose á ellas los discípulos, muy pronto empiezan á romper la dificultad y llegan á expresarse corrientemente.

Cuán razonable sea este método, fácilmente se comprende, porque nunca podrá decirse que se sabe con perfección una lengua si no se puede hablar en ella; y á hablar no se aprende sino hablando, como á escribir se aprende escribiendo, y á cabalgar cabalgando. Cosa esencialmente práctica es el aprender idiomas, y en materia de práctica el ejercicio es el primero de los medios que deben emplearse. Que los temas y las versiones, conservados todavía en la enseñanza del latín, son muy útiles y deben á todo trance conservarse, es principio que nunca hemos pensado poner en tela de juicio; pero no bastan para el caso, si llega á descuidarse el uso de hablar, ejercicio que consta de una multiplicada repetición de versiones y composiciones, en el cual se presentan sucesivamente todas las dificultades del lenguaje, exigiendo la práctica asidua de todas las reglas; con la particularidad de que su ineludible rapidez mantiene siempre viva la atención de todas las facultades intelectuales del niño. Tampoco reprobamos los preceptos de la Gramática, cuyo estudio es de suma utilidad, y en este sistema imprescindible; con todo, su importancia es inferior á la del ejercicio, pues, como observa Pluche, «querer aprender una lengua á fuerza de hojear libros y diccionarios es un camino tan largo y tan atravesado de obstáculos y de incertidum-

bres, que cuando se tiene á mano otro medio seguro y pronto, á saber el uso, se puede decir que éste es el único „¹.

Ni hay á este respecto opiniones encontradas, desde que todo el mundo está de acuerdo en afirmar, que, para aprender un idioma cualquiera, el camino más corto y seguro es hablarlo; y lo mismo nos hace palpar la experiencia diaria. Vemos, por ejemplo, que un niño va á una clase de inglés ó alemán, y en ella pasa dos ó tres años dando lecciones de Gramática y volviendo hojas de un traductor, sin que á la postre sea capaz de sostener una conversación en aquella lengua; pero enviase el mismo niño á Inglaterra ó Alemania, donde por precisión tenga que hablar los respectivos idiomas de aquellos países; y á buen seguro que al cabo de un año no tendrá la menor dificultad en valerse de ellos con más soltura y corrección de la que en mucho tiempo hubiera podido obtener con el otro procedimiento. Pues bien; el método de aprender las lenguas hablándolas corresponde con cierta proporción el hecho de penetrar uno en el país de donde proceden; mientras que estudiarlas de otro modo es, á nuestro entender, como detenerse en la frontera.

Los hombres de autoridad en la materia no

¹ *De l'éducation.*

recomiendan otro método para llegar pronto á aprender bien una lengua. El P. Jouvency, muy entendido en materias de enseñanza, inculcaba apretadamente este proceder diciendo: *Latine loquendi consuetudo quam diligentissime retinenda*: “la costumbre de hablar en latín se ha de retener con la mayor diligencia posible „¹; y el Cardenal Mezzofanti, prodigio de erudición lingüística, decía: “Cualquiera que desde el principio quiera afianzarse bien en el estudio de una lengua no debe leer, hablar, pensar, ni soñar, en fin, más que en esta lengua „². Por esto en Roma, según atestigua Quintiliano, á los niños se les enseñaba el griego, aun antes que la lengua patria, y lo aprendían hablándolo³. Y en nuestros días vemos que muchas familias confían sus hijos á iastitutores ó ayos de habla extranjera, para que de ellos la aprendan insensiblemente; ó bien los mandan á colegios franceses ó ingleses, donde no se oye en todo el día más que algunas de estas lenguas, con lo cual los tienen en breve tiempo diestros en su uso y hábiles para hablarlas. De esta íntima persuasión proviene igualmente el que se hayan extendido tanto las gramáticas com-

¹ *De ratione discendi et docendi*: cap. II, art. 3, § I.

² *Mémoires de Cavodoní sur le vie et les études du Cardinal Mezzofanti.*

³ *Institutiones oratoria*, lib. I, cap. I.

puestas según los métodos de Ollendorff y Robertson, que desde el primer día hacen hablar al alumno la lengua que aprenden.

¿Y á quién ha de parecerle extraño que este método obtenga tan cumplida aceptación, cuando es el mismo que la naturaleza emplea para transmitir el idioma de cada pueblo á las generaciones que se van sucediendo? Es realmente admirable la prontitud, seguridad y perfección con que una criatura aprende de los labios de la madre y demás domésticos el lenguaje que ellos usan. Principia balbuceando, sin entenderlas, las palabras que hacen sonar en sus oídos; y con este solo ejercicio de repetición é imitación, mucho antes de comprender el sentido de una sola regla, llega á hablar su idioma con asombrosa facilidad, y aun con una gracia encantadora, si las personas que le rodean tienen lenguaje suelto y pulido.

Preguntamos ahora, ¿por qué razón, existiendo un procediendo tan natural, tan expedito, tan bien comprobado por la experiencia y recomendado por los inteligentes para aprender las lenguas modernas, sólo tratándose del latín se excluye y rechaza sistemáticamente y se adopta otro imperfecto, que, después de improbable trabajo durante muchos años, no da ningún resultado? ¿Por qué solo respecto del latín ha de considerarse como absurdo un método que

tan acertado se estima en otros casos, y se le envuelve en una atmósfera mística de aborrecimiento y desprecio; tanto que viene á hacerse muy difícil, casi imposible, que puedan aplicarlo los mismos que de su bondad están íntimamente persuadidos? La razón es la que antes hemos dicho: se quiere impedir que se aprenda bien el latín, se quiere hacer ingrato y estéril su estudio, para que los niños le cobren horror, y tengan entonces sus enemigos derecho de declamar contra su utilidad, con el taimado intento de que al fin venga á proscribirse de las escuelas.

No se nos venga á decir que el latín es lengua muerta, por la cual no hay razón para pretender que se enseñe á hablarla. Muerta estará la lengua latina en el uso común, pero viva en las obras de literatura y ciencias y en la comunicación de los sabios; y aunque no sea tan frecuente su uso como lo era antes, tampoco está abolida, puesto que de 1824 es el *Prodromus regni vegetabilis* por De Candolle; de 1840 la *Physica mathematica*, y de 1844 la obra *Elementa matheseos* de Caraffa; de 1880 el Diccionario botánico de Baillon; obras escritas en latín, con muchísimas otras que se pudieran enumerar. En esta misma República se publicó en 1881 el "Informe oficial de la Comisión Científica de la expedición al Río Negro," que con-

tiene largas descripciones de animales y vegetales escritas en latín por algunos miembros de la Facultad de Ciencias agregada á la Universidad de Córdoba; y actualmente en todas partes las obras más estimadas de filosofía y todas las de teología se publican en latín, como tampoco faltan hombres de ciencia y literatos que se comunican por cartas en este idioma. Y ciertamente que si el latín se hubiera mantenido, como lo era, en la categoría de lengua universal entre los sabios, no se hubieran presenciado las contiendas, tan ridículas como inevitables, acaecidas en los congresos científicos sobre el idioma que en las sesiones debía emplearse; las cuales alguna vez han venido á parar en que cada orador usaba su propio idioma, expresándose con mucha expedición, pero dejando á dos terceras partes de los que le oían sin saber de qué se trataba. Pues bien; para que esto no suceda, para que no vaya el latín haciéndose poco á poco lengua muerta, queremos que se hable en las escuelas como se hizo en los pasados siglos; y de esta manera es seguro que, proponiéndose con tesón los estudiantes llegar á hablarlo con facilidad, obtendrán con creces lo que ahora se pretende, que se reduce á entender regularmente los autores, sin tanto desperdicio de tiempo y con más seguro resultado.

Podrá decir alguno que estas son utopías, que ya pasó la época en que se hablaba latín, y que el intentar restaurar su uso en las clases es pedir un imposible. Pues nosotros repetiremos que no hay tales utopías, ni ha pasado la época de hablar en latín: existen aún en el día, en el siglo de la guerra contra el latín, muchos establecimientos de educación, no sólo eclesiásticos sino también seculares, donde se habla este idioma de la manera que venimos diciendo. En cuanto á ser esto un imposible, no puede calificarse de tal lo que se ha hecho y se hace, y contra los argumentos de la experiencia no hay razones que prevalgan; y la experiencia, tanto antigua como moderna, prueban ser muy cierto lo que el ya citado Jouveny dice: que en punto á hablar latín *etiam pueruli plus opinione possunt.*

 § II

Acabamos de mostrar la conveniencia de que el latín sea tan luego como es posible la lengua propia de la clase; mas para conseguir este objeto, ayuda en gran manera la costumbre que seguía el sistema antiguo de poner en lengua latina los textos de Gramática; contra lo cual tanto se ha dicho por estos mundos,

que no estará de más el exponer las razones que aconsejan este procedimiento. A la verdad, los casos en que el latín se emplea en la clase son: la explicación de las reglas, la del autor clásico, la corrección de la composición y las disputas, que son los ejercicios habituales de la escuela; y en todos estos ejercicios es imposible el uso del latín, si la Gramática está en otro idioma. En la explicación de los preceptos es manifiesto que el profesor no ha de aclarar en latín la dificultad que ofrezca una regla escrita en lengua vulgar. En la explicación del clásico una de las partes principales es hacer observar cómo las reglas ya conocidas se hallan aplicadas en el autor. Para esto es necesario citarlas; y desde luego aparece cuán enojoso, inconveniente y aun ridículo es recitar las reglas en lengua vulgar y mostrar su aplicación en latín. La corrección del tema se cifra principalmente en señalar sus errores, citando las reglas en él infringidas, donde volvemos á tropezar con la misma dificultad. Finalmente, las disputas ó concertaciones versan acerca de los tres ejercicios antedichos; y por lo tanto la Gramática en lengua vulgar introduce en ellas los mismos inconvenientes. Si á pesar de todos estos obstáculos, se empeña el maestro en aprovechar todos los momentos libres para hablar el latín, la experiencia le hace palpar al

instante una nueva dificultad; y es, que estas alternativas de latín y de lengua usual hacen que sea imposible determinar en la clase una tendencia regular dirigida á hablar en latín. Los discípulos vacilan en seguir al maestro; los más animosos tropiezan, balbucean, y faltos del apoyo que debían encontrar en el libro de texto, que á un tiempo les suministraría caudal de frases y palabras, y ocasión de ejercicio, se desalientan, y concluyen por abandonar la empresa. De suerte, que introducir la lengua vulgar en el libro de texto es lo mismo que hacer ilusoria la prescripción de hablar en latín.

El sistema de enseñar las lenguas clásicas por medio de gramáticas escritas en lengua vulgar es debido á los jansenistas de Port-Royal. Al fundar éstos á mediados del siglo xvii las escuelas menores de Port-Royal, institución efímera que no alcanzó á durar una veintena de años, arrojaron en ellas su Gramática latina en francés, y de allí lograron después hacerla cundir por las demás escuelas. Enseñar el latín en lengua vulgar era asestar un golpe mortal á la lengua latina. Esta sola mudanza basta, como acabamos de ver, para hacer cesar al punto la costumbre de hablar en latín: de lengua viva, aquel idioma que por espacio de diez y seis siglos habían hablado la Iglesia y la ciencia, iba á pasar á la categoría de las lenguas muertas.

No se escapaban estas consecuencias á la perspicacia de los jansenistas, ni tampoco lo odioso que se hubiese hecho quien abiertamente las hubiera proclamado é intentado; y por lo mismo trataron de dar algunos visos de razón á aquella novedad. "Es un absurdo, decía Lancelot en la primera edición de su Gramática latina en francés, proponer los primeros elementos de una lengua que queremos enseñar en los mismos términos de esta lengua... esto es suponer que el alumno sabe ya lo que intenta aprender." El osado jansenista no tenía reparo en llamar absurdo el método con que habían aprendido y enseñado las lenguas clásicas los sabios que habían florecido en tan gran número de siglos y en todas las naciones; y ni siquiera tenía valor alguno para él el siglo que acababa de transcurrir, en que por aquel método se habían formado sujetos tan insignes en las letras, y durante el cual había visto frecuentadas con tan feliz éxito sus escuelas la Compañía de Jesús. Para dar apariencia de razón á su innovación despreciaba todo el juicio de los pasados, y procedía de un falso supuesto.

El argumento invocado por Lancelot en efecto deslumbra á primera vista, porque supone que el discípulo se encuentra solo, abandonado á sus propios recursos, delante de un texto escrito en la misma lengua que ignora, y

trata de aprender. Pero tan luego como se advierte que, según prescribe el sistema antiguo, al lado del alumno está un maestro para quien la lengua es perfectamente conocida, que explica el texto valiéndose siempre que hay necesidad de la lengua nativa del discípulo, que hace repetir la explicación á su vista hasta asegurarse de que está perfectamente entendida, y sólo entonces permite encomendarla á la memoria, toda la apariencia queda desvanecida, y la imaginada dificultad se convierte en beneficio inapreciable. Porque la Gramática en latín pone al alumno en la feliz necesidad de ejercitar primero el entendimiento que la memoria, si no quiere torturar inútilmente sus facultades; y le obliga á ejecutar sobre las reglas un trabajo que no puede menos de redundar en provecho de la mejor inteligencia y de la fijeza con que se le graban en la memoria. La máxima de que lo que cuesta poco de aprender cuesta también poco de olvidar, porque el ánimo no lo ha profundizado bastante, es muy cierta; y no se destruye á pesar de todas las invenciones para facilitar los métodos. Así lo hubo de reconocer el innovador jansenista, cuando al publicar la segunda edición de su Gramática latina en francés se quejaba del mal resultado de la primera, diciendo: "La experiencia me ha hecho encontrar otro inconveniente; y es que, entendiendo

los niños con tanta facilidad las reglas, y comprendiendo el sentido de los términos, se tomaban la libertad de cambiar la disposición de las palabras, tomando á veces el masculino por el femenino, ó un pretérito por otro; y así, contentándose con repetir poco más ó menos el sentido de las reglas, imaginaban que las sabían tan pronto como las habían leído. „ Lo cual es confesar llanamente que ni las habían profundizado, ni por consiguiente las retenían en la memoria. Terminaremos este punto recordando los graves conceptos de José de Maistre ¹: “ Después de haber dado (los jansenistas) este golpe á la Religión, á la que no han hecho más que mal, dieron otro no menos sensible á las ciencias clásicas por el infeliz sistema de enseñar las lenguas antiguas en lengua moderna. Bien sé que á primera vista esto parece favorecerlos; pero si se mira con atención, se verá fácilmente cuán engañosa es esta primera perspectiva. El método y enseñanza de Port-Royal es la verdadera época de la decadencia de las Humanidades y buenas letras. Desde entonces no ha hecho más que decaer en Francia el estudio de las lenguas sabias. Admiro de todas veras los esfuerzos que actualmente se hacen en este estudio; pero estos esfuerzos son pre-

¹ De la Iglesia galicana, lib. I, cap. VI.

cisamente la mejor prueba de lo que acabo de exponer. Los franceses están aún en este género tan inferiores á sus vecinos los ingleses y alemanes, que antes de llegar á igualarlos tendrán todo el tiempo necesario para reflexionar sobre la desgraciada influencia de Port-Royal. „

Demostrada ya en los capítulos precedentes la conveniencia y necesidad de los estudios clásicos, y expuesto el método que en su enseñanza seguían los antiguos, damos por concluido el juicio que sobre este primer período de la educación hemos formado. Mas para que se vea que no procedemos por ciego entusiasmo, nos place citar aquí en apoyo de nuestras opiniones un testimonio que no puede ser sospechoso, como que nos lo ofrece un hombre que toda su vida ha sido liberal de tomo y lomo, y del cual por consiguiente nos separa todo un abismo. Ese hombre es Mr. Thiers, quien en su *Historia del Consulado y del Imperio* (libro XIV) se expresa en los siguientes términos: “ El estudio de las lenguas muertas no es únicamente un estudio de palabras, sino un estudio de cosas: es el estudio de la antigüedad con sus leyes, sus costumbres, sus artes, su historia, tan moral, tan profundamente instructiva. No hay más que una edad para aprender todas estas materias, y es la juventud. Si en la edad madura la curiosidad nos atrae hacia ella, sólo

á través de pálidas é insuficientes traducciones podemos penetrar en esa hermosa antigüedad. Y en un tiempo en que las ideas religiosas se han debilitado, *si el conocimiento de la antigüedad también se desvaneciera, no formaríamos ya sino una sociedad sin vinculo moral con lo pasado, instruida y ocupada tan sólo en lo presente, una sociedad ignorante, envilecida, propia exclusivamente para las artes mecánicas.*

CAPÍTULO IX

IMPORTANCIA QUE DA EL SISTEMA ANTIGUO
Á LA FILOSOFÍA Y Á LAS CIENCIAS

§ I

TRANSCURRIDO el período de las humanidades, desarrolladas, ó mejor, acompañadas en su desarrollo gradual las facultades de la memoria, de la imaginación y de la sensibilidad por medio del trabajo y ejercicio asiduo sobre las literaturas griega, latina y patria, mientras que se educa á la par la voluntad con el influjo de la religión; llega su vez al cultivo pleno y más inmediato del entendimiento, que inició su desarrollo junto con las demás facultades, y que, según el sistema antiguo, ha de perfeccionarlo por medio de la filosofía. De ella nos toca tratar; y así en el presente capítulo haremos ver por qué razones los an-

á través de pálidas é insuficientes traducciones podemos penetrar en esa hermosa antigüedad. Y en un tiempo en que las ideas religiosas se han debilitado, *si el conocimiento de la antigüedad también se desvaneciera, no formaríamos ya sino una sociedad sin vinculo moral con lo pasado, instruida y ocupada tan sólo en lo presente, una sociedad ignorante, envilecida, propia exclusivamente para las artes mecánicas.*

CAPÍTULO IX

IMPORTANCIA QUE DA EL SISTEMA ANTIGUO
Á LA FILOSOFÍA Y Á LAS CIENCIAS

§ I

TRANSCURRIDO el período de las humanidades, desarrolladas, ó mejor, acompañadas en su desarrollo gradual las facultades de la memoria, de la imaginación y de la sensibilidad por medio del trabajo y ejercicio asiduo sobre las literaturas griega, latina y patria, mientras que se educa á la par la voluntad con el influjo de la religión; llega su vez al cultivo pleno y más inmediato del entendimiento, que inició su desarrollo junto con las demás facultades, y que, según el sistema antiguo, ha de perfeccionarlo por medio de la filosofía. De ella nos toca tratar; y así en el presente capítulo haremos ver por qué razones los an-

tiguos daban tanta importancia á este estudio, que tenían por el más necesario; reservando para otro el exponer cuán acertado era el antiguo sistema, tanto en la doctrina como en el método de aprenderla con provecho.

En cuanto á la importancia de la filosofía, se deduce claramente de su objeto que es el estudio de los primeros principios de las ciencias y el examen de las cuestiones sobre Dios, el mundo y el hombre; por lo cual ha sido siempre considerada como guía y maestra de la vida. Y á la verdad, es en primer lugar maestra y guía del entendimiento, el cual perfecciona enseñándole el recto modo de discurrir, y suministrándole con el ejercicio de la lógica medios para descubrir y armas para combatir los sofismas sugeridos por las pasiones ó por los hombres interesados en engañarle. Este nobilísimo título de guía y maestra le cuadra de especial manera, por ser el tesoro de donde todas las ciencias sacan, ó principios para establecerse, ó método y auxilio para su desarrollo; porque ciertamente la filosofía es la ciencia general que estudia los conceptos supremos, universales y comprensivos de todos los demás objetos concretos, y las causas en las que todos los conocimientos vienen en último término a resolverse; y por lo mismo, sin el conocimiento previo de esta ciencia general no se puede poseer ninguna otra

ciencia. Tan necesario es para las facultades profesionales de teología, jurisprudencia y medicina, que sin ella no pueden dar un paso con pie seguro, se reducen á meros estudios empíricos y, como acertadamente se ha dicho, descienden de la categoría de ciencias á la de escuelas prácticas de oficios *pro pane lucrando*. Las demás ramas de los conocimientos humanos, las ciencias exactas, físicas y naturales no se revisten tampoco del carácter de ciencia sino en cuanto estriban en la filosofía, de la cual no son más que partes y ramificaciones, y como tales han estado incluidas en su enseñanza, y no sin fruto, por largo espacio de tiempo; pero cuando se apartan de la filosofía, quedan como ramas desgajadas del árbol, que ya no reciben de él la savia que las vivifica; y bien lo manifiestan en que, á pesar de su separación, tienden á volver á ingertarse en su tronco en virtud de la fuerza natural de las cosas. La filosofía es naturalmente necesaria al hombre, porque le es necesaria la generalización y explicación de los fenómenos subiendo á sus primeras y supremas causas, sin lo cual todos sus conocimientos se reducirían á un agregado informe de hechos sin mutua conexión y sin la unidad que entre sí los enlaza. De donde procede que por una tendencia irresistible, como que está fundada en la misma naturaleza racional del

hombre, el químico, el geólogo, el naturalista no se contenta con la simple observación y experimento de los fenómenos por los sentidos, sino que ejercita con respecto á ellos sus potencias superiores; y no sólo para explicar la causa más inmediata, pues no descansa hasta encontrar la última, que es la única con que su ánimo queda plenamente satisfecho. Entre el que ha estudiado una filosofía sana y sólida, que discute las cuestiones fundamentales, resuelve las que pueden tener solución, y establece los principios ciertos para proceder al esclarecimiento de las demás, y otro que ninguna ha estudiado, ó solamente una filosofía superficial, existe siempre una notable diferencia: el primero tiene una base maciza, y forma de sus conocimientos un sistema, el cual es tanto más probable que alcanzará la verdad, cuanto que descansa en un apoyo incommovible, y en él unos conocimientos sostienen y comprueban los otros; mientras que el segundo, impulsado por el natural deseo de conocer las causas, pero destituido de base y fundamento, corre tras los antojos de su imaginación, adoptando cualquier hipótesis que por el pronto le satisfaga, y así abraza como verdad las mayores quimeras y los más groseros errores.

Es además la filosofía guía y maestra de la voluntad. Nadie ignora cuán grande influjo

ejercen en las acciones del hombre las doctrinas de que se nutre su espíritu; puesto que el hombre tiende por naturaleza á proceder según los dictámenes de su razón, y en la generalidad de los casos obrará conforme á lo que su entendimiento aprehende. Es verdad que en circunstancias extraordinarias ó difíciles la fuerza exterior podrá hacer que sus obras no guarden esta relación de conformidad con sus juicios, y el impío en ocasiones será hipócrita, y el hombre de sanas ideas flaqueará en la práctica de la virtud; pero en las circunstancias ordinarias la conducta corresponderá á los principios y máximas que cada uno profesa: á principios verdaderos y máximas sanas una conducta ajustada y correcta, á principios falsos y máximas impías una conducta perversa. Ni sólo contribuye la filosofía en general al perfeccionamiento de la voluntad con la solidez de sus principios y elección juiciosa de opiniones, sino que muy en particular dirige al hombre, cuando en la parte moral de esta ciencia le enseña los verdaderos fines para cuya realización le ha puesto Dios en la tierra; cuando le marca las obligaciones que tiene para con el mismo Dios, para con sus prójimos y para consigo mismo; y cuando le mueve á la práctica del bien, proponiéndole la ley natural, manifestación de la voluntad del Supremo Señor y Le-

gislador, impresa en la misma mente del hombre, y excitándole más especialmente con la sanción establecida, así para sus guardadores, como para sus transgresores. Finalmente, la sociedad tiene un firmísimo baluarte en la verdadera y sana filosofía, que sabe declarar y exponer rectamente las nociones de moralidad, de orden, de autoridad, de libertad, de derechos y deberes; nociones de cuya perversión, llevada á cabo con astuto cálculo por los sofistas, han resultado siempre en la vida civil tan espantosos trastornos y revoluciones, como hoy más que nunca lamentamos.

Demostrada ya la importancia y necesidad de la filosofía por la trascendental influencia que en el individuo y en la sociedad ejerce, ocurre desde luego la cuestión de cuál es el lugar que á tan importante estudio debe señalarse en los establecimientos de enseñanza. Los antiguos colocaban la filosofía en la Universidad al principio de los estudios superiores, y á nadie permitían emprender el estudio de ninguna facultad sin que antes hubiese echado sólidos fundamentos en la filosofía; y este era su verdadero puesto. Como ciencia especulativa, que contiene los principios en que se fundan las demás ó el método que han de seguir, presidía al estudio de todas ellas, les daba el carácter de ciencia y realizaba la verdadera enciclopedia

posible. Sin embargo, no parece tampoco que sean lugar inconveniente para este estudio los últimos años de la segunda enseñanza, que actualmente se le consagran. Lógrase con esto una ventaja de mucho precio; y es la de que aquellos jóvenes que de la segunda enseñanza no hayan de pasar después á las Universidades reciban la conveniente instrucción acerca de las principales cuestiones con que irremisiblemente se han de encontrar en medio de la sociedad, para que vivan precavidos contra los asaltos del perverso filosofismo, y no se hallen sin defensa en medio de tantos y tan graves peligros como continuamente se originan de la desenfadada licencia de hablar y escribir, así en materias sociales como en las religiosas. Sólo si es absolutamente indispensable que se mantenga completa la separación entre este segundo período de la enseñanza secundaria y el primero; pues que ni las letras se avienen con el método simultáneo, como antes hemos demostrado, ni tampoco la filosofía y los otros ramos positivos que la acompañan pueden ser estudiados con fruto en los primeros años, cuando el entendimiento del alumno no se halla todavía bastante desarrollado ni cultivado. Tan fundada en la naturaleza de las cosas, y tan universalmente reconocida es esta necesidad de separación, que no solamente los defensores

del antiguo sistema, sino también muchos partidarios del nuevo, han propuesto en algunas naciones de Europa la fundación de colegios especiales para la filosofía y materias positivas con el nombre de *liceos*, diferentes y separados de los *gimnasios* donde se enseñan las humanidades.

§ II

Mas para que la filosofía lleve los preciosos frutos que hemos enumerado, y ejerza su benéfico influjo en el individuo y en la sociedad, es manifiesto que no basta enseñarla de cualquier manera, antes es necesario que su estudio tenga la extensión conveniente y que esté sujeta su enseñanza á ciertas condiciones que aseguren el buen éxito. Ofrecese, pues, naturalmente preguntar: ¿es acertado el modo que emplea el sistema moderno en la enseñanza de la filosofía? Respondemos que no, ni en la extensión que le señala, ni en la doctrina que adopta, ni en el método con que la explica. Del método y la doctrina trataremos en el siguiente capítulo, concretándonos á declarar en éste cuánto yerra el sistema moderno en la limitada extensión que fija al estudio de una ciencia tan importante y de tan vasta y general aplicación á todo género de conocimientos.

¿Qué es, en efecto, la filosofía que hoy se suele enseñar, separada de las facultades universitarias, en los colegios nacionales ó establecimientos análogos? Una clase de puro nombre, por donde forzosamente hay que pasar para obtener el certificado que habilite la entrada en la Universidad; pero en la que apenas se enseñan más que algunas nociones, que, despojadas de la amplificación de que suelen usar los libros de texto en tales clases empleados, se podrían condensar en un centenar de páginas; y aun esos conocimientos quedan prendidos con alfileres, como que ningún ejercicio se exige de los alumnos. Los tratados de filosofía, escritos en lengua vulgar para que la difusión ocultase la carencia de ideas claras y precisas, están reducidos por lo común á un poco de lógica y de psicología empírica: la metafísica, que es lo más sustancial de la filosofía, está desterrada de las escuelas, y su solo nombre es ya mirado con horror, como un objeto de abominación. Es verdad que algunos planes de estudios añaden los nombres de teodicea, ética é historia de la filosofía; pero la teodicea y ética quedan en el aire sin el fundamento de la metafísica; y las tres no son en las clases más que brevísimos capítulos, tanto que, añadidos á la psicología y lógica, se recorren todas con holgura en el exiguo espacio de dos cursos con

tres horas semanales de clase; tiempo menor que el que se concede á varias asignaturas secundarias, como la geografía, la historia ó cualquiera lengua viva. Y eso donde la filosofía sale mejor librada, logrando el desdén y el abandono, arrinconada como trasto inútil, propio de tiempos más atrasados; porque veces hay que los textos que se adoptan y las doctrinas que enseñan los profesores sirven sólo para infiltrar en el ánimo de los jóvenes el más frío y desolador escepticismo, ó el monstruoso panteísmo envuelto en retumbantes é ininteligibles frases, ó el más grosero materialismo con todos los delirios de la impiedad.

De tan lastimoso estado, al cual en casi todas las naciones donde se ha introducido el sistema moderno ha llegado la filosofía, nos dan elocuente testimonio entre otras cosas los debates que el año pasado tuvieron lugar en Francia, sobre si se había de conservar ó no su estudio en la segunda enseñanza; pues, según las palabras de uno de los miembros más caracterizados del Consejo de Instrucción superior, "es indudable que la filosofía dogmática, que en otro tiempo se enseñaba con confianza y era recibida con docilidad, *ya no existe*, ó á lo menos no domina: nadie piensa en imponer á los profesores otra filosofía que *la que bien les parezca*. Pero desde el momento en

que no se puede enseñar á los alumnos *nada de positivo y seguro* sobre una ciencia *no existe ya* la enseñanza de esa ciencia. *Para demostrar que no es posible demostrar á Dios, el alma, la libertad, la inmortalidad, el deber mismo...* ¿es necesario acaso tomar y perder tanto tiempo y fatigar con ello las inteligencias? Para dar una enseñanza *tan profundamente negativa*, ¿vale la pena de que se detenga un año más la antigua instrucción clásica y literaria...? Cuanto más deja de ser dogmática la enseñanza filosófica, más larga y fatigosa se hace. Y del mismo sujeto dice la reseña de la sesión: "Un miembro ha declarado que era preciso aplazar todos los exámenes hasta el final de la filosofía, precisamente para disminuir la importancia de la preparación filosófica, para restringir el tiempo de que dispone en el último año de estudios clásicos, *para aliviar los cerebros de la carga fatigosa y estéril que ella les impone* á los doce ó trece años en la enseñanza de nuestros liceos." Ya hemos hecho notar antes, á otro respecto, la inconsecuencia y astucia de este proceder, que tiende á abolir los estudios que forman el fundamento de la educación, alegando por pretexto los mismos daños que con los malos métodos ha causado en su enseñanza; pero, una vez admitido el absurdo y pernicioso principio de que hay libertad de proclamar y enseñar

toda clase de doctrina sin sujetarse á norma alguna, estos tristes resultados son lógicos y necesarios. ¡Contradicción providencial! Los mismos que en odio á lo sobrenatural han querido ensalzar la filosofía hasta tratarla como ciencia suprema por la que debían resolverse todas las cuestiones, sin reconocer la superioridad de la teología, aquéllos que, so pretexto de emanciparla, la arrebataron y separaron de la fe, que la ennoblecía, que aguzaba su vista, dilataba su horizonte y le comunicaba vigor y fortaleza, esos mismos son los que, al tratar de organizar los estudios, dejan la filosofía destituida de medios para poder desarrollarse ó la obligan á hundirse en los más abyectos y repugnantes sistemas.

Con semejante estudio no es posible que se cultive el entendimiento de las generaciones que nos han de suceder, ni hay motivo para esperar que se cicatricen las heridas de que se resienten todas las naciones que han dejado introducirse en su seno la falsa civilización fundada en los deletéreos principios de la revolución francesa; antes por el contrario, es de temer que se multipliquen los gérmenes del mal, los cuales nuestro Santísimo Padre el Papa, en su Encíclica *Aeterni Patris*, declara con las siguientes palabras: "Quienquiera que fije la atención en la triste condición de nuestros tiempos,

y registre con el pensamiento el modo cómo se manejan los negocios públicos y privados, hallará indudablemente que la causa fecunda, así de los males que nos afligen, como de los que ya nos amenazan, consiste en que las perversas máximas que, largo tiempo ha, habían salido de las escuelas de filosofía, acerca de las cosas divinas y humanas, admitidas por muchos con aplauso, han cundido por todas las clases sociales.„

Para que la filosofía sea verdadera guía y maestra de la vida, perfeccionadora del entendimiento y de la voluntad, es preciso que se enseñen íntegra y cuidadosamente sus tratados esenciales de lógica, metafísica y ética, porque es muy exacta aquella máxima de Bacon: "Ciertísimo es y averiguado por la experiencia que el estudio superficial de la filosofía puede á veces conducir al ateísmo; pero que su profundo conocimiento hace retroceder para volver á Dios.„ Y ciertamente que el conocimiento profundo no se consigue con dos cursos de tres horas semanales cada uno, ni con las reducidísimas nociones que suministran los textos de uso corriente en tales cursos.

Si no se concede su justa extensión a la enseñanza de la filosofía sobrevendrá un gravísimo daño; pues las cuestiones que trata son tan necesarias al hombre y tan vulgares, que las

encuentra, las toca á cada paso, en cada momento de su vida; y si no las aprende fundamentalmente en la clase, las aprenderá en el club, en la logia ó en la barricada, donde le enseñarán á llamar tiranía á la autoridad y libertad al desorden; donde aprenderá á proceder en todas sus acciones por miras de egoísmo y de ruines intereses, ó por obediencia á tenebrosas potestades; y entonces la sociedad, impotente para oponer un dique á la avenida de las pasiones desbordadas, contemplará, llena de pavor y espanto, la destrucción por único fruto de la educación.

Por eso el antiguo sistema, persuadido como estaba de la necesidad é importancia de la filosofía, y estimando en más un estudio fundamental de la materia de mayor trascendencia que el desflorar superficialmente innumerables asignaturas, tomaba en el período de que tratamos por blanco directo de sus esfuerzos la enseñanza filosófica, alrededor de la cual se agrupaban naturalmente las demás ciencias, formando su honroso y galano cortejo. Ésta era la que se llamaba facultad menor ó facultad de filosofía, en cuyo fructuoso estudio ocupaba tres cursos, desempeñando en ellos la filosofía el papel que corresponde á las letras clásicas en el período de las humanidades; y por lo mismo tenía tiempo, holgura y extensión suficiente

para tratar despacio y fijar en el ánimo de los alumnos las importantes cuestiones que abarca.

§ III

Al ver que el sistema antiguo insiste tanto sobre la necesidad de la filosofía, puede á cualquiera ocurrírsele que ningún lugar deja en los estudios secundarios para aquellos ramos del saber humano que son hoy tenidos en grande estima; á saber, las ciencias matemáticas y los conocimientos que versan acerca de la naturaleza, comprendidos entre los antiguos bajo el nombre genérico de física. Bien lejos el antiguo sistema de mirar con desdén estos estudios, reconoce su importancia, puesto que al joven que después del colegio ha de pasar á la universidad, á fin de que este tránsito no se le haga demasiado brusco, supone conveniente ejercitarlo en algunos trabajos análogos á los que después ha de emprender; y en beneficio de aquellos que no han de seguir carrera, sino que de la segunda enseñanza han de pasar inmediatamente á diversas ocupaciones, procura comunicarles los suficientes conocimientos de aquellas materias que á cada paso han de oír tratar, y de las cuales se hace constante y ventajosa aplicación á los diversos usos de la vida. Por lo

demás, no es necesario ahora insistir en la importancia de unos estudios que de suyo son en la actualidad tan apreciados. Empero conviene hacer notar que el sistema antiguo abraza estas materias en tanto en cuanto conviene al logro de su intento. El papel que por su naturaleza pertenece á la filosofía es el de ciencia destinada al desarrollo y perfección del entendimiento y de la voluntad del joven, y la más apta para cumplir plenamente este objeto; por lo cual el sistema antiguo le da el primer lugar en este segundo período, y alrededor de este punto céntrico dispone todos los demás estudios, como asignaturas auxiliares.

Y para que se vea á las claras cómo por el sistema antiguo, ni en extensión ni en profundidad salen desfavorecidos los estudios físicos y matemáticos, vamos á exponer á la vista del lector lo que para este período de la segunda enseñanza dispone el *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús, nada sospechoso por cierto en esta materia, ya que algunos lo estigmatizan como símbolo de estagnación y de retroceso, y aun como enemigo de los adelantos modernos.

Y desde luego el buen sentido hará comprender á cualquiera que ahora no podemos referirnos á lo que en los siglos pasados se enseñaba en las escuelas; pues es á todas luces

evidente que entonces al explicar, por ejemplo, la física ó la astronomía, era de todo punto imposible dar cuenta de lo que estaba velado en los arcanos del porvenir; ni se pudieron entonces enseñar las cosas que en este siglo se han descubierto, como ni ahora nos es dado adelantar noticias de los inventos que harán nuestros descendientes. Pero esto no obsta para que el sistema de los antiguos sea considerado como muy razonable, pues ninguna verdad rechaza, antes va abrazando cuantas descubre la investigación humana, aumenta con ellas su caudal científico, y marcha siempre al lado del progreso verdadero, adquiriendo el desarrollo que este mismo progreso exige. Bastará para convencernos de esto dar una ojeada á las prescripciones del *Ratio*, tal como ha sido modificado á consecuencia de los modernos adelantos.

Durante los tres años que señala para este período escolar dedica dos horas diarias á la filosofía, como materia principal y fundamento de las demás, á excepción de un año en que, para dar más tiempo á los otros ramos, se contenta con una hora. Por lo que toca á las demás materias, establece el principio de que por ningún estilo deben descuidarse, mucho menos en estos tiempos en que la impiedad abusa de ellas para atacar la religión; y así establece que el

profesor debe enterarse de los adelantos que van haciendo continuamente estas ciencias, y seguir en sus lecciones aquel progreso. Cuando trata de lo que debe enseñarse en física enumera todos los tratados que suelen contener los mejores autores de esta ciencia; menciona además la química, cosmografía é historia natural, previniendo que si en algún lugar exigen las circunstancias cursos especiales de algunos ramos, como de mecánica racional, astronomía, química más ampliada, etc., sin ninguna dificultad pueden abrirse. En cuanto á matemáticas, el plan de que venimos hablando señala más tratados que los mismos planes oficiales vigentes; pues ordena la explicación del álgebra, geometría, trigonometría rectilínea y esférica; y para los que han mostrado buenas disposiciones y han salido aprovechados en los estudios anteriores, reserva la geometría analítica y el cálculo diferencial é integral. Finalmente, como á la filosofía no se le dan más que dos horas diarias de clase, y aun en uno de los tres años puede no dársele más que una, cualquiera ve que ha de sobrar tiempo mucho más que suficiente para estudiar con perfección todas las otras ciencias.

Acerca del modo de enseñar estas ciencias, quiere el citado *Ratio Studiorum* que no se contente el profesor con una mera narración

histórica de los fenómenos, sino que use el método científico y demuestre las proposiciones ciertas, aduciendo pruebas experimentales, racionando ó aplicando el cálculo matemático. Respecto de la multitud de hipótesis que han formulado los que se dedican á estos estudios, debe el maestro discutir las, de modo que los alumnos perciban el grado de probabilidad que tenga cada una de ellas, y sepan discernir claramente lo cierto é inconcuso de lo que no pasa de probable; y partiendo del principio de que es intrínsecamente imposible que una verdad esté en contradicción con otra, se debe cuidar de que la doctrina demostrada en filosofía como cierta no se presente como falsa en las clases de ciencias, lo cual cedería sin duda en desdoro de las mismas. Por último, no ha de olvidar el profesor que es cristiano, y cristianos son también sus discípulos; por lo tanto debe enseñarles á elevarse del conocimiento de las cosas creadas, cuyas propiedades y maravillas estudian, al conocimiento y amor del Creador; pues, según la sublime doctrina del Apóstol (Rom. I, 20) "las perfecciones invisibles de Dios, con su eterno poder y divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas.",

CAPÍTULO X

DOCTRINA Y MÉTODO PARA EL ESTUDIO
DE ESTE SEGUNDO PERÍODO.

DECLARADA la importancia de la filosofía, y la extensión que su desarrollo requiere, debemos tratar ahora de las doctrinas que en esta enseñanza se han de seguir y del método que conviene emplear para hacer más fructuoso un estudio de tan relevante importancia.

Por lo que toca á la elección de la doctrina, claro está que es del mayor interés; pues cuanto provecho está llamada á causar una sana filosofía, tanto daño producirá una que sea perversa; y si se hubieran de enseñar tales doctrinas filosóficas que sirviesen para envenenar las

almas de los jóvenes y conducir las á los extravíos de la duda ó á las locuras de la impiedad, por mejor tendríamos borrar el nombre de filosofía del catálogo de las enseñanzas humanas, porque preferible es un ignorante á un malvado.

Para lograr la seguridad de la doctrina, basta que las enseñanzas de la filosofía estén sujetas á la fe santísima que profesamos: errar procediendo en unión con ella, es imposible; errar, apartándonos de ella, es inevitable; puesto que, si alguna vez la doctrina de la filosofía llegase á ser contraria á la fe, sabemos con plena certidumbre que sería doctrina falsa. Así nos lo enseña el Concilio Vaticano (*Constit. dogm. de fide*: cap. IV): "Aunque la fe esté sobre la razón, no puede nunca haber entre ambas verdadero desacuerdo, porque el mismo Dios, que revela los misterios y comunica la fe, es el que ha dado al espíritu humano la luz de la razón; y Dios no puede negarse á sí mismo, ni una verdad ser contraria á otra verdad." Por este motivo el antiguo método no ha dudado un momento acerca de la doctrina; y aunque en la escuela particular á que habían de adherirse, ha dejado libres á sus doctores, y de hecho ha reinado entre ellos la variedad que era natural; ha puesto, no obstante, sumo cuidado en que todas las enseñanzas estuviesen en armonía con la santa fe, y nunca ha habido

disensión ni incertidumbre en las escuelas acerca de los primeros fundamentos en que estriba la filosofía, exceptuando tal vez á los novadores del siglo xvi.

Ni se contentaban las Universidades y las escuelas con buscar lo suficiente para librarnos del error, sino lo más excelente que está á nuestro alcance; prefiriendo á todas la doctrina sólida y de completa seguridad que nos legó el talento más angélico que ha surgido entre los sabios.

Esta es la que hoy mismo el sapientísimo León XIII acaba de señalar al mundo cristiano en su inmortal Encíclica *Aeterni Patris*. Donde después de hacer palpable la utilidad de aquella doctrina para la salud espiritual, desciende á demostrar cómo, aun en lo temporal, la familia y la sociedad civil, puestas en peligro por las doctrinas revolucionarias, no tienen más áncora de salvación que las saludables enseñanzas del Angel de las escuelas. En cuanto á los demás ramos del saber humano, dice estas palabras que no podemos menos de estampar aquí:

“ Todas las ciencias, finalmente, deben concebir viva esperanza de perfección y aumento y prometerse muchos auxilios de esta restauración propuesta por Nós en orden á los estudios filosóficos. Porque de la filosofía acostumbraron

las buenas artes á tomar, como de ciencia normal y moderadora de las demás, su razón y recto modo, y á sacar de ella, como de fuente común de vida, el espíritu que debe animarlas. Los hechos y una experiencia constante prueban que entonces florecieron principalmente las artes liberales, cuando se mantuvo el honor debido á la filosofía y prevaleció la sabiduría de sus juicios; y por el contrario que perdieron su vigor y lozanía, y acabaron por yacer en el olvido, cuando la filosofía decayó y vino á dar en errores y necedades.

„ Por idéntica razón las mismas ciencias físicas, ahora tan estimadas y acrecentadas con tantos y tan ilustres descubrimientos, que excitan en todas partes la singular admiración del ánimo, lejos de experimentar con la restauración de la antigua filosofía algún detrimento, recibirán de ella gran auxilio. Y á la verdad, exige el estudio fecundo de estas ciencias y su legítimo progreso que no se contenten con examinar los hechos y observar la naturaleza, sino que después de establecerlos suban á más alta consideración, esforzándose diligentemente en conocer la esencia de los seres corpóreos é investigar las leyes que siguen en sus movimientos; de donde proceden el orden que guardan entre sí y la unidad en la variedad y la semejanza que tienen, á pesar de ser diversos

los unos de los otros. Y es verdaderamente admirable la luz y la fuerza que estas investigaciones reciben de la filosofía escolástica sabiamente enseñadas.

„Y acerca de esto es bien advertir que hacen gravísima injuria á la filosofía escolástica los que la acusan de contrariar al progreso é incremento de las ciencias naturales. Porque habiendo enseñado los escolásticos á menudo en la antropología, conforme á la doctrina de los Santos Padres, que la inteligencia humana sólo se eleva al conocimiento de las cosas espirituales partiendo de las sensibles, comprendieron muy bien que nada hay más útil para el filósofo que escudriñar diligentemente los arcanos de la naturaleza, y aplicar las fuerzas de la mente con intensidad y constancia al estudio del mundo físico. Y como lo pensaron, así lo hicieron: pues Santo Tomás de Aquino, el Beato Alberto Magno y otros escolásticos insignes, de tal manera especularon en las cosas tocantes á la filosofía, que no dejaron de emplear gran parte de su estudio en el conocimiento de las cosas naturales; tanto que no pocos dichos y sentencias suyas han confirmado los sabios modernos, confesando que están conformes con la verdad. Demás de esto muchos doctores en ciencias físicas, que las cultivan en nuestros días con gloria singular, confiesan públicamente y sin

rebozo, que entre los resultados ciertos y constantes de la física novísima, y los principios filosóficos de la Escuela, no media oposición alguna real.

„Por todas estas cosas y razones, dice en otra parte de la misma Encíclica, siempre que ponemos los ojos en la bondad, eficacia y esclarecidos frutos de esta enseñanza, que nuestros mayores tanto amaron, juzgamos que se procedió sin razón ni consejo en no darle siempre el honor debido, ni haber éste durado en todas partes; mayormente constando, como consta, que el uso perpetuo, el juicio de los más ilustres varones, y sobre todo, el voto de la Iglesia, fué favorable á la filosofía escolástica. En lugar de la antigua doctrina, introdujose aquí y allí cierta filosofía nueva, de donde provino no haberse recogido los frutos apetecidos y saludables que la Iglesia y la misma sociedad civil habrían deseado. Gracias á los novadores del siglo xvi, hízose moda discurrir en materias filosóficas, sin miramiento ni respeto alguno á la fe, no negándose á nadie la licencia que cada cual pedía y otorgaba á su vez para excogitar á su placer las opiniones que le sugiriese su propio ingenio. De donde provino multiplicarse sin medida los sistemas de filosofía, y nacer sentencias diversas y contradictorias, aun sobre las cosas que son principales en los

conocimientos humanos. A menudo de la muchedumbre de opiniones se pasó á la incertidumbre y á la duda: y todos saben que de la duda al error no hay más que un paso. Este mismo amor á la novedad, por ser tan común en los hombres moverse á obrar por espíritu de imitación, pareció en algunas partes haber inficionado el ánimo aun de los filósofos católicos; los cuales desdeñando el patrimonio de la antigua sabiduría, más que acrecentarla y perfeccionarla, quisieron inventar teorías y sentencias peregrinas, con menguado consejo á la verdad y no sin detrimento de las ciencias. Porque como esta muchedumbre de doctrinas sólo se apoya en la autoridad y arbitrio de determinados maestros, tiene un fundamento mudable, y por esta causa, en vez de dar á la filosofía la firmeza, estabilidad y fortaleza de la antigua, la hace fluctuante y ligera. No es maravilla, pues, que en siendo contrastada por razones contrarias, se encuentre alguna vez privada de medios eficaces de defensa; falta que á nadie debe imputar sino á sí propia. Y no es esto decir que desaprobemos el estudio de los sabios que aplican las fuerzas de su ingenio y erudición y el tesoro de los nuevos descubrimientos á cultivar la filosofía, pues tal estudio sabemos bien que conduce á la perfección de las doctrinas; sino que se ha de cuidar que en tal estudio

no se cifre todo, ni aun la parte principal de este ejercicio. „

§ II

Pasemos ahora á tratar del método más acomodado para la fructuosa enseñanza de esta doctrina.

En un importante carácter difieren en todas sus enseñanzas la escuela antigua y la nueva, y es en la diversa estima que tienen de la repetición y ejercicio. El sistema moderno gusta de recorrer como mariposa el campo de los conocimientos humanos, pasando ligeramente y tomando de ellos sólo lo que puede alcanzarse sin trabajo; así, en su afán de recorrerlo todo, no le queda tiempo para detenerse ni trabajar con fruto en ninguna materia. Demás de que, profesando infinito respeto al hombre, juzgaría hacer un agravio á los alumnos, poniendo en duda su vasta comprensión y claro talento, si los obligase á la trivial repetición, propia sólo de maestros retrógados y rezagados, degradante para la dignidad del discípulo y, para decirlo sin ambages, más que otra cosa molesta en sumo grado para el profesor: que si ya

en las clases inferiores está condenado casi á destierro este trabajo, mucho más ha de suceder esto en las de filosofía, pues los alumnos se encuentran entonces en el pleno desarrollo de sus facultades. De donde resulta que la escuela se reduce á algunas explicaciones más ó menos ampulosas del maestro sin ejercicio por parte de los alumnos; y de tal modo de enseñar procede como consecuencia necesaria en los discípulos el reducir toda su ciencia á aprender, cuando más, de memoria unas cuantas definiciones y la sustancia de algunos párrafos del autor de texto, que sirven para los exámenes, y forman un caudal de saber provisorio, que se tira como carga inútil tan pronto como se ha traspasado el umbral de la clase para subir á un estudio superior. Agregándose á este método lo superficial de las nociones que se han explicado y aprendido, se fabrican aquellos que con propiedad se llaman semi-sabios ó semi-doctores, que son en nuestros días la más perniciosa peste de las ciencias y de la sociedad; que presumen entender de todo, porque de todas las cosas han oído un poco, y en medio de su orgullo é hinchazón, en realidad no saben nada, porque en ningún ramo han llegado á adquirir conocimientos sólidos y profundos.

Por el contrario, el antiguo sistema juzga que

el ejercicio y la repetición constante son absolutamente necesarios para que los alumnos puedan adelantar y llegar á poseer con fruto los ramos que les enseña, y está bien persuadido que sólo por este camino se logra el fin que pretende; el cual no es, como en el moderno, el aprender unas cuantas nociones superficiales, que tan fácilmente se olvidan como prontamente se han aprendido, sino el asimilarse la doctrina, el hacérsela propia y llegar á dominarla por completo. Los genios son muy pocos, y el común de los mortales únicamente merced á asiduo trabajo y larga fatiga, llega á obtener la ciencia, objeto de sus afanes.

En cuanto al ejercicio que el método empleado por el antiguo sistema considera como propio de las materias filosóficas, es á saber, la disputa; sirve de una manera admirable para fortificar el entendimiento, obligando al alumno á examinar las cuestiones en todos sus diversos aspectos y percibir sus mutuas relaciones; trabajo tan importante y provechoso que sin él no se puede llegar á conocer plenamente la verdad de un punto cualquiera de doctrina. El alumno que ha de sustentar la proposición demostrada por el profesor considera su defensa como negocio propio, excita su entendimiento para penetrar perfectamente la fuerza de las razones, no sea que por no profundi-

zalarlas se le escape la ansiada solución, que ha de dejarle en buen lugar entre sus compañeros y tal vez á la vista de un concurso de personas ilustradas; con este fin estudia, pondera y previene las dificultades, con lo cual llega á ser dueño de la materia, cuanto lo consiente su capacidad, con mucha mayor ventaja de la que le resultara de oír puramente multiplicadas explicaciones del maestro. Por su parte los que han de impugnarle, miran la tesis como enemigos interesados en destruirla, aguzan su discurso, y revuelven cuantos libros que traten de la cuestión pueden haber á las manos, tantean la solidez de los argumentos y buscan todos los resquicios por donde pueden introducirse para demostrar la falsedad del aserto. Tal es, delineado en ligero esbozo, el ejercicio que en los cursos de filosofía exige el sistema antiguo: ejercicio que, sujeto á la dirección de un maestro sabio, prudente y experimentado en estas justas de la inteligencia, es provechosísimo, así para los que defienden como para los que arguyen; pues con él á un tiempo profundizan las cuestiones estudiadas, y mantienen vivo el anhelo de estudiar y aprovechar en la materia á que se dedican.

Mas no basta que se haga este ejercicio, si no se emplea en él la forma silogística tan generalmente usada en todas las escuelas que se

regían por el sistema antiguo. Es verdad que entre los enemigos de la sólida filosofía ha pasado á moda el ponderar la inutilidad del silogismo y el motejar á la ciencia que lo usa, con el insulso apodo de la ciencia de los *ergos y distingos*. Pero por más que los filosofastros del día vociferen contra los *ergos y distingos*, no deja de ser cierto que la práctica del silogismo es el único modo posible de adiestrar con el ejercicio al entendimiento. Sólo discuriendo se aprende á discurrir, y no hilvanando palabras. La forma más rigurosamente exacta del discurso es el silogismo, el cual acostumbrando el ánimo juvenil á cortar las galas de la elocuencia, que en este caso son inútiles y nocivas, presenta la verdad escueta, clara, con expresión concisa y exacta, comunica una delicada perspicacia y admirable solidez al entendimiento, y hace que éste con suma facilidad pueda luego descubrir la parte débil de cualquier raciocinio, porque instintivamente reduce cuantas pruebas encuentra á aquella forma en que el error se manifiesta al punto con toda su repulsiva deformidad. " El modo de discurrir por silogismos, que á algunos parece largo y embarazoso es, dice Mr. Rollin, de absoluta necesidad, principalmente en los principios... Con este ejercicio diario y esta continua aplicación de las reglas se va poco á poco formando y aclarando el en-

tendimiento de los jóvenes, y acostumbrándose á conocer lo falso, adquieren cada día mayor facilidad en explicarse y se hacen capaces de las cuestiones más dificultosas y más intrincadas.„ Y como para confirmar el voto de su autoridad con la prueba de los hechos, añade el experto Rector de la Universidad de París: “ Cuando yo asistía á los ejercicios de filosofía quedaba pasmado de ver en los jóvenes una mudanza tan conocida en el corto tiempo de tres meses; pues tanto se perfeccionaba su razón que al fin del curso apenas parecían los mismos; y es lo que comunmente sucede en las clases de filosofía, cuando los alumnos tienen talento y aplicación, siendo inexplicable el fruto que sacan de este estudio „¹.

Ojalá que todos nuestros jóvenes se hubiesen ejercitado debidamente en tan provechosa escuela, y cuanto más y por mayor espacio de tiempo, mejor: á buen seguro que no se vería en ellos, cuando ya son hombres, tan lastimosa falta de lógica, y tanta facilidad para *moverse alrededor á todo viento de doctrina*, como dice el apóstol San Judas (Ep. cath., v. 12). Esta falta de lógica con razón ha sido calificada por varones insignes como uno de los daños más

¹ *Modo de enseñar y estudiar las bellas letras...* por MONSEÑOR ROLLIN, Rector de la Universidad de París, etc.: tomo IV, lib. V, art. II.

graves del siglo en que vivimos, pues que es la debilitación mortal de una de las más nobles facultades de nuestra alma, el entendimiento; y porque con esta debilidad, privada la voluntad de la guía segura que un entendimiento firme y sólido le presta, ha de seguir á ciegas los impulsos de las pasiones del momento, ó se ha de plegar á las imposiciones de los más osados, si tienen en la mano intereses con que pagar á los que les sirvan y medios de perseguir á los que defiendan la verdad. La acción en el individuo y en la sociedad resulta vacilante ó envilecida por bajísimos fines cuando en el entendimiento no hay nociones y principios sólidamente asentados.

Por último, restaurando en las escuelas de filosofía el ejercicio de la disputa ó argumentación en forma silogística, y sólo por este medio, sería posible restablecer con condiciones de estabilidad y buen éxito las antiguas academias, de cuyo actual abandono se lamenta el distinguido profesor de la Universidad de Salamanca Sr. Martínez y González, en su precioso discurso inaugural de aquella Universidad para el curso de 1884 á 1885. “ Por el mismo descuido de la Lógica, dice, encuentra su explicación natural el que no haya sido posible en la Universidad moderna arraigar la costumbre de las academias, á imitación de la Universidad antigua.

Todas las tentativas han fracasado. Igual animadversión les tienen los estudiantes que los profesores. ¿Sabéis por qué? Porque unos y otros están persuadidos de que no serían útiles, antes perjudiciales. A través del amor propio que se excita insensiblemente y encuentra grande alimento en la forma oratoria que está en uso, se oscurece la verdad, se posterga el más sabio, y se da el primer lugar al más atrevido, y el precio que merece la agudeza de la inteligencia es arrebatado por la ligereza de la lengua. Con los chistes ingeniosos, con los períodos brillantes se favorece la charlatanería en una edad en que se debe echar la base de los conocimientos; y en unos institutos cuyo fin es crear sólidos pensadores, se hacen retóricos eruditos;... á tales discusiones pone término necesariamente la fuerza de los pulmones, en lugar de ponerle la fuerza de la verdad. „

§ III

Viniendo ahora al idioma más conveniente para la enseñanza de la filosofía, el antiguo sistema prefiere que se emplee el idioma latino, así en cuanto á los textos, como en cuanto á la

explicación del profesor y al ejercicio de los discípulos en la clase; y en esto se opone abiertamente el método moderno, según el cual todas las materias han de ser enseñadas en la lengua vulgar del país, á excepción de algunas cuyos textos aconseja que estén en lenguas vivas, pero se horroriza con sólo la idea de explicar alguna asignatura en latín. ¿Es, pues, el enseñar la filosofía en latín un proceder rancio, ridículo é imposible, como afirman los partidarios del sistema moderno? Vamos á demostrar que no tiene esto nada de ridículo ni de imposible, sino que es el medio más á propósito para conseguir algún fruto.

La filosofía trata de explicar y confirmar la verdad y las fuentes y principios de la verdad; para lo cual se necesita un lenguaje claro, breve y preciso; cualidades que competen en grado sobresaliente al idioma latino. En efecto; el latín cultivado por espacio de veinte siglos y que ha sido durante gran parte de este tiempo la lengua propia de las Universidades y de los hombres doctos, como anteriormente hemos expuesto, ha recibido mediante este cultivo extraordinaria perfección y posee términos científicos adoptados por el uso común, tan propios y exactos y con los cuales tan clara y determinadamente se designan las cosas, que de ningún modo se puede dudar de su genuina

significación. Tanto es así, que explicando la filosofía en la lengua patria, cuantas veces pretenden los autores ó profesores expresar con precisión los conceptos, se ven obligados á echar mano de la nomenclatura técnica latina.

Los que por la práctica del método antiguo han experimentado la fijeza que da á los conceptos el uso de esta lengua verdaderamente científica, pueden estar íntimamente persuadidos de cuánta verdad es que su sola restauración echaría por el suelo muchos perniciosos errores actuales, que no viven ni se propagan sino al amparo de la hinchada fraseología y estudiada ambigüedad en que se encastillan sus autores, prevaleándose de los giros y mutabilidad de las lenguas vivas para emplear modos de decir que nadie entiende y que sólo sus autores pretenden entender.

Y esta consideración de la mutabilidad de los idiomas nos sugiere el examen de otra cualidad por la cual el latín es la lengua propia de la filosofía y de las ciencias. La ciencia es inmutable: y entiéndase aquí que tomamos el nombre de ciencia en su acepción propia, única admitida por espacio de muchos siglos entre los sabios, que es como conocimiento cierto y evidente de las cosas por sus causas. Es, pues, inmutable la ciencia, porque lo universal, acerca de lo cual versa y que no es más

que la esencia de las cosas, es también inmutable; por lo tanto, es imposible que á la ciencia del hombre le convenga hoy el atributo de verdadera, y pasados cincuenta ó cien años, ó después de todos los descubrimientos ó inventos que en el mundo se pueden realizar, llegue un punto en que deje de convenirle. Ahora bien: para corresponder á un objeto inmutable, la expresión que mejor se acomoda es aquella que tampoco se puede mudar; y esto es lo que cabalmente se encuentra en la lengua latina, á diferencia de las otras vivas. El latín, idioma cuyos modelos perseveran en las obras literarias de los clásicos, es una lengua que ha desaparecido del uso vulgar, y por este motivo no se halla ya expuesta á variación alguna: plena, completa y sin mudanza ha visto nacer, desarrollarse y cambiar todas las lenguas modernas, y las verá quizás desaparecer para dar lugar á otras nuevas; y depositaria de los tesoros de la sabiduría, los ha transmitido y los transmite con palabra igual á todas las generaciones donde haya entendimientos capaces de alcanzar la ciencia.

De aquí ha provenido que las obras clásicas, los tratados más perfectos que en los tiempos pasados han salido á luz en materia de filosofía se encuentran escritos en latín. Más aún: los textos de filosofía que actualmente se publican,

dotados de solidez y sana doctrina, son los que escriben los católicos, quienes por lo común se valen del idioma latino; y por lo mismo, no sólo el que desee adquirir un conocimiento profundo de esta ciencia, sino aun el que intente aprenderla de veras y no por mera fórmula, debe ejercitarse en el manejo de dicha lengua tal como se aplica á la Filosofía, lo cual en ningún tiempo se puede hacer mejor que durante el estudio de la misma. Lo que acabamos de decir acerca de la filosofía no puede aplicarse en la misma proporción á todas las demás ciencias, por cuanto habiéndose cultivado algunas de ellas con particular esmero de un siglo á esta parte, están generalmente escritas en las lenguas vulgares las obras en que han sido tratadas, y ha prevalecido en las clases la costumbre de explicarlas en el idioma propio de cada país. Pero, á pesar de todo esto, sería muy de desear que se restableciese el uso de la lengua latina, aun en las clases y en los libros de ciencias, por razón de las singulares ventajas que, según hemos dicho antes, resultarían de la unidad de lenguaje entre los sabios de las diversas naciones. No decimos una paradoja. ¿Por ventura han sido tratadas con menos lucidez que lo son actualmente las matemáticas y la astronomía por los Newton, los Kepler, los Euler y Bernouilli? Y sin em-

bargo, todas sus obras están en latín, y en latín explicaban y aprendían estas ciencias. La medicina no se apartó del latín sino contra las reiteradas exhortaciones del ilustre Tissot. Las obras físicas de Newton y las químicas de Boerhaave, difundidas en su tiempo por todas las Universidades de Europa, son latinas; las descripciones de objetos naturales que hoy mismo se hacen, escríbense igualmente en latín, aun entre nosotros. Y todos estos trabajos tenían la inmensa ventaja de ser entendidos por todos los sabios del mundo, con sólo consagrar al estudio de una lengua los años que ahora se dedican al de tres ó cuatro, para que después los que escriben una obra científica tengan que publicarla en dos ó más idiomas, y con riesgo de que ni con esa precaución han de ser tan universalmente entendidos.

En cuanto á la objeción de que los alumnos no entenderán lo que se les explica en latín, hemos indicado ya que precisamente el latín (aunque alguien lo haya dicho por ironía) se emplea en la ciencia para obtener mayor claridad, y para mayor brevedad y precisión. En lo cual somos consecuentes con nuestras ideas, porque el antiguo sistema no se parece al moderno, que hace estudiar un cúmulo de asignaturas para salir no sabiendo ninguna con perfección; sino que, como saben muy bien los que con él

han enseñado ó aprendido, pone al alumno de latín, ya en el tercer año, en estado de hablar medianamente y escribir con seguridad en este idioma; y como después sigan los cursos de humanidades y retórica se va perfeccionando con el continuo ejercicio, de manera que llegue fácilmente á expresarse con soltura y hasta con elegancia. No hay, pues, por qué maravillarse de que pueda el profesor de filosofía hacer sus explicaciones en latín "para mayor claridad," y que éstas sean tan comprensibles al alumno, como si se hicieran en su propia lengua, y más fructuosas por las razones arriba dichas. Y la experiencia nos ha mostrado que si algunos después de cursadas las letras humanas con este método no entienden la filosofía en latín, son solamente aquellos que tampoco la entienden aunque se la expliquen en lengua vulgar, como tampoco entienden el álgebra ni la geometría, ni la física ni la química, ya sean explicadas en latín, ya en castellano; y esto no por la dificultad del idioma, sino por otra insuperable, que es el tener entendederas de piedra berroqueña. Tan á la vista está la conveniencia de la lengua latina en la enseñanza de la filosofía y de las demás ciencias, que aquellos de los protestantes que más juiciosamente han escrito en materia de educación, reconocen el desacierto que han cometido los establecimientos docentes apar-

tándose de esta práctica, y manifiestan su deseo de que tan provechoso uso sea de nuevo restablecido. "Con razón debemos quejarnos, dice el protestante Roth, de que muchas Universidades hayan abandonado en sus disputas el antiguo y glorioso lenguaje de los sabios, que es el idioma latino; y si alguna vez en los tiempos venideros se abre juicio para decidir lo que nuestra edad ha hecho en favor de la sabiduría y del cultivo fundamental de la civilización, serán sin duda reconocidas entonces como dignas de elogio aquellas Universidades que se han mantenido lejos de la moderna pereza... Los alemanes, como depositarios de la sabiduría europea, tenemos toda clase de causas especiales para perseverar adheridos fielmente al idioma latino como idioma de los sabios, y por lo tanto promover con seriedad la composición latina en el gimnasio, y para ser en esta clase de ejercicios más bien exigentes, que remisos,"¹.

¹ *Escritos menores*, tomo I, pág. 336.

medicina, ciencias que forman el cuerpo de la Universidad, sostenidas por la filosofía, han sido cultivadas de manera que los que hoy quieren verdaderamente ser sabios han de ir por necesidad á beber en aquellas fuentes, sin que les basten los conocimientos de la época actual, por más que presuman de ser más abundantes en datos. Con aquel sistema de estudios sólidos, con aquella subordinación de todos los conocimientos naturales á la luz revelada, se precavían, ya que no se evitasen del todo, la mayor parte de los errores, y en especial los más fundamentales en lo que se refiere á la sociedad y á las costumbres. Nunca fué mayor que entonces la subordinación de los súbditos á sus gobernantes, ni el orden social y las instituciones domésticas estuvieron mejor garantidas.

Los escritos de aquellos tiempos han durado y llegado á los nuestros, y son mirados con admiración por todos los que algo saben. Los nuestros ¿á quiénes pasaran? ¿en qué concepto serán tenidos de la posteridad? A la verdad ¿dónde están hoy los verdaderos sabios? ¿dónde los hombres que hayan profundizado en sus estudios las cuestiones hoy tan removidas, las que más interesan al individuo y á la sociedad? En las discusiones de las Cámaras, en la prensa diaria, en las mismas conversaciones familiares, encontramos á cada paso que si algún

CAPÍTULO XI

RESULTADOS DE LOS DOS SISTEMAS Y SOLUCIÓN
DE ALGUNAS DIFICULTADES

§ I

Asi como el sistema antiguo y moderno de enseñanza se diferencian en muchos procedimientos, y en algunos radicalmente, así es también natural creer que se han de diferenciar en los resultados; y esta es la verdad.

Nadie puede negar que los tiempos pasados, en especial desde la fundación de las Universidades cristianas en el siglo XII, han producido incalculable número de sabios, que han dejado á la posteridad la huella de su ingenio impresa en obras imperecederas sobre todos los ramos del saber humano. La teología, el derecho, la

conocimiento de estas materias existe, es no más que superficial; y reconocemos la falta de principios y de estudios, y una absoluta carencia de lógica, que se revela en el modo de discurrir. A estos gravísimos daños viene á agregarse otro, si cabe, mayor; y es el de las perversas doctrinas filosóficas que desde largo tiempo ha habían ideado los maestros del error, y que actualmente, impulsadas por el soplo pestilente de las sectas secretas, han alcanzado á todas las clases de la sociedad.

De estas fuentes proceden las incertidumbres y vacilaciones de los gobernantes; el proceder habitualmente, no por principios, sino por miras de intereses privados y medros personales en cuestiones que son de vida ó muerte para los pueblos; y el abandono de los intereses de las naciones en manos de sofistas, instrumentos pasivos de las logias masónicas. Los hombres de sanos principios, y de carácter firme para sostenerlos sin temor son muy raros; los escritores que venden su pluma, dispuestos á sostener el pro y el contra en las más graves y trascendentales cuestiones, á gusto de quien los pague, muchos, y muchísimos más los hombres que teniendo algunas ideas sanas, las niegan con las obras y aun con las palabras, ó porque al mismo tiempo profesan doctrinas contradictorias con las primeras, ó porque el

interés ó la política hace que no tengan reparo en renegar de las convicciones que antes habían manifestado.

Y si miramos á la misma juventud, aun durante el período en que recibe la educación, veremos que, en vez de sentirse dominada de la afición al estudio y á los trabajos serios, para los que una educación bien ordenada suele ser poderoso estímulo, no piensa sino en reuniones y manifestaciones políticas; que observa una conducta que hace estremecerse y llena de espanto el corazón de todo padre de familia; y que en más de una ocasión promueve contra la misma autoridad de los maestros ruidosos alborotos, que no pueden ser apaciguados sin la intervención de la fuerza armada; ¡escándalo vergonzoso de pueblos que se tienen por civilizados y que han recibido los principios del cristianismo! ¿Cuándo los tiempos antiguos presenciaron tamaño desorden, levantarse los mismos discípulos contra los maestros que los educan, y desconocer su autoridad, y esto con tan repetida y desoladora frecuencia?

La causa principal de tanto desconcierto no puede menos de atribuirse al desorden y contrasentido que reina en la educación de la juventud. Cuando vemos jóvenes, que apenas alcanzan á los veinte años, y ya ostentan el título de doctor, despues de haber recorrido una

segunda enseñanza en la que les ha sido absolutamente imposible adquirir el buen gusto literario, en la que no han echado fundamento alguno sólido de filosofía, ni han hecho cuando más sino decorar un farrago interminable de materias hacinadas y barajadas en el breve término de seis años, después de haber cumplido los años de universidad pensando por ventura en todo menos en estudiar la materia á que se dedican, contando con el atropellado estudio de algunos días, con la lenidad de los examinadores, con las recomendaciones personales, para salir adelante en los exámenes; y en todos estos estudios para nada aparece el bienhechor influjo de la Religión; cuando todo esto vemos, no es posible esperar la regeneración de la sociedad por medio de la juventud, sino una creciente decadencia, que se dorará cuanto se quiera, pero no por eso dejará de ser un paso más recorrido hacia abajo en la escala de la civilización.

Para compensar el decaimiento de las más altas ciencias y de los caracteres en las naciones, lo único que se nos presenta á la vista son los adelantos de los estudios físicos y naturales. El ferrocarril ha cambiado la faz del mundo; el telégrafo ha anulado las distancias; la química se cultiva y progresa sin cesar; la industria llega á una perfección asombrosa; la naturale-

za es cada día más explorada. ¿Y qué se quiere decir con esto? ¿que el sistema antiguo está reñido con las ciencias físicas, y por lo mismo todos los que según él se han educado son unos ignorantes? Los que tal dijeren saben muy bien que no es exacto; pues que para mantener semejante afirmación, sería preciso borrar de la lista de los sabios los nombres más ilustres que registran los anales de la sabiduría humana. Para no mencionar un sinnúmero de sabios de nuestros tiempos, se habrían de suprimir los nombres de Leibnitz, Newton, Copérnico, Cassini, Linneo, Galileo y otros, educados todos según el antiguo sistema, y á cuyos trabajos de preparación debe, sin agradecerlos, nuestro siglo los adelantos de que se envanece. Es muy fácil, en presencia de la multiplicidad de ventajas materiales en cuyo logro uno mismo no ha empleado la más leve fatiga, acusar á los pasados de ignorancia; pero el simple aserto no basta para justificar una acusación. Al contrario, puede decirse con toda verdad que estas ciencias, para progresar verdaderamente, necesitan unirse al sistema antiguo, porque siguiendo el rumbo que en el día se imprime á las investigaciones de la naturaleza sensible, se degrada el hombre, y se rebaja la misma ciencia hasta el punto de perder el derecho de llamarse tal. La razón es clara: las ciencias, en cuanto tales, son la ex-

plicación de las cosas por sus causas: y en este punto hemos llegado tan adelante que se niega que haya causas en el mundo, calificando la idea de causa de irracional y sofística. Con semejantes progresos no es de extrañar que la física y la química, desechados los verdaderos fundamentos que les ofrece la filosofía, anden errantes de hipótesis en hipótesis; que la zoología, desconociendo el solidísimo concepto de la vida asentado por los sabios antiguos, haya ido á precipitarse en los delirios del darwinismo y heckelismo; que en la geología se sucedan por turno las hipótesis vulcánica y plutónica; y en suma, que lo que hoy se condecora con el nombre antonomástico de ciencia sea un campo de confusión y desorden. Hechos, nada más que hechos, que se puedan averiguar por los sentidos: á eso se reduce la ciencia actual, si quiere ser consecuente consigo misma.

“ Si Aristóteles resucitase, dice Smell ¹, y se viese transportado entre nosotros, se consideraría, en presencia de nuestra astronomía, de nuestra mecánica y de nuestra física, como un niño que carece del uso de la palabra. Si pusiésemos en sus manos nuestros actuales tratados de historia natural, hallaría, comparándolos con los suyos, mayor número de clases y de

¹ *Controversias materialistas*, 1858.

especies y descripciones anatómicas más precisas y exactas; pero no hallaría en nuestros libros un nuevo medio de penetrar de la esfera visible á la esfera invisible de la vida. Se convencería pronto de que su modo de ver en el estudio de la naturaleza orgánica no ha sido aventajado esencialmente, y comparando sus propias ideas en esta materia con las de hoy, no vería razón para considerarse humillado. Cuando después oyese á los filósofos agitar la cuestión de si en el organismo material habita un alma inmaterial y sustancial, ó si la atracción y repulsión de los átomos es suficiente para explicar la formación del organismo, entonces es probable que, volviendo á su primera concepción de la *entelequia*, expresase su admiración por la grosería de la que la ha sustituido. „

Así, pues, aunque hayamos logrado todos esos adelantos materiales y muchos más, no por eso está más adelantada la civilización. Porque la perfección del hombre no consiste en el dominio de la materia, sino en el dominio de sí mismo, ni el fin que Dios le ha señalado es adelantar las ciencias físicas, sino disponerse á sí mismo para llegar al cielo. La grandeza del hombre procede de su entendimiento y de su voluntad: cuando lo que es principal, la parte intelectual y moral, se encuentra en decadencia

cia, los progresos materiales no significan nada. Supóngase la suma perfección en los medios de dominar la materia puesta en manos de seres abyectos señoreados por sus pasiones, ¿qué será el mundo? un monstruo de desorden; la materia perfeccionada y el hombre embrutecido. Si, pues, han de tener los progresos en las conquistas el resultado que la divina Providencia se propone, cuando facilita los medios materiales al hombre, es necesario pensar con tiempo en fijar sólidamente la dirección de los ánimos por medio de una educación verdadera.

§ II

No faltará quien exclame al llegar aquí: ¿Por qué los colegios católicos y de corporaciones docentes no siguen al pie de la letra un sistema que, según se dice, tan benéficos resultados produce? La respuesta es obvia. Porque estos colegios, en fuerza de las circunstancias actuales, no pueden formar un cuerpo aislado y separado de los demás establecimientos públicos, no les es dado destruir las preocupaciones tan generalizadas que existen contra los estudios clásicos, se ven forzados á seguir los planes

oficiales, amontonando y simultaneando asignaturas y más asignaturas. Fuera de esto, sus alumnos ordinariamente tienen que ser examinados en los establecimientos oficiales, para que sus estudios sean valederos en los demás centros donde luego han de continuar su carrera; y esta necesidad es un arma terrible con que los hombres que intervienen en la esfera oficial pueden encadenar la acción de todo individuo ó corporación que se dedique á la enseñanza; porque exigiendo los exámenes en el orden que ellos han adoptado para sus alumnos, en la extensión que ellos mismos gradúan, pueden llegar á suprimir toda enseñanza que no sea la suya, todo método que sea diferente del suyo propio; y añadiendo á esto la posición de un juez de exámenes respecto del examinando, pueden también hacer imposible la existencia de todo establecimiento que no sea el suyo. Todo este abuso de la dirección de los exámenes es raro que se vea junto, pero difícilmente se deja de observar alguna parte de él; máxime cuando los directores de la enseñanza son impíos, y los establecimientos sometidos á su fallo católicos; porque entonces, en odio á la Iglesia se inventan mil restricciones con que se coarta, no sólo la libertad legítima de enseñar, sino aun la que finge y proclama el liberalismo, de suerte que en esta época en que el

liberalismo domina y proclama el áureo reino de la libertad, es inmensamente menor lo que tienen para enseñar los establecimientos no oficiales, que la que gozaban en los tiempos más absolutos del dominio de los reyes.

Preguntar, pues, por qué los colegios de corporaciones docentes no aplican el método antiguo que parece serles propio, es lo mismo que preguntar al labrador por qué no siembra en sus campos, mientras se le imposibilita para depositar en ellos la semilla que ha de germinar, y se le atan los brazos para que no use de los instrumentos con que ha de trabajar la tierra. Es el sarcasmo añadido á la injusticia. Donde quiera que el antiguo sistema tiene suficiente libertad para plantear su método, se han visto y se ven aún los frutos que hemos indicado, consiguiendo de los alumnos aplicación á los estudios serios, que en tal sistema es necesaria, no con violencia, sino con gozo y á veces entusiasmo extraordinario. Porque la disposición y bien ordenada sucesión de este sistema ejerce un influjo especial en el ánimo del niño; el cual, como es racional, gusta de aprender, de entender lo que aprende, de hacérselo propio, y no ser estorbado en su trabajo por una balumba de materias que le agobian y no le dejan respirar.

Más aún: hallándose y todo sujetos dichos es-

tablecimientos á los planes modernos, con sólo el empeño de aplicar el método antiguo en aquella medida que la mayor ó menor estrechez de los establecimientos oficiales les permite, consiguen resultados notables que están á la vista de todos. Los profesores de la escuela militar de Saint Cyr han dado testimonio más de una vez de la admiración que les causaba el ver como jóvenes formados en este sistema antiguo adelantaban en los ramos de Matemáticas más con menor talento, que otros de talento superior que no habían tenido igual formación. Y en general, sin temor de ser desmentidos, podemos afirmar que donde quiera que hay establecimientos católicos son más concurridos que otros del mismo género; y sus alumnos se suelen distinguir, en los establecimientos á donde más tarde los conducen sus estudios, por la nobleza de su carácter; y en las pruebas escolares, por lo bien impuestos que se hallan en las materias que han cursado. Y si aplicando el sistema sólo en parte se logra tan copioso fruto, tenemos fundamentos para conjeturar cuáles serían los resultados, si el antiguo sistema tuviese entera libertad para desarrollar sus procedimientos.

Sálenos aquí al paso otra dificultad bastante común, que dice: menos sabios y más industriales; ¿quién no ve la gran abundancia que hay

de doctores, que no saben cómo procurarse el sustento? ¿á qué pensar, pues, ahora en delicadezas y estudios exquisitos? Mejor sería que se establecieran colegios para enseñar la contabilidad y formar comerciantes, más valdría perfeccionar las vías de comunicación, elementos necesarios á una nación que ha de labrar su prosperidad por medio del progreso. Quédense esos otros estudios para las naciones grandes y antiguas, donde hay sujetos para todo: nosotros somos un pueblo joven; y primero debemos pensar en sustentar la vida que en ganar renombre de sabios. Si alguien propusiese seriamente tal objeción, daría muestras de ignorar las condiciones del sistema antiguo, de que estamos tratando. El plan antiguo es demasiado serio, y son grandes las dotes de entendimiento y de constancia que requiere para pasar por todos sus grados; y si en la presente sociedad fuera de lamentar el daño en la objeción indicado, que no seremos nosotros quien lo niegue, la simple adopción del plan antiguo sería casi infalible remedio para sanarlo. Si contra algún sistema militan las razones alegadas, no es ciertamente contra el antiguo, sino contra los planes actuales, los cuales, facilitándolo todo, vulgarizando, como ahora se dice, las ciencias; como carecen del poder de ensanchar en la misma medida la capacidad intelectual

tual de los hombres, abaten los estudios, y abren la entrada en las carreras á una muchedumbre de personas que, no teniendo aptitud para ellos, se siente sin embargo halagadas por la engañosa facilidad de conseguir un título de doctor y por la esperanza de una ocupación honrosa con que procurarse el sustento; de donde se sigue que más tarde vengán á aumentar el número de semi-sabios sacados por un falso sistema, de la esfera donde pudieran haber sido útiles á sí mismos y á la sociedad.

Por lo demás, cuando se nos muestre que la falta de recursos materiales es tan grande, que en realidad no se pueden satisfacer las necesidades de la vida sin aumentar el número de brazos en los trabajadores del campo; entonces creeremos que en realidad es tiempo de cerrar colegios y universidades, de renunciar á la vida intelectual y vivir del trabajo material como los pueblos de las selvas. Pero mientras veamos por el contrario que no es *la lucha por la vida*, como hoy con frase extranjera se dice, sino el inmoderado afán de alcanzar puestos políticos, la epidemia de la *empleomanía*, lo que trae incesantemente ocupada á la sociedad, pediremos y reclamaremos con instancia que se restablezcan los estudios serios y sólidos, que han de acabar con esa plaga entre otras muchas.

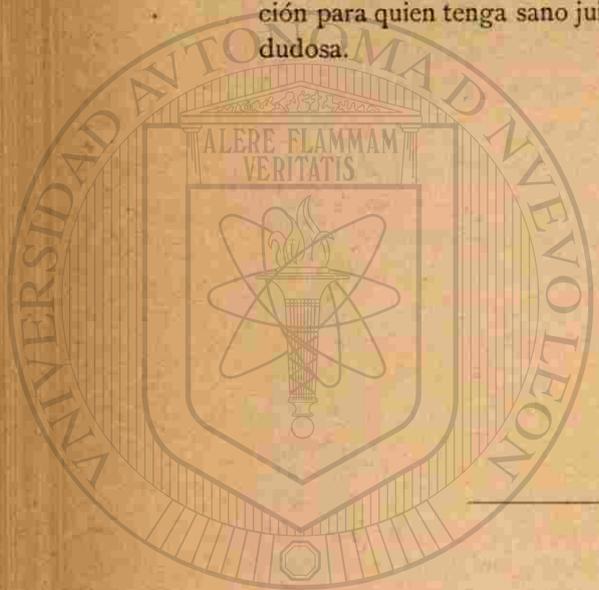
Pero en fin, se dirá, aquellos que no preten-

den seguir una carrera, sino sólo dedicarse al comercio ó cuidar de sus posesiones, ¿qué harán si quieren adquirir algún conocimiento más de los que sacan de la escuela de primeras letras? Para éstos tiene sólidas ventajas el sistema antiguo; porque si bien, según él, la segunda enseñanza no tiene por objeto inmediato formar comerciantes ó hacendados, también es cierto que su objeto primario es formar y desarrollar las facultades de la juventud por medio del cultivo racional y graduado de las mismas. Nada impide por lo tanto que se dedique á aquellos estudios el que no tiene intención de seguir una carrera. Si se limita á estudiar las humanidades, obtendrá con esto el desarrollo de sus facultades mentales, y la aptitud y preparación para emprender otros estudios más serios á que después quiera consagrarse; y por la enseñanza y práctica de la Religión, se formará su ánimo con aquella nobleza de carácter que no se avergüenza de defender las sanas doctrinas que profesa y ajusta su proceder á sus principios, que estima las cosas de este mundo en lo que valen y no en más, ni se asusta y retrocede del camino del bien, por grandes que sean las dificultades y estorbos que se le ofrecen. Si continúa sus estudios durante todo el segundo período, adquirirá más que mediano conocimiento de las ciencias físicas y matemáticas, como lo hemos

mostrado; y sobre todo se fundará en una sólida filosofía, que sirva para preservarlo de los funestos errores que se propagan hoy día por todas partes, y para ponerlo en estado de juzgar con conocimiento de causa de las cuestiones que en el mundo se agitan, ora en las Cámaras, ora en la prensa diaria, ora en el trato social. No hay, pues, nadie para quien esta formación no sea sumamente ventajosa.

La educación del sistema moderno, lejos de procurar al joven estos provechos, hubiera creado en él un hábito de buscar siempre lo más cómodo, huir de las dificultades y mirar con aversión todo trabajo que requiera algún esfuerzo; lo cual, junto con una leve tintura de muchas cosas, forma la esencia de los semi-doctos, única especie de sabios que es capaz de formar semejante sistema. Y para obtener ese resultado, más le hubiera valido no emprender otros estudios después de la escuela de primeras letras; porque entre el comerciante ó el hacendado que ha recibido en un colegio secundario un baño superficial de instrucción, que le ha acostumbrado á tenerse por un gran sabio porque conoce de nombre los adelantos de su siglo, que le permite hablar de todo sin entender de nada, y decir grandes disparates con ampulosas palabras; y aquel otro que no ha aprendido más que á leer, escribir, contar y

Religión en una escuela primaria, y está dotado del recto sentido que comunican las costumbres cristianas y la experiencia de la vida: la elección para quien tenga sano juicio no puede ser dudosa.

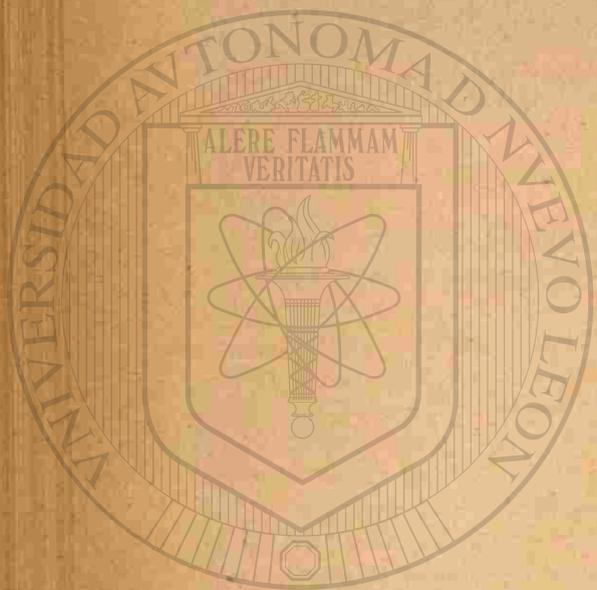


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

ADVERTENCIA SOBRE ESTA TERCERA PARTE

La primera y segunda parte de este escrito constituyen el trabajo que se presentó en 1886 á la Academia del Plata en Buenos Aires, y obtuvo el premio á que se refiere el juicio inserto al principio del libro. Estando para hacerse la segunda edición, se ha juzgado conveniente añadir esta tercera parte en que se explanen algo más prácticamente algunos puntos examinados ya en las dos primeras partes, y se responda á ciertas dificultades que comunmente suelen sobrevenir cuando se trata de plantear el sistema antiguo. La doctrina, pues, aquí contenida, no es más que continuación y complemento de la anteriormente expuesta. Hallándose el autor actualmente en España, á nadie extrañará que las noticias estadísticas se tomen de los establecimientos españoles, aunque en las dos partes anteriores fueran procedentes de la República Argentina; mayormente siendo cierto que las estadísticas, si son llevadas seria y concienzudamente, revelan hoy en casi todas partes los mismos resultados, como que en casi todas las regiones concurren las mismas causas á producirlos.



PARTE TERCERA

INDICACIONES SOBRE LA PRÁCTICA
DEL METODO ANTIGUO

CAPÍTULO PRIMERO

DE DÓNDE HA DE VENIR EL REMEDIO

§ I

HEMOS visto en la primera parte el espantoso desorden que ha producido el método moderno en la enseñanza por sus tendencias antirreligiosas y materialistas, por la balumba de materias que hace pesar sobre el pobre discípulo, por la mezcla indigesta de estudios que mutuamente se excluyen, y por las

incesantes mudanzas que son consecuencia del malestar nacido de este desorden, y de la misma condición inconstante del error. Hemos estudiado en la segunda parte cuánta era la sabiduría del método antiguo, así en la disposición de las materias y en la importancia relativa que les concedía, como en la elección de los medios para hacerlas penetrar fácil y establemente en la mente del discípulo. Mas si después de este estudio, nos quedásemos satisfechos con el conocimiento abstracto de tales verdades, sería estéril y de ningún fruto todo nuestro trabajo y quedaría reducido á un inútil lamento y una vana admiración. Preciso es, pues, descender al terreno de la práctica, y hacer algo para evitar en la educación los daños del método moderno y sacar los provechos del antiguo. Y puestos en este empeño, la primera cuestión que se presenta es esta: ¿Quién es el que ha de poner remedio á tamaño mal? ¿Quién ha de corregir ese desbarajuste de la enseñanza, y la ha de llevar al seguro cauce por donde la dirigen los principios de la religión y de la razón por ella gobernada?

La respuesta que al punto se ofrece á la mente de muchos es: "el Estado. Publique el Estado un sabio plan de estudios conforme con las verdaderas necesidades de la educación, obsérvelo y hágalo observar inviolablemente, y

los buenos resultados que dé le asegurarán la estabilidad.," — Mas tan luego como se reflexiona un poco, es fácil ver que esta respuesta no señala el verdadero remedio; y sólo procede de una preocupación engendrada en nuestro ánimo por la costumbre. Estamos acostumbrados á ver cómo toda la enseñanza se halla en manos del Estado; el Estado tiene un ministerio con todas sus dependencias, destinado á la instrucción pública; el Estado levanta magníficos edificios para la enseñanza; el Estado impone contribuciones para mantener sus establecimientos y sus profesores; el Estado confiere los grados; el Estado exige los exámenes de cuantos estudian en otros establecimientos para que sus títulos tengan validez académica. Y esta impresión continua pasa de nuestros sentidos á dominar nuestra imaginación, y de allí sube al entendimiento, y como que nos alcanza á fascinar y persuadir que este hecho es un derecho, que este sistema es recto y justo y muy puesto en razón; mas aun, que es el único sistema posible, y que fuera de él no hay otro que sea razonable y provechoso. Pero preciso es que el entendimiento corrija á la fantasía y sacuda esta perniciosa preocupación. Si se tratase de intereses de menos valer, podría tolerar sin grave daño que subsistiera la equivocación en este punto. Mas cuando en ello va el

porvenir de las familias y el de la patria, pues que va la educación de la juventud; cuando la impiedad ha hecho de la educación el blanco de sus esperanzas y el campo donde quiere librar batalla contra la Religión para arrancar de raíz todo conocimiento y amor de Dios del corazón de los pueblos, siendo el monopolio de la enseñanza por el Estado el arma de que se sirve para ello, no es posible, no es lícito contemporizar con un error tan funesto

Hemos probado en la primera parte, capítulo IX, que al Estado no corresponde el enseñar, ni mucho menos el trabar con su dirección la enseñanza, de suerte que nadie enseñe sino como á él le plazca, so pena de no poder ejercitar cargo alguno en la sociedad; y que cuando así lo hace, usurpa á la familia y á la Iglesia un derecho sagrado. Por lo tanto este derecho está exigiendo que la primera medida que tome el Estado, si ha de remediar los males que se lamentan en la enseñanza, sea la de abandonar el puesto de Director para tomar el que verdaderamente le corresponde, que es el de fomentar con su protección la enseñanza, ya que la misión que ha recibido de Dios es para gobernar, no para enseñar. Hemos añadido y probado asimismo que el origen de todo el desconcierto de la enseñanza que deploramos en la época actual procede precisamente de la intru-

sión y monopolio del Estado. Porque el Estado moderno es liberal, y además está supeditado por la masonería. Por ser liberal, profesa el indiferentismo más absoluto, que equivale al ateísmo. Y pues la masonería, como con datos irrecusables lo demuestra el convertido León Taxil, es esencialmente la adoración del demonio bajo el nombre de gran Arquitecto del Universo; lógico es que el Estado moderno, por estar supeditado por la masonería, sea también ateo, y atea la enseñanza que quiere imponer á todos. Pretender, pues, buscar en el Estado el remedio de los males que aquejan á la enseñanza, es ir á buscar la medicina en aquello que esencialmente es la causa de la enfermedad.

Y no obstante, anda tan valido el parecer de que hablamos, que en un periódico de intereses escolares ¹ ha llegado á proponerse seriamente este singular procedimiento: "La enseñanza pública exige mayor, mucha mayor atención de la que le prestan todos los Gobiernos; y necesita *un armisticio convenido entre los diversos partidos que se disputan el poder*, para que no queden sin concluir los trabajos que algunos Ministros celosos han emprendido,

¹ *El Magisterio Español*, núm. 1.265, correspondiente al día 5 de Julio de 1886.

sin tener la fortuna de verlos terminados., Cualquiera ve que buscar la concordancia de ideas en los partidos políticos, tanto es, como buscar la unidad en el mismo principio de la desunión.

No es, pues, del Estado y de los planes oficiales de quien ha de venir el remedio á la enseñanza, cuando tan dolorosas experiencias enseñan que en la época presente es del Estado mismo de donde viene la corrupción intelectual, por medio de los planes de estudios, y de la elección é introducción de profesores descreídos y racionalistas.

§ II

Podría acaso pensar alguno que la Iglesia sea el punto de partida para poner remedio á mal tan grave. Pero conviene advertir que hoy por hoy el tiránico monopolio del Estado ata las manos á la Iglesia para que no enseñe; y por otra parte, aun dado que la Iglesia pudiera obrar libremente, ella, á la par que ofrece las órdenes religiosas docentes, todavía deja siempre á los particulares la elección de los métodos, y sólo se reserva el cuidado de velar por la pureza de la doctrina.

De cualquier manera, pues, que se mire este asunto, es preciso llegar á la conclusión de que el remedio para la enseñanza ha de salir de la iniciativa privada, bajo la dirección é inspección de la Iglesia, aprovechando la libertad mayor ó menor (que siempre en las cosas humanas hay alguna), en que la deja el Estado moderno. Cada católico es un campeón en esta lucha que debe emprenderse por la causa del bien y de la verdad, cada una de las personas que con sus consejos ó con su influencia puede dirigir á buen término la enseñanza es un soldado de este ejército de Dios. Pero de una manera mas especial toca esta empresa á aquellos que se hallan dedicados al elevado ministerio de la enseñanza. Cada particular que se ha consagrado á esta noble y delicada tarea debe pensar seriamente en la responsabilidad que contrae al encargarse de la formación de sus alumnos en las actuales circunstancias, cuando á la iniciativa particular está confiado por la divina Providencia el restaurar la sana y sólida enseñanza. No cumple un profesor su deber con cruzarse de brazos y deplorar la impotencia para el bien en que lo colocan los planes liberales de enseñanza; no cumple con llenar materialmente las horas de clase que le señala el reglamento de su colegio, y enseñar por el método que á un Ministro de instrucción le plugo escribir para

norma de todos cuantos hayan de enseñar: de esta manera cumplirá por ventura sus compromisos exteriores para con los hombres; pero de ninguna manera los que tiene para con Dios mientras no salga de su inacción, y haga lo que está de su parte por practicar el método que reconoce como necesario para la sólida educación de la juventud. Ni puede el Director de cualquier establecimiento de enseñanza li-sonjearse de cumplir con el compromiso que, al aceptar el cargo de educador, ha contraído para con Dios y para con los padres de familia, si no hace lo que está á su alcance para guiar su establecimiento por el sistema más racional y más fructuoso, por el único capaz de producir aquella grandeza moral que siempre han alcanzado los pueblos de corazón cristianos y que tan ausente se halla hoy de nuestras sociedades.

No pretendemos con esto asentar que el método antiguo impone igual obligación en todas sus partes, pues no todas ellas son de igual necesidad. Hemos delineado los principales rasgos que constituyen este método, á saber, la enseñanza y práctica de la Religión católica que debe informar todo el conjunto de los estudios, la sujeción á la autoridad de la Iglesia, la distribución de las asignaturas acomodadas al orden con que se desenvuelven las facultades

del alumno, la preferencia de los estudios clásicos en el primer período y de la filosofía en el segundo, los medios auxiliares. Contra cada una de estas partes opone el sistema moderno su contraria: ausencia de la Religión, monopolio del Estado, recargo y simultaneidad de las materias, preponderancia de los estudios físicos y naturales, encaminada al materialismo, y desdén de los estímulos para el estudio. Claro está que una es la obligación que incumbe al Profesor ó Director de evitar que su enseñanza en la práctica realice el principio de prescindir de la Religión católica, ó de reconocer como autoridad docente al Estado monopolizador, ya que profesar estos principios es pecado mortal por ser errores contra la fe; y otra obligación muy diferente recae sobre los demás puntos, según la mayor ó menor importancia que tienen con relación al fin, á conseguir el cual se compromete el maestro cuando recibe el niño bajo su cuidado, que es el verdadero y sólido adelantamiento de su alumno en los estudios.

Pero aun en los puntos en que no aparece tan estricta la obligación de conciencia, es bueno siempre tener presente cuál es el origen del sistema moderno. Consta por los testimonios que han recogido y publicado los polemistas católicos, que han desenmascarado la francmasonería y descubierto sus tenebrosas maqui-

naciones, que el método moderno de enseñanza con todos sus caracteres de predominio de los ramos físicos sobre la filosofía y ciencias morales, de monopolio del Estado, de exclusión de la enseñanza y prácticas religiosas, fué parto del odio anticristiano del filosofismo, acogido y puesto en práctica con fruición por los revolucionarios franceses del siglo pasado, perpetuado después por la masonería, que lo ha patrocinado en las naciones donde lo encontraba vigente, y con increíbles esfuerzos ha trabajado por introducirlo donde no lo estaba. Es dicho sistema, como lo quisieron sus inventores, un plan calculado y artificiosamente dispuesto en todos sus detalles para apartar la juventud del influjo salvador del catolicismo y conducirla á que se aliste en las filas de la masonería. Emplear los procedimientos de este sistema es coadyuvar á la obra de los impíos; y en la medida en que se aplican los principios de este plan, en esa misma medida se realizan los designios de la revolución. De donde se sigue que quien de veras ama y quiere la sana y recta educación, ha de mirar con horror tal sistema, y apartarse lo más lejos posible de la práctica de ese método ideado para pervertir y extraviar aquella porción del género humano en quien las naciones cifran sus más legítimas esperanzas de prosperidad y bienestar. Y he

aquí explicada la necesidad del método antiguo, el cual es precisamente la antítesis del que hemos descrito, y en sí mismo es un sistema completo, enteramente conforme á la razón, y sancionado por la experiencia.

La solución que de la cuestión propuesta hemos consignado en este párrafo es la misma que adopta el sabio Profesor y Chantre que fué de Granada y hoy, después de honrosas oposiciones, Magistral dignísimo en la Catedral de Madrid, el Dr. D. Joaquín Torres Asensio, quien en su precioso trabajo sobre "La Restauración de los estudios en los Seminarios," (art. V) dice así: "Mientras en materia de enseñanza, el Estado sea esclavo de los errores condenados en el *Syllabus* — y no esperemos que deje tan desastroso camino mientras sea *liberal* aunque se llame *católico* — no debe omitirse esfuerzo alguno para echar salvavidas á los que tan grave peligro corren en el revuelto mare magnum de los establecimientos oficiales. Aunque en tales aguas, dados los medios de que el enemigo dispone, no se podrá evitar que él pesque con red mientras nosotros con caña, ó que en semejante campo él siegue mientras nosotros espiguemos solamente; no obstante, trabajando para un amo como Dios, y por peces y espigas de tanto precio como son las almas redimidas con la sangre de Jesucristo,

nunca se debe desmayar, sino imitar lo que se hace en casos de incendio, que por arriba y por abajo, por delante, por detrás y por los lados, por puertas y ventanas y derribando tabiques, y perforando muros, se arrancan las víctimas á la muerte. — Para esto fúndense colegios á imitación de los antiguos que tan célebres se hicieron: donde no sean posibles los magníficos que la Compañía de Jesús suele fundar y sostener, foméntense otros mas modestos, con dirección y celo del que más pueda, asociándose los buenos para todo lo conducente á la creación y fomento de tales casas de preservación, poniéndose en juego en las capitales y en los pueblos cuantos medios nos restan todavía de influir, que por desgracia no se aprovechan bastante; seguro es que los padres entregarán sus hijos á quien se los preserve de tan grave riesgo. »

§ III

Conforme á esta solución, reseñaremos en los capítulos siguientes los puntos principales á que debe atender un Director de un establecimiento ó un Profesor del mismo, que, persuadido de las ventajas del método antiguo, lo quiere reducir á la práctica.

Tres clases de establecimientos pudiéramos considerar para el presente objeto: los Seminarios, los Colegios oficiales y los Colegios privados. Los Seminarios son los que más fácilmente pueden poner en planta el método antiguo de enseñanza. En efecto, este método tiene un origen puramente católico y data de aquel tiempo en que la Iglesia ejercía en la educación el santo influjo que le señaló su divino Fundador al pronunciar aquellas palabras: "*Euntes docete;*" " id y enseñad á todas las naciones. " (Marc., XVI, 15. Este es el que de suyo es más acomodado para los estudios sagrados; este el que ha conservado la tradición; este el que ha formado las grandes lumbreras de la Teología que han esclarecido la Iglesia de Dios. Ningún Seminario podría por tanto separarse de él sin romper antes con todos estos recuerdos de una gloriosa historia, y sin renunciar á la sólida formación de los ministros del santuario. Empero, de esta materia no hemos de tratar nosotros, después de haberse publicado el libro de oro del Dr. D. Joaquín Torres Asensio, que lleva por título " De la restauración de los estudios en los Seminarios; " donde en una serie de bien pensados artículos, apoyados en los más sólidos principios, dictados por una larga experiencia y un gran celo del esplendor de las letras sagradas, examina y señala los puntos

en que convendría introducir reformas para estaurar los estudios eclesiásticos y exponer sobre cada punto sus acertados juicios.

Nada tenemos que añadir á las pinceladas de mano maestra con que trata todos sus asuntos, y particularmente en el capítulo en que demuestra los gravísimos inconvenientes de amoldar la enseñanza de los Seminarios á la oficial con el cándido intento de atraer y educar cristianamente aun á los jóvenes que no tienen vocación para el estado eclesiástico. Sobre este último punto, que es de suma trascendencia, publicó también en 1879 el Dr. D. Buenaventura Ballús, Vicerrector del Seminario de Solsona, una preciosa monografía en que se ventila la cuestión por todos sus aspectos con profundidad y solidez, y con argumentos irrefutables se asienta la verdadera doctrina que debe profesarse en esta materia.

La otra clase de establecimientos, ó sea los colegios oficiales, se hallan demasiado trabados por la acción del Estado y sujetos al método moderno, para que en ellos pueda plantearse el método antiguo en toda su perfección. Porque en suma, tales colegios son el Estado docente, que usurpa sus derechos á la familia y monopoliza la enseñanza; que, como genuino parto del liberalismo, injuria asimismo los derechos de Dios y de su Iglesia, profesando

aquella doctrina que es error en materia de fe, á saber, que "los católicos pueden aprobar un modo de educar á la juventud, que exclusivamente ó por lo menos en primer lugar atiende á la ciencia del orden natural, y á los fines de la vida social en la tierra;," ó la otra, igualmente condenada como errónea en el *Syllabus* de Pío IX: "Que el pleno gobierno de las escuelas debe darse al Estado sólo, y de tal suerte, que á ninguna otra autoridad se le reconozca derecho alguno de intervenir en la disciplina, en la dirección de los estudios, en la colación de grados, ni en la elección y aprobación de los maestros.," Por lo demás, cuando en semejantes colegios hay Profesores ó Directores que materialmente cooperan á esta obra del liberalismo, y evitan mayores males, teniendo para legitimar su cooperación las razones y usando de las precauciones que indica el ilustre autor de la obra *Casus conscientiae his praesertim temporibus accommodati, cura et studio P. V. — Pars prima, De liberalismo; casus VIII et IX;* fácilmente podrán tomar de lo que para los colegios privados diremos la parte que con su prudencia vean que pueden aplicar en el restringido círculo en que su posición les coloca. Dejando, pues, aparte los Seminarios y los Colegios del Estado, tratamos aquí especialmente de los Directores y Profesores de esta-

blecimientos católicos privados, los cuales, si bien están sujetos con la cadena que el liberalismo se esfuerza en echar á todo el que entra en el noble campo de la enseñanza, todavía tienen siempre alguna libertad, tanto mayor cuanto menos haya logrado el liberalismo en aquella región su intento de sujetarlo todo á su cetro de hierro para poder impunemente proseguir en su obra de descristianizar las naciones.

Y empezando por los Directores de un colegio católico, tres son, á nuestro entender, los puntos en que particularmente debe insistir, por ser los en que más difiere el método antiguo del moderno: la práctica de la enseñanza religiosa, la elección de Profesores y la distribución de los ramos de estudio. Estos tres capítulos serán ahora objeto de nuestro estudio; y aunque en primer lugar corresponden á la dirección general de un colegio, claro es que al hablar de ellos diremos también muchas cosas que convienen asimismo á los Profesores y Maestros; pues es imposible en la presente materia hacer una separación absoluta entre oficios que están entre sí tan íntimamente relacionados.

CAPITULO II

PRÁCTICA DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

§ I

LA escuela *laica* es atea (cap. IX, § II de la primera parte). Y á la verdad, toda sociedad, y por tanto también la escuela, está obligada á dar culto á Dios y obedecer sus leyes; y como es ateo práctico el hombre que sin blasfemar de Dios ni negarle con la boca, vive como si no hubiera Dios, ni piensa en él, ni lo reverencia, ni hace caso de sus mandamientos; así es atea la sociedad que, sin injuriar directamente á Dios, prescinde de él por completo, y procede como si Dios no existiera.—Ni basta que todos los individuos de una sociedad en particular den culto á Dios, por-

blecimientos católicos privados, los cuales, si bien están sujetos con la cadena que el liberalismo se esfuerza en echar á todo el que entra en el noble campo de la enseñanza, todavía tienen siempre alguna libertad, tanto mayor cuanto menos haya logrado el liberalismo en aquella región su intento de sujetarlo todo á su cetro de hierro para poder impunemente proseguir en su obra de descristianizar las naciones.

Y empezando por los Directores de un colegio católico, tres son, á nuestro entender, los puntos en que particularmente debe insistir, por ser los en que más difiere el método antiguo del moderno: la práctica de la enseñanza religiosa, la elección de Profesores y la distribución de los ramos de estudio. Estos tres capítulos serán ahora objeto de nuestro estudio; y aunque en primer lugar corresponden á la dirección general de un colegio, claro es que al hablar de ellos diremos también muchas cosas que convienen asimismo á los Profesores y Maestros; pues es imposible en la presente materia hacer una separación absoluta entre oficios que están entre sí tan íntimamente relacionados.

CAPITULO II

PRÁCTICA DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

§ I

LA escuela *laica* es atea (cap. IX, § II de la primera parte). Y á la verdad, toda sociedad, y por tanto también la escuela, está obligada á dar culto á Dios y obedecer sus leyes; y como es ateo práctico el hombre que sin blasfemar de Dios ni negarle con la boca, vive como si no hubiera Dios, ni piensa en él, ni lo reverencia, ni hace caso de sus mandamientos; así es atea la sociedad que, sin injuriar directamente á Dios, prescinde de él por completo, y procede como si Dios no existiera.—Ni basta que todos los individuos de una sociedad en particular den culto á Dios, por-

que la razón natural dicta que, pues la sociedad en cuanto sociedad recibe de Dios un sér y una perfección diversas de las que sus miembros tienen como individuos, está obligada á reconocer este beneficio como tal sociedad que es.

Contra esto se ha dicho que el nombre de ateo dado á la escuela laica ó neutral es una palabra de combate y que no tiene fundamento. Sobre que es una palabra de combate, no puede haber duda alguna. — Porque no hay, no diré ya un católico que procede por fe divina, ni un protestante que procede por propio juicio, sino ni un hombre cualquiera, como no haya llegado al embrutecimiento del ateísmo, que no sienta sublevarse su ánimo y encendérsese la sangre para combatir contra el que quiere arrojar en el seno de su familia el veneno del indiferentismo, y la negación práctica de Dios. Que no tenga fundamento, es una afirmación destituida de pruebas. Los defensores de la escuela *laica ó neutra* procuran esquivar el nombre de escuela *atea*, que les parece ignominioso; pero se guardan muy bien de entrar á examinar las demostraciones palmarias que del ateísmo de la tal escuela suelen darse, ni siquiera discuten el sencillo razonamiento que hace un instante hemos aducido; porque de esas demostraciones resulta de una manera evidente lo que á ellos tanto les interesa negar.

Es, pues, atea la escuela llamada laica ó neutra. Y esto aun suponiendo que la decantada *neutralidad* pudiese observarse en la práctica. Lo cual en dicho capítulo IX hemos mostrado ser de todo punto imposible, y que en realidad la tal escuela neutra se convierte al momento, sobre todo en países católicos, en escuela que mueve la guerra contra Dios; así porque en casi todas las asignaturas es forzoso hallarse en presencia del catolicismo, como porque la experiencia muestra que esa neutralidad no es sino un disfraz para prescindir de la práctica de la Religión y combatirla á mansalva y sin temor, y finalmente porque de suyo es apta para engendrar en el ánimo del educando desdén y menosprecio precisamente de aquello que es más grande, y que más obligación tiene de estimar, que son sus relaciones con Dios.

Eso es la escuela neutra ó laica donde quiera que se plantee. Llámese Universidad, Colegio de segunda enseñanza, Liceo, Instituto, Ateneo, Gimnasio ó Escuela primaria, si en ella no se tiene en cuenta la religión revelada, es una escuela atea, torpe engendro del liberalismo y máquina de las sectas masónicas, fabricada para desarraigar del ánimo de los hombres hasta el último resto de religión.

Y cuenta que en algunas partes, como en los países protestantes, todavía puede tener el

pretexto con apariencia de razón de que habiendo tantas sectas, es imposible atenerse á una religión determinada. Frívola excusa, cuando esta imposibilidad debiera mostrarles la situación absurda en que se han colocado abrazando el principio de que el Estado debe ponerse á dar instrucción, y que la debe dar igualmente á todos, imposibilitándose con esta doctrina para dar á Dios el culto que le deben. Pero en las naciones católicas en que la mayoría, la inmensa mayoría, y, moralmente hablando, la totalidad de los habitantes, es católica, como sucede en España, y en las naciones hispano-americanas; la escuela neutra es más repugnante todavía, porque sobre envolver la más calificada de las injusticias, la de que en beneficio de poquísimos habitantes se obligue á millones de católicos á pagar una enseñanza que detestan y deben detestar por ser contraria á la religión, tal escuela es en sí la apostasía consumada. Que el Estado introduzca la escuela atea allí donde siempre había reinado la escuela cristiana, más ó menos bien organizada, donde todos los padres de familia quieren que sus hijos sean educados como cristianos; y ya que gobierna en un país católico donde no reinan las divisiones y sectas que tanto halagan la fantasía de los enemigos de Dios, se constituya él mismo maestro de la impiedad;

que en vez de defender y proteger la religión, como lo tiene por deber, se convierta él mismo por capricho en corruptor de la fe de los pueblos cuyos intereses debía tutelar; es una iniquidad tan enorme, que no hay palabras para ponderarla, y ella sola es capaz de atraer los más terribles castigos de parte de Dios.

Conviene asentar firmemente esta doctrina, aunque parezca que nos hacemos pesados, porque es verdad, que se oye pocas veces y se medita menos, merced al cuidado que para rehuirla ponen los modernos novadores.

Y no obstante, si bien es cierto que el liberalismo dirigido por la masonería no puede soportar que se haga mención de este ateísmo de la escuela laica, en cambio, allá en secreto lo tiene en las entretelas de su corazón, y procura á todo trance introducirlo y arrojar á Dios de las escuelas, y por desdicha lo va logrando poco á poco sin ser sentido. El sistema moderno, aun en las naciones donde ha temido atacar de frente la enseñanza de la Religión, por sospechar que tropezaría con la oposición y disgusto de los padres de familia cristianos, ha procurado, sin embargo, reducir la Religión al menor campo posible. Antiguamente en los colegios había prácticas de piedad comunes para todos los alumnos, como la Santa Misa, el Rosario, la frecuencia de Sacramentos: el

sistema las ha desterrado aun allí donde conservó los alumnos internos. Las clases se empezaban con alguna muestra ostensible de que aquello era una clase cristiana: el sistema ha suprimido esta santa práctica, y no hay actualmente diferencia alguna entre la clase que se hace en una nación cristiana y la que se pudo hacer antiguamente en una nación gentil ó ahora mismo en medio de los idólatras más apartados del conocimiento de Dios. Así que, donde algo de religión ha quedado, ésta se reduce á alguna fría clase ó de Historia Sagrada ó de Fundamentos de la fe; y lo que debía ser el alma de la enseñanza, si es que pretende dar sólida educación, ha quedado en lugar inferior al que pueda ocupar la más desatendida de todas las asignaturas. No hay para qué decir, que en este perseverante plan de arrojar á Dios de todas partes, del Estado y de las juntas públicas, como del foro y de la legislación, de las costumbres y por fin de la escuela, plan procedente de los principios revolucionarios del 89, la impiedad moderna, al esforzarse por reducir la Religión en los colegios hasta su mínima expresión, hasta una simple y fría clase, no lo ha hecho con intento de perpetuar esta misma clase, sino con el de desembarazarse de enojosas oposiciones y tener el camino expedito para echar fuera este último resto de reli-

gión en la primera oportunidad que se presentase de introducir una reforma cualquiera en el plan de estudios. De este modo se ha propuesto y ha logrado hacer menos sensible el salto de la escuela cristiana á la escuela atea. Así es como empezando á poner en planta su designio por las Universidades, suprimió los actos públicos con que estos establecimientos daban testimonio de religión, ora celebrando cristianamente las fiestas de sus patronos, ora asistiendo los Profesores en claustro á las solemnidades del culto, ora recogiendo á santo retiro en los ejercicios espirituales; y más tarde trastornó el mismo orden del entendimiento, y mientras erigía en Facultades estudios destituidos de las condiciones esenciales para serlo, quitó á la Universidad su más precioso ornamento, á la par que solidísima base y guía segura, desterrando de ella la Facultad de Teología. De la Universidad descendió á los Colegios de segunda enseñanza, donde en muchas partes ha consumado también su obra de destrucción acabando por cercenar de la Filosofía la Teodicea y haciendo desaparecer las asignaturas de Religión y Moral é Historia Sagrada para llegar por fin hasta quitar el Catecismo de las escuelas de primeras letras. Los padres de familia que no atienden á este punto, los que sólo se fijan en la probabilidad de que su hijo

en breve tiempo pruebe sus exámenes y obtenga del Estado un título que lo habilite para ejercer una profesión lucrativa, pero no indaguen cuál es el lugar que á la Religión concede el tal establecimiento, hallarán el justo pago de su incuria al recibir del Estado un hijo habilitado para un cargo, pero pervertido en el corazón, y lo que peor es, trastornado en el entendimiento por la impiedad.

Cuanto acabamos de exponer en el presente párrafo lo confirma la enseñanza infalible de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII en su Encíclica á los Obispos de Hungría de 26 de Agosto del año próximo pasado 1886. "Basta mencionar, dice, aquel funestísimo principio de tantos males, á saber, la libre difusión con que corren por todas partes las doctrinas del *racionalismo* y *naturalismo*. Agréganse innumerables alicientes de corrupción, como la descarada audacia de las sociedades secretas, y el sistema en muchas partes adoptado, de educar la juventud sin ninguna relación á Dios. Y sin embargo, nunca como ahora han tenido los hombres ocasión de ver y tocar por la experiencia cuánta es no sólo la conveniencia, sino la absoluta necesidad de la religión católica para la tranquilidad y bienestar de los pueblos... Para contener los desmanes del socialismo, hay un solo medio y sumamente eficaz,

fuera del cual de poco sirve el temor de las penas para arredrar á los criminales: ese medio es que los ciudadanos sean educados conforme á la Religión, y profesen reverencia y amor á la Iglesia... „

“Estímense hoy día y se piden en varias partes las escuelas que llaman *mixtas*, *laicas*, *neutras*, con el intento de que los niños crezcan en completa ignorancia de las cosas más sagradas, y en un total descuido de la Religión. Por ser semejante mal mayor y estar más extendido que sus remedios, vemos que se propaga una generación menospreciadora de los bienes del alma, destituida de religión, y las más veces impía... El que los jóvenes ya desde su niñez sean educados conforme á las costumbres y sabiduría cristiana interesa hoy en sumo grado no sólo á la Iglesia, sino también á los pueblos. Así lo comprenden ya claramente cuantos hombres hay de recto entendimiento... Entretanto, continuad amonestando una y otra vez á los padres de familia que no permitan que sus hijos asistan á tales escuelas, de donde se recela la destrucción de la fe cristiana... Y esto, no sólo queremos que se entienda de las escuelas de primeras letras, sino también de la educación literaria y de las facultades superiores. „

§ II

El blanco á donde endereza sus trabajos un colegio católico es el que hemos señalado como fin característico de la segunda enseñanza: desarrollar armónicamente las facultades del niño por medio de las literaturas clásicas, mientras que al mismo tiempo cultiva de un modo especial su voluntad con la Religión y trabaja como en negocio de la más alta importancia en hacer adquirir al niño las costumbres dignas de un cristiano. Para ello se vale de la instrucción religiosa y de las prácticas de piedad. La instrucción religiosa es muy distinta de la que emplea el método moderno. No pretende, como éste, formar eruditos que diserten con mayor ó menor tino sobre un punto de religión, sino cristianos que sepan lo que creen y estimen y practiquen lo que saben. Unas pocas preguntas del Catecismo, de ese libro de oro, de ese sucinto compendio de la enseñanza cristiana digno de ser hojeado, y estudiado y pesado en cada una de sus palabras durante toda la vida; libro con cuyo conocimiento satisface el niño sin dificultad á las más arduas cuestiones sobre

el fin del hombre y sobre la Religión; unas pocas preguntas de este precioso libro constituyen toda la enseñanza que el maestro da á sus discípulos cada semana en materia de religión. El Catecismo se estudia en todas las clases inferiores hasta la de Retórica inclusive. Cuán especial sea la necesidad que hoy existe de tal enseñanza en estas clases, lo comprenderá fácilmente quien advierta que con la facultad que dan muchos reglamentos oficiales de ingresar en segunda enseñanza sin que se prescriba edad alguna determinada, acuden á veces á las escuelas niños hasta de 7 y 8 años, los cuales, si no aprenden el Catecismo allí, no lo aprenderán en ninguna parte.

De la materia que se va estudiando hace el maestro una explicación, que luego es objeto de la repetición. Claro es que esta explicación ha de ser acomodada á la clase donde se da, y por lo mismo, á medida que los alumnos van pasando á las clases de Humanidad y Retórica y su capacidad es mayor y sus entendimientos están más despejados, las explicaciones son más extensas, y lo que al principio se hacía casi todo con comparaciones y ejemplos sensibles, ahora se va persuadiendo con sólidas razones que ya se hallan en estado de comprender. Fuera de esta explicación, no hay otra clase especial. Un día fijo á la semana hace repetir el Profesor

el catecismo en las clases en que todavía pueden los niños no saberlo bien de memoria. Y entonces mismo dedica media hora á la explicación, ó más comunmente á una exhortación en que los incita á toda virtud, y les muestra cómo debe proceder prácticamente un cristiano, ya persuadiéndoles que cada día se encomienden á Dios y practiquen las devociones suavísimas y salvadoras del Sagrado Corazón de Jesús, de la Santísima Virgen y del Santo Angel de la guarda; ya enseñándoles á examinar sus conciencias cada día y purificarlas con la frecuencia en recibir los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía; ya inculcándoles la huida de los malos compañeros, infundiéndoles sumo horror al vicio y al pecado, y excitándoles y animándoles á la práctica de las virtudes propias de un ánimo cristiano.

Pero si es verdad que no hay más instrucción religiosa en forma de escuela, el sistema antiguo se esmera en que tal enseñanza no falte en otra forma más eficaz, que empape el entendimiento y el corazón del niño y le haga conocer no sólo especulativamente, sino también prácticamente y con conocimiento de amor nuestra santa religión. Por esto exige del maestro que dedique su empeño á educar los jóvenes de suerte que juntamente con las letras aprendan en lugar preferente las costumbres dignas de

un cristiano. Quiere que en sus conversaciones privadas con los alumnos les inculque estas mismas cosas referentes á la piedad cristiana. Quiere que su especial cuidado durante las lecciones se dirija á aprovechar todas las ocasiones que se le ofrezcan de labrar los ánimos de los niños y de infundirles el amor de Dios y de las virtudes de que necesitamos estar adornados para serle gratos. Quiere que los edifique con los ejemplos de una vida cristiana ajustada á las máximas que tan frecuentemente oyen los discípulos de su boca; vida que es la más elocuente de las persuasiones, el argumento más comprensible para todos y el de más irresistible eficacia. Y porque se trata de una obra en que se ha de enderezar el libre albedrío de los hombres, obra tan elevada que el mismo Dios al ejecutarla "nos trata con gran reverencia," (Sap., XII, 18), obra para la cual no basta por sí sola ninguna industria humana, quiere que el maestro muchas veces recurra á aquella inmensa fuente de Bondad que es Dios, y le encomiende el crecimiento de estas tiernas plantas, de estos hijos queridos que le ha confiado la solícitud de los padres de familia. Por todo lo cual se echa de ver que el sistema antiguo exige del maestro, no que sea distinguido en dar sutiles explicaciones de las materias de la religión, sino que sea un fervoroso cristiano, que

aproveche con exquisita prudencia y constancia incansable cuantas ocasiones y medios tiene á su alcance para estampar el conocimiento y el amor de nuestra santa religión en lo más profundo del alma de sus alumnos. Estas ocasiones son innumerables: ora en medio de la explicación del autor clásico, ora tomando pié de algún acaecimiento público, ya al dar un buen consejo en particular, aprovecha el maestro cristiano la coyuntura para levantar el ánimo del niño á pensar en Dios y en sus deberes; y sus reflexiones dejan tanto más honda impresión, cuanto que al par que breves y oportunas eran más inesperadas.

En las escuelas superiores cesa la enseñanza del Catecismo que es ya entonces bien conocido y entendido; y la única especial instrucción religiosa que en ellas se da son los sólidos principios que acerca de la moral, de la religión y revelación se enseñan en la Filosofía, toda vez que uno de los objetos capitales que la Filosofía no puede dejar de estudiar es el mismo Dios; y para exponer sus atributos que con luz natural se pueden conocer, el maestro cristiano aprovecha las luces que le suministra la revelación. A excepción de ésta, que podremos llamar enseñanza directa de la Religión, no señalan otra los autores antiguos de educación: tan parco como eso es el sistema antiguo. Empe-

ro, cuán parco y al parecer de algunos quizá escaso se muestra en la instrucción directa, otro tanto es siempre abundante en la práctica y en el espíritu cristiano; y por eso quiere que en este período no cese la práctica de la Religión; sino que, como en el anterior, el maestro esté siempre atento á aprovechar cuantas ocasiones se le ofrezcan dentro y fuera de las lecciones para dirigir los ánimos de sus oyentes al conocimiento y amor de Dios y á la práctica de las virtudes; por eso encarga que las ciencias humanas se enseñen cristianamente, levantando los corazones á Dios al contemplar las obras de sus manos, pues que según la enseñanza del Apóstol los invisibles atributos del Señor, su excelsa divinidad y su eterno poder, resplandecen con clara luz á los ojos de quien profundiza en el conocimiento de las cosas criadas. Así, la Física con sus incógnitos fluidos, la Química con sus misteriosas afinidades, las Matemáticas con su absoluta precisión que satisface el anhelo del entendimiento humano criado para contemplar la exactitud y el orden; la Historia Natural con sus maravillosos objetos, sea en la naturaleza muerta, sea en el incomprendible reino de la vida, la Astronomía, con el asombroso concierto de sus movimientos, realizando el ideal de la precisión matemática y empezando con sus incalculables distancias á

dar al espíritu humano alguna idea de la inmensidad de Dios; todos estos estudios tratados como conviene, indirectamente conducen al alumno á que aprenda á elevar todos sus pensamientos y á enderezar todas sus acciones hacia el que es primer principio y último fin de todas las cosas, al servicio y agrado de aquel Señor á quien todo el universo visible con muda pero elocuente voz le enseña á servir y obedecer.

§ III

Hasta aquí hemos hablado de la instrucción que da el Colegio cristiano en materia de religión.

Pero como quiera que el sistema antiguo obra en la persuasión de que no son bastantes las instrucciones dadas al entendimiento para cumplir con el deber que tiene la escuela de educar los alumnos cristianamente, se esmera sobre todo en hacer frecuentar las prácticas de piedad. Estas son de dos clases: las unas que proporcionan la gracia actual despertando las potencias del hombre para que coopere y cumpla la voluntad del Señor: las otras son las que

en sí mismas dan y aumentan la gracia santificante, fortalecen el alma para los combates espirituales, y la hacen levantarse cada vez más y adelantar en la santidad. Las primeras son la oración y la palabra divina: las segundas son los sacramentos. El maestro en sus instrucciones, en sus conversaciones y en toda su comunicación con los alumnos, hace conocer á éstos cuánta es la necesidad que padece el hombre, cuánta su flaqueza en resistir á los enemigos de su alma, cuántos los riesgos que corre, cómo ningún bien conducente para la vida del cielo puede ejecutar sin el auxilio de Dios, cómo aun los bienes temporales para los cuales parece que tienen proporción sus esfuerzos, muchas veces se le escapan de las manos después de haber puesto todos los medios que la prudencia parecía sugerir para conseguirlos; y el niño, cuando ha comprendido aquella suprema ley puesta por el divino Hacedor, que los bienes más preciosos que puede lograr el hombre no se consiguen en la providencia ordinaria sino mediante la oración, se aficiona á levantar su corazón á Dios cada día para pedirle los bienes que necesita y darle gracias por los beneficios que ya tiene recibidos; y busca sus poderosos valedores para con Dios en la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, á la Santísima Virgen María y á su Angel Custodio, devocio-

nes que el Colegio cristiano como las más fundamentales se esfuerza en hacer conocer, amar y practicar á sus alumnos.

Y porque el acto más augusto de culto en la Religión cristiana es el santo sacrificio de la Misa, en el que cada día se pone de nuevo en medio de nosotros nuestro adorable Redentor y se inmola en sacrificio para aplacar al Eterno Padre por las maldades del mundo, aguardando en aquel trono de gracia para dispensar á los mortales sus copiosas misericordias, no quiere en manera alguna el antiguo sistema privar á sus educandos de este inmenso tesoro; y así los enseña á asistir todos los días como fervorosos cristianos á aquel sacrosanto misterio, y á pedir y conseguir allí fuerzas y virtud para su corazón y copiosa luz y sabiduría para su entendimiento, sacándolas de aquella fuente de santidad y abismo en que están encerrados los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios.

Pero el hombre es de su naturaleza tan apegado á las cosas de la tierra que por puntos se le están entrando por los sentidos, que si no tiene quien le recuerde las cosas del cielo, y le ponga á la vista sus obligaciones para con Dios y para con su alma, fácilmente las llega á descuidar y aun á echarlas casi del todo en olvido con daño suyo eterno é irremediable. Por esto le es necesario oír de nuevo las eternas verda-

des y ser de nuevo excitado por las santas máximas de nuestra religión; y á tal necesidad ha proveído nuestro divino Redentor haciendo que abundase entre sus fieles la divina palabra, ora en sermones, ora en pláticas y ejercicios espirituales, ora en escritos insignes de piedad que no buscan el apacentar curiosamente los ingenios, sino el mover los corazones y arraigarlos sólidamente en la virtud y santidad de la vida. Ninguno de estos medios descuida el maestro católico; hace que sus discípulos oigan el sermón con frecuencia durante el año, y más á menudo aún durante la Cuaresma; no deja de procurarles el beneficio de los ejercicios espirituales; y así como les infunde horror y abominación á todo escrito que pueda pervertir su fe ó contaminar su corazón y sus costumbres, así al mismo tiempo les recomienda y les hace estimar altamente la lectura de libros espirituales y particularmente de las vidas de los Santos.

En esta escuela aprende el niño teórica y prácticamente á enderezar todas sus acciones á Dios desde el momento en que se levanta por la mañana: la misma clase se santifica invocando siempre al principio de ella con una oración pública la protección de Aquel que es "Señor de las ciencias," para que guíe y esclarezca los entendimientos en el estudio de la verdad. Allí es también donde oye rezar todos los sábados

las Letanías de la Santísima Virgen para conciliarse de este modo el auxilio de aquélla á quien la Santa Iglesia saluda como "Trono de la Sabiduría."

Sobre todos estos medios que nos procuran con eficacia los auxilios divinos, hay otros que por el mismo hecho de ser practicados, infunden la gracia de Dios en el alma y la levantan á una vida más que humana, que es la vida del orden sobrenatural: ya hemos dicho que son los sacramentos. El colegio católico enseña á sus alumnos á recibirlos con las debidas disposiciones, y exige de ellos que por lo menos una vez al mes se acerquen al santo tribunal de la Penitencia. Tratándose de niños de familias cristianas, á quienes todas las demás partes de la educación les dirigen hacia Dios, no es decible el fruto que de la frecuencia de los sacramentos reportan. De allí salen con nuevos bríos para sus tareas, con fuerzas centuplicadas para corregir sus faltas, paz y sosiego en el corazón, y amor á Dios y á la virtud. El medio más eficaz por el cual donde quiera que existan sobresalen los Colegios verdaderamente católicos en orden y moralidad, es la frecuencia de los santos sacramentos recibidos con la conveniente preparación.

Todavía dispone el Colegio de otros medios auxiliares que coadyuvan en gran manera y

sostienen los hasta aquí enumerados. El más poderoso de estos es el establecer entre los alumnos la Congregación de San Luis y de la Inmaculada, y la del Sagrado Corazón de Jesús. Y de estas Congregaciones nos limitaremos solamente al nombre, pues querer tratar el asunto como se merece nos llevaría muy lejos de la brevedad que pide nuestro plan; y hablar poco de ellas sería no corresponder á su importancia y dignidad. Sus elogios y frutos pueden verse, entre otros, en Cretineau-Joly, *Hist. de la Compañía de Jesús*, tomo V. capítulo V; el P. Delplace. S. I. *Histoire des Congrégations de la Sainte Vierge*; y el P. Franchet, S. I. *Directoire des Congrégations dans les Colléges*.

dados de las cualidades que á este fin los habilitan. Ya en un establecimiento católico no podrá ser conveniente para Profesor del colegio un sujeto determinado, si en él no concurren las necesarias cualidades de religiosidad, celo, laboriosidad y constancia, si no se le reconoce el hábito ó á lo menos aptitud para adquirirlo por medio del ejercicio, de dominar y gobernar bien la clase, y otras circunstancias que pertenece á la prudencia determinar y conocer. En nuestro caso, en que además se trata de plantear el sistema antiguo de enseñanza, se requieren algunas otras condiciones que vamos á enumerar.

En primer lugar ha de tener el Profesor conocimiento del sistema antiguo y firme y resuelta voluntad de ponerlo por obra en cuanto sea posible. Es necesario el conocimiento, porque nadie puede enderezar sus pasos hacia un término que no ve, ni sabe donde está, ó para llegar al cual no conoce el camino. Claro está que no exigimos que los Profesores estén educados según el método antiguo: eso sería pedir ahora casi lo imposible: basta que lo conozcan, lo estimen, y estén resueltos á practicarlo: la experiencia de los sabrosos frutos que se recogen en semejante tarea les harán amarlos cada vez más, y sus discípulos que lleguen más tarde á desempeñar el cargo de Profesores acabarán

CAPÍTULO III

LA ELECCIÓN DE PROFESORES

§ I

EN un colegio, es punto de la más alta importancia la elección de Profesores, puesto que el Director no puede llevar el colegio por sí solo. Los que han de estar incesantemente en contacto con los niños son los Profesores; y lo que llevamos dicho en el capítulo anterior acerca de la religión bastaría para demostrar el importantísimo papel que desempeña el Profesor en un establecimiento de enseñanza.

Preciso se hace, pues, procurar en cuanto es posible que los Profesores que han de coadyuvar á los esfuerzos del Director estén ador-

la obra que por completo no hayan podido ellos realizar. — La resolución y constancia en la voluntad es tanto más necesaria, cuanto que el ejercicio de este método ha de tropezar al principio con dificultades y oposiciones, las cuales se dejan ya sentir mucho antes de que se perciban los frutos. Si no hay, pues, firmeza para arrostrar los obstáculos con la vista fija en el precioso bien que se espera reportar, llegarán casos en que el maestro desistirá de su intento, se amoldará á los métodos modernos y perderá todo el fruto de sus trabajos pasados y la esperanza de la buena educación de la juventud.

En segundo lugar, es de todo punto necesario que haya concordia en las voluntades, porque sin gran unidad entre los que han de concurrir á aplicar el sistema, entre el Director y los Profesores, será muy penoso el trabajo; pues á las dificultades inherentes á la empresa, y á las extrínsecas que de varias partes les sobrevendrán, se añadirá esta interior división, que sola ella basta para inutilizar los más nobles esfuerzos. Una rueda que no gire en un mecanismo detiene toda la máquina; un solo miembro alterado en sus funciones hace que esté enfermo todo el hombre.

En tercer lugar, se requiere la unidad del Profesor. El antiguo método tiene acerca de los Profesores una tendencia que si en un colegio

se reduce á la práctica, contribuirá extraordinariamente á los adelantos intelectuales y morales de los alumnos. Es la de poner en cada clase un solo Profesor que enseñe todas las asignaturas del curso. De esta norma se separa más fácilmente al llegar el período de las ciencias; pero la mantiene con inviolable fidelidad hasta haber dado fin á la Retórica. Las razones en que se funda merecen ser tomadas en cuenta.

Por de pronto, la multiplicidad de Profesores que tienen ingerencia en una clase de niños de poca edad, aunque á primera vista aparece ventajosa para el adelanto literario por poderse dedicar mejor cada maestro á su asignatura, según el principio de la división del trabajo; no obstante, cuando se mira con más reflexión, se ve que es verdaderamente pernicioso. Cada Profesor, por lo mismo que no tiene más que un ramo á que atender, procede con entera independencia del otro, y así no puede haber unidad en la enseñanza. En vez de considerar en estas primeras clases las lenguas y literaturas clásicas como centro alrededor del cual se agrupan las demás asignaturas, como estudios principales á quienes coadyuvan los demás, que es la idea del sistema antiguo, cada maestro considera su asignatura como principal, redacta extensos programas y textos voluminosos, y exige de los alumnos tantos conocimientos, como

si no tuviesen otra cosa que estudiar más que su propia asignatura. Es, pues, la multiplicidad de Profesores la causa más eficaz del recargo excesivo de los estudios que como vicio del sistema moderno hemos expuesto largamente en el capítulo IV de la primera parte. Olvidando así el fin de los estudios de segunda enseñanza, que es preparar y desarrollar las facultades del alumno, el Colegio parece convertirse en una especie de Universidad en pequeño, en donde todas las materias se enseñan por completo; pero como las facultades del niño son limitadas y todavía están por formar, el efecto que de aquí procede es que no pudiendo estudiar para satisfacer á todos, estudia más en la clase de aquel Profesor que se muestra más exigente, con daño de las demás asignaturas. Y como ni aun así se alcanza á preparar bien la enorme cantidad de conocimientos que los programas requieren, se sigue también de aquí que los Profesores, después de haberse espaciado á su sabor en textos y programas para hacer ver al público que poseen el ramo que enseñan, tienen que cercenar gran cantidad de materia en la preparación de sus exámenes, y acostumbran así al alumno á presentarse en el examen no animado por la certidumbre moral de que se halla bien preparado, sino contando con la benevolencia del Profesor. No podía inventarse

medio más apto para minar por su base la aplicación al estudio. Esto es lo que fomenta aquella gran tendencia que se observa hoy día de frecuentar los estudios, no por adquirir en ellos los sólidos conocimientos y la verdadera ciencia que dirige después al hombre en el gobierno de la vida, sino para ganar cursos y obtener títulos que faciliten una colocación ó un ascenso en los cargos gubernamentales. Todo lo contrario sucede cuando el Profesor es único en la clase. Entonces él da la importancia debida á la asignatura principal, y los alumnos saben que á ella han de dirigir su mayor esfuerzo; y como por otra parte palpa cuán pequeños son los vasos donde ha de infundir la doctrina, no se excede en la cantidad de materia que les da de los otros ramos. Así los discípulos si bien tienen menor cantidad de ciencia nominal en el programa, en cambio la poseen realmente, y saben que no impunemente pueden llegar al examen sin saber todo lo que se les ha exigido. Por donde se aguija su diligencia para que sacudan la flojedad, y se alienta su ánimo con la certeza de que no es imposible de cumplir la tarea que se les ha señalado.

Además de esta razón, que salta á la vista y se ve á cada paso comprobada por la experiencia, hay otras varias que persuaden la unidad del Profesor. En primer lugar, si el Profesor es

uno solo, puede atender muy bien á las necesidades de la clase, y llevar adelante la formación intelectual y moral de sus discípulos. Aquel contacto de varias horas al día en diversos ejercicios y en el desempeño de diferentes obligaciones, hace que el maestro se dé cuenta exacta del alcance de las facultades de cada alumno, de sus inclinaciones y aptitudes, y ve dónde hay que animar y alentar, dónde es necesario refrenar, qué faltas piden corrección, qué ejercicios convienen á la clase en general ó á tal ó cual discípulo en particular. Y teniendo en su mano la clase entera, ordena el estudio de las materias y los ejercicios generales y particulares de modo que quede remediado el daño y realizado el adelanto que sus investigaciones le han dado á conocer. El conocimiento de las sobredichas circunstancias y la potestad para obrar con arreglo á ellas son cosas necesarias para llevar á buen término la formación del niño; y ni lo uno ni lo otro es posible que se obtenga cuando el Profesor sólo durante unas cuantas horas en la semana ve á sus discípulos, á los que despues no ha de volver á tratar. En semejante situación, el mejor Profesor se limitará á hacer mantener estricto orden en su clase, y obligar á los alumnos á que preparen con diligencia las lecciones. Pero de esto á conseguir el objeto final, que es la edu-

cación, hay una inmensa distancia. Tal método concedemos que no tenga inconvenientes cuando se trata de los estudios de Facultad mayor y aun de las últimas clases de la segunda enseñanza, donde se supone ya formado el alumno; pero en las clases primeras, donde los alumnos son niños de corta edad, cuyo cultivo, como de delicadas plantas, exige el más cuidadoso esmero; niños que han de recibir allí su primera formación; cualquiera ve que ese método imposibilita totalmente el fin principal que se pretende.

Mas no sólo adquiere el Profesor conocimiento exacto de las necesidades de los alumnos y dispone de medios con que subvenir á ellas; sino que además, el trato continuo con los niños, el cuidado constante de atender á sus adelantos y al desarrollo de su carácter, engendra y nutre en el ánimo del Profesor un cariño que no tiene otra semejanza que la del amor de padre, que se afana y desvela por el bien de sus hijos. Y este cariño é interés que se manifiesta en todas ocasiones es patente para los discípulos, cuyos ojos, por más que se hallen en aquella tierna edad, son sumamente perspicaces para discernir con certero juicio las cualidades de toda persona que trata con ellos inmediatamente. Así es como en la clase se establecen lazos recíprocos de cariño paternal por

una parte, y por otra de amor y respeto filial, estrechas y cordiales relaciones cuyos afectos se conservan siempre en la memoria de los que han tenido la dicha de pasar por tales escuelas, y contribuyen en gran manera á dar aliento para el trabajo y á formar el corazón y la recta voluntad.

En tercer lugar, nada contribuye tanto al logro de los esfuerzos hechos para educar á los niños, como la creación de hábitos de estudio y de trabajo. Y puesto que el hábito se forma con la repetición de actos semejantes, claro es que el sistema de gobernar toda la clase inferior por medio de un solo maestro obtiene mejor que ningún otro ese resultado. Un maestro es constante consigo mismo, tiene siempre un mismo modo de proceder, sigue un orden determinado en los ejercicios de la clase, y enseña siempre las mismas doctrinas. Y si á pesar de eso se nos dice que puede tener sus inconstancias y mudanzas que sean dañosas al ánimo de los niños; fácil es de ver cuánto más perjudicial será entregar á la vez aquellos corazones aun no formados en manos de tres ó cuatro Profesores, que tienen cada uno su método propio, su manera especial de regir la clase, sus especiales aficiones y muchas veces contrarios pareceres sobre unas mismas materias de que todos han de hablar á los niños. El

niño en su tierna edad no reconoce más que dos autoridades: el padre en casa, y el maestro en la escuela. De donde proviene que al encontrarse con aquella diversidad y discordancia, no sabe á quién inclinarse definitivamente y concluye por no formar hábito alguno que más adelante le pueda fortalecer y dirigir.

Finalmente, el mismo orden exterior, que es un poderoso elemento para el progreso intelectual de los niños, queda alterado y perturbado cuando son muchos los que han de influir en una misma clase. Ya hemos visto cómo en semejantes circunstancias, de nada puede adquirirse hábito, pues lo que el uno hace el otro lo deshace. Pero además de esto, es preciso añadir que entre cuatro Profesores que intervengan en la clase, no siempre será fácil hallarlos tales, que todos sepan mantener debidamente el orden; y cualquiera de ellos que en esta parte flaquee dejará sentado un mal precedente para los que le suceden, hará nacer en el ánimo de los alumnos la persuasión de que hay ocasiones en que impunemente se puede promover desorden en la clase, y será por lo tanto causa de que pierdan el saludable respeto que inspira la escuela á los niños bien disciplinados. Y si en el caso presente se dice que mayor daño se seguiría si el Profesor único es incapaz de mantener el orden, que si lo es alguno de los

parciales, responderemos no ser esto exacto, porque aquel Profesor queda enteramente inhabilitado para aquella clase y forzosamente habrá de ser sustituido por otro. De suerte que el daño de ser el Profesor impotente para mantener el orden conveniente, daño capaz de arruinar una clase en lo intelectual y en lo moral, no es posible que dure con el sistema antiguo, mientras que con el sistema de Profesores parciales, se puede perpetuar durante largos años esa verdadera gangrena para un establecimiento de educación.

La instrucción, pues, los hábitos, el orden y disciplina y el trato íntimo entre maestro y discípulos, reportan grandes provechos si en la escuela hasta pasados los primeros años no hay más que un solo Profesor en cada curso. Si todas estas razones ya son de peso, lo que en el capítulo anterior hemos dicho acerca de la religión las esfuerza de manera que fácilmente se descubre ser poco menos que absoluta la necesidad de esta unidad de Profesor. La mayor parte de la educación religiosa depende del maestro, y sólo por su cooperación pueden tener eficacia los medios que corresponden al colegio. Pues siendo así que para aplicar todos estos medios se requiere interés especial por los alumnos, trato continuo con ellos, y de parte de los mismos alumnos respeto á la vir-

tud y plena confianza en la persona del Profesor, es manifesto que todas estas condiciones apenas y sin apenas se pueden reunir en ninguno de los Profesores, cuando son varios los que entran en una clase.

Por las razones expuestas se verá cuán fundado va el antiguo sistema al establecer que en cada curso y en cada clase de las inferiores no intervenga más que un solo Profesor, y que, en cuanto sea posible, el mismo Profesor tome los niños al entrar en la clase de rudimentos, suba con ellos y los acompañe en todos sus estudios, y sólo los deje al salir de la clase de Retórica para pasar al segundo período de la enseñanza. Esta última práctica trae consigo, además de las ya enumeradas, la gran ventaja de evitar un daño que por experiencia conocen cuantos se han dedicado á la enseñanza. En conocer al Profesor, acostumbrarse á su método y entender sus explicaciones, pierden los niños al empezar cada curso un tiempo precioso, mayor todavía que el que necesita el Profesor para hacerse cargo de la disposición, índole y necesidades de cada uno de sus discípulos. Las mismas enseñanzas, repetidas por distinta voz y con distintas palabras, les hacen aparecer las cosas ya conocidas como si fuesen nuevas y por primera vez se hubiesen de aprender. Este inconveniente se evita del todo cuando ni el Profesor

ni los alumnos tienen que hacer este trabajo preliminar. Todos son entonces una misma familia que pasado el tiempo de descanso reanuda sus tareas, y sigue siempre adelante sin estorbo ni interrupción.

§ II

A todas estas razones opondráse sin duda la siguiente dificultad. Bien parece desde lejos la pintura de un maestro que según el antiguo sistema está enteramente ocupado en trabajar para su clase, ora en preparar las explicaciones tan completas como en la segunda parte se han detallado, ora en acomodar las composiciones á la capacidad y adelantos de sus alumnos y en corregirlas, ó en disponer trabajos extraordinarios para los más aventajados; y según este último perfil de la unidad de maestro en cada clase, se pasa las cuatro ó quizá las cinco horas diarias en compañía de los niños en el aula. Pero todo esto supone maestros que ocupen todo el tiempo de que pueden disponer en la enseñanza, que consagren su vida y todas sus fuerzas (y á fe que se necesitan bien robustas) y que se ofrezcan con invencible paciencia á la

tarea de educar unos cuantos niños. Y semejantes hombres ¿dónde se encuentran?

Señalar como se señalan en la presente dificultad los oficios del maestro, y las relevantes cualidades de virtud, de abnegación y constancia que tales oficios requieren, es trazar el ideal del maestro cristiano, y con el mismo pincel bosquejar la figura de lo que son y han sido siempre las Órdenes religiosas docentes. Aquel religioso que habiendo renunciado al mundo no espera ya de él ningún medro personal, ni más recompensa quizá que la persecución y el destierro, que no tiene que atender á la subsistencia y comodidades propias ni á las de su familia, cuyo sereno ánimo jamás se mezcla en contiendas ni descende á los revueltos campos de la política; cuyo tiempo, cuyos afanes, cuyo trabajo y su mismo corazón está repartido únicamente entre el amor de Dios y sus alumnos; aquél es justamente el maestro que la objeción iba buscando. Si ama la ciencia, es para sus discípulos; si se dedica al trabajo, es para sus discípulos; si tiene cuenta con el tiempo como un avaro con su tesoro, es para sus discípulos: su vida entera está concentrada en la clase; allí descansan sus pensamientos, y más allá del bien que en este ministerio puede hacer á sus alumnos, ninguna cosa desea.

Por donde se ve cuán errados y cuán injus-

tos han andado los que en la moderna edad han declarado á las Órdenes religiosas ineptas para enseñar. Las Órdenes religiosas docentes, por la misma naturaleza de su instituto, y aún suponiendo en todo lo demás iguales circunstancias de saber y virtud, son evidentemente más aptas para enseñar que cualquier reunión de Profesores. Los padres de familia no reconocen otros educadores en cuyas manos con más confianza depositen el tesoro de sus hijos. Los mismos impíos que en algunas naciones les han hecho la guerra por espíritu de secta han dado testimonio á la verdad en conversaciones privadas y á veces haciendo que sus hijos y allegados se educasen bajo la dirección de los religiosos. Pero el espíritu sectario, el influjo exterminador de la masonería y el odio contra la Religión, ha prevalecido en lo público sobre toda razón y convencimiento, y esos mismos hombres han sancionado leyes inicuas de expulsión, y han repetido en periódicos y folletos lo que ellos estaban bien lejos de creer.

Volviendo ahora á la dificultad, es mucha verdad que para el ministerio de la enseñanza se necesitan hombres resueltos y abnegados; y esto prueba que, como todas las empresas de importancia, la empresa de la educación exige sudores y fatigas. Sin trabajo no se consigue ningún insigne resultado; y más si ha de ser tan

estable y duradero como el fruto de la buena educación. Pero al fin, aun entre los seglares, cierto es que la semilla de los hombres que se resignan á vivir ignorados del mundo, conocidos sólo de sus discípulos y esclavos de su obligación, no se ha extinguido todavía, y si hubiera quien los buscase y favoreciese, no faltarian tales Profesores, que son el más firme sostén de cualquier colegio.

Pero se replicará, ya que se hallen quienes se decidan á soportar el trabajo que lleva consigo semejante tarea, es imposible que haya Profesor apto para enseñar á un tiempo á toda la clase la multitud de asignaturas que en un mismo curso tienen que aprender; y mucho más imposible, si, como ya se ha insinuado, se hace que el Profesor acompañe á la clase desde los rudimentos de Gramática hasta acabar la Retórica. — En el sistema antiguo ninguna dificultad hay en esta parte: las materias que corresponden á los años de educación literaria son tan afines y homogéneas entre sí, que no hay dificultad en que un mismo Profesor las posea y las enseñe todas. Si el sistema moderno tropieza con esta dificultad, cúlpese á sí mismo por haberse empeñado en hacer aprender al alumno una enciclopedia distribuida lo más indigestamente que ha sido posible. De todos modos, para el intento de que se trata ni aun

así es insuperable la dificultad, aunque no dejaremos de confesar que sea notable. Pero si el Director reparte las materias en el mejor orden posible, como en el capítulo siguiente indicaremos; si el Profesor se resuelve á emplear su trabajo en estudiar asiduamente los ramos de que se trata, podrá enseñarlos bastante bien; y si acaso en la exposición de alguna asignatura no llega á los primores adonde un Profesor únicamente dedicado á ella podrá llegar, aun entonces la enseñará con más fruto á los alumnos; puesto que, como ya lo llevamos dicho y no nos cansaremos de repetirlo, en la enseñanza secundaria no es lo principal que se pretende el cultivo material de la inteligencia, sino el formal. El formal ya hemos visto cuánto gana con la unidad de Profesor. Y por lo que toca al mismo cultivo material, muy bien se ha dicho que con más facilidad se encontrarán maestros que sean capaces de enseñar bien la multitud de ramos de estudio que tocan á cada curso, que discípulos que puedan bien aprenderlos.

CAPÍTULO IV

DISTRIBUCIÓN DE LOS ESTUDIOS

§ I

DESPUÉS de haber examinado lo perteneciente á la formación cristiana del corazón, parte principalísima en la educación, del joven, y á la elección de los Profesores pasaremos ahora á hablar de la concertada distribución de los estudios, medio necesario para el debido cultivo del entendimiento. Cuanto toca á esta materia lo hemos expuesto largamente antes de ahora: el recargo de asignaturas y lo absurdo del método simultáneo en los capítulos IV y V de la primera parte; la división que se debe hacer en dos períodos, y

así es insuperable la dificultad, aunque no dejaremos de confesar que sea notable. Pero si el Director reparte las materias en el mejor orden posible, como en el capítulo siguiente indicaremos; si el Profesor se resuelve á emplear su trabajo en estudiar asiduamente los ramos de que se trata, podrá enseñarlos bastante bien; y si acaso en la exposición de alguna asignatura no llega á los primores adonde un Profesor únicamente dedicado á ella podrá llegar, aun entonces la enseñará con más fruto á los alumnos; puesto que, como ya lo llevamos dicho y no nos cansaremos de repetirlo, en la enseñanza secundaria no es lo principal que se pretende el cultivo material de la inteligencia, sino el formal. El formal ya hemos visto cuánto gana con la unidad de Profesor. Y por lo que toca al mismo cultivo material, muy bien se ha dicho que con más facilidad se encontrarán maestros que sean capaces de enseñar bien la multitud de ramos de estudio que tocan á cada curso, que discípulos que puedan bien aprenderlos.

CAPÍTULO IV

DISTRIBUCIÓN DE LOS ESTUDIOS

§ I

DESPUÉS de haber examinado lo perteneciente á la formación cristiana del corazón, parte principalísima en la educación, del joven, y á la elección de los Profesores pasaremos ahora á hablar de la concertada distribución de los estudios, medio necesario para el debido cultivo del entendimiento. Cuanto toca á esta materia lo hemos expuesto largamente antes de ahora: el recargo de asignaturas y lo absurdo del método simultáneo en los capítulos IV y V de la primera parte; la división que se debe hacer en dos períodos, y

qué estudios corresponden al primero, en el capítulo I de la segunda parte, las materias del segundo período en el cap. X.

Si el Director de un establecimiento privado de segunda enseñanza fuese enteramente libre para fijar el orden de las materias, no habría más que decir sino recomendar que siguiera en todo la división indicada. Mas como toda casa de educación de esta naturaleza experimenta el influjo oficial que la encadena más ó menos estrechamente á un orden determinado, no es posible atenerse estrictamente á esta norma general; y así, en cada caso particular ha de ser la prudente consideración la que determine el orden que se debe seguir en el estudio, atendiendo á la mayor ó menor libertad en que le dejan los reglamentos oficiales. Siempre, no obstante, se ha de tender con todas las fuerzas á evitar absolutamente la mezcla de los dos grupos de asignaturas correspondientes al primero y segundo período. De estas materias las unas ejercitan principalmente la memoria y la imaginación y favorecen el desarrollo del buen gusto; las otras suponen ya acabada y completa la primera formación, y se dirigen casi exclusivamente á perfeccionar el entendimiento y enriquecerlo con noticias positivas. La mezcla de estos dos órdenes de estudios no puede menos de ser funesta y hacer estériles los trabajos de-

dicados á entrambos; por lo cual en ciertas naciones, como en Alemania, los dos órdenes están separados, no sólo en diversos cursos, sino en diversos establecimientos.

Como se ve, esto no son más que indicaciones generales, que son las únicas que comporta la naturaleza del asunto, siendo tan diversas las circunstancias de cada región; siendo por otra parte tan variables como son los planes de enseñanza bajo el régimen liberal, y difiriendo tanto entre sí, que el plan subsiguiente cercena ó quita del todo las facultades que concedió el antecedente, aunque todos llevan siempre consigo la inestabilidad, marca perenne é indeleble del error. Empero, lo que tratando el asunto en general no se puede hacer, es de suma trascendencia que se haga en cada caso particular: que el Director del establecimiento, antes de abrir por primera vez los cursos, ó si se trata de un establecimiento que ya esta funcionando, antes de renovarlos, considere atentamente las circunstancias; y después de madura reflexión y tomando consejo de los Profesores que ha de tener, determine el orden de enseñar las asignaturas que más convenientemente pueda satisfacer las exigencias del reglamento oficial sin sacrificar nada ó sacrificando lo menos posible del sistema recto y sólido; y que pasado algún tiempo, lo considere de nuevo

§ II

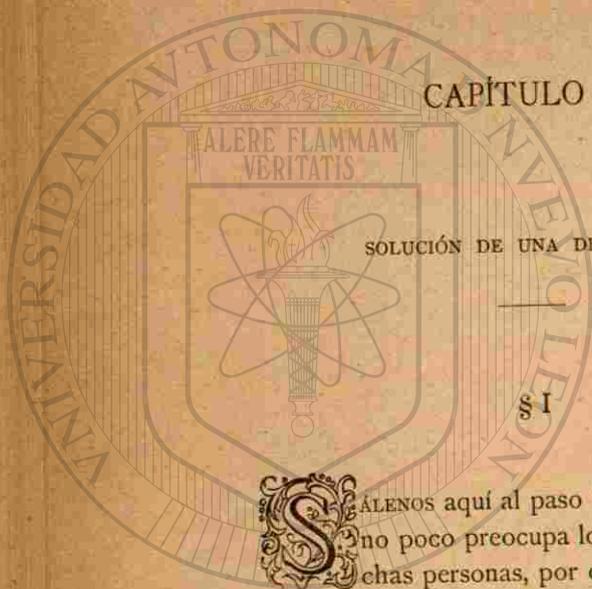
De gran trascendencia es asimismo la elección de los autores de texto. El libro de texto es un guía para el alumno; pero su influjo no sólo se deja sentir sobre los niños, sino también sobre el Profesor. Si en este libro se vierten ideas falsas, por lo menos tendrá el Profesor que mostrar cuáles son y precaver á los discípulos del funesto efecto que en sus ánimos producen cuando van contra las verdades de la Religión, y muchas veces ni aun la autoridad del maestro es bastante para deshacer el mal que el libro ha hecho. El libro lo tiene el estudiante á la mano, lo lee, lo aprende de memoria y se queda con sus ideas; mientras que la corrección del Profesor la oye una vez, y aun suponiendo que atienda á ella y sepa bien sobre qué versa, la memoria de ella desaparece porque no la vuelve á repetir. Por otra parte, la posición de un Profesor que á cada paso tiene que contradecir al texto en la clase es muy desagradable; y á la larga, la misma autoridad del maestro se debilita, y el alumno se va persuadiendo de que el maestro se equivoca ó tiene tema con el libro,

pues que no parece posible que en un libro impreso y adoptado como texto conveniente para la clase se deslicen tantas cosas falsas. Conviene, pues, que se busquen textos en los cuales la doctrina sea intachable y recto el juicio acerca de las materias de que tratan. Tarea es ésta tan difícil como necesaria, porque especialmente en materias históricas ha sido tanto el empeño que ha puesto la impiedad en desfigurar los hechos más públicos y averiguados, tan tenaz y constante el cuidado de repetir con cien bocas la falsa narración, que hasta hombres de las mejores intenciones al escribir sus textos de Historia dejan en ellos resabios de la impresión que tantas falsedades han causado en su ánimo. Por esta causa la Santidad de León XIII ha recomendado con calor en diferentes ocasiones el estudio de las cuestiones históricas, y animado á los católicos á que se dediquen á escribir obras en que se deshagan tantos errores como en daño de la Religión se han introducido en el campo de la Historia, que han hecho que con fundamento fuera definida "una conspiración contra la verdad," la que según Cicerón debía ser "maestra de la vida y fiel testigo de lo pasado." Y no sólo en el terreno de la Historia, sino en casi todos los ramos corren libros de texto plagados de perniciosas doctrinas, ya de la Filosofía racionalista alemana, ya de las utopías

transformistas ó de los imaginarios cálculos geológicos con que los impíos han querido convertir la geología en máquina contra la religión revelada, ya de los errores del liberalismo reinante; y todos ellos, si no se separan cuidadosamente de manos de la juventud, son una ocasión próxima constante para causar los mayores estragos en aquellos ánimos, que son de cera para recibir y de bronce para conservar hondamente grabadas todas las impresiones. Si la lectura continua de semejantes libros de tal modo cambia el parecer aun de los hombres ya formados, que á la vuelta de algún tiempo los vemos pensar de distinto modo, y juzgar y apreciar las cosas con diversa norma que primero; fácil es calcular qué efecto producirá en aquellos tiernos ánimos que todavía no tienen armas con que defenderse del error.

Quien por ventura crea exagerados nuestros temores, lea el precioso libro del Sr. Orti y Lara titulado *El Catecismo de los textos vivos*, y verá la muchedumbre de perversas enseñanzas con que en esta clase de libros se envenenan las mentes de los jóvenes. Todo cuidado en esta parte será, por lo tanto, poco; cuidese ante todo de esta pureza en la doctrina, de esta rectitud en los juicios: cuando no se pueda obtener un autor exento de toda tacha en materia de tanta trascendencia, empléese cuanto tra-

bajo sea menester ó en componer otro autor de texto ó en arreglar extractos expurgados de las malas doctrinas. Y aunque el Profesor haya de trabajar mucho, aunque los discípulos en vez del texto impreso, hayan de tenerlo litografiado, poligrafiado, ó quizá copiado á mano, no será trabajo perdido: la solidez de los conocimientos y la formación del corazón ganará con la pureza de la doctrina; porque no puede haber verdadera perfección ni siquiera para el entendimiento del hombre en la doctrina falsa; y falsas son todas las doctrinas que militan contra la Religión.



CAPÍTULO V

SOLUCIÓN DE UNA DIFICULTAD

§ I

SALENOS aquí al paso una objeción que no poco preocupa los ánimos de muchas personas, por otra parte deseosas de contribuir en cuanto está en su mano á la buena y sólida educación de la juventud. Un colegio, dicen, que pretende distinguirse de la generalidad de los demás, que distribuye las materias con otro orden del que tienen en el plan oficial, que toma el latín como lengua usual de las clases, y parece que no da importancia á las cosas del día, á las matemáticas, á la física y química, á las ciencias naturales, irremisiblemente se quedará despoblado.

Este suele ser el primero y el más terrible enemigo que asalta el ánimo de cualquiera persona puesta al frente de un establecimiento de enseñanza, y una vez apoderado de él, le ata las manos para todo lo que sea pensar en apartarse de la rutina del método moderno. Y á la verdad, el que dirige un establecimiento se halla ocupado en una empresa seria y de trascendencia, ligada con altísimos intereses, y no puede proceder de ligero, ni dejarse mover por razones de poco peso; ha contraído solemnes compromisos con los padres de familia, ofreciéndose á llevar los niños al feliz término de sus estudios, y no se ha de aventurar imprudentemente á frustrar este intento. Agrégase á esto que tales empresas llevan consigo intereses materiales que no se pueden descuidar ni arriesgar so pena de graves pérdidas. Pues hallándose los establecimientos de enseñanza en la opresiva dependencia en que los suele colocar la centralización liberal, un cambio tan radical en el plan de estudios como es el que exige el sistema antiguo, no puede menos de acarrear el mal resultado de los exámenes, y como consecuencia de él, la pérdida de la confianza de los padres, que forzosamente retirarán sus hijos, de donde no puede menos de seguirse la inevitable ruina del colegio.

Vamos á ensayar la solución de ese argu-

mento Aquiles de los tímidos y desconfiados que quieren transigir con el espíritu moderno para librarse de su persecución.

En primer lugar, es preciso que eliminemos de la presente cuestión el pensamiento de la ganancia temporal. Si algún Director de establecimiento hubiera fundado una casa de estudios con el intento principal de hacer un buen negocio, nada podrían para con ese ánimo nuestras razones, ni á él van dirigidas.

Suponemos, pues, que se trata de establecer ó conservar el colegio por deseo de ayudar á la juventud, dándole cristiana y sólida educación. Y en este caso, poniendo las cosas en el último extremo, ¿que es lo que puede suceder? ¿Que el colegio se vea expuesto á tener que cerrarse y perecer víctima de la persecución de los impíos, si no se acomoda al método moderno? Aun en tal caso, rara vez serán las circunstancias tan apremiantes que no dejen algún remedio; y si lo hay, y si el colegio, adaptándose á las exigencias é imposiciones que en sí no sean intrínsecamente malas, ve que puede más adelante librarse de aquella vejación y recobrar su primer modo de ser, será más conveniente soportar de este modo una violencia que no se puede evitar. Así se mantendrán aún unidos Profesores y alumnos, y por esta parte será fácil levantar después de nuevo el colegio; aun-

que no conviene tampoco echar en olvido la dificultad que se experimentará más tarde cuando después de acostumbrados maestros y discípulos á los procedimientos del método moderno, que siempre lleva menos trabajo, hayan de volver á los del antiguo, más laboriosos cuanto más fructuosos son.

Empero ¿cuántas veces sucederá que un establecimiento regido con prudencia, dotado de las condiciones convenientes en todo lo demás, se vea en peligro de perecer sólo por el motivo de que ahora tratamos? De mil una. Si se disponen todas las cosas con el consejo y madurez que en el capítulo anterior hemos indicado, es moralmente imposible que el colegio tenga mal resultado por parte de los estudios. Porque todo el empeño del método antiguo va dirigido á disponer las materias en el orden que la naturaleza misma señala, el más á propósito por tanto para ser aprendidas por el alumno. Hay que tener además en cuenta el resultado que indefectiblemente produce en el ánimo de los alumnos la práctica del antiguo sistema, el cual de tal manera excita y fortifica sus facultades, que no parece sino que se le hubieran multiplicado las fuerzas y aumentado la capacidad intelectual: tan admirables son los trabajos que ejecutan desahogadamente aun los de las clases inferiores. Despierta asimismo tan viva

afición al estudio, que por sí sola basta para superar los mayores obstáculos y triunfar de cualesquiera dificultades.

Y aquí cumple notar de nuevo cuán falso es el cargo que se hace al método antiguo de menospreciar los estudios que hoy están á la orden del día, á saber, las matemáticas y las ciencias naturales. Ya hemos hecho ver en el capítulo X de la segunda parte como en virtud de la sólida formación que da durante el período literario, se atreve el sistema antiguo á pedir de sus alumnos conocimientos matemáticos tales que ni los planes de segunda enseñanza más exigentes los incluyen en sus programas. Ahora bastará decir que en los colegios regidos por el mismo sistema, de los cuales hemos visto muchos, no se descuida ninguno de los descubrimientos modernos, y sus gabinetes tanto de Física como de Química y ciencias naturales, están muchas veces mejor provistos que los mismos oficiales, por más que éstos dispongan para su formación y aumento del presupuesto del Estado, y aquellos sean formados sólo merced á los recursos de un establecimiento particular.

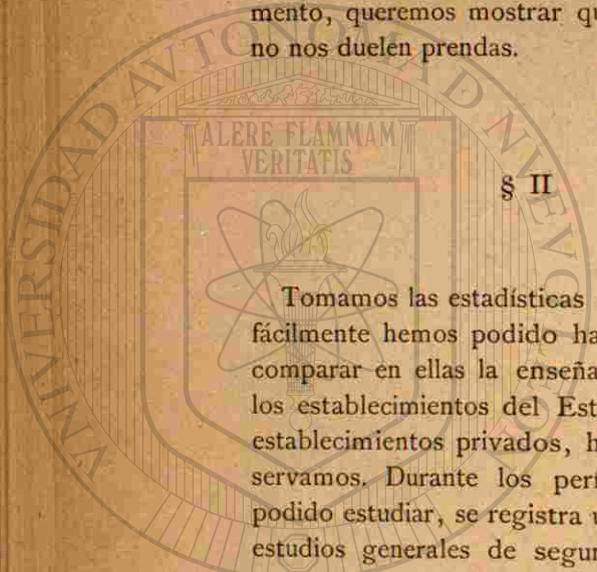
Ahora bien: teniendo un plan que al fin y al cabo abarca las mismas materias que el oficial; unos alumnos cuyas facultades intelectuales se aprovechan enteramente y que tienen decidida

y ardorosa afición al estudio; disponiendo además de los medios auxiliares de enseñanza, que tan superiores son en el método antiguo respecto del moderno, ¿cómo es posible temer racionalmente por el éxito de los exámenes?

Si alguna vez se puede temer con fundamento, será sólo cuando la persecución contra la Religión arrecie tanto, que los enemigos estén dispuestos á acabar con él á todo trance; y en ese caso sería gloriosa su muerte por ser la injusticia manifiesta; y también sería inevitable, porque si los enemigos no lograsen su intento por medio de los exámenes, no les faltarían otros medios de realizarlo. De todos modos, semejantes casos son raros, y tal estado no puede ser durable, por lo mismo que es violento. Lo que naturalmente debe suceder y ordinariamente sucede es que alumnos tan bien preparados salen bien de los exámenes, y que los padres de familia al ver y palpar el sólido adelanto de sus hijos así en lo intelectual como en lo moral, depositan su confianza en el establecimiento que tan buenos frutos produce, y lejos de retirar sus hijos, mueven á otros con su ejemplo y palabras á aumentar el número de alumnos del colegio.

Pero ya oímos replicar: Todo eso son discursos teóricos, que serán muy buenos, pero serían más convincentes si llevaran consigo la sanción

de la experiencia. Vamos, pues, á la experiencia; porque tratándose de una dificultad que á muchos trae preocupados aunque sin fundamento, queremos mostrar que en este asunto no nos duelen prendas.



§ II

Tomamos las estadísticas escolares que más fácilmente hemos podido haber á mano, y al comparar en ellas la enseñanza que se da en los establecimientos del Estado con la de los establecimientos privados, he aquí lo que observamos. Durante los períodos que hemos podido estudiar, se registra un aumento en los estudios generales de segunda enseñanza: la proporción de este aumento es siempre notablemente mayor en la enseñanza privada que en la oficial. Así, en Zaragoza ¹, en el quinquenio que da principio en el curso de 1880-81, hubo en la enseñanza oficial, el primer año, 236 alumnos; el segundo, 244; el tercero, 238; el cuarto, 228; el quinto, 241; término medio del

¹ Instituto de segunda enseñanza de Zaragoza. Memoria del curso de 1884 á 1885, pág. 24.

aumento: 0,52 por 100. Y en el mismo quinquenio, en enseñanza privada, el primer año, 548 alumnos; el segundo, 637; el tercero, 665; el cuarto, 732; el quinto, 721; término medio del aumento: 7,08 por 100. En Barcelona ¹, en los dos cursos de 1884-85 y 1885-86, en enseñanza oficial hubo el primer año, 560 alumnos; el segundo, 540; término medio del aumento: —3,57 por 100. Y en enseñanza privada, el primer año, 2.047; el segundo, 2.210; término medio del aumento: 7,37 por 100. En Valencia ² en el trienio que empieza en 1883-84 en enseñanza oficial hubo el primer año, 649 alumnos; el segundo, 601; el tercero, 575; medio del aumento: —5,68 por 100. En enseñanza privada, el primer año, 601; el segundo, 573; el tercero, 639; media del aumento: 3,23 por 100. Estas cifras demuestran que el número de alumnos aumenta en las escuelas privadas respecto de las oficiales en la notable proporción de 7,08 á 0,52; de 7,37 á —3,57; y de 3,23 á —5,68. No podemos asegurar que la cifra del aumento sea una cantidad constante, pues para hallar la media en cantidad no bastan tan breves períodos como los que hemos podido examinar.

¹ Instituto provincial de segunda enseñanza de Barcelona. Memoria del curso de 1884 á 1885. Cuadros n.º 5 y 29.

² Instituto de Valencia. Memoria del curso de 1884 á 1885. Cuadros n.º 5 y 29.

Pero sin duda ninguna que por este resultado general podemos establecer que el aumento es mayor en la enseñanza privada que en la enseñanza oficial.

Del aumento en el número de alumnos pasamos al número de asignaturas en que se inscriben, y encontraremos en Zaragoza ¹ que el promedio de asignaturas que cada uno ha tomado para estudiar en enseñanza oficial, puesto al lado del mismo promedio en enseñanza privada, es

	ENSEÑANZA OFICIAL.	ENSEÑANZA PRIVADA.
Curso de 1884-85.....	2,99	2,57
— 83-84.....	3,06	2,50
— 82-83.....	2,69	2,28
— 81-82.....	2,50	2,16
— 80-81.....	2,55	2,26
<i>Promedio general.....</i>	2,76	2,35
EN BARCELONA 2.—Curso de 1885-86..	2,49	2,38
EN VALENCIA 3.—Curso de 1885-86..	2,55	2,45
— — 84-85..	2,55	2,44

Por estos números se ve que constantemente en enseñanza privada se toma menor número de asignaturas que en enseñanza oficial, lo cual, como observa la Memoria de Barcelona "es un

¹ Memoria, pág. 24.

² Memoria, núm. 29.

³ Memoria, cuadros números 5 y 29.

síntoma más favorable al alumno, que ha tenido la moderación de limitarse á menor número de materias para aplicarse con más intensidad á su estudio y procurar su mejor aprovechamiento., Es decir, que las cifras nos descubren que en los establecimientos privados se estudia con más seriedad y empeño, y el alumno se inscribe en el número de materias que puede estudiar y no más; pero que los alumnos del colegio oficial consideran que á su favor está la benevolencia de sus Profesores, y propenden á tomar, no las materias que buenamente han de poder estudiar, sino todas aquellas de que esperan salir bien en el examen.

Y de este exceso en el número de materias y menor aplicación al estudio nace la diferencia tan visible que se encuentra en los resultados de fin de curso. Puesto que, si por los dos capítulos ya señalados hacen ventaja los establecimientos privados á los públicos, mucho mayor la hacen por el resultado de los exámenes. He aquí los datos que sobre esta materia encontramos consignados. En Zaragoza en el quinquenio sobredicho, la media de los que perdieron curso con relación á los inscritos fué en enseñanza oficial 16,47 por 100 y en la privada sólo 8,71 por 100, de la siguiente manera ¹.

¹ Memoria, pág. 26.

	ENSEÑANZA OFICIAL.	ENSEÑANZA PRIVADA.
Curso de 1884-85.....	18,65 %	12,36 %
— 83-84.....	20,95 %	7,01 %
— 82-83.....	13,30 %	8,17 %
— 81-82.....	17,68 %	7,95 %
— 80-81.....	11,80 %	8,02 %
EN BARCELONA ¹ .—Curso de 1884-85..	26,87 %	6,84 %
EN VALENCIA ² .—Curso de 1884-85..	24 %	15 %
— 83-84..	20 %	14 %
Promedio.....	22 %	14,05 %

Para prevenir equivocaciones, volvemos á advertir, como ya lo hemos dicho al principio, que sólo examinamos los datos pertenecientes á los estudios generales, que son las asignaturas que con mayor ó menor exactitud corresponden al fin de la segunda enseñanza tal como lo entendemos y lo hemos expuesto. Dejamos, por tanto, aparte los estudios que se colocan bajo los títulos de *aplicación y comercio*; y esto explica la diversidad que puede haberse observado en citar mayor ó menor número de datos de una Memoria que de otra; pues á veces no nos ha sido posible entresacar las cifras correspondientes á los estudios generales, por estar mezcladas y envueltas con las de otros estudios.

¹ Memoria, pág. 17.

² Memoria, pág. VIII.

Las cifras que acabamos de consignar manifiestan un exceso tan considerable en el número de aprobados de los establecimientos privados sobre el de los oficiales, que no puede menos de llamar la atención de todo hombre reflexivo. De cada 100 asignaturas en que se inscribe un alumno oficial, pierde curso en 25; — de cada 100 en que se inscribe el alumno del colegio privado, pierde curso en 10. — No se podrá decir que esto sea por ser los examinadores más rigurosos con sus propios discípulos que con los extraños: unos mismos son los examinadores de los establecimientos oficiales y de los privados; y la naturaleza humana cierto que no inclina á usar de más rigor con los propios que con los extraños. Por otra parte, los establecimientos oficiales pueden tener con más facilidad que un establecimiento privado mejor material de enseñanza, nutridas bibliotecas, gabinetes bien provistos, porque todos esos gastos los sufraga el Estado ó la provincia; pueden escoger el personal en número y en cualidad mejor, porque lo tienen mejor retribuido. Cuando, pues, á pesar de tener tantas circunstancias en su favor, los alumnos de los colegios oficiales salen tan desfavorecidos en los exámenes con respecto á los privados, señal inequívoca é indubitable es de que los alumnos privados toman el trabajo del curso más seria-

mente y con más asiduidad y se presentan al examen con mejor preparación.

Pudiéramos igualmente citar datos dignos de atención tomados de las calificaciones ó notas superiores y de los concursos para premios, datos que abonan en general también la enseñanza privada; pero omitimos hacerlo, porque para resolver el fantasma de dificultad á que vamos respondiendo, no tanto importa la *cualidad* como la *cantidad* de los que son aprobados.

Y no se crea que los datos que hemos presentado sean efecto de condiciones excepcionales, ó hechos limitados á breve espacio de tiempo; pues de los mismos establecimientos de que para evitar acumulamiento de cifras no hemos citado más que una Memoria, tenemos acotados los números que durante muchos años revelan los mismos resultados, particularmente en punto á los exámenes.

Pondremos aquí algunos de estos números, que comprobarán nuestro aserto; y al presentarlos, seguiremos por orden los tres principales capítulos en que nos hemos fijado, á saber: el aumento anual comparado de los establecimientos oficiales y particulares, el número de inscripciones por cada alumno, y el resultado de los exámenes.

AUMENTO ANUAL COMPARADO
ZARAGOZA

CURSOS.	NÚMERO de alumnos en enseñanza oficial.	NÚMERO de alumnos en enseñanza privada.
1874 - 1875.....	216	440
1875 - 1876.....	242	623
1876 - 1877.....	270	586
1877 - 1878.....	283	578
1878 - 1879.....	262	616
1879 - 1880.....	264	632
1880 - 1881.....	236	548
1881 - 1882.....	244	637
1882 - 1883.....	238	665
1883 - 1884.....	228	732
1884 - 1885.....	241	721
1885 - 1886.....	275	571
Aumento absoluto en once años.....	59	131
Ley anual del aumento con relación al número de alumnos que había el primer año.....	2,22	2,40

BARCELONA

CURSOS.	NÚMERO de alumnos en enseñanza oficial.	NÚMERO de alumnos en enseñanza privada.
1876 - 1877.....	425	1.546
1877 - 1878.....	379	1.629
1878 - 1879.....	447	1.841
1879 - 1880.....	510	1.840
1880 - 1881.....	501	1.915
1881 - 1882.....	523	1.885
1882 - 1883.....	500	1.959
1883 - 1884.....	540	2.010
1884 - 1885.....	560	2.047
1885 - 1886.....	540	2.210
Aumento absoluto en nueve años.....	115	664
Ley anual del aumento con relación al número de alumnos que había el primer año.....	2,70	4,05

VALENCIA

CURSOS.	NUMERO de alumnos en enseñanza oficial.	NUMERO de alumnos en enseñanza privada.
1877-1878.....	753	788
1879-1880.....	827	860
1880-1881.....	791	814
1881-1882.....	753	759
1882-1883.....	713	636
1883-1884.....	649	601
1884-1885.....	653	573
1885-1886.....	575	639
Aumento absoluto en siete años.....	— 178	— 149
Ley anual del aumento con relación al número de alumnos que había el primer año.....	3,93	3,04

INSCRIPCIONES POR CADA ALUMNO

ZARAGOZA

CURSOS.	ENSEÑANZA OFICIAL.		ENSEÑANZA PRIVADA.	
	NUMERO de alumnos.	NUMERO de inscripciones.	NUMERO de alumnos.	NUMERO de inscripciones.
1874-1875	216	542	440	718
1875-1876	242	597	623	1.468
1876-1877	270	780	586	1.437
1877-1878	283	808	578	1.415
1878-1879	262	730	616	1.385
1879-1880	264	700	632	1.472
1880-1881	236	602	548	1.237
1881-1882	244	611	637	1.376
1882-1883	238	641	665	1.518
1883-1884	228	699	732	1.833
1884-1885	241	721	721	1.855

Número de inscripciones por cada alumno: término medio en once años..... } 2,72 2,31

BARCELONA

CURSOS.	ENSEÑANZA OFICIAL.		ENSEÑANZA PRIVADA.	
	NUMERO de alumnos.	NUMERO de inscripciones.	NUMERO de alumnos.	NUMERO de inscripciones.
1876-1877	425	1.032	1.546	3.532
1877-1878	379	1.023	1.629	3.886
1878-1879	447	1.079	1.841	4.298
1879-1880	510	1.164	1.840	4.212
1880-1881	501	1.264	1.915	4.500
1881-1882	523	1.264	1.885	4.447
1882-1883	500	1.363	1.959	4.734
1883-1884	540	1.333	2.010	4.947
1884-1885	560	1.368	2.047	4.960
1885-1886	540	1.358	2.210	5.276

Número de inscripciones por cada alumno: término medio en diez años..... } 2,49 2,37

VALENCIA

CURSOS.	ENSEÑANZA OFICIAL.		ENSEÑANZA PRIVADA.	
	NUMERO de alumnos.	NUMERO de inscripciones.	NUMERO de alumnos.	NUMERO de inscripciones.
1877-1878	753	1.950	788	1.922
1879-1880	827	2.127	860	2.079
1880-1881	791	1.927	814	1.845
1881-1882	753	1.730	759	1.706
1882-1883	713	1.873	636	1.467
1883-1884	649	1.734	601	1.491
1884-1885	653	1.669	573	1.401
1885-1886	575	1.460	639	1.509

Número de inscripciones por cada alumno: término medio en ocho años..... } 2,53 2,36

RESULTADO DE LOS EXÁMENES

ZARAGOZA

CURSOS.	ENSEÑANZA OFICIAL.		ENSEÑANZA PRIVADA.	
	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1874-1875	450	89	670	41
1875-1876	472	35	1.280	32
1876-1877	612	138	1.237	52
1877-1878	760	145	1.319	66
1878-1879	719	153	1.303	86
1879-1880	694	151	1.407	121

Proporción de los suspensos con los examinados: término medio de seis años..... } 19,18 % 5,52 %

BARCELONA

CURSOS.	ENSEÑANZA OFICIAL.		ENSEÑANZA PRIVADA.	
	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1877-1878	824	112	3.558	249
1878-1879	929	116	3.861	265
1879-1880	1.008	201	3.910	274
1880-1881	1.136	155	4.205	312
1881-1882	1.101	221	4.158	266
1882-1883	1.232	223	4.441	239
1883-1884	1.154	201	4.629	240
1885-1886	1.202	334	5.090	396

Proporción de los suspensos con los examinados: término medio de ocho años.... } 18,20 % 6,62 %

VALENCIA

CURSOS.	ENSEÑANZA OFICIAL.		ENSEÑANZA PRIVADA.	
	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1877-1878	1.910	430	1.828	119
1879-1880	2.109	512	1.963	285
1880-1881	1.903	465	1.393	268
1881-1882	1.688	453	1.612	224
1882-1883	1.814	494	1.387	173
1883-1884	1.636	329	1.419	159

Proporción de los suspensos con los examinados: término medio de seis años..... } 24,26 % 12,79 %

Con estos datos á la vista, podemos repetir las mismas conclusiones que arriba más largamente hemos expuesto: que la ley del aumento es mayor en los establecimientos privados que en los oficiales, menor el número de asignaturas en que se inscribe cada alumno, y notablemente superior el resultado de los exámenes. Para cerciorarnos de que esta afirmación podía extenderse igualmente á los demás establecimientos de este género, hemos recogido datos de gran número de Institutos de todas partes de España, escogidos entre los diferentes distritos universitarios; datos que fuera enojoso reproducir aquí, y que todos dan iguales ó parecidos resultados. Y tan patente es esta ventaja de los establecimientos particulares sobre los del Es-

tado, que muchos Directores de Instituto no tienen reparo en hacerla notar públicamente en las Memorias que cada año se leen en la inauguración del curso escolar. En vano se atribuyen los resultados inferiores de los establecimientos del Estado á la negligencia de los padres de familia, pues éstos del mismo modo proceden con los colegios particulares que con el Instituto, cuando las circunstancias son iguales. En vano se ha llegado á decir que los colegios privados escogen los alumnos, y así no es extraño que en el éxito de los estudios salgan favorecidos; lo cual supone que tienen tanta abundancia de peticiones, que pueden á su gusto admitir y desechar. Cierto es que escogen sus discípulos, pero otro tanto hacen los colegios del Estado. Porque el examinar los niños para el ingreso en la segunda enseñanza es verdaderamente escoger los que parecen aptos y rechazar los demás; y el separar una porción más ó menos numerosa de la clase, y no presentarla al examen, es también escoger entre los alumnos; y lo uno y lo otro hacen los colegios oficiales. Finalmente, en las mismas Memorias se atribuye la diferencia en el éxito de los estudios á la circunstancia de que los Directores de colegios privados tienen más medios que los del Estado para estimular la afición al estudio de sus alumnos. Si semejante

circunstancia es verdadera, el reconocerla equivale á confesar que el Estado, después de haberse propuesto enseñar como autoridad inapelable, después de haber empleado y continuar empleando sumas considerables en mantener el personal y material de sus escuelas, de haber sujetado á sus establecimientos todas las demás cosas de educación, y de haber ideado y puesto en práctica multitud de planes de enseñanza; ha salido tan infeliz maestro, y ejerce tan poco influjo sobre sus discípulos, que tiene que colocarse en lugar inferior al de cualquier Director de colegio privado. Y no obstante, por el monopolio de la enseñanza, el Estado se erige en única autoridad docente, á la cual es preciso someterse para que los estudios valgan ante la sociedad, y en juez y examinador de los establecimientos particulares, á los cuales no alcanza á igualar en la instrucción que dan á sus alumnos. Cuanto más se considera el principio del Estado docente, más absurdo y repugnante aparece: absurdo á la luz de la doctrina católica, única verdadera; absurdo é inconsecuente dentro de las bases, aunque erróneas, del sistema liberal; repulsivo y contrario á toda razón cuando se reduce á la práctica.

Tales hechos y consideraciones nos hacen echar menos la sabia conducta de los antiguos reyes de España, los cuales, si con munificen-

cia verdaderamente regia fomentaban la instrucción en todos sus grados, daban tierras, edificios, rentas y privilegios, y buscaban esclarecidos Doctores con que erigir florecientes Universidades; para nada, sin embargo, se ingerían en las doctrinas, ó en los métodos de enseñar, ó en los grados académicos; que todo lo dejaban al cuerpo docente, el claustro de Profesores, dirigido por la única verdadera autoridad docente, que es la Iglesia católica. En este espejo debiéramos mirarnos, para no pasar por el sonrojo de tener que admirar el ejemplo de buen sentido que á las naciones católicas dominadas por el liberalismo han dado en esta parte pueblos protestantes como la Inglaterra y los Estados Unidos, donde el Estado no se entromete en la enseñanza, ni para tener Profesores oficiales, ni para sustentar colegios propios y fiscalizar los ajenos, ni para conferir grados; y solamente se asegura de las condiciones higiénicas del establecimiento, dejándolo absolutamente libre en cuanto á la enseñanza.

Volviendo ya á nuestro propósito, de los datos hasta aquí presentados consta que los establecimientos privados, aun siguiendo el método antiguo, pueden no sólo evitar el quedar despoblados, sino lo que más es, el aventajar á los establecimientos del Estado. Si alguien nos reconviene diciendo que los datos aduci-

dos prueban, sí, que los colegios privados llevan ventaja á los oficiales, pero no prueban que un colegio que siga el sistema antiguo pueda dar convenientemente los exámenes, será porque no repara que entre esos colegios privados se cuentan también los que actualmente siguen el sistema antiguo, y que por lo tanto no hay razón alguna para negarles la ventaja sobre los colegios oficiales que revela la estadística.

§ III

Pero, dirá alguno quizá de los que esto leen; ¿y existe en el mundo algún colegio que pueda servir de muestra de ese tan ponderado método antiguo que en este libro á cada paso se menciona, y cuya práctica se aconseja como el remedio para salvar la enseñanza de su ruina? Sí, existe. Existen en el siglo XIX maestros que enseñan todas las asignaturas de un curso, y también maestros que suben con sus alumnos desde que empiezan los rudimentos hasta acabar la Retórica, enseñándoles asimismo todas las asignaturas. Existen niños de carne y hueso, que viven y visten y calzan en el siglo XIX, y hablan en latín en la clase; y aprenden el griego, y declaman discursos griegos compuestos por ellos mismos; niños de los estudios del pri-

mer período de segunda enseñanza que escriben en latín con tanto primor, que pudieran dar á más de un Profesor lecciones, no sólo de ortografía y construcción latina, sino de propiedad de la lengua, de exquisita elegancia y elocuencia varonil. Nosotros podríamos citar á quien tuviera la curiosidad de preguntarlo, en España y en los países hispano-americanos, como también en otras naciones, no un colegio, sino muchos; no un curso, sino centenares de alumnos de la especie que vamos diciendo. Y esto hacen esos niños á los 12, á los 13 y á los 14 años y á los 16 y 17 dan actos formales públicos de Filosofía, en latín, ni más ni menos que como lo hacían los que estudiaban en los pasados siglos. Que no ha quitado Dios á los hombres en el siglo actual el entendimiento, sino que ellos lo han perdido por su voluntad, apartándose de Dios.

Pero en esos colegios tan atrasados, se dirá, no es posible que vayan bien los exámenes: habrá un gran número de reprobados, ya que los niños tanto se distraen en estudios que han pasado de moda. Pues precisamente sucede todo lo contrario. Porque en los tales colegios, al paso que se dan actos públicos solemnes de Filosofía, se dan y no menos lucidos de Matemáticas y Física, de Cosmografía, de Química, como de Historia y Geografía. En esos cole-

gios se dan unos exámenes brillantes, y en ellos es donde se llega á veces á no contar un solo suspenso entre más de trescientos exámenes oficiales recibidos. Y para que de ello no quepa duda, vamos á consignar aquí los resultados de los exámenes oficiales en algunos de esos colegios que, ó practican el método antiguo en todas sus partes, ó por lo menos se acercan á él en cuanto les es posible.

COLEGIO DE ORDUÑA

CURSOS.	NÚMERO de alumnos examinados.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1871 - 1872.....	254	490	12
1872 - 1873.....	216	413	23
1873 - 1874.....	124	278	11
1874 - 1875.....	108	216	3
1875 - 1876.....	90	201	12
1876 - 1877.....	136	278	3
1877 - 1878.....	189	429	13
1878 - 1879.....	230	437	13
1879 - 1880.....	247	500	8
1880 - 1881.....	258	552	7
1881 - 1882.....	254	395	15
1882 - 1883.....	240	480	20
1883 - 1884.....	264	510	23
1884 - 1885.....	260	502	23
1885 - 1886.....	254	570	36
1886 - 1887.....	263	657	25
Números absolutos en diez y seis años.....	6.908	247	
Proporción de los suspensos con los examinados: promedio de diez y seis años....		3.57 %	

COLEGIO DE SAN JOSÉ EN VALENCIA

CURSOS.	NÚMERO de alumnos examinados.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1874-1875.....	71	151	1
1875-1876.....	78	146	4
1876-1877.....	83	166	0
1877-1878.....	94	174	0
1878-1879.....	109	215	3
1879-1880.....	119	236	1
1880-1881.....	110	213	4
1881-1882.....	112	210	27
1882-1883.....	92	172	5
1883-1884.....	98	212	3
1884-1885.....	115	253	8
1885-1886.....	116	263	0
1886-1887.....	133	289	0

Números absolutos en trece años... 2.700 56
 Proporción de los suspensos con los exami- }
 nados: promedio de trece años..... } 2,07 %

COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN
EN BARCELONA

CURSOS.	NÚMERO de alumnos examinados.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1882-1883.....	42	74	0
1883-1884.....	70	138	0
1884-1885.....	115	261	3
1885-1886.....	152	327	1
1886-1887.....	143	290	3

Números absolutos en cinco años... 1.090 7
 Proporción de los suspensos con los exami- }
 nados: promedio de cinco años..... } 0,64 %

COLEGIO DEL SALVADOR EN ZARAGOZA

CURSOS.	NÚMERO de alumnos examinados.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1877-1878.....	141	272	1
1878-1879.....	150	250	2
1879-1880.....	153	294	1
1880-1881.....	129	204	0
1881-1882.....	101	178	3
1882-1883.....	98	201	0
1883-1884.....	90	221	0
1884-1885.....	90	212	1
1885-1886.....	111	236	0
1886-1887.....	124	247	2

Números absolutos en diez años... 2.315 10
 Proporción de los suspensos con los exami- }
 nados: promedio de doce años..... } 0,43

COLEGIO DE SAN IGNACIO EN MANRESA

CURSOS.	NÚMERO de alumnos examinados.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1877-1878.....	93	213	4
1878-1879.....	105	199	0
1879-1880.....	140	259	0
1880-1881.....	158	318	1
1881-1882.....	151	290	0
1882-1883.....	147	289	0
1883-1884.....	149	303	1
1884-1885.....	148	339	0
1885-1886.....	133	322	0
1886-1887.....	126	276	1

Números absolutos en diez años... 2.808 7
 Proporción de los suspensos con los exami- }
 nados: promedio de diez años..... } 0,25 %

COLEGIO DE SANTO DOMINGO EN ORIHUELA

CURSOS.	NÚMERO de alumnos examinados.	NÚMERO de exámenes.	NÚMERO de suspensos.
1875-1876.....	105	252	4
1876-1877.....	164	328	15
1877-1878.....	144	321	9
1878-1879.....	139	284	5
1879-1880.....	137	269	9
1880-1881.....	105	194	3
1881-1882.....	106	197	0
1882-1883.....	94	229	0
1883-1884.....	102	189	0
1884-1885.....	99	257	1
1885-1886.....	129	270	1
1886-1887.....	130	285	3
Números absolutos en doce años....	3.075		50
Proporción de los suspensos con los exa- minados: promedio de doce años.....			1,62 %

De estos números se desprende que en los colegios citados, que siguen el método antiguo, la proporción de los suspensos con los examinados es cuando mucho el 2 ó el 3 por ciento, siendo así que la proporción de los suspensos en los Institutos del Estado es de 18, 19 y hasta 24 por ciento, según muestran las cifras anteriormente registradas. Es, pues, manifiesto que los colegios en cuestión, no por seguir el método antiguo presentan sus alumnos en malas condiciones al examen oficial, sino que por el contrario, llevan ventaja en esta parte á los establecimientos oficiales, como poco ha lo de-

ciamos de todos los colegios privados. Ya no parecerá extraño según esto que, ofreciendo tales establecimientos las mejores garantías en cuanto á la formación intelectual, religiosa y moral del niño, sin desmerecer por ello en los exámenes públicos, obtengan la confianza de los padres de familia con preferencia á otros, y se vean en ocasiones en la necesidad de rehusar las peticiones de alumnos que se les presentan, y que ya no pueden caber en sus clases ó en sus victoriosos.

He aquí un testimonio relativo á la concurrencia de alumnos á un colegio regido por el método antiguo en 1864 y 1865, y que dura todavía en 1887. El testimonio es del conocido León Taxil, quien en las "Confesiones de un exlibrepensador," se expresa en estos términos: "Mongré es un colegio libre perteneciente á la Compañía de Jesús. El colegio puede contener hasta seiscientos alumnos. En cuanto al nivel de los estudios, es de los más elevados. Los jesuitas han adoptado un método de enseñanza que es á mi juicio el mejor de todos. Entre ellos el niño no cambia de Profesor cada año, como se suele practicar en los demás colegios, sino que un mismo Padre se encarga de sus alumnos desde las clases más elementales hasta las superiores. De este modo, el niño, conservando siempre el mismo maestro, traba-

ja con más gusto, y por otra parte el Profesor, conociendo á fondo las aptitudes especiales de su alumno, lo guía mejor á través de las dificultades de la instrucción. — Así los alumnos afluyen á los jesuitas. Durante los dos años que yo pasé en Mongré, el colegio tuvo lleno completo. Había allí alumnos internos venidos de las cuatro partes del mundo. En cuanto me acuerdo, Italia y Portugal eran las naciones mejor representadas numéricamente; pero entre mis compañeros se encontraban también niños hasta de Batavia, de Sydney y de Nueva Orleans.,,

Notaremos además que al verificarse en Francia los inicuos decretos de expulsión de 1879, las corporaciones eclesiásticas docentes, las cuales en general ajustan su enseñanza al método antiguo, contaban en sus colegios con 76.816 escolares, siendo así que en todos los establecimientos del Estado juntos no había más que 75.200.

En confirmación de la misma verdad, de que no disminuyen los alumnos ni muere de con-sunción el colegio por seguir el sistema antiguo, reproduciremos las cifras que señalan el movimiento de algunos de los colegios de donde antes hemos tomado datos comprobantes del resultado de los exámenes. La diferencia que se observará entre estos números y los de los niños presentados á examen proviene de que

habiendo en tales colegios clases preparatorias antes de comenzar los cursos oficiales, y siendo estas clases numerosas, el número absoluto de alumnos existentes en el colegio es siempre notablemente mayor que el de los que dan examen oficial.

NÚMERO DE ALUMNOS

CURSOS.	COLEGIO Santo Domingo en Orihuela.	COLEGIO del Sagrado Corazón en Barcelona.	COLEGIO del Salvador en Zaragoza.	COLEGIO de San Ignacio en Manresa.
1875 - 1876	137	»	126	»
1876 - 1877	184	»	170	»
1877 - 1878	195	»	175	193
1878 - 1879	148	»	172	263
1879 - 1880	156	»	180	246
1880 - 1881	114	»	156	300
1881 - 1882	116	98	136	273
1882 - 1883	110	154	150	277
1883 - 1884	180	198	155	290
1884 - 1885	136	214	158	296
1885 - 1886	139	272	224	300
1886 - 1887	148	310	269	280

La experiencia, según esto, nos comprueba de la manera más terminante que los colegios regidos por el antiguo sistema, así como no sufren detrimento en la preparación de sus alumnos para los exámenes oficiales, así tampoco sienten disminución en el número de discípulos que concurren á sus aulas.

§ IV

Con lo que hasta aquí llevamos dicho hay más que suficiente para responder á la dificultad que estamos examinando. Pero á mayor abundamiento, vamos á mostrar con algunos hechos cómo los colegios que siguen el método antiguo, no sólo pueden preparar muy bien y sacar adelante sus alumnos en circunstancias normales, sino que aun en circunstancias extraordinarias están mejor dispuestos que otros establecimientos para resistir cualquiera prueba.

Bien conocido es lo que puede y suele suceder en tribunales de exámenes como los oficiales, atendida la fragilidad y miseria humana; cuántos desahogos del mal humor, cuántas preguntas quisquillosas, cuántas ocurrencias del momento ó rarezas en el modo de apreciar la importancia de las cuestiones hacen del examen un juego verdaderamente aleatorio, sobre todo si versa acerca de variedad de materias. Pero si á todo esto se agrega la envidia, las pasiones rencorosas no dominadas y á veces harto mal disimuladas en los examinadores, y lo que peor es, el espíritu de las sectas impías

y de las sociedades secretas, que es el más feroz de todos los fanatismos; no hay palabras con que ponderar la dificultad, ó mejor la imposibilidad de salir airoso de un examen. Allí está el examinador que recibe y trata con fingida cortesía al Director del establecimiento ó al profesor del alumno, y empezando á regocijarse con el esperado triunfo echa sobre su víctima una mirada indagadora. Empieza sus preguntas con insidiosa cautela, atisbando el momento en que logre sorprender cualquier pequeño desliz para exagerarlo y abultarlo y hacer así perder la serenidad al indefenso examinando, que ha de pasar por aquella tortura, y comprender que la más leve equivocación compromete para él todo el trabajo de un año de estudio afanoso y asiduo trabajo. Si en efecto yerra, el examinador le mantendrá en aquel mismo terreno donde una vez resbaló, y multiplicará las preguntas para que se repitan las caídas, convidará á todos á que noten lo absurdo de las respuestas y la supina ignorancia del estudiante, y aun á veces la achacará á la ineptitud de sus maestros. Si responde con acierto, al verle que trata de cosas particulares, le interrumpirá para obligarle á que exponga ideas y teorías generales; si en el terreno de las teorías le siente fuerte, le hará bajar á detalles y pormenores; y siempre será cierto que el alumno es in-

capaz de adivinar la intención del examinador y de emplear los medios para satisfacerle. Y no es extraño, cuando la única manera de satisfacerle es responder de manera que la malevolencia encuentre un fundamento, siquiera sea despreciable, en que apoyar la reprobación y la censura y descrédito, así del alumno como del colegio en que se ha educado.

Pero, si á pesar de todos los medios puestos en juego, el alumno se mantiene sereno y con firmeza desafía cuantas artes sugiere la malevolencia, y no hay nada de que asirse en sus respuestas, se empleará el recurso de prolongar el examen, á veces sin término ni medida, con la esperanza de que en un largo espacio de tiempo será imposible que no se deslice alguna palabra menos propia ó alguna respuesta menos exacta. Para completar la obra, al rechazo de los alumnos del establecimiento objeto del odio corresponde el examen de otros alumnos cualesquiera, los cuales bien ó mal que hayan respondido, no sólo serán aprobados, sino que serán objeto de la admiración de los examinadores y *los dejarán altamente complacidos.*

Todos saben cuán aspera cosa sea pasar por un examen, cómo la zozobra que produce la incertidumbre del resultado turba á veces la operación del entendimiento; y el Profesor observa muchas veces con asombro la verdad de

la máxima vulgar de que en el examen apenas muestra el examinando ni la mitad de lo que sabe. Pues ¿qué resultado ha de esperarse si á esta inquietud, originada de la misma naturaleza del acto, se le añaden las circunstancias que acabamos de enumerar? Semejante modo de proceder causa en el ánimo de quien lo presencia un sentimiento de justísima indignación mezclada con profunda repugnancia por el abuso tan inicuo que se hace de la posición de examinador. Y en el alumno es poderoso para originar tan gran turbación, que apenas se comprende cómo haya un solo niño que se presente al examen y en él conserve la serenidad, salvándose así de la inevitable reprobación que en caso de llegar á turbarse le amenaza.

Lejos de nosotros el aseverar que tales sean las disposiciones comunes de los examinadores oficiales: antes por el contrario, reconocemos con gusto que hay muchos de los que desempeñan este cargo que son personas de recta intención, deseosos de hacer justicia al mérito donde quiera que lo encuentren, y que especialmente cuando se trata de aprobar al alumno ó reprobarle obligándole á emplear nuevamente el tiempo y los recursos de la familia para seguir adelante, toman en cuenta las observaciones del Profesor, quien mejor que nadie se halla en estado de conocer el caudal de

conocimientos que cada uno de sus discípulos ha adquirido. Sin embargo, el caso que hemos descrito, si bien no se repite cada día, es en ciertas ocasiones una desconsoladora realidad, como lo saben bien los que por largo tiempo se han dedicado a la enseñanza. Y cuando esto sucede, ¿qué establecimiento de educación podrá resistir al empuje de hostilidad tan acerba? ¿Cómo puede ser que en exámenes de esa clase no queden deslucidos y reprobados uno, dos, diez, veinte, la mayoría del colegio, y que los padres de familia, al observar tal destrozo, no pierdan para siempre la confianza en tales maestros, y busquen otro establecimiento donde sus hijos puedan asegurar el logro de los trabajos escolares?

Empero, lo que tan difícil se presenta y prudentemente pensando parece que sería temeridad prometérselo, lo han alcanzado en más de una ocasión los colegios regidos por el método antiguo, y se han sostenido con gloria en medio de tan azarosas circunstancias.

Escribimos teniendo á la vista los datos escolares de un colegio oficial en una ciudad populosa donde los colegios particulares no escasean, la ciudad de Buenos Aires, y entre estos datos vemos la reseña del número de alumnos, de la cual tomamos las siguientes cifras:

AÑOS.	ALUMNOS.	AÑOS.	ALUMNOS.
1872.....	417	1880.....	447
1873.....	326	1881.....	576
1874.....	453	1882.....	521
1875.....	336	1883.....	462
1876.....	384	1884.....	539
1877.....	414	1885.....	814
1878.....	461	1886.....	1.010
1879.....	523		

El coleccionador de estos datos hace observar el rápido aumento del número de alumnos en los dos últimos años, comparándolos con los antecedentes; y de aquí parece que deduce la prosperidad del establecimiento ó la confianza que sus estudios inspiran. Mas para quien sabe lo que son establecimientos de enseñanza y tiene alguna costumbre de leer en los números, aquellas cifras revelan una cosa muy diferente.

Un colegio puede atraer á sí mayor número de alumnos por el orden y regularidad en sus clases, por la disciplina general del establecimiento, por el aprovechamiento religioso y moral y por los adelantos científicos de los educandos, que son las causas que mueven á los padres de familia á colocar allí sus hijos. Pero la acción de estas causas, aunque segura y eficaz, es lenta y gradual, como la de todas las causas naturales; y sólo al cabo de los años se

encuentra el colegio con una numerosa clientela, sin saber, por decirlo así, cómo ni cuándo se ha formado; á la manera que vemos las plantas al llegar el verano crecidas, sin que se pueda determinar el instante de su crecimiento. A la luz de esta consideración, al ver que un colegio cuyo número de alumnos durante un espacio de 13 años es por término medio 451, de repente en un año sube á 800 y en el siguiente á 1.000; al observar que siendo en este espacio su aumento un 2 por 100 sube en dos años al 40 por 100; y habiendo sido el mayor crecimiento en un año extraordinario 127 alumnos, ha tenido ahora en cursos consecutivos 270 en el primero y 200 más en el segundo; las cifras de 814 y 1.010, tan halagüeñas al parecer para el ánimo del que presentó esos datos, toman una significación que más que alegrar, alarma el ánimo, y lo deja temeroso del algún grave daño. Un movimiento rápido en que el barómetro en pocas horas recorre muchas veces más espacio que su media anual, es presagio de un enorme desequilibrio atmosférico, é indica que está próximo á pasar ó se halla ya presente un espantoso ciclón; y el ciclón á nadie regocija, si tiene entrañas humanas, porque para todos trae la muerte y el exterminio.

Conociendo suficientemente las condiciones del sobredicho colegio por informes serios y

circunstanciados dados durante varios años por sus Rectores, nos preguntábamos con asombro: ¿es posible que en dos años haya cambiado tanto la esencia de aquel colegio, que sus Profesores hayan alcanzado extraordinariamente mayor fama sobre la que tenían, que su orden sea tan perfecto, como supone el atraer doble número de alumnos? O es que se ha despertado en aquella región un afán desmesurado de estudiar, que hace aumentar los concurrentes á las aulas hasta refluir en cierto modo? Entonces este aumento excesivo deberá conocerse también en las otras casas de educación de aquella ciudad. Pero al examinar si esto es así, cae la venda de los ojos, y empieza á aparecer una parte de la verdadera causa.

Los Profesores del colegio del Estado poco más ó menos son los mismos. El orden deja mucho que desear. La Religión anda por los suelos. Los demás colegios están casi desiertos: varios han tenido que cerrarse. Si ahora buscamos la causa inmediata y determinante de este fenómeno desolador, la encontraremos en los exámenes oficiales, arma terrible cuando cae en manos de la pasión ó del odio sectario, y capaz de arruinar y dar muerte á un establecimiento que haga sombra ó estorbe en algo los planes del colegio del Estado.

Ahora bien: en la ocasión de que hablamos,

sólo un colegio en la mencionada población no se ha resentido del espantoso temporal que á tantos otros ha acarreado la completa destrucción; y si ha podido hacer esto, lo ha debido á la práctica del método antiguo en la educación de sus alumnos. Es el colegio del Salvador, dirigido por los PP. de la Compañía de Jesús. Francia, España y no pocas naciones hispano-americanas nos pudieran suministrar ejemplos más ó menos semejantes á éste.

Sí, lo repetimos: las Ordenes religiosas han juzgado que debían seguir ese método, y fieles al dictamen de su conciencia, se han expuesto en la persona de sus Profesores y de sus alumnos á la persecución y hostilidad de los que en la presente edad han usurpado el sagrado derecho de enseñar arrancándolo de las manos á la Religión y á la familia. Pues bien: donde quiera que esta lucha intelectual y moral se ha trabado, tales establecimientos que han seguido el método antiguo, han podido morir á impulsos de la violencia, pero jamás en virtud de los resultados desventajosos de los exámenes á pesar de las más opresoras arbitrariedades. Mientras se ha mantenido un rastro de justicia, la preparación de los alumnos comprobada con la solidez de sus exámenes han arrancado á los mismos enemigos involuntarias manifestaciones de admiración y aplauso. El resultado favorable

ha colmado de placer el ánimo de los padres de familia, á la vez que redoblándose en el corazón de los niños el ardor por el estudio y la noble afición al trabajo, han sentido éstos renacer en sus pechos nuevo vigor y aliento para lidiar con gallardo esfuerzo contra el error y la maldad. Y nótese, pues mucho importa, que tanto más seguramente se han obtenido tales efectos, cuanto más han permitido las circunstancias aplicar el antiguo sistema.

Vamos á exponer un hecho de género diferente. El colegio de San Ignacio de Manresa es uno de los que se esfuerzan por ajustarse al método antiguo. El año pasado de 1886, poco después de comenzado el curso escolar, sin ningún precedente cierto ni causa especial reconocida, se declaró en el colegio entre los niños internos la fiebre tifoidea. En el espacio de muy pocos días desde que aparecieron los primeros síntomas, fueron enviados todos los niños á sus casas, de suerte que casi antes se encontró desocupado el colegio que se difundiese la noticia de la enfermedad contagiosa. Los diarios impíos de Barcelona y Manresa declamaron á su sabor contra el colegio y le hicieron tremenda guerra con esta ocasión como á establecimiento católico, siendo sus ataques reproducidos por perversos periódicos de Madrid. Propaláronse por esta prensa los más absurdos rumores: ora se afirmaba que

todos los moradores del colegio, así maestros como alumnos, se habían trasladado á Barcelona, y que corría peligro esta ciudad de contagiarse con el virus de la enfermedad; ora se publicaba el fallecimiento de niños muy sanos por otra parte y que jamás habían pisado los umbrales del colegio de Manresa; se anunciaban como gravemente enfermos algunos alumnos, quienes, al ir sus amigos á cerciorarse de la verdad, aparecían jugando alegremente sin rastro de dolencia; ó se daban por muertos otros que simplemente estaban enfermos; y no faltó enfermo á quien tales noticias hicieron fallecer dos ó tres veces, quedando al fin vivo y sano en la realidad. Todo esto iba maliciosamente dirigido y de hecho contribuía á alarmar las familias, aun más de lo que en virtud de tan críticas circunstancias lo estaban. Mientras la prensa impía esforzaba su mal intencionado clamoreo, el colegio de Manresa era visitado por el Gobernador de la provincia con una comisión facultativa que lo encontró en buenas condiciones higiénicas y declaró que practicadas algunas pocas medidas sanitarias, podía volver á abrirse en el término de quince días. Transcurrido el plazo marcado por dicha comisión, y aún algunos días más, después de haber cumplido las prescripciones indicadas, se pasó á las familias la circular de apertura, al mes después

de haberse cerrado el colegio; y precisamente en los días en que se completaba el número de siete niños fallecidos de la enfermedad.

En tales circunstancias, cualquiera podría pensar con fundamento que aquel repentino contratiempo había sido para el colegio un golpe fatal, del que, si lograba reponerse, largo tiempo llevaría las señales. No otra cosa parecía seguirse naturalmente de la justa alarma originada en las familias, y de la encarnizada guerra de los periódicos impíos para acrecentarla. Pues bien: á pesar de todo esto, el colegio en el mismo día de su reapertura contó con 80 alumnos internos. Al finalizar el curso, estaban en el colegio 163 alumnos de los 190 que había cuando se abrió por primera vez. La diferencia son 27: si de estos 27 se descuentan 7 que fallecieron con muertes edificantísimas (cuya relación tal vez con el tiempo se publique para poner á la vista de todos las virtudes angelicales que en tales niños presenciaron los que les asistieron en sus últimos momentos), algunos que faltaron durante el curso, como sucede en todo establecimiento aun en las circunstancias normales, y otros que quedándose en sus casas por motivos de salud anunciaron su propósito de volver el año siguiente, escasamente se encontrará una docena que por la causa sobredicha hayan dejado de volver al colegio.

Confesamos que todas las circunstancias de este caso manifiestan una especial providencia y protección de parte de Dios, y así lo reconoce gustoso y agradecido aquel establecimiento. Pero mirando á las causas segundas é inmediatas, no vacilaremos en decir á los tímidos y desconfiados, señalándoles este ejemplo: Si esto no prueba la confianza de los padres y de las familias en la enseñanza y en la dirección del Colegio de San Ignacio, no sabemos qué cosa en el mundo la pueda probar.

Tal vez alguno sospechará que si el colegio no se resintió por parte de la concurrencia de los alumnos, sufriría por lo menos detrimento en el estado de sus estudios. Pues bien: las cifras que antes hemos citado del Colegio de San Ignacio nos dan durante nueve años una media de 136 alumnos presentados á exámenes oficiales y 281 exámenes recibidos. Los libros del presente año muestran 126 niños presentados á exámenes, que dieron 275 exámenes y quedaron aprobados en 274: un solo examen suspenso. Estos números hablan con voz tan elocuente, que ante ella creemos ociosas todas las reflexiones.

Bástenos de cuanto llevamos dicho para concluir, como con justísimo derecho lo podemos hacer, que es falso que la práctica del método antiguo comprometa el éxito de los exámenes oficiales ó arruine el establecimiento por reti-

rarse de él la confianza de los padres de familia. Cuando alguna de estas dos cosas suceda, han de buscarse otras causas que son independientes del método antiguo, y que lo mismo hubieran producido su resultado con éste que con otro sistema cualquiera.

se encuentra inerte y paralizado y no ayuda para realizarlos.

Él, pues, ha de tomar con empeño el conocer lo más á fondo que le sea posible el método que trata de practicar, y poner por obra lo que conoce con resolución y perseverancia. En la parte moral nada tenemos que añadir, sino recomendar la lectura y práctica del capítulo II en que hemos tratado de la enseñanza religiosa. Algo se ha tocado también acerca de este punto en el capítulo VI de la segunda parte.

Por lo que toca á la parte intelectual, de ella hemos hablado extensamente en toda la segunda parte, sobre todo desde el capítulo VI en adelante. Explicando las asignaturas del modo que lo prescribe el método antiguo, teniendo bien asentada en el ánimo cuál es la importancia relativa de cada uno de los estudios y sirviéndose de los medios auxiliares que hemos indicado, se obtendrán resultados que superarán toda expectación. Cuanto más exactamente se acomode el Profesor á este modo de proceder, tanto más asegurará el éxito. En muchas cosas empezará obrando por fe, pero bien pronto tocará con la mano tan copiosos frutos que no le dejarán dudar del acierto que encierran las más insignificantes advertencias en este sistema completo y tan sabiamente organizado. Sobre todo, es preciso no echar en olvido el

CAPÍTULO VI

EL PROFESOR CATÓLICO EN UN COLEGIO

§ I

QUE condiciones deba reunir un Profesor para realizar el ideal del método antiguo, lo hemos expuesto en diversos puntos de este opúsculo. El Profesor ha de abrigar un firme convencimiento de que á sus esfuerzos y trabajos está ligado en gran parte el venturoso éxito de cuanto se emprende en el colegio. Él es el alma de la clase, del cual reciben los alumnos instrucción, ejemplos, estímulos para el estudio y premios por su comportamiento y asiduidad. De él espera el Director la activa cooperación en sus empresas, pues de poco servirá que la cabeza trace concertados planes, si el brazo es flojo y perezoso, ó

papel que desempeña en la clase la emulación, tan descuidada por los modernos, y que sin embargo es el medio más poderoso para fomentar un ardoroso amor al estudio y obtener los mayores adelantos en una clase.

Una de las cosas que tocan tanto por lo menos el Profesor como al Director, son los exámenes para pasar de una clase inferior á otra superior. En estos exámenes debe ponerse un especial cuidado, á fin de que no siga adelante el alumno que no se halle suficientemente preparado, sabiendo las cosas esenciales de su asignatura. El haber estado un año en una clase, aun en el supuesto de la más asidua asistencia y del estudio más constante, no es jamás título suficiente para pasar á clase superior, si falta el saber que se requiere. El alumno que por condescendencia es aprobado sin tener los suficientes conocimientos, es en la clase á donde sube una rémora para sus demás compañeros, cuyos progresos detiene y embaraza, una constante pesadilla para el Profesor y él mismo se aburre sin poder aprovechar, por faltarle la preparación antecedente necesaria. Pero si esto es necesario en todas las clases cuyo estudio se presupone para las siguientes, lo es y de una manera especial en una clase en la que por ser aparentemente de menos importancia, es mucho más fácil que tenga entrada esta fu-

nesta condescendencia, y es la clase de rudimentos ó fundamentos del latín. Por falta de estos fundamentos pasan algunos niños todo el período de Humanidades y salen de la Retórica sin llegar á aprender nunca el latín, sólo porque sus jueces en el primer examen usaron con ellos de esa mal entendida benignidad. Así que toda la diligencia y celo del Profesor, el cuidado y aún la presencia del Director, nunca será demasiado para conseguir la rectitud en esta clase de exámenes.

Y tratándose de exámenes, también al hablar del Profesor hemos de volver á hablar de los exámenes oficiales, de cuya consideración no se puede prescindir hallándose la instrucción monopolizada por el Estado. Siempre el estudio de la asignatura hecho por el método antiguo dará al alumno los conocimientos necesarios para responder bien en el examen. Empero, si algún examen es de tal naturaleza que, para darlo, forzosamente exija el Profesor oficial un texto y un programa señalado por él, dedíquese la mayor parte del curso á estudiar el ramo con la solidez que el antiguo método exige, y en los últimos dos meses ó cuando más tres, según la naturaleza de las asignaturas, como repaso de lo ya visto, estúdiase aquel programa indispensable. Y no hay que temer falta de preparación en los niños, pues sobre que el

preparar inmediatamente tal programa no es más que una especie de repetición de lo que ya han visto puesto en otra forma, la afición al estudio y el desarrollo de las facultades que en ellos produce el antiguo método hace que este tiempo sea suficiente para una conveniente preparación. Que este modo de proceder basta en los casos ordinarios para asegurar el buen resultado, no sólo está acreditado por la experiencia, sino que más de una ocasión ha habido en la cual Profesores que durante todo el curso habían seguido el método antiguo y sólo en el último mes y medio ó dos meses habían dedicado un breve tiempo de la clase á preparar los tales programas, han podido presentar sus discípulos al examen oficial en mejores condiciones que otro que durante todo el año no pensó más que en el programa del examen, ni preparó los alumnos para otra cosa, habiendo abandonado los sólidos estudios que de veras desarrollan y fortifican el ingenio.

El gran empeño que ha de haber en esta y en semejantes ocasiones debe ser que á vueltas de la necesidad de practicar en algunas cosas el plan oficial no penetre en el ánimo del Profesor cierta persuasión de que este plan es bueno y razonable, cuando tan palpables son las pruebas evidentes de lo contrario. Y cuán fácil sea caer en este engaño, lo muestran las consi-

deraciones que al principiar esta tercera parte hemos apuntado. Mientras tal dañosa persuasión se evite, tarde ó temprano el método antiguo volverá á ocupar su lugar en la clase del maestro que siempre se le ha mantenido aficionado.

§ II

Árduas y penosas son las tareas á que se ha de sujetar el Profesor cristiano si quiere cumplir con los deberes que su noble ministerio le impone; y más en estos tiempos, en que á las dificultades inherentes á su cargo se junta la cruda guerra que los enemigos de Dios tienen declarada á todo el que se consagra en educar cristianamente la juventud. Pero si es áspero el combate, son grandes también los alicientes que le mueven á emprenderlo.

Y en primer lugar, no puede menos de excitar un ánimo cristiano y generoso el pensamiento del insigne fruto que hace en las almas de sus discípulos, y por lo mismo de lo mucho que contribuye al bien moral de su patria, bien que es la base y fundamento de todos los demás que en la sociedad se pretenden. ¡Qué impresión tan saludable y honda producirá en el

ánimo del alumno tratar con un Profesor de quien por las muestras que ha visto tiene alto concepto de sabiduría, que siempre con imperturbable constancia le enseña á amar su Dios y su religión, á acatar y admirar las verdades de nuestra santa fe, á huir de las malas compañías y á estimar y poner por obra las sanas máximas de la moral cristiana! ¡Dichosos discípulos educados en tal escuela! Con la ciencia y sabiduría humana beben la que es de más valor, que es la sabiduría del cielo; la que les hará en primer lugar alcanzar el destino para que están colocados en la tierra, que es servir y glorificar á su divino Hacedor y Redentor; la que les enseñará la ciencia que no en otra parte se aprende, de mantenerse inmóviles, tranquilos y consolados en medio de los reveses, aficciones y amarguras de la vida; la que los hará buenos hijos, buenos padres de familia, buenos ciudadanos amantes de su patria y rectos en todos los cargos que desempeñen; la que sostendrá su juventud, dirigirá su virilidad, consolará su vejez, los acompañará en la hora de su agonía y más allá de la sepultura los hará aceptos á los ojos de su divino Juez y dignos de participar de la eterna bienaventuranza: ¡Dichosos discípulos los que han sido educados en tal escuela! ¡Y dichosos maestros los que de esta manera han educado á la juventud! A la vista del maestro

crecen esos floridos vástagos, y se desarrollan y se cubren luego de abundantes y sazonados frutos. Por sus manos pasa una y otra generación: por unos pocos que se descarrían tiene el consuelo de ver una multitud á quienes sirven las lecciones que les dió, de guía cierta en el peligroso sendero de la vida; y los discípulos á su vez, agradecidos á aquel maestro de quien reconocen haber recibido el más precioso don, que es el de la educación cristiana, veneran y admiran ya hechos hombres aquel varón encañecido en la enseñanza de los primeros rudimentos de la ciencia; á quien por más que sepan que no les iguala ya en los conocimientos especiales que poseen, no por eso dejan de profesar veneración y estima sin igual, y reconocerlo como el medio de que Dios se ha valido para dispensar sus beneficios á los mortales.

Si alguien dijera que son pocos los que conservan la buena educación recibida, y que no bastan para pagar los trabajos y desvelos que exige el método antiguo, á ese le responderíamos que en el juicio de los santos, por evitar un solo pecado mortal, son bien empleados todos los trabajos de la vida de un hombre. Y si fuera verdad que empleando el sistema más propio para desarrollar los ánimos de la juventud según la norma de la razón iluminada por la fe, se consiguiera tan escaso resultado, ¿qué

se podría esperar de la aplicación del método moderno, hecho como de propósito para inspirar el desdén de todo estudio serio, para fomentar la hinchazón y la soberbia dando conocimientos superficiales de todo, y de nada sólidos y profundos? Pero á la verdad, no son pocos, sino muchos los alumnos en quienes se conserva duradera la impresión de las buenas máximas y prácticas aprendidas de sus Profesores cristianos. Y no se limitan estos sentimientos á los alumnos que perseveran en el buen sendero: los mismos que más tarde arrasados por sus pasiones ó intereses se han apartado de la religión y hecho nefanda alianza con los enemigos de su fe, conservan en el corazón el suave recuerdo de sus maestros cristianos, del cual más de una vez se vale el Señor para volverlos á buen camino. Así vemos en ocasiones el efecto que produce la palabra de un Profesor malvado. A través de los años, en las expresiones y en las obras se deja traslucir el funesto efecto de la máxima que en mal hora oyó de la boca de su Profesor, y muchos años después de muerto éste, todavía continúa haciendo mal con los deletéreos gérmenes que sembró en el ánimo de sus discípulos. No es menos poderosa la obra de la gracia divina que la obra del infierno. Las verdades de nuestra santa religión, salidas de los labios del maestro,

penetran como benéfica semilla en el ánimo del alumno y echan allí tan hondas raíces, que todas las tempestades de la vida no bastan para desarraigarlas del todo: y con ellas, se mantiene perpetuo un fundamento de esperanza.

Testigo abonado de lo que vamos diciendo es un hombre que no ha muchos años militaba en las filas de los impíos y enemigos de la Iglesia y se distinguía como caudillo entre los más furiosos, y hoy después de su edificante conversión es un católico ferviente.

Hablamos de León Taxil, el cual en su libro *Confesiones de un exlibrepensador* dice así: "En Octubre de 1863 enviáronme mis padres al Colegio de Nuestra Señora de Mongré, en Villafranca sobre el Saona junto á Lyon. Mongré es un Colegio libre, perteneciente á la Compañía de Jesús. La casa, admirablemente construída, se halla situada en una vasta campiña. El colegio puede contener hasta 600 alumnos, y en él se está muy bien bajo todos aspectos... En cuanto al nivel de los estudios, es de los más elevados.

„Si mi conciencia me echa en cara muchas apreciaciones de voluntaria malevolencia, si tengo contra mí muchas críticas formuladas de mala fe en mi lucha insensata contra la Iglesia, quedame á lo menos el consuelo de haber hecho siempre justicia á mis Profesores de Mon-

gré. La impresión que me produjo el colegio perseveró en mí siempre tan favorable, y tan indelebles fueron mis buenos recuerdos, que aun en lo más fuerte de mis ataques contra los jesuitas en general, no podía menos de hacer una excepción para los padres de Mongré: esta idea era más fuerte que yo. Y no obstante, no pasé más que dos años en aquella casa... Mi Profesor se llamaba P. Richard. Era sumamente amado de sus discípulos. Incapaz de maltratar á nadie, no se hacía respetar de los niños sino á fuerza de mansedumbre, y no era afectación de su parte, sino que estaba esto en su carácter: en suma, era la misma bondad.

„A veces en los ardorosos días del verano, aprovechándose del buen tiempo, nos llevaba al campo. Llevábamos pan y chocolate: en el camino compraba él cerezas á algunos campesinos y nos las repartía. Deteníamos en el bosque, y allí, á la sombra, nos hacía la clase de gramática, de latín, de catecismo ó de historia. Luego jugábamos y merendábamos sobre la yerba. ¡Ah! Seguro que con semejante maestro rivalizábamos sobre quién sabría mejor las lecciones.

„Voy á hablar ahora, añade más abajo, de un acontecimiento que indudablemente decidió mi porvenir. Tenía yo once años en este año 1865, que fué el segundo que pasé en Mongré,

y entonces fué cuando hice mi primera comunión. Éramos unos 60 los que nos preparábamos para este gran acto de la vida cristiana. Según costumbre, habíamos sido separados de los demás alumnos. Seguíamos las clases, como de ordinario, pero pasábamos el tiempo de estudio y recreo en una casita de campo inmediata al colegio. El director del retiro de los que habían de hacer la primera comunión era el P. Samuel, religioso de grandísimo mérito y de ardiente piedad. Debo á este santo Sacerdote un agradecimiento especial, pues él fué quien hizo que yo comulgara con la mejor preparación imaginable. Mis disposiciones eran excelentes. Estaba esperando, en un deliquio de todas las horas, el dichoso día en que iba á serme permitido recibir á mi Criador y mi Dios. Todo mi pensamiento se concentraba en este deseo y hambre celeste. Las lágrimas me saltan de los ojos al volver á leer las cartas que escribía yo en esta época.

„El año pasado, algo después de mi conversión, por Noviembre de 1885, me aproveché de mi viaje á Lyon para ir á Mongré. ¡Cuán dichoso me sentía al visitar de nuevo este colegio querido donde habian corrido los mejores días de mi niñez! La primera persona que encontré fué el P. Samuel, aquel mismo religioso que me había preparado á la primera comunión. ¡Con

qué gozo salté como un niño al cuello de aquel santo Sacerdote! ¡Cuán bueno era Dios en hacer que volviese á hallar al cabo de 20 años al venerable Director del retiro de mi primera comunión! Pedí noticias de todos los PP. que había conocido: unos habían muerto, otros estaban dispersos en varios países.

„El colegio no tenía ahora su alegre fisonomía de otras veces. La expulsión gubernamental, como es sabido, fué dirigida principalmente contra los jesuitas. Mongré no había podido conservar más que cuatro ó cinco Padres para guardar el inmueble y dirigir los estudios: los Profesores ahora son eclesiásticos ó laicos que viven fuera. ¡Y yo he sido de los que han reclamado la expulsión de las órdenes religiosas en nombre de la libertad...! ¡Qué remordimientos para todo lo restante de mi vida! ¡Ah! ese día oré largo tiempo en la capilla del colegio, y de todo corazón dí gracias á Dios por haberme perdonado mis extravíos y mis crímenes! Esta visita á Mongré fué para mí un inmenso consuelo.

„Fácilmente se me perdonará el haber entrado en tantos pormenores. Tenía vivo deseo de asentar la influencia de una buena primera comunión en el porvenir del cristiano. Católicos, poned todo vuestro cuidado en que vuestros hijos cumplan con el mayor celo este acto de-

cisivo de la vida religiosa y estad entonces bien seguros de que la gracia de Dios, aunque á ella se vuelvan rebeldes, no los abandonará jamás.

Hasta aquí el convertido Taxil, cuya cita, aunque larga, no hemos querido omitir, porque á un tiempo muestra el influjo que tienen los recuerdos de los Profesores cristianos y la importancia de la enseñanza religiosa, sobre todo de la manera que la quiere el método antiguo, esto es, encarnada en las prácticas de piedad.

Si los bienes que de la educación cristiana reportan sus alumnos bastan para mover á cualquier trabajo el corazón del maestro cristiano, el esfuerzo, las artes y la tenacidad que emplean los impíos en pervertir la juventud debe ser asimismo un poderoso estímulo de su celo. Un Profesor perverso aprovecha todas las ocasiones de infiltrar la impiedad en el ánimo de sus oyentes: en una clase de Historia, acoge con fruición cuanto los modernos impíos fingen en el terreno de la antropología y de la prehistoria, pinta los hechos á su antojo para denigrar á la Iglesia y ensalzar la revolución: en la cátedra de Física ó Química habla con desdén de los antiguos que no conocieron vapor, telégrafo ni otras invenciones modernas y echa la culpa á la religión; si explica la Economía política ó la Higiene pública, asentará principios falsos con tal de poder sacar de ellos consecuencias

contrarias al clero ó á las prácticas eclesiásticas: ¿qué mas? hemos visto obras de matemáticas en las que hasta las teorías del cálculo se empleaban para combatir á la religión. Y todo esto no está prescrito en reglamentos ó estatutos escolares, antes por el contrario, si se trata de países católicos, está expresamente vedado. ¿Quién es el que mueve á aquel maestro á que con tanto afán trabaje en esta empresa? Muévelle su pertinacia, su error, tal vez un compromiso contraído con sectas tenebrosas. ¿Qué excusa podrá, por tanto, alegar un maestro católico para no trabajar con el mismo y mayor empeño en la cristiana formación de sus alumnos, cuando motivos sin ninguna comparación más fuertes y sobre todo justos, como la voz de su conciencia, el compromiso contraído con los padres del niño, y el precepto de Dios, le están clamando que trate con reverencia la inocencia y candor del niño y conserve para su reino aquel príncipe destinado para el cielo?

Y no se diga que es poco lo que pueden lograr los esfuerzos de los maestros cristianos en los presentes tiempos.

Más audaces ciertamente que los maestros cristianos actuales han tenido que ser los revolucionarios, quienes habiéndose encontrado con un régimen fuerte y asentado sobre sólidas bases, no han dejado piedra por mover para rea-

lizar sus intentos; y con tenaz perseverancia y sordo trabajo, no han cesado de socavar y minar y destruir la maciza construcción hasta poner la enseñanza en el lastimoso estado en que hoy la vemos. No queramos por nuestra flojedad atraer sobre nosotros aquella reprehensión del Salvador, que "son más prudentes los hijos de este siglo en sus empresas, que los hijos de la luz en las suyas." (Luc. xvi, 8.)

Cuando hay verdadera voluntad de llevar adelante una empresa, lo difícil se hace fácil y todos los imposibles se allanan. ¿Qué no han hecho un solo Orti y Lara, un Pou y Ordinas y otros semejantes en España? ¿Cuánto bien no ha producido un D. José Manuel Estrada en la República Argentina? Sin la incansable perseverancia con que sostuvieron la enseñanza católica cuando se hallaban solos entre tantos Profesores racionalistas é impíos, nunca hubieran podido hacer por la religión y por el bien de sus discípulos lo que han hecho. Así es como un Profesor católico probado de la manera que lo ha sido el señor Orti y Lara ha logrado la insignie gloria de poder ponerse á los pies del Papa junto con sus discípulos de la Universidad de Madrid en este año de 1887, y prometerle junto con ellos dedicarse siempre á la defensa de las sanas doctrinas filosóficas tales como las enseñó el Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino

y como el Sumo Pontífice lo tiene recomendado en su encíclica *Aeterni Patris*. Así el señor Pou y Ordinas, doquiera que le ha conducido su honrosa carrera, ha infiltrado hondamente en el ánimo de sus discípulos la devoción á la santidad y el amor á las doctrinas del Ángel de las escuelas. Así D. José Manuel Estrada, después de haber influido saludablemente en la formación de la juventud argentina, ha sellado sus enseñanzas y confortado á todos los buenos con su cristiana entereza en desafiar las iras sectarias, aun á trueque de perder su distinguida posición, y en padecer persecución por la justicia. Pluguiera á Dios que hubiese gran número de esos Profesores abnegados y decididos, que aun sujetos y todo á un régimen que no pueden evitar, se empeñasen seriamente en enseñar conforme al método que reconocen más apto para desarrollar debidamente las facultades del joven y formar cristianamente su corazón. Con eso sólo la causa de la educación cristiana podría darse por bien asegurada.

Finalmente, al Profesor cristiano, además de las razones ya dichas, le mueve también una altísima esperanza. Los dulces consuelos que en esta vida experimenta al ver que no han sido malogrados sus afanes, el agradecimiento de sus alumnos, y la esperanza de que se conserven en el bien, no son recompensas comple-

tas, sino simples prenuncios del premio que á su obra bienhechora le aguarda. Enséñannos las divinas Escrituras que "quien hace que se convierta un pecador de su extravío, salvará su alma, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados." (Jacob, v, 20.) Esta especial protección del Señor que asegura la salvación á quien reduce al pecador al camino de la verdad ¿cuánto más se dará al que con su enseñanza cristiana previene tantos pecados, y echa el fundamento de la conversión? En esta protección confía seguro el Profesor cristiano, y levanta los ojos y queda lleno de regocijo al escuchar también la promesa á él especialmente dirigida "Los que hubieren sido sabios, brillarán como la luz del firmamento, y como estrellas por toda la eternidad aquéllos que hubieren enseñado á muchos la virtud." (Dan, xii, 3.)

CONCLUSIÓN

HEMOS procurado señalar las principales diferencias que hay entre el sistema antiguo y el moderno, aplicados á la segunda enseñanza: hemos descubierto los principales vicios de que éste adolece y dado á conocer las razones en que funda aquél sus procedimientos seculares. En el curso de nuestro trabajo insistimos especialmente en encarecer la importancia de los estudios clásicos y filosóficos, no porque sean éstas las únicas materias que debe comprender la segunda enseñanza, sino porque son las fundamentales, y hacia ellas particularmente era necesario llamar la atención, así por lo desatendidas que hoy están, como porque, á nuestro juicio, forman el carácter distintivo de los dos sistemas. Por eso hemos demostrado muy de propósito cuánta razón tiene el sistema antiguo para considerar necesario en los primeros

años el estudio de las lenguas y literaturas de Grecia y Roma, como ejercicio el más apto que hasta ahora se ha descubierto, para el desenvolvimiento simultáneo y graduado de todas las facultades del niño, y para la formación de su buen gusto literario, sin descuidar por esto las nociones convenientes de Historia, Geografía y otros ramos análogos; y hemos probado con cuán atinado acuerdo le dedican en los últimos años á las ciencias, y sobre todo á la filosofía, considerada como medio poderoso de ayudar á su sólido desarrollo y de fortificar su entendimiento.

Para allanar las dificultades reales que puede ofrecer el planteamiento del método antiguo, hemos sugerido los medios que parecen más oportunos, descendiendo á veces á cosas muy particulares, que, aunque parezcan insignificantes, suelen ser de gran provecho; y para desvanecer las dificultades que sólo son obra de la imaginación hemos mostrado cómo ni en frutos de los estudios, ni en concurrencia de alumnos pierde nada el colegio por ajustarse al sistema antiguo.

Nos confirma plenamente en nuestros juicios el ver que aun aquellos mismos que profesan ideas harto avanzadas en materias religiosas envían sus hijos á establecimientos de corporaciones eclesiásticas docentes, que practican el

método antiguo, no por cierto á buscar la Religión, sino la ciencia: y que en efecto allí se obtiene la ciencia, lo prueban los exámenes públicos, en que los alumnos de estos colegios quedan por lo común con lucimiento: lo prueban los mismos enemigos con el odio encarnizado que revelan en el modo de perseguir sin tregua y sin cuartel estos establecimientos.

Abona, finalmente, en nuestro favor la marcada insistencia con que los Profesores de tales colegios defienden y plantean el antiguo sistema donde fuerza mayor no se lo impide. Porque si esos hombres de indisputable práctica y experiencia en el magisterio viesan que el sistema moderno les daba mejores resultados; por propio interés y por convicción deberían adoptarlo y buscar la simultaneidad, la abundancia de conocimientos positivos, la formación y cultura material. Pero tan distantes están de ello, que, cuanto más crecen en años y en experiencia, más claramente reconocen y más alto proclaman la supremacía y racionalidad del sistema antiguo.

En cambio, de los modernos métodos ¿qué juicio forman sus mismos fautores? Díganlo las continuas reformas á que se sujetan los planes escolares, ora sustituyéndolos por otros nuevos, ora modificándolos con repetidas advertencias, instrucciones y circulares. Díganlo asimismo los

términos que en semejantes reformas se emplean, calificando los sistemas anteriormente vigentes de ineptos para desarrollar metódicamente las facultades del niño, sobrecargados de materias y plagados de abusos en la aplicación, para que los planes que en lugar de ellos se proponen, reciban dentro de poco las mismas calificaciones de parte de los autores de las nuevas reformas que les han de suceder. Así es como en un decenio, á veces aparecen tres ó cuatro planes de estudios diferentes, sin que por eso se observe en la instrucción mejoría alguna; antes por el contrario, apenas se empiezan á plantear los flamantes proyectos de los cuales había de salir la regeneración de los estudios, cuando de todas partes llueven las quejas y reclamaciones sobre el atraso de los alumnos; quejas que á los tres ó cuatro años obligan á declarar que los tales planes son insostenibles y que sería suma imprudencia el llevarlos adelante.

Toda persona sensata habrá de concedernos que, quien tan claramente ve cómo está de su parte la razón y la experiencia, no por ciega rutina ni por fanática veneración se adhiere al sistema que siempre ha profesado; sino porque procede racionalmente, y no quiere envolver á sus alumnos en las tinieblas de la ignorancia ni hundirlo en las bajezas de la degradación; y que

por el contrario, el ciego desprecio á la anti-
güedad, y no otro motivo razonable, es la ma-
yor parte de las veces lo que impide á los ad-
versarios reconocer las ventajas del antiguo
sistema.

Que la aplicación de este sistema es hoy po-
sible, lo muestra la experiencia en varios cole-
gios que están hoy mismo completamente
montados á la antigua. Que esta aplicación es
saludable, lo hemos mostrado largamente en
este trabajo, y lo confirma Crétineau-Joly con
el siguiente juicio acerca del *RATIO STUDIORUM*,
que es el representante más genuino que nos
queda del método antiguo: "Trescientos años
hace que se concibió este sistema, y estudián-
dolo sin prevención, fuerza es confesar que es
joven y nuevo todavía. A excepción de algunas
ligeras modificaciones, que indicó ya la previ-
sión de Ignacio, y que versan sobre la elección
de autores ó sobre la introducción de cursos es-
peciales, convendría á toda sociedad que no
haga estribar su fuerza en una incredulidad
sensualista, lo mismo que convino á la juventud
de los siglos XVI, XVII y XVIII,"¹.

Este juicio desapasionado del historiador
francés, así como el de muchos autores insig-
nes que hemos citado en el decurso de este

¹ *Historia de la Compañía de Jesús*, tomo V, cap. V.

escrito, prueba que este es el modo de pensar
de las personas sensatas que se han ocupado
en meditar sobre estos graves asuntos.

Los mismos encarnizados enemigos que por
otros motivos odiaban y perseguían las corpo-
raciones religiosas docentes, no han podido
menos de reconocer en determinadas ocasiones
que la aplicación del método que ellas seguían
en la enseñanza era posible y fructuosa, y lo
que es más, que difícilmente se encontraría
otro método que sin gravísimo daño para la
educación pudiera sustituir al antiguo procedi-
miento sancionado por la experiencia de los si-
glos. He aquí los términos en que se expresaba
en 1764 un consejero del Parlamento de Bor-
goña acerca de una de estas corporaciones en
cuyas aulas había sido educado, y cuya destruc-
ción pedía con todo empeño: "Si aquí me fuese
lícito hablar por ciencia particular, pudiera de-
cir que cuanto he visto y observado entre esos
hombres, todo les es favorable: educado yo por
espacio de nueve años en uno de sus principa-
les colegios, todo me pareció bueno y condu-
cente á la educación de los colegiales y pensio-
nistas. Los defectos de la educación pública no
se les pueden imputar con más razón que á
otros; y acaso esos decantados defectos no son
tales como se aparenta. Creo que sería muy
difícil sustituir á la educación que usan un mé-

todo que con las ventajas aparentes que reportara dejara de envolver tan grandes inconvenientes como los que se achacan al método predicho, y quizá mayores. Nada alucina tanto como el deseo de variar: la inconsecuencia y volubilidad que nos es natural suscita las ideas de reforma, y nos lleva con facilidad á destruir los sistemas establecidos sin pensar en los que se les han de sustituir; y cuando en esto se piensa, se suele hacer con la misma ligereza, sin consultar la razón ni temer el crítico examen de la experiencia.—La educación que ahora se censura como tan defectuosa es la misma que formó lo más ilustre que tuvo el siglo pasado; y así, acusemos la depravación de nuestras costumbres sin pretender culpar á nuestros maestros. La avaricia ha tomado en este siglo en Francia el lugar de aquella gloriosa ambición de honor que fué por muchos siglos alma de esta monarquía; sustitúyase ésta á aquélla, y veremos renacer nuestras felicidades. La misma naturaleza tenemos y las mismas disposiciones que nuestros mayores.”

Por remate de nuestro trabajo transcribiremos los principales párrafos de un artículo que vió la luz pública en 1870, en la revista *La Ciudad de Dios*, donde, al proponerse las bases para la organización de un colegio católico, se hace un resumen de las que nosotros acaba-

mos de recomendar. Dicho artículo salió de la pluma del infatigable publicista Sr. Orti y Lara, insigne catedrático de la Universidad de Madrid, de cuya vasta instrucción y sólidos principios dan buen testimonio sus numerosos escritos:

“¿Qué es, pregunta el articulista, qué debe ser un colegio católico, es decir, un colegio cuya organización, cuya disciplina, cuyo espíritu y cuyos frutos lo hagan digno de tan glorioso dictado...? Acaso no han pensado todos con la madurez necesaria en la respuesta que debe darse á tan graves é importantes preguntas. Séanos á nosotros permitido decir humildemente nuestro parecer sobre una materia que nos es en cierto modo familiar, acerca de la cual hemos meditado á menudo.

„La mira principal de un colegio católico debe ser á nuestro juicio restaurar lo que la revolución ha destruido en este ramo, es á saber, la educación piadosa de la juventud, el conocimiento de la lengua latina y el estudio de la filosofía cristiana. Sobre cada uno de estos puntos vamos á indicar nuestro pensamiento.

„Acerca del primero están concordes no solamente los ánimos penetrados de sabiduría y virtud cristiana, sino aun los de muchas personas, disipadas por el espíritu del siglo, las cuales suelen desear para los jóvenes en general, y especialmente para sus hijos, la luz que ellos

aborrecieron y los hábitos de orden, disciplina y piedad con que ellos también suelen estar reñidos. Bueno será sin embargo observar que la piedad, útil en sumo grado para todas las cosas, como enseña el Apóstol, es el principio vital de la educación, el aroma que conserva las virtudes en el corazón y en las costumbres de los hombres; y que sin una educación rectamente formada, sin una educación dirigida por las máximas de la fe y aun de la perfección cristiana, no hay que esperar frutos verdaderos, no diremos en el orden de la vida moral, que esto es ya evidente, pero ni aun en el de la misma enseñanza. Una experiencia constante dice que los niños buenos, humildes, devotos, son ordinariamente los niños aplicados; y una ley todavía más constante nos asegura que la aplicación y el estudio son la condición *sine qua non* del aprovechamiento intelectual. Importa, pues, muchísimo que la Religión sea el principio formal y el fin de la educación; y que para esto se enseñe con suma diligencia la doctrina de la fe, no á la verdad en forma de asignatura, como una de tantas entre las que forman el cuadro oficial de la segunda enseñanza, no como un estudio especulativo que ilustra el entendimiento dejando frío el corazón, sino como una regla de vida para el entendimiento, para el corazón, para las acciones todas, como una luz

superior que debe iluminar y penetrar todos los estudios y todas las almas...

„Lo segundo hemos dicho que la revolución ha destruido en el orden de la enseñanza una de sus principales columnas, el estudio formal del latín: lo ha destruído de hecho reduciéndolo á brevisimo tiempo, combinándolo con otras asignaturas, que absorben mucha parte de la atención que exige para sí solo, é interrumpiéndolo absolutamente apenas iniciado el alumno en sus primeros rudimentos y ejercicios, quitando de sus manos todo libro escrito en dicho idioma, para poner exclusivamente en ellas textos en romance. Y ¿qué sucede? lo que todos vemos; que al terminar la segunda enseñanza, los alumnos más aprovechados en el estudio del latín apenas conservan de él alguna vaga reminiscencia, la cual desaparece por completo en el término definitivo de los estudios académicos. Así se está rompiendo sistemáticamente entre nosotros el hilo precioso de las tradiciones literarias, filosóficas, teológicas que nos ha dejado la sabiduría antigua, tan menospreciada como desconocida de la pedantería moderna; así, á medida que la lengua de la Iglesia va siendo menos conocida, va también decayendo la doctrina y el espíritu que en ella está encerrado; así, á la fijeza de un idioma muerto ó mejor dicho, inmortal, fidelísimo espejo de verdades

inmutables, de concepciones formadas por tipos de eterna bondad y belleza, sucede la movilidad del lenguaje que hoy se habla, donde se van viendo retratadas sucesivamente las opiniones más falaces y las más extravagantes, nacidas hoy para morir mañana, las obras efímeras de artes sin reglas ni modelos, de ciencias sin orígenes ni tradiciones, de entendimientos sin formar, arrebatados de todo viento de doctrina. Olvidado y menospreciado el latín, nuestra propia lengua se corrompe cada día más, porque ninguna cosa puede mantenerse en su ser y perfección faltándole la base en que se asienta, y mucho menos si en lugar de ella busca el apoyo de elementos extraños ó contrarios, cuales son respecto al idioma castellano los giros y locuciones del francés, hoy desgraciadamente tan en uso. Y lo peor es que la hermosa lengua que hablaron nuestros padres no sólo padece horriblemente entre nosotros por haberse querido emancipar del todo de la lengua materna, sino también hace padecer á su vez á todo el que considera en la corrupción del castellano uno de los signos más indubitados y uno de los instrumentos más activos de la corrupción de las ideas y de la general decadencia de los ánimos y de la sociedad en general.

„Forzoso se hace, pues, restaurar el estudio y conocimiento del latín, y restaurarlo por me-

dios absolutamente contrarios á los que han producido su casi total extinción... Y porque el latín se olvida con harta facilidad, es también forzoso continuar en los años siguientes, adoptándose para la enseñanza de la Retórica, y aun de la filosofía propiamente dicha, libros escritos en latín. En una palabra, la instrucción teórica, los ejercicios continuados, y hasta algunos de los textos han de conspirar en todo colegio católico á producir en los jóvenes tal afición y facilidad para las obras latinas, que en saliendo á estudios de facultades mayores puedan consultar documentos, abrir obras magistrales, gustar bellezas literarias pertenecientes á dicha lengua, y en suma tener trato y comunicación con las edades pasadas, tan ricas en erudición y saber sólidos, sin ver delante de sus ojos en forma de montaña inaccesible ó de libro de siete sellos la ciencia y arte expresados en la lengua de Roma, la ciudad eterna.

„No es menor el estrago que los sistemas modernos de instrucción pública han hecho en la enseñanza de la filosofía cristiana. Plagiando vergonzosamente las ideas francesas, nuestros legisladores liberales sin excepción han mutilado horriblemente el estudio de esta ciencia, reduciéndolo á la mitad de los tratados que comprende y omitiendo los otros que son importantes, entre ellos la teodicea, y aun

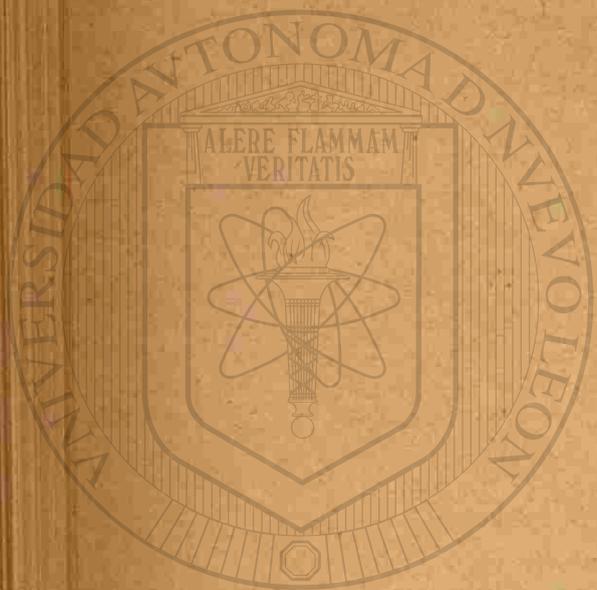
puede añadirse la filosofía de la Religión, es decir, el estudio de los motivos y fundamentos que prueban ser muy razonable el obsequio que damos á la fe. Pero aunque esta disminución de la filosofía en el orden de los estudios tiene además contra sí otras razones gravísimas que fácilmente demuestran su malignidad, todavía es mayor á nuestros ojos el mal que resulta de la enseñanza que bajo el nombre de psicología y lógica se está dando por los que inadvertidamente, sin duda, se hacen eco en las aulas del psicologismo galicano, engendrado últimamente por el famoso racionalista Víctor Cousin.

„No se puede ponderar debidamente el daño que se sigue de aquí; porque siendo como es la filosofía la cabeza de los demás estudios; cuando llega á ser herida y desfigurada la filosofía, ¿qué vida, qué orden, qué belleza puede considerarse en todo el sistema académico? ¿cuán grave no deberá ser en tal caso el temor de que por todo él se extienda el daño convertido en gangrena mortal y pestilente? y así ha sucedido por desgracia. Por donde se hace precisa en este punto una restauración íntegra, fecunda, esclarecida.”

¿Podemos esperar que esta restauración se realice? No lo sabemos; y depende de la voluntad y esfuerzos de los que han de influir

en las cuestiones escolares. A nosotros nos bastará dejar vindicado el sistema antiguo de los graves cargos que á veces se le han dirigido, y haber satisfecho á quien crea que sólo por ciega veneración haya quienes se esfuercen en conservar estas prácticas tradicionales y en oposición á los planes modernos cuando éstos pugnan en puntos esenciales con las doctrinas de un método fundado en la naturaleza de las cosas y autorizado por la feliz experiencia de los siglos.

A. M. D. G.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NEUQUÉN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ÍNDICE

	Páginas.
INTRODUCCIÓN.....	1
Motivo y ocasión de escribir este libro. — Por qué nos ceñimos á tratar solamente de la enseñanza secundaria. —Cuál sea nuestro objeto al estudiar esta cuestión.....	1
PRIMERA PARTE	
DEL SISTEMA MODERNO	
CAPÍTULO I. — <i>Los dos sistemas</i>	5
Fin que se propone el sistema moderno, y medios que emplea para conseguirlo. — Fin del sistema antiguo y cómo ordenaba los estudios para lograrlo. — Quiénes son los sostenedores de ambos sistemas.....	5
CAPÍTULO II. — <i>Decadencia de la instrucción media</i>	9
§ I. — Objeto de este capítulo. — Decadencia de la instrucción media en Francia. — Datos oficiales que comprueban la misma decadencia en Italia. — Informes también oficiales que atestiguan igual decaimiento en la República Argentina.....	9

§ II. — Cuán abandonados están en la República Argentina los estudios clásicos. — Deplorable postración de la literatura y lengua nacional en el mismo país. — Palabras de D. Andrés Bello, lamentando igual descuido en toda la América española. — Que en la República Argentina no gozan de mayor prosperidad los estudios científicos que los literarios. — Grave testimonio de la facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de Buenos Aires. — A qué debe atribuirse que, no obstante el mal estado de los estudios, los exámenes oficiales de aquella capital manifiestan un éxito aparentemente lisonjero. — Censuras de *El Diario* contra tales exámenes. 16

CAPÍTULO III. — *Movilidad de los planes de estudios*. 27

§ I. — Origen de esta movilidad. — Cuán notable ha sido en Italia desde que predomina el sistema moderno. — Dañosa facilidad que hay en la República Argentina para adoptar reformas escolares de procedencia extranjera. 27

§ II. — Primer plan publicado en aquel país el año 1863, y su reforma en 1870. — Nuevo plan de 1874. — Otro de 1876, y su reforma en 1879. — Proyectos de innovaciones presentados á las Cámaras en 1881 y 1882. — Último plan de 1884. — Qué revela esta inquietud. — Daños que ocasiona. — Cómo la estabilidad de los planes de estudios no se opone al progreso científico. 32

CAPÍTULO IV. — *Recargo excesivo de los estudios*. 41

§ I. — Reclamaciones contra el recargo excesivo de los estudios, expuestas al Ministerio

de Instrucción pública de la República Argentina por varios Rectores de Colegios nacionales. — Testimonios de los Ministros de Instrucción pública, que confirman lo mismo. — Cómo, á pesar de todo, el plan de 1884 no está menos recargado que los anteriores. — Que reconocen el daño los que debieran impedirlo. 41

§ II. — Falsa teoría que dá origen al recargo excesivo de los estudios. — Inconvenientes de los planes recargados; falta de tiempo para prepararlos y falta de preparación en los discípulos. — Juicio de *La Unión* de Buenos Aires y del Diputado Sr. Lainez sobre el particular. — Hechos que acreditaron su acierto. — Opinión del librepensador Julio Simón. — Que la inteligencia de los niños no suele estar convenientemente preparada para emprender tantos estudios. — Palabras en que sabiamente expone esta doctrina el Sr. Martínez y González. 51

CAPÍTULO V. — *Inconvenientes del método simultáneo*. 61

§ I. — Cómo el sistema moderno, repartiendo cada materia en varios cursos, requiere el método simultáneo. — Que no reprobamos en absoluto el estudio simultáneo de varias materias. — Que las fuerzas intelectuales del niño no le permiten aprender juntamente muchas cosas. — Inconvenientes de multiplicar en una misma clase los profesores, conforme lo exige el método simultáneo. — Que el método simultáneo, lejos de aliviar la tarea de los alumnos, la hace más pesada. 61

§ II. — Juicio que contra el método simultáneo

emitió en un informe oficial el Rector del Colegio nacional de Santiago del Estero. — Que el estudio simultáneo de lenguas extranjeras perjudica á la pureza del idioma patrio. — Se da respuesta á varias dificultades. — De dos períodos en que debe distribuirse la enseñanza secundaria. — Opinión de Mr. Gladstone, desfavorable al método simultáneo.

68

CAPÍTULO VI. — *Del fin de la segunda enseñanza.* 77

§ I. — Que el sistema moderno descuida la preparación del niño para que estudie fructuosamente. — Que la naturaleza exige esta preparación. — Que el tiempo más apto para ella corresponde á los primeros años. — Palabras de Lenormant, Gerdil y Quintiliano en apoyo de esta doctrina.

77

§ II. — Se satisface á los que pretenden que la enseñanza secundaria ha de ser más instructiva que preparativa. — Que el aprendizaje de la sabiduría no termina al acabarse la instrucción secundaria. — Cuán conveniente sea aprender á estudiar por sí mismo. — Consecuencias importantes que de lo dicho se infieren.

82

CAPÍTULO VII. — *Origen sospechoso del sistema moderno.* 88

§ I. — Que el sistema moderno, no sólo es pernicioso en el orden intelectual, sino también en el moral. — Qué tales sean sus patrocinadores. — Táctica astuta que han empleado para introducirlo.

88

§ II. — Su origen anticatólico. — Sus primeros corifeos. — Que la masonería y el libe-

ralismo son en nuestros días sus decididos protectores. — Verdadero fin que la impiedad pretende al favorecer este sistema.

93

CAPÍTULO VIII. — *Tendencia del sistema moderno al materialismo.* 102

§ I. — Movimiento de la sociedad moderna hacia el materialismo. — Cómo el sistema que combatimos favorece este movimiento. — Daños que esta educación materialista produce en el individuo y en la sociedad.

102

§ II. — Que el ganar la subsistencia es para algunos el único fin de la educación. — Cuán torpemente yerran los que aprecian las ciencias, porque dan de comer al hombre. — Cuál es la ley del verdadero progreso cristiano. — Preciosas enseñanzas del Sumo Pontífice Pío IX á este respecto.

108

CAPÍTULO IX. — *De la enseñanza religiosa.* 114

§ I. — Que una cosa es instruir y otra educar. — Que la educación de la voluntad es aun más necesaria que la instrucción del entendimiento. — Que la enseñanza religiosa es el medio más eficaz para corregir las malas inclinaciones del niño. — Que la escuela debe proveer á esta educación religiosa por exigirle así la formación perfecta del niño y el mismo origen y carácter de la escuela. — Que esta doctrina es de fe entre católicos. — Palabras gravísimas de una carta de Su Santidad Pío IX al Arzobispo de Friburgo.

114

§ II. — Cuán vacía de sentido sea la frase moderna: la educación por medio de la instrucción. — Se prueba con datos estadísticos que los crímenes aumentan á medida que se di-

funde más la instrucción sin religión. — Que no es posible que la escuela laica sea neutral. — Testimonio de Julio Simón en el Senado francés que confirma esta doctrina. — Que aun siendo realizable la neutralidad de la escuela, dañaría gravemente á la educación religiosa del alumno. — Se contesta á una excusa que proponen los sostenedores de las escuelas laicas neutrales. — Qué ha de opinarse acerca de la pretendida moral universal é independiente. — Importantes palabras de Pío IX, que descubren los perversos designios de los impíos en propalar estas falsas doctrinas. — Quién vencerá en este combate. 121

CAPÍTULO X. — *El Estado docente.* 135

§ I. — Que el haber usurpado los Gobiernos el régimen de la Instrucción pública ha sido el medio más eficaz para introducir el sistema moderno. — Motivos que nos inducen á tratar este delicado asunto. — Que la intrusión del Estado en el régimen de la enseñanza es contraria al fin inmediato que corresponde á la sociedad civil y á su gobierno. — Que toca al Gobierno fomentar la instrucción, pero no monopolizarla. — Que dicha intrusión viola los derechos sagrados de la Iglesia. — Que desconoce también y conculca los derechos de los individuos y de las asociaciones particulares. 135

§ II. — Falsos principios en que se apoyan los defensores del Estado docente para desconocer los derechos de la familia á la educación de sus hijos. — Verdadero fundamento en

que estriban todos los derechos de los padres sobre sus hijos. — Absurda teoría del impío Rousseau sobre la autoridad paterna. — Qué debe juzgarse de todas estas doctrinas. 143

§ III. — Que el Estado moderno por ser ateo fomenta la enseñanza atea y coarta la acción de la Iglesia. — Cómo, por odio á la Iglesia, organiza su enseñanza de un modo opuesto al sistema antiguo. — Se responde á los que culpan de estos males, no al Estado, sino á las nuevas ideas del siglo. — De otra causa que hace estéril y nociva la enseñanza del Estado, é influye en la gran movilidad de los planes y organización de los estudios. — Notables palabras del Pontífice reinante acerca de esta cuestión. 149

SEGUNDA PARTE

DEL SISTEMA ANTIGUO

CAPÍTULO I. — *De los estudios clásicos, considerados como medio para desarrollar las facultades del alumno.* 157

§ I. — Objeto de esta segunda parte. — Que los estudios clásicos son el medio más apto para desarrollar las facultades del niño. — Argumento sacado de la experiencia constante y universal. — Argumento de autoridad. — Contundente refutación que hizo el sabio orador belga Schollaert, de los que abogan por el utilitarismo en la enseñanza. — Por qué todas las maquinaciones de los modernos no han podido acabar con los estudios clásicos. 157

- § II. — Argumentos de razón: que los estudios clásicos son á la vez escuela de las facultades cognoscitivas y de las afectivas. — Que forman además el buen gusto literario y perfeccionan los sentimientos morales del educando. — Cuán descaminados vayan los que pretenden enseñar por métodos fáciles y puramente empíricos. — Funestas consecuencias de este procedimiento. 167
- § III. — Que el estudio de las matemáticas no reemplaza convenientemente los estudios clásicos. — Testimonios de Sengler, Lobeck y Thiersch contra la sustitución de las ciencias por las letras para formar las facultades del niño. — Razones que, para obtener este fin, hacen preferibles las literaturas antiguas á las modernas. 176
- CAPÍTULO II. — *Otras razones que comprueban la importancia de los estudios clásicos.* 186
- § I. — Que las naciones más cultas consideran todavía los estudios clásicos como base de la enseñanza secundaria: Roma, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia. — Qué prueba este acuerdo general de tan diversos países. 186
- § II. — Que para poseer con alguna perfección la lengua y literatura castellana es indispensable el conocimiento de los idiomas clásicos. — Que no es lo mismo hablar y poseer el castellano. — Que por ser el castellano derivado inmediatamente del latín no se puede poseer sin estudiar esta lengua. — Saludable influjo que en el idioma patrio ejercería la restauración de los estudios clásicos.

- Que la experiencia del esplendor pasado y del actual decaimiento confirma nuestra opinión. — A qué males nos llevará el descuido en esta parte. 193
- CAPÍTULO III. — *El latín, lengua universal de los sabios y llave de las ciencias.* 203
- § I. — Que es una vana utopía establecer para el uso común una lengua universal. — Preciosas utilidades que producía el latín cuando era tenido como lengua universal entre los sabios. — Daños que se han seguido de no conservar esta costumbre. — Que los mismos enciclopedistas franceses reconocieron la necesidad del latín para la comunicación de los progresos científicos. 203
- § II. — Que la lengua latina es necesaria para conocer á fondo las ciencias, aun las físicas y exactas. — Que, descuidando el estudio del latín, se pierde el tesoro de conocimientos adquiridos por los sabios de las pasadas edades. 210
- CAPÍTULO IV. — *Razones particulares que hacen estimable el latín á todos los católicos.* 216
- § I. — Que el latín es indispensable para el estudio de la Sagrada Teología. — Singular nobleza de la Teología, deducida de su objeto y del influjo que ejerce en las demás ciencias. — Confesión que de esta verdad hizo un impío. — Que la filosofía debiera ser sierva de la Sagrada Teología. — Que en nuestros días son, más que nunca, oportunos los estudios teológicos, aun entre los seculares católicos. 216
- § II. — Que el latín debe ser estimado entre los católicos por ser la lengua oficial y litúr-

gica de la Iglesia, y lazo de unión entre todos los fieles del mundo. — Admiración de un periódico protestante por esta última ventaja. — El aprecio que la Santa Iglesia ha manifestado siempre por los estudios clásicos los recomienda á la estimación de los católicos..... 225

CAPÍTULO V. — *De la guerra contra los estudios clásicos, y particularmente contra el latín.....* 231

§ I. — Quiénes se han señalado en combatir el estudio de las letras clásicas: Juliano el Apóstata, los protestantes, los jansenistas, los representantes del clero constitucional, etc., y más abiertamente los revolucionarios franceses y los liberales. — Que también son enemigos de las letras clásicas muchos, por la sola razón de ignorarlas..... 231

§ II. — Que el humano linaje está dividido en dos campos enemigos. — Que el campo de los enemigos de Dios aborrece cuanto procede de la Iglesia católica. — Que este espíritu de odio á la Iglesia es el que ha movido y sustenta la guerra contra los estudios clásicos: Juliano, los protestantes, los jansenistas, Lamennais, los cismáticos griegos, los revolucionarios franceses, los liberales modernos..... 239

§ III. — Que los adversarios de los estudios clásicos comenzaron por desterrar el latín de las obras de texto y de los tratados científicos. — Que otra de sus estrategias fué la de enseñar mal el latín. — Que algunos han intentado sustituir en vez del latín la filología. — Cuán desatinado sea este proyecto... 247

CAPÍTULO VI. — *Del método que emplea el sistema antiguo para enseñar fructuosamente las lenguas clásicas.....* 254

§ I. — Que los métodos modernos tienden á suavizar en demasía el trabajo de los estudios. — Método contrario del sistema antiguo. — Importancia de la enseñanza oral... 254

§ II. — Fin á que aspira el sistema antiguo en la enseñanza de las lenguas clásicas, y medios que pone en juego para conseguirlo. — Cómo explica el profesor los preceptos y el autor clásico. — Ventajas que produce la explicación hecha según el método antiguo. — Elogio que Schollaert hizo de las explicaciones dadas por el P. Broeckeaert á sus discípulos conforme á este sabio método..... 258

CAPÍTULO VII. — *Medios que sugiere el antiguo sistema para auxiliar la enseñanza clásica y conservar su fruto.....* 265

§ I. — Que el pensamiento de los exámenes no es suficiente estímulo para mantener viva la aplicación del niño. — Que los antiguos empleaban sabiamente para este objeto la ordenada ambición de gloria y alabanza. — Industrias que suelen ponerse en práctica para animar al niño en el cumplimiento de sus obligaciones: notas semanales, dignidades mensuales, premios de fin de curso. — La emulación en la clase: el corrector, las banderas contrarias, certámenes literarios. — Que los modernos desdeñan estas industrias. — Se contesta á los que acusan al sistema antiguo de fomentar con este procedimiento la vanidad pueril..... 265

§ II. — Medios que usa el sistema antiguo para grabar y hacer duraderas sus enseñanzas: repeticiones, ejercicios de memoria, declamaciones, composiciones. 275

CAPÍTULO VIII. — *Otros medios eficaces del antiguo sistema para ayudar la enseñanza*. 280

§ I. — Que el antiguo sistema prescribe que en clase se hable la lengua latina. — Cuán razonable sea este método. — Que la experiencia y la autoridad lo recomiendan. — Por qué no se emplea. — Satisfácese á los que dicen que el latín es lengua muerta, y que ya pasó la época en que se hablaba latín. 280

§ II. — Cuán acertado sea que los textos de gramática latina estén escritos en este idioma. — Que los jansenistas introdujeron la costumbre de enseñar las lenguas clásicas en lengua vulgar. — Argumento de Lancelot en defensa de esta innovación. — Falsedad de este argumento. — Cómo, por el mal éxito de esta reforma, el mismo Lancelot llegó á confesar su desacierto. — Severa crítica del conde de Maistre contra esta innovación de los jansenistas. — Qué pensaba el liberal Thiers acerca del estudio de las lenguas clásicas. 287

CAPÍTULO IX. — *Importancia que da el sistema antiguo á la filosofía y á las ciencias*. 295

§ I. — Importancia de la filosofía por ser guía y maestra así del entendimiento como de la voluntad. — En qué tiempo de la instrucción secundaria debe colocarse su enseñanza. — Que es indispensable no mezclar su estudio con los de letras. 295

§ II. — Que el sistema moderno concede muy poca extensión al estudio de la filosofía. — Hasta qué punto se ha pretendido reducir en Francia la amplitud de este importantísimo estudio. — Daños que se deben temer de acortar esta enseñanza. — Qué extensión le concede el sistema antiguo. 302

§ III. — Cómo este sistema no descuida las ciencias físicas y matemáticas. — Qué extensión permite á estos ramos en cada curso. — Con qué método los enseña. 309

CAPÍTULO X. — *Doctrina y método para el estudio de este segundo período*. 314

§ I. — Importancia que tiene la elección de las doctrinas filosóficas que se han de enseñar. — Norma infalible para la seguridad de la doctrina. — Precioso fragmento de la Encíclica de León XIII sobre la restauración de los estudios filosóficos: provecho que de esta restauración pueden prometerse las demás ciencias; que la filosofía escolástica no es contraria al progreso é incremento de las ciencias naturales; daños que se siguieron de haber abandonado la filosofía escolástica. 314

§ II. — Diversa estima que el sistema antiguo y el moderno tienen de la repetición y del ejercicio. — Que el sistema antiguo considera la disputa como ejercicio propio de los estudios filosóficos. — Que este ejercicio solamente será fructuoso si en él se emplea la forma silogística. — Alabanzas que el jansenista Rollin hizo de la forma silogística. — Que por haber abandonado esta forma de argumentación domina hoy tan lastimosa falta

de lógica. — Obstáculos que se oponen á la restauración de las academias que florecían en las antiguas Universidades. 321

§ III. — Que para la enseñanza de la filosofía es el latín la lengua más á propósito: por haberse cultivado con ella esta ciencia durante tantos siglos; por la fijeza que da á los conceptos; por ser inmutable; por estar escritos en latín los mejores libros de filosofía.

— Que aun para el estudio de las ciencias sería conveniente restablecer el uso de la lengua latina. — De si los alumnos entenderían lo que se les explicase en latín. — Queja del protestante Roth por haber abandonado las Universidades el idioma latino. 328

CAPÍTULO XI. — *Resultados de los dos sistemas y solución de algunas dificultades.* 336

§ I. — Esplendor de las ciencias mientras prevaleció en los estudios el sistema antiguo. — Su actual abatimiento. — Funestas consecuencias de las perversas doctrinas que difunde el sistema moderno. — Desconcierto actual de la juventud escolar y á qué debe atribuirse. — Cuán injusto sea acusar al sistema antiguo de menospreciar las ciencias físicas. — Que antes bien el sistema moderno no hace más que degradarlas. — Testimonio de Smell á propósito de esto. — En qué consiste la verdadera perfección del hombre. 336

§ II. — Por qué los colegios católicos y de corporaciones docentes no siguen exactamente el sistema antiguo. — Que con sólo aplicar de este sistema la parte que pueden, consiguen dichos colegios notables resulta-

dos. — Se da respuesta á la dificultad de los que dicen: menos sabios y más industriales. — Se satisface igualmente á muchos que juzgan inútil el sistema antiguo para la educación de los que no pretenden seguir carrera literaria. — Que á los tales más ventajosa les será la formación, según el sistema antiguo, que según el moderno. 344

TERCERA PARTE

INDICACIONES SOBRE LA PRÁCTICA DEL MÉTODO ANTIGUO

CAPÍTULO I. — *De dónde ha de venir el remedio.* 355

§ I. — Que es necesario llevar la cuestión de la enseñanza al terreno de la práctica. — Es ilusión creer que del Estado nos ha de venir el remedio. — Antes bien en el Estado moderno hemos de reconocer el origen de los males que aquejan á la enseñanza. 355

§ II. — Tampoco puede esperarse el remedio de sola la Iglesia. — Sino de la iniciativa privada bajo la dirección é inspección de la Iglesia. — Obligaciones que á este respecto tienen los que se dedican á la enseñanza. — Parecer del Dr. Torres Asensio acerca de esta cuestión. 360

§ III. — Que en los Seminarios fácilmente se puede restaurar el método antiguo, y por qué no hablamos expresamente de ellos, ni de los colegios oficiales. — Para quienes especialmente escribimos. 366

CAPÍTULO II. — *Práctica de la enseñanza religiosa.* 371

- § I. — Que la escuela laica es atea. — Contéstase de paso á una objeción. — Ni se libra la escuela laica de ser atea por llamarse neutra. — Monstruosidad de la escuela laica en países católicos. — Artes de que se ha valido el liberalismo para eliminar de la enseñanza las prácticas y doctrinas religiosas. — Gravísimas palabras de Su Santidad León XIII á propósito de la enseñanza moderna, y en particular de las escuelas laicas. 371
- § II. — Del estudio del Catecismo y su explicación. — Medios que el maestro cristiano ha de emplear para que sus discípulos aprovechen en la piedad. — Cómo se sustituye en las escuelas superiores la enseñanza del Catecismo. 380
- § III. — Empeño del sistema antiguo en procurar que los jóvenes frecuenten las prácticas religiosas: oración, misa, divina palabra, sacramentos, congregaciones. 386
- CAPÍTULO III. — *La elección de Profesores*. 392
- § I. — Cualidades necesarias al Profesor de un Colegio católico. — Dotes especiales que requiere la restauración del sistema antiguo. — De los inconvenientes que ofrece la multiplicidad de Profesores en una misma clase. — Se declara con varias razones por qué el sistema antiguo requiere, en las clases inferiores, la unidad de Profesor. 392
- § II. — Se propone una objeción. — Condiciones favorables en que se encuentran las órdenes religiosas para suministrar buenos maestros cristianos. — Se responde á la dificultad propuesta. — Suéltase la objeción de los que

- oponen no ser posible hallar Profesores aptos para enseñar todas las asignaturas de una clase. 404
- CAPÍTULO IV. — *Distribución de los estudios*. 409
- § I. — Dificultades que impiden atenerse á una norma general en la distribución de los estudios. — Cómo se ha de proceder en cada caso particular para el mejor acierto. — De qué manera han de arreglarse las discordancias entre el método antiguo y el moderno. 409
- § II. — Gran trascendencia que encierra la elección de los libros de texto. — Que han de tener doctrina intachable y recto juicio acerca de las cosas que tratan. — Cómo se ha de proceder cuando no tengan estas dotes. 414
- CAPÍTULO V. — *Solución de una dificultad*. 418
- § I. — Se expone la dificultad de los que temen que un colegio basado en el sistema antiguo no tendría alumnos. — Punto de vista desde el cual se ha de mirar esta cuestión. — Se hace ver que el recelo de que habla la dificultad es infundado en los casos ordinarios. 418
- § II. — La estadística muestra la ventaja que lleva la enseñanza privada á la oficial, así por el mayor aumento en el número de alumnos y sobriedad en el número de asignaturas en que cada uno se inscribe, como por el mejor resultado de los exámenes. — Y esta ventaja es constante y extensiva á todas las regiones de España. — Causas á que se pretende atribuir la ventaja, y cómo la situación de la enseñanza reclama la vuelta al proceder del Estado católico en los tiempos

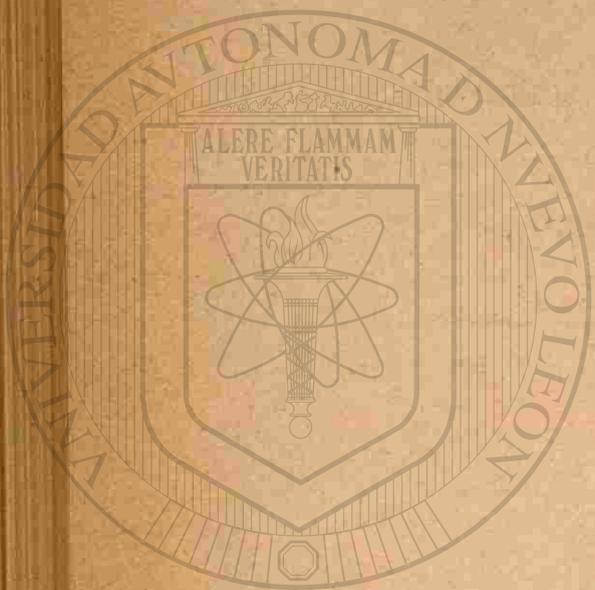
antiguos, ó á lo menos, á la conducta de Inglaterra y Estados Unidos.....	424
§ III. — Realidad de los Colegios regidos por el sistema antiguo. — Datos estadísticos sobre el resultado de los exámenes en algunos de ellos. — Otros datos que prueban que no decrece el número de alumnos por acomodarse el Colegio á la práctica del sistema antiguo.....	439
§ IV. — Pruébese con ejemplos recientes que los Colegios que siguen el método antiguo están mejor dispuestos que otros muchos para mantenerse aun en circunstancias extraordinarias.....	448
CAPÍTULO VI. — <i>El Profesor católico en un Colegio.</i>	462
§ I. — Cuál haya de ser el Profesor de un Colegio que adopte el sistema antiguo. — Del prudente rigor que ha de tener en los exámenes para ascender de una á otra clase. — Cómo ha de preparar sus discípulos para los exámenes oficiales.....	462
§ II. — Razones que han de excitarle á tomar con empeño su tarea. — Se contesta á un reparo que muchos suelen oponer acerca de este punto. — Recuerdos de la infancia del convertido León Taxil, descritos por él mismo. — El empeño de los impíos en pervertir la juventud debe estimular el celo de los profesores católicos. — Otros alicientes que animan al Profesor cristiano en su trabajo..	467
CONCLUSIÓN.....	480
Breve resumen de la doctrina expuesta en este libro. — Hechos que nos confirman en ella. — Que la restauración del sistema antiguo	

es posible y saludable. — Notable artículo del Sr. Ortí y Lara, en el cual prueba que la principal mira de un Colegio católico ha de ser restaurar la educación piadosa de la juventud, el conocimiento de la lengua latina y el estudio de la Filosofía cristiana. ...	480
---	-----

A. M. D. G.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ERRATA SUSTANCIAL

Página 432, medio.

LÉASE.	DICE.		LÉASE.
— 3,93	3,93	3,04	— 3,04

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JEN
OTE